

VOL. 3 N° 30 NOVIEMBRE 1955

# Más allá



REVISTA MENSUAL DE FANTASIA CIENTIFICA

Esta pata, cuyas analogías con la mano humana o la del mono saltan a la vista (pulgares opuesto a los otros cuatro dedos), es la del ayeaye. El ayeaye es un animal rarísimo que sólo se puede encontrar en Madagascar, y pertenece al grupo de los lemúridos. En la era terciaria estaban distribuidos por todo el globo y en cantidades enormes. No es nada exagerado, por tanto, decir que en alguna época fueron los amos del mundo antes que aparecieran los monos. Estos últimos los derrotaron ampliamente en la lucha por la vida, pero no lograron alcanzar la isla de Madagascar, que acababa de separarse de la India y del África, y que se convirtió en el último baluarte del pequeño animalito.



UNA PATA QUE DOMINO AL MUNDO

REVISTA MENSUAL  
DE AVENTURAS  
APASIONANTES EN  
EL MUNDO DE LA  
MAGIA CIENTIFICA



NUESTRA  
PORTADA

Bajo un nuevo sol,  
las primeras huellas  
de los conquista-  
dores.

## sumario

Redacción y Administ.:  
Editorial Abril S. R.  
L., Av. Alem 884,  
Bs. As., Rep. Argentina

Imp. en Fabril - Octubre 1955  
Industria Argentina

### novela completa:

EL HOMBRE ANIQUILADO, por ALFRED BESTER  
Perseguido por la policía telepática, eludiendo  
un destino inconcebible..... 62

### cuentos:

LA VUELTA AL PASADO, por FRANK B. LONG  
No sólo la memoria realiza un viaje hacia  
atrás en el tiempo..... 4

EL DIA DE LO IMPOSIBLE, por A. G. WIL-  
LIAMSON  
A veces, el camino más trágico se convierte  
en el más feliz..... 39

UNA MADRE DEL SIGLO XXI, por KATHERINE  
MARCUSE  
La deshumanización de la ciencia en los  
procesos más vitales ..... 46

### aventuras de la mente:

LA PARTIDA, por WERNHER VON BRAUN  
La primera parte de LA CONQUISTA DE LA  
LUNA, ilustrado por CHESLEY BONESTELL ..... 24  
CORA ..... 23  
LABERINTOS, ANIMALES, ROBOTS ..... 51

### novedades cósmicas:

ESPACIOTEST ..... 52  
CORRESPONDENCIA: *Proyectiles dirigidos y res-  
puestas científicas*..... 54  
SIN APELACION ..... 164  
LA ESFINGE SACUDIDA (editorial)..... 2

a vida

e apa-  
gustos  
opinión  
numeros.

Aires.

PAGAR  
574

GENERAL  
P 4923

coche  
sabe  
Sa  
El  
Retiré

El  
glés.  
en m  
me r  
lentes  
al coc  
Pero,  
no me  
niente  
denes  
tiva n  
me, d  
terarse  
cónser

Mi  
rralad  
espera  
no pri  
guna  
consid  
Sub  
el resp  
el pes  
el pres  
estaba  
donde  
Un  
kerton  
gados  
lanzam  
me hic  
nelas,  
hasta l

—A  
may.  
—jP  
Me  
—Su  
El l  
realizar  
que ha

# editorial

## la esfinge sacudida



paciotest representa un desafío mensual a la memoria, a los conocimientos, al espíritu de observación de los lectores, los que, a veces, se quejan de que el Espaciotest contiene preguntas demasiado difíciles, y de que exige un caudal enciclopédico de conocimientos que escapa al promedio de los seres humanos. En realidad, si tengo que juzgar por mi propio puntaje y por los puntajes logrados por las personas a las cuales he sometido y someto normalmente los Espaciotests, tengo que reconocer que todas las preguntas son difíciles, y que es muy improbable que uno pueda contestar sin error (y sin adivinar) a todas y cada una de ellas.

Yo me figuro al lector promedio de **MÁS ALLÁ** como a una persona joven, de serena y cordial inteligencia, con afición hacia lo científico, pero que aprecia lo literario; no una cumbre de cultura, pero tampoco un abismo de ignorancia. Sus intereses son amplios y variados, sus entusiasmos duraderos, su curiosidad inagotable. Todo lo que es nuevo o desconocido atrae su atención, despierta su inquietud. El Espaciotest, como todo el resto de la revista, es para él. Entonces —se me preguntará—, ¿por qué diabólica razón los problemas del Espaciotest son tan difíciles? Si lo más probable es que la mayoría de los lectores no puedan contestarlas, ¿por qué no se aminora el grado de dificultad de las preguntas?

La razón de ello es que un Espaciotest más fácil, más al alcance de todos, con preguntas a medida para que cualquiera pueda contestarlas y para que todos puedan tener la satisfacción baladí de creerse hombres cultos cuando en realidad no lo son, un Espaciotest sin otra finalidad que aquella de adular el amor propio de los lectores, un Espaciotest menos indigesto y menos torturador, no cabe en el espíritu de **MÁS ALLÁ**. La bueno o lo malo del Espaciotest es justamente que casi na-

die puede contestar a todas las preguntas; el Espaciotest es una cosa seria. Todas las preguntas son difíciles: si algunas parecen fáciles es solamente porque el tema tratado ha sido estudiado por el lector en anterior oportunidad o porque forma parte de su especialidad.

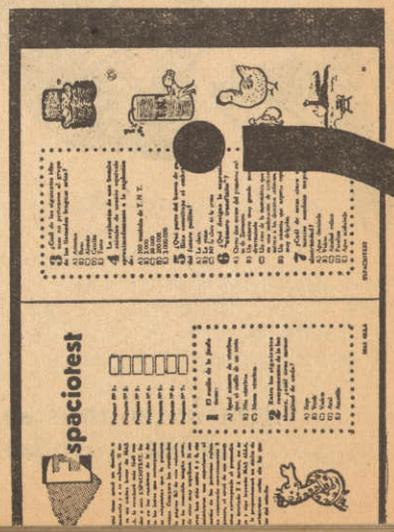
La imagen del lector que me he formado, mi lector tipo, al tratar de contestar a las preguntas del Espaciotest, no encontrará agradables confirmaciones de su cultura y halagadores testimonios de la amplitud de sus conocimientos. Todo lo contrario: es más probable que el Espaciotest le cree complejos de inferioridad, empañe la brillante imagen que tiene de sí mismo, le indique infinitos desconocimientos, lo humille con la ironía de su omnisciencia, le haga sentirse insignificamente pequeño frente a la majestad inmensa del cosmos, frente a la esfinge impenable de los conocimientos inalcanzables e innumerables... El lector correrá el peligro de desalentarse hasta que no se dé cuenta de que el verdadero valor del Espaciotest está justamente en la violenta sacudida que nos da. Su tarea es la de abrir nuevos horizontes o devolvernos horizontes que habíamos olvidado, no la de encerrarnos en los límites de lo que ya sabemos; su función es la de recordarnos que, fuera y más allá de lo que nos interesa, hay infinitos campos en los cuales la humanidad ejerce sus energías, despliega su inteligencia, lucha y trata de alcanzar la verdad. A través de la aparente perversidad de sus preguntas, que parecen hechas a propósito para hacernos sufrir, el Espaciotest nos dice: "¿Ves? ¡Cuántas cosas ignoras! Pero otros hombres las saben. Ten fe en la humanidad. Que cada uno conteste a su pregunta. Juntos, contestaremos a todas".

### RECOMENDAMOS A LOS LECTORES

◆ La lectura de "El Hombre Aniquilado" (pág. 62). Alfred Bester sabe penetrar como pocos en los resortes complicadísimos del subconsciente. Es un especialista en parapsicología, esa rama de la psicología que se ocupa de percepción extrasensorial y fenómenos parecidos; una ciencia modernísima que ha inspirado algunas de las mejores obras de fantasía científica.

◆ La lectura de los artículos "Cora" y "Laberintos, animales y robots" (págs. 23 y 51) que constituyen una introducción a algunos aspectos de la cibernética y encaran desde un ángulo en apariencia muy alejado, pero en realidad muy próximo, los mismos problemas que forman el núcleo de la novela de Bester.

◆ Una visita a la Primera Exposición de la Asociación Argentina Interplanetaria (Casa de Mendoza, Florida 713, B. A.), que se inaugura el 5 de noviembre.



coch  
sabe  
Sa  
El  
retir

**E**glés.  
en m  
me  
lente  
al co  
Pero,  
no m  
nient  
denes  
tiva  
me,  
terars  
cónse

Mi  
rralad  
espera  
no pr  
guna  
consic

Sul  
el res  
el pes  
el pre  
estaba  
donde

Un  
kerton  
gados  
lanzar  
me hi  
nelas,  
hasta

—A  
nay.

—¡E  
Me  
—St

El  
realiza  
que h



*Viajar hacia atrás en el tiempo es repetir lo que  
a diario realiza la memoria humana.*

# la vuelta al pasado

por FRANK BELKNAP LONG

ilustrado por ALVARA

**R**UK Lann estaba cansado de su mundo; cansado del suave resplandor de los jardines en terraza y de los blancos museos escolares con sus interminables filas de objetos esterilizados. No podía soportar ya los cohetes, negros como cuervos, que atravesaban ruidosos el cielo. Le causaban un cansancio mortal las máquinas enormes y complicadas, que realizaban con excesiva perfección el trabajo del

hombre, cerrando todos los caminos a las aventuras de la fuerza y la determinación

Las mujeres le inspiraban menos antipatía, aunque, allá en su fuero interno, no les concedía tampoco mucha importancia. Eran maravillosas de cara y figura; pero la preocupación biogenética por la absoluta perfección en la crianza de sus hijos, no les permitía ver otros aspectos más atractivos del

—  
coche  
sabe  
Sa  
—  
El  
retiré

E  
glés.  
en m  
me r  
lentes  
al co  
Pero,  
no m  
nient  
denes  
tiva r  
me, c  
terarse  
cónse

Mi  
rralad  
espera  
no pr  
guna  
consic  
Sul  
el res  
el pes  
el pre  
estaba  
donde

Un  
kerton  
gados  
lanzar  
me hi  
nelas,  
hasta

—A  
nay.

—j

Me

—S

El

realiza  
que h

amor. ¿Cómo podía un hombre encontrar alegría alguna en una novia que no podía ser pintada o dibujada sin asumir el imponente aspecto de un acantilado inexpugnable, iluminado por el sol poniente? ¿Cómo podía un hombre encontrar alegría sin calor, sin ternura ni compasión?

Seguramente esas preguntas eran razonables; pero, en el mundo en que había nacido, Ruk Lann las había hecho muchas veces en vano. Y después de hacerlas había aguardado, como hombre paciente, hasta agotar todas las oportunidades de felicidad.

Entonces fué cuando se convirtió en un ser profundamente amargado. Y como él esperaba, sus emociones no le permitieron transigir, una vez que se hubo entregado al aspecto más rebelde de su naturaleza.

De acuerdo con el juicio de sus superiores, no había excusa alguna para entregarse a tal rebeldía; pues lo que él más deseaba era algo que iba contra la razón. Ansiaba verse en medio de la barbarie y el aislamiento, como sus más remotos antepasados; sentir el viento y la lluvia en la cara, y gritar su desafío a los cielos hostiles.

Se irguió, mirando altivamente a los cinco jueces, cuyo veredicto iba a declararlo culpable del crimen más grave que podía cometer un hombre del siglo veintiséis: tratar de viajar a través del tiempo. Ruk Lann era como un hombre que tendiese la mano hacia el fruto prohibido; siendo probable que, cuando lo tuviera fuertemente asido entre los dedos, podría verse despreciado y sin amigos.

La máquina, la evidencia de su culpa, seguía aún intacta, enhiesta en la sombra, a escasos metros de distancia del lugar donde se encontraba su inventor. Los dos se hallaban fuera del área de luz dorada que llenaba casi toda la enorme sala del tribunal. Los jueces habían decidido que el acusado

estuviera así, en la sombra, junto a su brillante invento, deliberadamente oscurecido por una sombra que cubría el complicado conjunto de metal, cristal y atomita.

¡Si Ruk hubiera actuado con un poco más de rapidez!... Lo habían detenido en el mismo instante en que se disponía a entrar en la máquina. Habían destrozado la puerta de su laboratorio, y se habían apoderado violentamente de él. El ultraje lo irritaba aún, y se preguntó si podría avergonzar a sus jueces por tal conducta, pero ocultando la profunda cólera que le inspiraba el increíble aprieto en que se hallaba.

—Ruk Lann, ¿tiene algo que alegar en su defensa propia, antes que sentenciemos su caso?

Aquello era absurdo. Recordó el credo de la sociedad en que vivía: el hombre que regresaba al pasado podía poner en peligro una serie interminable de felices futuros, alterando el curso entero de la historia humana. Y una *sociedad mala* podía tal vez tolerar ese crimen, ¡pero alterar la perfecta sociedad existente era algo contra toda razón... monstruoso e imperdonable!

Rápidamente, Ruk Lann estudió las caras de sus jueces, buscando en vano en ellas algún indicio de simpatía o comprensión. ¡Qué increíble le resultaba que aquellos hombres no hubieran tenido ningún impulso indomable o atormentado en su juventud!

¿Acaso el hombre no nace solo?; ¿no vive en la soledad, la mayoría de sus días, por alegre y brillante que sea el camino que recorra? ¡Es indudable que en algún punto del camino, antes que éste desaparezca detrás de un horizonte sin sol, todos los hombres sienten anhelos de explorar lo desconocido! ¡El viaje a través del tiempo no podía ser, por sí solo, un crimen!

Tras estas reflexiones, Ruk volvió a las realidades de aquel mundo en par-

ticular. Las caras de sus jueces eran máscaras de piedra, ni crueles ni piadosas.

Strab Mang, el más viejo de todos, tenía la mirada pensativa de un jugador de ajedrez; de un hombre sumido en el letargo del pensamiento; de quien planea una decisión que no ha de tener apelación.

Haciendo un deliberado esfuerzo, Ruk Lann venció su cólera, y se volvió tan cauto y calculador como sus enemigos. Fué estudiando por turno a cada uno de ellos, buscando un fallo de su resolución, pero no pudo encontrar ninguno.

El atóvil del tiempo se encontraba a unos pocos metros de distancia. ¿Debería correr el riesgo de tratar de alcanzarlo? Inmediatamente comprendió que para atravesar el trecho que lo separaba de él, en una carrera contra la muerte, necesitaría una serenidad y decisión supernormales. Eso significaría lanzarse audazmente a la tierra de nadie, enfrentar sus reflejos imprevisos con el más mortífero de los fuegos.

Ruk Lann tomó instantáneamente su decisión y se dejó caer sobre una rodilla.

A sus jueces les pareció que se había vuelto loco, al pedirles de ese modo piedad, sin pensar para nada en su orgullo.

La confusión que siguió a aquello le procuró su oportunidad. Mientras los jueces murmuraban y cambiaban entre sí miradas de sorpresa, echó a correr, lanzando un grito insultante de desafío. El grito aumentó la confusión, y Strab Mann sintió una cólera tan violenta que tardó un momento en darse cuenta de que el hombre que lo había desafiado se hallaba ya en movimiento. En cuanto se recuperó de su sorpresa, se puso de pie. ¡Pero la suerte había cambiado, y a Ruk Lann le quedaban solamente escasos

metros que cubrir para poder llegar a su meta!

De la cintura de Strab Mann colgaba un arma de energía, chata y compacta, cuyo cañón de tungsteno fundido brillaba con el resplandor helado de las estrellas. Se oyó un ruido apagado y amenazador mientras la levantaba y apuntaba con ella a la cabeza de Ruk Lann. Apuntó con calma, con la desesperante precisión del hombre que se juega el resto frente a una gran cantidad de probabilidades de perder.

Ruk Lann conoció unos momentos de miedo mortal mientras cubría los últimos metros que le quedaban para llegar a su máquina. Zigzagueaba como una hoja a la merced del viento, como un juguete a merced de una mente tan inescrutable y clarividente, que podía prevenir los movimientos de cualquier contrario en cualquier momento. Pero ninguno de los disparos hizo blanco.

Saltó adentro de su máquina. Los controles respondieron al frenético tirón de sus dedos. Se oyó un repentino y ensordecedor rugido, y la sala desapareció como si hubieran corrido una cortina. Los disparos del arma de Strab Mann fueron apagándose hasta convertirse en el eco lejano de un mundo al que nunca más volvería a regresar, Ruk Lann.

TAN increíble le parecía a Ruk el milagro de su huida, que, por un momento, se dejó vencer por el orgullo. Luego, cuando volvió a inclinarse sobre los controles, lo invadió una profunda humildad. Se enorgullecía de su proeza, pero no con orgullo egocéntrico. Más fuerte que el orgullo, sentía la conciencia de su herencia humana, que lo impulsaba a inventar, a persistir, a atreverse.

Durante siglos, los físicos matemáticos habían reflexionado acerca de la estrecha relación que hay entre el

tiempo y el movimiento. Desde hacía tiempo sabían que los hombres que viajaban en vehículos a velocidades tremendas, se encontraban, al salir de ellos, con que su sensación del tiempo se había alterado extrañamente.

Cuando la velocidad se aproximaba a la de la luz, la inercia dejaba de operar, y se iba creando una aceleración desproporcionada en relación con la magnitud de la energía que se había empleado para poner en movimiento el vehículo.

En el universo existía una fuerza cósmica incalculable que invalidaba la segunda ley del movimiento de Newton. Un vehículo en movimiento podía acelerar su marcha hasta alcanzar una velocidad tan grande que lo borraba, haciéndolo desaparecer.

Cuando esa clase de vehículos reaparecían mostraban huellas de haber envejecido. Los viajeros sólo podían recordar que habían perdido el contacto con la realidad durante un intervalo de pesadilla, de duración indefinida. Volvían semiparalizados, incapacitados, durante unos días, para adaptarse al movimiento, al sonido y al color, con la misma rapidez de percepción que los hombres y las mujeres normales. Hablaban y despotricaban acerca de luces cambiantes y sombras; de imponentes monumentos vistos como en un espejo oscuro, y de paisajes extraños como espejismos que cambiaban de forma con rapidez calidoscópica. A pesar de aquella cháchara, sus movimientos eran lentos y torpes. Cuando los interrogaban, contestaban entortadamente, como su fuera un tormento para ellos el pronunciar cada palabra.

Las pruebas rutinarias de los laboratorios revelaban una alteración de sus reflejos, y un cambio en la sensibilidad celular del ojo ante los colores; cambio que sólo ocurre cuando las células ganglionares del ojo humano han sido

expuestas a un aumento y descenso de la iluminación durante cierto período de tiempo.

El microscopio electrónico revelaba descubrimientos más asombrosos aún: la presencia (en huesos, músculos, piel y cabello) de virus parásitos desconocidos para la ciencia, pero que los remotos antepasados del hombre pudieron muy bien albergar en épocas inmemoriales.

Todas las pruebas indicaban un cambio de tiempo, inexplicable dado el breve período de la desaparición del vehículo. Las mentalidades más descollantes estudiaban el caso, procurando averiguar lo que aquello indicaba.

¿Había unas ondas cósmicas que atravesaban el tiempo, como los vientos que soplan a través de los pasos de las montañas; ondas cósmicas de tremenda violencia, que se apoderaban de los objetos velocísimos y aumentaban su velocidad hasta hacerlos desaparecer en el pasado?

¿Era la velocidad de la luz la clave del misterio? ¿Al llegar a la velocidad de la luz, pasado y porvenir se confundían en un solo y deslumbrador camino, que los hombres podían recorrer mientras en sus oídos retumbaba el paso del tiempo y sus ojos se deslumbraban ante un esplendor que ni siquiera podían soñar?

Hacia ya mucho tiempo que Einstein había declarado que todas las masas afectan en cierto modo el espacio que las rodea, y que un objeto que se mueve puede ser influido en su movimiento por las características del espacio ambiente. Para el observador que permanece inmóvil y fijo en un punto del espacio, el pasado puede parecer muy bien algo que no se recupera jamás. Pero si de repente aumentaran la masa y el movimiento, impulsando al observador más allá de ese punto fijo, a la velocidad de la luz, el pasado

comenzaría a desfilar ante él, asumiendo los firmes contornos de la realidad.

De ese modo se podría reconstituir toda la historia humana, se la podría presenciar de nuevo, si se conseguía utilizar ciertas oscuras energías cósmicas, de acuerdo con los principios del cambio de la masa y la aceleración de la velocidad.

Al principio, esas posibilidades habían parecido demasiado técnicas para poder explorarse y dominarse del todo. Seguramente, la teoría heliocéntrica del universo no ofreció mayores dificultades a Galileo; ni las complicaciones de la corriente electromagnética inducida, a Faraday. Ni siquiera Einstein, al crear una nueva ley del espacio-tiempo para el universo, se halló ante dificultades tan enormes.

Pero Ruk Lann había vencido las dificultades. Había construido un atóvil del tiempo, que un tripulante podía dirigir desde dentro y que al principio viajaba a la velocidad de la luz y luego cada vez más aprisa, conforme las ondas cósmicas se apoderaban del atóvil, disolviendo ante su camino todas las barreras del tiempo.

¡Y lo que era aun más notable, el tripulante podía permanecer consciente... cuerdo! Las unidades estabilizadoras del tablero de control absorbían el shock, se ajustaban a los cambios que ocurrían dentro de la máquina, conforme ésta iba creando tensiones internas peligrosas para el cuerpo humano. Ruk había vencido tan a la perfección todos los problemas, que las dificultades técnicas se habían desvanecido como el rocío bajo el sol de mediodía.

El cuerpo y la mente de Ruk no sufrirían, ni su sensación del tiempo se alteraría cuando él volviera a las edades de luchas y aventuras con las que en su infancia había soñado durante largas tardes doradas, leyendo viejos libros, sin hacer caso de las micro-

películas y los secos juicios y cálculos que nunca hacían la debida justicia al pasado.

Mientras se inclinaba sobre los controles, una gran emoción maravillosa lo invadió. Este hombre tenía quizá la inteligencia más clara de su época; pero su corazón seguía siendo el de un muchacho de veinte años, que soñaba con tierras remotas y deslumbradoras, perdidas en un mundo de encanto que su destino le ordenaba explorar.

Por su mente pasaron los versos de un poema ya casi olvidado.

*Recuerdo los barcos y los negros  
muelles,  
y las mareas que los azotaban,  
y a los barbudos marineros  
españoles,  
y la magia y el encanto de las  
naves,*

*y los misterios del mar.*

Porque los pensamientos de la juventud están llenos de anhelos.

¡El mar! ¡Las aventuras y el mar eran dos deslumbradoras facetas de la misma joya, inseparablemente unidas por la eternidad! Primero buscaría el mar. ¡Su primera parada sería una playa clara, con gaviotas que revolotearan sobre el agua y grandes olas retumbantes!

**¡C**ARAMBA, si es la señorial —dijo Péter Poyce, subiendo por el sendero que tan bien conocía el caminito blanco y serpeante, marcado con conchas de ostra, que conducía hasta la blanca casita situada en el más alto de los acantilados del cabo Cod.

Allá abajo, el mar brillaba como la plata. Un avión surcaba ruidosamente el cielo azul del verano.

La niña que estaba en mitad del sendero, frunció el entrecejo y miró el caballete que Peter llevaba debajo del brazo.

—Mamá dice que está cansada de

ner. espíri del h para e pioner to el planet dos p hombr que h vilizac dije. I

Una levanta la pala al anc bre esp nobleci vicio p —Tic tante p Sólo bía des riodistas Colbe al presi ojos adv una serj Yumi des emp dientes; Schocker prendent tre ella y —En comen cer a nu interesan

posar. Dice que por qué no nos vamos de picnic. —De picnic, ¿eh? — Peter se echó a reír y le dió una palmadita en la mano. Luego se quedó mirando una gaviota. — Sí... Un picnic sería bastante agradable, Cárolyn; pero, ¿no crees que sería una vergüenza irnos de picnic cuando faltan nueve décimas partes para terminar el retrato de mamá?

—Mamá dice que es horrible eso de ser viuda — contestó Cárolyn, comenzando a andar junto a Péter.

—¡Oh! — los ojos azules de Péter brillaron bajo los cabellos rubios y revueltos. — ¿Y te ha dicho por qué? —Creo que mamá quiere volverse a casar. Pero me ha dicho que no era justo pedirle a un hombre con genio artístico...

—¡Querrás decir temperamento, señorita!

—Estoy repitiendo lo que ella dijo. Dijo que no sería justo pedirle que mantuviera a la hija de otro hombre.

—Tu madre es una mujer maravillosa, Cárolyn — dijo Péter —; pero a veces es más terca que un escocés de Dundee... Aunque, pensándolo bien, en los hombres nunca se encuentra esa testarudez. Tú también la tienes.

Cárolyn guardó silencio. Luego le hizo una petición asombrosa.

—Me gustaría que le pidieras a mamá que se case contigo ahora mismo. *El pirata se la llevará, si no lo haces. Se pasa todo el tiempo mirándola — se detuvo para atarse un zapato, y la cara se le enrojeció —. Esta mañana estaba en la playa, mirando a mamá — dijo casi gritando —. Yo le dije que se fuera, pero él se rió y no me hizo caso. Tiene una larga barba roja, y llevaba unas botas altas y manchadas de barro como las de los pescadores, y me dijo que mamá era la mujer más linda que él había visto.*

—¿De veras? —sonrió Péter—. No me habías dicho que conocías a un pirata.

—Quizá no era un pirata — se retractó Cárolyn, poniéndose a andar de nuevo junto a él—; pero lo parecía. Vaya si lo parecía. Pero cuando le pregunté si lo era, se rió y me dijo que no había piratas en el lugar de donde él venía.

—¡Bueno, pues eso lo aclaró todo! —le contestó Péter—. Pensándolo bien, no se ha visto ningún pirata en la costa de Nueva Inglaterra, desde mediados del siglo dieciocho. Ahora corre y dile a tu madre que estoy aquí.

Diez minutos más tarde, Péter preparaba el caballete en el living de la casita. Quería estar listo para cuando entrara la madre de Cárolyn. Se imaginaba que no querría posar para él en un día en que el mar resultaba tan apetecible. Era un día perfecto para nadar; pero Bárbara Chíntook, con su impermeable de tela embreada, lo atraía más que ninguna de las hijas de los pescadores, cuando posaba para él sobre el fondo del ventanal del living.

Péter admiró los ricos tonos de azul y ocre de su paleta; dispuso la luz hasta que el retrato, casi terminado, asumió la suavidad y riqueza de colores de un Rémbbrandt; luego se puso a jugar con su pipa.

Estaba de pie junto a la ventana, mirando el retrato a través de una nube de humo azul, cuando ella entró en la habitación.

Sin un segundo de demora, Péter se entregó por entero a su pasión de artista. Sus ideas se aclararon, se depuraron, y su corazón comenzó a cantar.

Ella era joven, esbelta, muy rubia, y sus ojos tenían el azul profundo y tranquilo del mar en la base de los acantilados. Llevaba un claro vestido veraniego, y se movía con paso ligero y gracioso al ir de aquí para allá, arreglando una cortina arrugada, poniendo en su lugar la flor de un jarrón...

—Hola, Péter —dijo.

Péter dejó su pipa, se acercó a Bárbara y le levantó la barbilla con el pulgar. Luego la miró largamente a los ojos. Sus labios se unieron en un beso, que habría sido muy prolongado si él no lo hubiera interrumpido, murmurando:

—Cárolyn piensa que estamos perdiendo el tiempo. Ella cree que deberíamos casarnos antes de que te rapte el pirata.

Los ojos de Bárbara se nublaron.

—Péter, ese casamiento no resultaría bien. Procura apartarte un poco y mirarlo (mirarnos) desde lejos, como hacen los comprobadores de cuadros, cuando quieren estudiarlos y buscar en ellos sus cualidades permanentes. Esta muchacha lo mira así; sabe lo que significaría casarse con un artista. Una vez creyó que podía pintar y vivió un año entero en Nueva York. ¡Hasta tuvo una compañera de departamento, que estaba comprometida con un artista!

—¡No es una cosa de broma!

—No hablo en broma, Péter. Cárolyn te enloquecería. Se pegaría a ti y se pasaría todo el tiempo haciéndote preguntas, cuando quisieras pintar. Y yo no quiero enviarla a una escuela. No soy una madre de esa clase.

—Sí, ya lo sé. A mí no me importa...

—Te importaría. Cárolyn es una niña extraña, muy sensible, Péter, en más aspectos de los que te imaginas. Hace cinco días que no habla de otra cosa más que de ese pirata.

—¿Se quien es ese pirata —aseguró Péter—. Y voy a probarte ahora mismo hasta qué punto comprendo a Cárolyn. Tiene una imaginación fértil y se ha creado un compañero imaginario.

—¿Un compañero imaginario?

—Precisamente. Es como el caso de la niña que... bueno, es un ejemplo clásico de esas cosas que yo leí no sé

dónde. Una niña de seis años se imaginó que iba acompañada a todas partes por Thumbelisa, que era una niña diminuta y de ojos azules, nacida en un tulipán. Thumbelisa se convirtió en alguien tan real para la verdadera niña, que ésta comenzó a imaginarse que ella era también diminuta. Se acostumbró a ponerse en puntas de pie, a ponerse las manos como una bocina en la boca y a gritar a los mayores. Hasta se sentía incómoda y molesta en presencia de otros niños. Porque la niña diminuta de su fantasía, era la idealización subconsciente de su persona en relación con la realidad. Era una niña supersensible, y la dureza y estupidez del mundo le hacían sentirse frágil y minúscula. No le hizo daño creer en Thumbelisa. Al cabo de un año o dos abandonó la idea. Sólo los niños más inteligentes e imaginativos tienen fantasías así —Péter sonrió—. ¿Ves? Si las revistas se negaran a publicar en sus cubiertas más ilustraciones, podría ganarme la vida como psicólogo infantil.

—Para mí, todo eso no tiene sentido —expresó Bárbara—. Si el pirata es una idealización subconsciente, Cárolyn debe pensar de sí misma como de un matón jactancioso.

—Es una chica traviesa —dijo alegremente Péter—. Cárolyn puede interpretar muy bien la realidad. Por eso su compañero imaginario es un pirata. Ella no quiere aceptar las frases hipócritas de los mayores.

Por un momento, los labios de Bárbara se aflojaron en una sonrisa. Luego, la inquietud atormentada volvió a sus ojos.

—Péter, no sé qué decir. Aunque te gusten los niños... aunque Cárolyn no te ponga nervioso ahora... por el momento...

—Te digo que no.

—Te pondría con el tiempo, Péter. Si los tres estuviéramos encerrados en un departamentito de Manhattan, no

podrías trabajar. Te destrozaría los nervios.

—Subestimás mi poder de concentración. Si pudiéramos preguntárselo ahora mismo a Cárolyn...

**P**ERO Cárolyn pensaba que había un momento para las preguntas y otro para huir. Después de haber escuchado lo que decían, con el oído pegado a la puerta, le agradó verse de nuevo en la playa, corriendo con los pies descalzos, mientras el viento le alborotaba los cabellos.

Mientras corría formuló un deseo: el de que todo se arreglara antes de la hora de comer. No le gustaba volver, comerse un sándwich frío y ver que Péter se había ido y que mamá lloraba de nuevo.

La marea subía, llevando hacia la playa algas y conchas frágiles y brillantes. Cárolyn se inclinó y tomó un gigantesco cangrejo. El animalito tenía cierta belleza, a pesar de la fealdad de sus múltiples patas que se agitaban convulsivamente.

Al cabo de un momento dejó el cangrejo y se puso a mirar la bahía. Para los ojos de su imaginación, lo que se extendía ante su vista no era el océano Atlántico, sino el mar Caribe. Un gran galeón español entraba al puerto, con sus velas rojas y amarillas flameando por la brisa.

Aquel milagro particular era casi tan hermoso, a los ojos de Cárolyn, como el cangrejo gigante; casi tan hermoso y sin las horribles patas que se agitaban.

El pirata se acercó a grandes zancadas, desde el rompeolas, con las cejas furiosamente unidas, como si acabara de llegar a tierra y buscara a alguien a quien asustar. Al ver a Cárolyn, sus ojos brillaron y lanzó un gran grito, a guisa de saludo.

Antes de que ella pudiera dar media vuelta y huir, el pirata estaba a su lado, cerrándole el camino; sus ojos azu-

les y helados la miraban levemente acusadores.

—Hija de una edad bárbara, ¿dónde está tu madre?

Cárolyn parpadeó furiosamente. Deseaba con toda el alma creer que el pirata era tan real como el galeón. Cerró los ojos y cuando los abrió de nuevo, rápidamente, esperaba que habría desaparecido. Fué inútil. El pirata era tan real como la arena que ella tocaba con sus manos y como las huellas que en la misma dejaban sus propias pisadas.

—Mamá no se sentía hoy con ganas de nadar —dijo, miedosamente, retrocediendo—. Yo no tengo la culpa. ¡Yo... no hice nada!

—¡Cállate, niña! —la voz del pirata se hizo menos áspera—. No he pretendido asustarte. Pero cuando vi a tu madre comprendí que podía volver a la época glacial de Wisconsin, sin encontrar en todo el tiempo una mujer que más me gustara. Es una de esas raras mujeres, exquisitamente hermosas, que resultan civilizadas aun en una época del más rudo de los barbarismos —se dió una palmada en la rodilla—. ¡Cuando la vi comprendí que, mientras haya en el mundo una belleza semejante, la vida le dará siempre al hombre más de lo que le quita! —los ojos del pirata



relucieron—. Su belleza es como una llama, que calienta todo lo que toca; que a mí me da calor, aun en medio de mi soledad, llenándome de extrañas esperanzas.

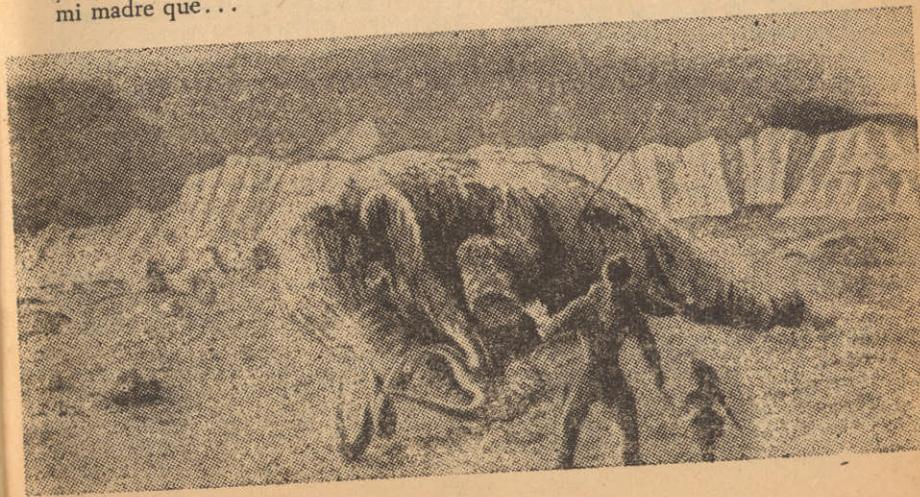
—¡A mí usted no me engaña! —dijo Cárolyn, tragando con fuerza saliva—. ¡Usted quiere raptar a mi madre!

El pirata volvió a darse una palmada en la rodilla mientras la alegría bailaba en sus ojos.

—¡Raptarla!... ¡Santo Dios, soy bastante primitivo para no sentirme atraído por esa forma bárbara de cortejo! Si supieras cómo ruge a veces la vida dentro de mí... Soy como un león hambriento, que recorre al acecho la selva. Pero antes que raptar a tu madre, prefiero conquistar su amor, con un gran despliegue de belleza y sabiduría, alegría y ternura. ¡Los siglos están a nuestra disposición, para que los exploremos!

Cárolyn decidió que el pirata era tan terrible como un perrazo lanudo que corre y ladra al borde del agua; un perro al que se puede amansar con unas cuantas palabras amables.

—Tengo que irme —dijo, tratando de hablarle con su voz más suave—. Es ya hora de comer, y yo le prometí a mi madre que...



—Niña, ¿te gustaba el pirata, con ojos que bailaban de alegría—. Tu madre no me conoce, y tal vez me costaría mucho trabajo convencerla para que hiciera el viaje. Tú puedes ser sus ojos y sus oídos. Cuando le digas lo que has visto, su natural curiosidad de mujer le hará sentir deseos de viajar también conmigo. ¡Tendrá que creerte cuando le muestres antiguas puntas de flecha, hechas con los colmillos de un enorme mamut!

Cárolyn no había pensado nunca en seguir al pirata, a través de la playa, hasta la caverna; pero él seguía hablando y sus palabras la hipnotizaban.

—Cuando veas un mamut, niña, nunca más volverá a emocionarte un elefante. ¡Oh, aquello es tremendo! Campos de hielo que brillan al sol, enormes barrancos helados y relucientes. ¡Es un mundo estupendo, niña!

Cárolyn no había pensado nunca en acceder. Debería haberse tapado los oídos, negándose a escucharlo. Pero había en el pirata un no sé qué, parecido a lo que la impulsaba a levantarse durante Nochebuena, de madrugada, y bajar descalza y en silencio la escalera.

—¡Un mundo de hombres, niña! Pero a tu madre le gustará también aque-

llo. ¡Estaremos solos bajo las estrellas, tu madre y yo!

Cuando llegaron a la caverna, la marea seguía subiendo. Junto a la entrada habían unas rocas grandes y planas, escurridizas por las algas. Subieron a ellas; pero no pudieron ver al principio gran cosa: sólo las paredes de la caverna que se elevaban en la oscuridad, cubierta de percebes, y una clase muy rara de mejillones, que lanzaban una especie de silbido cuando se los apretaba.

El interior de la caverna olía fuertemente a sal y algas marinas.

—Mejor será que me des la mano, niña —le previno el pirata—. El reborde es peligroso.

La palma de la mano del pirata no tenía nada de áspera, aunque Cárolyn se había imaginado que estaría encallecida de tanto tirar de las sogas en el mar. La niña sólo sintió una pequeña presión de la mano que la guiaba para impedir que se escurriera.

De repente, el pirata se detuvo y le señaló algo.

—Ya hemos llegado —dijo—. Ten cuidado ahora.

Cárolyn pensó al principio que era una boya, una gran boya de metal como las que brillaban en medio del canal, más allá del faro de Graystone. Luego vio brillar algo adentro, y distinguió la puerta abierta y se sintió asombrada y maravillada.

—¡Yo mismo construí el atóvil! —dijo el pirata, irguiéndose en toda su estatura; y sus ojos oscuros relampaguearon—. Antes que yo, nadie viajó

a través del tiempo. ¡Yo fui el primero en realizar la proeza!

**D**ESDE la ventana del living, Bárbara vio venir a su hija por el caminito, con la cara enrojecida de excitación y llevando en los brazos un pequeño animal peludo. El animal parecía un corderito blanco; luchaba y se debatía, y Cárolyn se esforzaba por tranquilizarlo, acariciándole el lomo.

Bárbara se apartó de la ventana, pálida hasta los labios.

—No le ha pasado nada, Péter —dijo con voz serena—. Mejor será que telefonees al shériff y se lo digas —vaciló y tuvo que sentarse—. Nunca más podré mirarlo de nuevo a la cara. Por todo el pueblo correrá la voz de que soy una de esas madres histéricas que arruinan la vida a sus hijas. No lo soy, Péter. Tú lo sabes. Pero cuando dieron las cinco y vi que no venía...

—Yo también estaba muy preocupado —reconoció Péter—. Me olvidé de que los niños no tienen idea del tiempo, y menos cuando están jugando en una playa, con la marea baja. Te apuesto lo que quieras a que encontró una cueva y fué a explorarla.

—¡Pudo haberse ahogado!

—No se ahogó. Eso es lo único que importa.

Péter sonrió, le dió una palmadita en el hombro a Bárbara y luego salió al hall.

Se acercaba al teléfono cuando un pequeñísimo relincho llegó hasta sus oídos, y la puerta principal se abrió de par en par. Péter abrió mucho los ojos,

### Atún recalcitrante

**E**L atún es uno de los peces más recalcitrantes a las radiaciones atómicas: según estudios realizados inmediatamente después de diversas explosiones nucleares, sólo las escamas del atún resultan afectadas por las radiaciones, pudiendo ingerirse sin ningún peligro todas las partes comestibles. ¡A comer atún, pues!

se arrancó la pipa de la boca y parpadeó furiosamente.

Cárolyn se hallaba en el umbral, con el pequeño animal blanco. Tenía la cara enrojecida y sus ojos brillaban.

—¡Oh, no! —exclamó Péter—. ¿Estoy loco? ¿Eso es un eohippus?

—¿Verdad que es muy lindo? —le preguntó Cárolyn.

Mientras hablaba, dejó el caballo en el suelo, escuchando los furiosos golpes de sus cascos de tres dedos sobre el suelo de madera, con la misma tranquilidad que si fueran las patas de unos saltamontes encerrados en una caja de fósforos vacía.

Mientras Péter lo miraba, el diminuto animal se soltó de las manos de la niña y comenzó a correr, describiendo furiosos círculos en torno a sus piernas, con la crin erizada a lo largo del cuello. Era un caballo de menos de veinte centímetros de altura, un caballo pigmeo, de dilatadas narices. Al parecer, sentía unos deseos locos de escapar.

—El pirata lo cazó para mí —dijo Cárolyn—. ¡Vivió hace un millón de años!

Durante un momento, Péter permaneció mirando al caballo en ceñudo silencio. Luego se arrodilló, tomó a Cárolyn de los hombros y la miró a los ojos, suplicante.

—Somos amigos, ¿no es cierto? —preguntó—. ¿Camaradas?... Claro que sí. Ahora, quiero que me digas la verdad. ¿Dónde y cómo conseguiste ese animalito?

—Péter, ¿tú no creerás que...? —comenzó a decir Bárbara.

—Venid conmigo —formuló ansiosamente Cárolyn—, y yo os lo mostraré.

**M**IENTRAS atravesaban la playa, hacía la caverna, Péter dijo: —¡Cárolyn no sacó de la nada ese caballo prehistórico!...

Se sentía completamente divorciado

del mundo familiar y de la realidad, mientras seguía a la niña, extraña como un duende. Se preguntó dónde estaría el límite entre la cordura y la locura.

—¡Ahí está la caverna! —anunció vivamente Cárolyn, interrumpiendo los pensamientos de Péter—. ¡El pirata dijo que me esperaría aquí, si le traía a mamá! ¡A lo mejor se ha vuelto a ir de viaje!

Péter sintió la fresca brisa del mar que le refrescaba la frente; se humedeció los labios y miró interrogativamente a Cárolyn y luego a Bárbara.

—Si el pirata no está aquí —dijo—, no encontraremos el atóvil del tiempo, como Cárolyn lo llama. ¿No era eso lo que querías insinuar?

—Péter, te equivocas —murmuró Bárbara—. Los niños adornan sus mentiras con toda clase de detalles; pero uno se da cuenta siempre de cuándo están mintiendo —apretó con fuerza el brazo de Péter—. Cárolyn se está comportando de un modo perfectamente natural. ¡Oh, me gustaría poder entenderla!

—A mí también —murmuró Péter, al llegar a la entrada de la caverna.

Subió a las rocas planas que tapaban a medias la entrada, se irguió y escudriñó con la mirada la penumbra.

La máquina se interponía directamente en su camino, como una enorme boya herrumbrosa que hubiera sido impelida hasta la costa por la tempestad. ¿Cómo podía aceptar aquel terrible desafío a su cordura?

El caballo enano le había sobresaltado desagradablemente; pero el caballo era más fácil de aceptar que aquel complicado conjunto de brillantes diales, tuercas y ruedas que se veían dentro de la máquina.

La complejidad del instrumento lo mareaba. Mientras lo miraba, notó que Bárbara estaba detrás de él. Como la mayoría de los hombres que encuentran la vida agradable y están mal prepara-

dos para los desastres, su extrema perplejidad le impedía hablar o actuar. El roce de la mano de Bárbara le devolvió el equilibrio. Luchó por recuperar en lo posible la calma, por mostrarse práctico y tranquilo.

—Es un objeto muy extraño —dijo al fin, con los ojos fijos en la pálida cara de Bárbara—. Voy a examinar la maquinaria. Mejor será que esperes ahí.

Un minuto después, estaba dentro de la máquina.

Cárolyn dijo:

—Lo primero que hizo el pirata fué sentarse. Luego me levantó, sentándome junto a él, y empezó a darle vueltas a esa rueda grande...

—¡No toques nada! —murmuró suplicante Bárbara—. ¡Péter, ten cuidado!

—Yo te enseñaré lo que hizo —dijo Cárolyn.

Antes que Péter pudiera protestar, Cárolyn había atravesado la puerta y se había sentado junto a él.

Bárbara la siguió, pálida como la cera.

—¡Cárolyn, no hagas eso! ¡¡Cárolyn!!...

Se hallaban los tres dentro cuando se sintió el tirón hacia arriba. Se produjo un repentino zumbido, las luces brillaron con fuerza, se oscurecieron y volvieron a brillar. Los tres fueron lanzados hacia adelante en medio de la oscuridad, y hacia atrás al hacerse de nuevo la luz. Con rígidos movimientos de miedo, lucharon por mantener el equilibrio.

Bárbara gritó. Cárolyn lanzó una exclamación de placer. Comenzaron a dar vueltas y más vueltas, como si cada uno se encontrara en un tióvivo, separado entre sí, pero movidos todos por la misma fuerza.

Vueltas y más vueltas.

Péter se mareó. Su cuerpo se había vuelto más ligero, y giraba en la claridad como una sombra que da vueltas en una pantalla.

Luego, el movimiento cesó brusca, asombrosamente. Péter sintió que volvía a ser una entidad material, sentada ante el dial luminoso de una máquina electrónica, cuyas partes habían dejado de girar.

—¡Hemos vuelto a la Edad Glacial! —dijo Cárolyn.

Péter se quedó mirándola y no dijo nada. Oyó un ligero silbido como si el aire de la máquina se escapara hacia el aire más frío de afuera.

Miró a Bárbara, que, silenciosa y con la cara color ceniza, estaba sentada a su lado, mordiéndose los nudillos.

Cárolyn abrió la puerta, con un suspiro de puro deleite.

Algunos copos de nieve entraron en la máquina. Bárbara dejó de morderse los nudillos y exclamó:

—¡Es cierto, Péter! ¡Lo siento mucho, pero es cierto! ¡Oh, Péter!...

—Tengo que comprobar esto —murmuró Péter—. Es un locura.

—Voy contigo —declaró Bárbara—. Cárolyn, quédate aquí para que no te enfries.

Péter y Bárbara se hallaron ante un mundo de nieve y hielo, con trozos de tierra desnuda espaciados, e inmensos glaciares de un blanco azulado, allá a lo lejos, levantando sus picos hacia el cielo flamígero.

Cárolyn comenzaba a sentirse asustada y triste, cuando el pirata volvió a aparecer, surgiendo de entre las sombras.

—Me alegro de que no me descubrieras, niña —dijo—. Procuré ocultarme a la vista de todos, pero sentía calambres en las piernas y tuve que moverme una o dos veces, detrás del tablero de control. Vi que me mirabas. Los niños, por lo general, tienen la vista muy buena.

Cárolyn tragó saliva, abriendo mucho los ojos.

—Yo... ¡no, no lo vi! —balbuceó—. ¡No sabía que usted se había escondido de mamá y de Péter!



El se acercó a ella, dominándola con su estatura. Sus ojos se habían vuelto severos.

—Niña, ¿recuerdas lo que te dije esta mañana? ¡La Edad Glacial es un mundo de hombres! ¡El no durará ni dos días aquí!

—¿Quién?

El pirata rió ásperamente.

—¡Ese hombre pálido y delgado con el que tu madre se ha encaprichado! ¿Qué ve en él? ¡Dímelo! ¿Perdería una noche el sueño si no volviera a verlo más en toda su vida?

—Están enamorados —contestó Cárolyn—. Van a casarse.

El pirata tomó de la mano a Cárolyn.

—Ven; vamos a buscarlos. Entonces, tú podrás preguntarle qué ve en él. Sus preguntas me ilustrarán acerca de lo que siente, y podré comenzar su curación; pues antes de curar una enfermedad, hay que comprender los síntomas.

Afuera hacía frío, pero no frío helado. El pirata explicó que, aun en la Edad Glacial, la nieve se derretía en algunas ocasiones, y el tiempo se templaba.

Era como un fresco día de otoño, con pequeñas ráfagas de nieve, que alborotaban los cabellos de Cárolyn y le hacían estremecerse al caminar.

Deseó que la mano del pirata fuera más cálida, más firme. Casi no sentía sus dedos al tirar de ellos y le costaba trabajo creer que aquel hombre era alto y fuerte, mientras no lo miraba a los ojos.

SE hallaban en lo alto de un montecillo cuando la tierra comenzó a temblar y grandes grietas se abrieron en la nieve, dando a la blanca superficie que se extendía ante ellos el aspecto de un rompecabezas. No se veía nada; pero el pirata se dió rápidamente cuenta del peligro.

Tomó a Cárolyn del hombro y la guió hasta un lugar seguro en una gran peña gris.

—Ocúltate —le dijo, agachándose a su lado—. Ocúltate y baja la cabeza hasta que yo te diga que no corres ningún peligro.

Cárolyn miró a través de una grieta de la roca, con la boca repentinamente seca.

El séptimo año de la vida es una continua aventura. Pero, a veces, las cosas nuevas y asombrosas se suceden con tanta rapidez que dejan una impresión imborrable en la imaginación de los niños. Mientras Cárolyn miraba, un nuevo montículo se alzó junto a la base del altozano donde ellos estaban.

Era gris y peludo, y cuatro largas pértigas sobresalían de uno de sus extremos. Las pértigas eran azuladas y relucientes, como de hielo, y el objeto parecía tener ojos.

¡De repente, Cárolyn se dió cuenta de que el segundo peñasco era una enorme bestia peluda!

—¡Un mastodonte! —murmuró el pirata—. Eran de la familia del elefante (sus primos hermanos, se podría decir), pero tenían cuatro colmillos en vez de dos.

El mastodonte buscaba, al parecer, un desahogo a su rabia, pues de repente dejó de moverse con torpeza y comenzó a subir la cuesta como un juggernaut, sacudiendo la tierra con sus mazos cascos.

—¡No te muevas! —dijo el pirata, sujetando a Cárolyn por la mano—. Si nos ve, se dirigirá hacia nosotros.

Y los dos se tiraron a tierra.

Cárolyn no quería gritar; pero su instinto se lo pedía, y temía no poder contenerse.

No llegó, sin embargo, a gritar. Cuando la mano del pirata subía hacia su boca, una larga lanza voló por los aires y se hundió en los flancos del mastodonte.

La enorme bestia vaciló; lanzó un terrible bramido de dolor; se le doblaron las patas delanteras, y se fué escurriendo por la nieve y el hielo, abriendo un surco manchado de rojo.

El pirata se levantó y se enjugó la frente.

—¡Niña, de buena hemos escapado! —exclamó.

Agachó la cabeza, oportunamente. Detrás del animal había aparecido un salvaje alto y bronceado, que comenzó a subir la cuesta, con los hombros erguidos; luego se detuvo junto al animal muerto y se quedó un momento mirándolo, protegiéndose los ojos con una mano, para que no los dañara el resplandor del hielo.

—¡El hombre de Fólson! —exclamó el pirata—. ¿Verdad que esto es extraordinario? Ese hombre era un magnífico cazador; un protomogoloide, con gran ingenio para trabajar el pedernal. Vivió hace veinticinco mil años. ¡Imagínate, niña! ¡Es el primer hombre que puso el pie en el Nuevo Mundo!

—Pero ahora está vivo, ¿no? —murmuró Cárolyn.

—Todo hombre que vivió vive aún, niña. En el tiempo no existe la muerte real. Cuando un hombre muere, vivía aún hace diez minutos o diez años. Siempre está vivo para los que viajan hacia atrás a través del tiempo, para encontrarse con él cara a cara.

—¿Qué hará cuando nos vea? —preguntó Cárolyn.

—No nos verá, si no te mueves —dijo severamente el pirata—. Dejémosle un momento regocijarse de su fuerza y habilidad. ¡Ah, es un verdadero hombre! No se parece en nada a ese flacucho de pecho hundido, por el que se ha encaprichado tu madre.

—Y cuando éste deje de hacer alarides, ¿qué hará? —insistió Cárolyn.

—No puede decirse que esté alardeando —le contestó el pirata—. No tiene público. Quiero decir que no sabe

que lo estamos mirando. Cuando termine de regocijarse de su fuerza, se reunirá con los de su tribu, y luego volverán todos para desollar el animal.

El hombre de Fólson se golpeó el velludo pecho y dió con el puño al mango de la lanza hundida en el costado del mastodonte. Luego mostró los dientes.

—¡No cabe duda de que está enamorado de sí mismo! —dijo Cárolyn.

—Tiene razón para estarlo.

El hombre de Fólson dió por fin media vuelta y bajó a grandes zancadas la cuesta, con un aire de seguridad y bravura que no se habría podido tolerar en otro hombre menos dueño de sí mismo que aquél.

El pirata dijo:

—Sería espantoso poner la capa de la civilización sobre esos hombres. Las edades futuras lo irán amansando. Creará las culturas maya y azteca, pero nunca conocerá un momento más grande que éste.

Mientras hablaba, el pirata se inclinó y arrancó la lanza de la carne del mastodonte. La limpió, frotándola en la nieve y luego la alzó y la examinó.

—Las puntas de Fólson sólo han sido sobrepujadas por las de Yuma —dijo—. Las cortaban a mano consumados maestros. En el Viejo Mundo ese arte no apareció hasta mucho más tarde, en el neolítico: en las dagas de piedra egipcias, predinásticas, y otros objetos parecidos.

SE oyó un grito, no muy fuerte, que del lado opuesto de la colina. Al principio, Cárolyn casi no prestó atención a él; estaba demasiado absorta, mirando la enorme mole del mastodonte muerto, para darse cuenta de que la cara del pirata se había puesto muy pálida.

—Es tu madre —exclamó éste, lanzando lejos de sí la lanza, como si de repente se le hubiera convertido en una serpiente venenosa. Mientras el arma

rodaba cuesta abajo, volteando y saltando como algo vivo, el pirata asió de la mano a Cárölyn, y los dos juntos corrieron hacia el lugar de donde procedía el sonido.

Bárbara se hallaba al pie de la colina, asiéndose a un estrecho resalto rocoso, que sobresalía encima de una enorme hoquedad abierta en la tierra; especie de anfiteatro natural que un glaciár de enormes dimensiones había dejado al desprenderse. Bárbara miraba hacia abajo, a un espectáculo que dejó paralizados en su carrera a Cárölyn y al pirata.

El hombre de Fölsom avanzaba hacia Péter Joyce, agitando los enormes brazos y con una mirada de furia asesina en los ojos.

Cuando el salvaje se acercó a Péter, lanzando un aullido de rabia, éste le dió un puntapié y saltó hacia atrás. El salvaje vaciló, y le mostró los dientes, mientras sus ojos almendrados y estriados de sangre, relampagueaban. Se acercó de nuevo. Péter le dió un furioso puñetazo en la cara.

El hombre de Fölsom agarró la oreja derecha de Péter y comenzó a retorcerla, mostrando siempre los dientes. Péter asestó un terrible golpe al estómago del salvaje, seguido de un fuerte derechazo a la mandíbula.

El salvaje soltó la oreja de Péter, lanzó un aullido de dolor, se inclinó, reunió un puñado de nieve y lo tiró a la cara de Péter. Luego, lanzando un ronco gruñido, rodeó con los brazos las piernas de Péter y lo derribó violentamente a tierra.

Instantáneamente, Péter se soltó de sus brazos y, rodeando con las piernas el torso del hombre de Fölsom, puso en práctica una hábil técnica. Tiró, retorció, apretó.

Detrás de la oreja hay un lugar especial que puede inmovilizar a un contrincante, si uno tiene suerte.

Péter la tuvo. Su pulgar encontró el sitio.

CAROLYN sintió un golpecito en el codo.

—¡He sido un tonto, niña! —murmuró el pirata—. Tu madre no podrá amarme nunca. Ese Péter es un hombre de valor. ¡Qué buscaba yo al iniciar mi viaje, sino el verme junto a un hombre de esa clase en una lucha heroica del bárbaro y legendario pasado!... —de repente se irguió en toda su estatura—. No temas, niña. Si corres a reunirme con tu madre y con ese hombre valeroso, todo saldrá bien. Dale a la rueda grande una vuelta en el sentido de las agujas del reloj, y volveréis directamente a vuestra época —hincó una rodilla en tierra, e hizo girar a Cárölyn, hasta ponerla de frente hacia el atóvil—. ¡Recuerda lo que te dije, niña! Nada se pierde realmente en el tiempo ni en el espacio. Cuando vuelvas a tu casa junto al mar, seguirás creciendo en fuerza y sabiduría.

Mientras el pirata hablaba, el sol doró uno de los distantes picachos de hielo y brilló por un instante en las alas de un gorrión. El pirata siguió con sus ojos al pájaro y se sintió poseído de un extraño anhelo.

—La historia —prosiguió diciendo— es como un gran río que fluye desde las montañas del mar, separándose en distintos brazos y bordeando islas resplandecientes de belleza, hasta que al fin vuelve, convertido en ancho y rugidor torrente, a la fuente de la vida. Las vidas individuales pueden formar remansos maravillosos en la corriente, pero nunca pueden cambiar por sí solas el curso del río. La historia la hace la humanidad, en su conjunto, marchando hacia adelante con increíble valor. En lo que me queda de vida, no puedo procurarle al hombre de Fölsom los beneficios de la civilización. Es él mismo quien tiene que labrar su destino. Pero yo me quedaré aquí, donde me siento más a gusto que en otra parte, y le ayudaré a crear una nueva vida.

Cárölyn casi no le oía. Estaba mirando a su madre que corría hacia Péter, y a Péter que se volvía hacia ella como si no pudiera creer en la maravilla que veía. El viento soplaba desde las grandes montañas de hielo, arremolinando los cabellos de Bárbara Chintook, espolvoreándolos con copos de nieve, volviéndolos tan blancos como los pájaros que volaban por el cielo.

En medio del orgullo que le producía el tener una madre tan hermosa, a Cárölyn se le pasó el miedo.

El pirata le dijo, casi dulcemente: —¡Corre a ellos, niña! ¡Pronto! Y, cuando estés dentro de la máquina, no olvides lo que te dije de la rueda. ¡Una sola vuelta en dirección de las agujas del reloj! Te harán caso, porque los adultos toman en serio a los niños cuando se encuentran frente a una crisis demasiado grande para ellos. Los niños están tan cerca de la realidad elemental...

Cárölyn miró al pirata con ojos compungidos; pero sintió vergüenza de llorar y reaccionó inmediatamente.

—¿No lo volveré a ver? —le preguntó.

—Claro que me verás, niña. Aunque no viajes más a través del tiempo, ahora mismo puedes viajar con tu imaginación y recordar cosas que ocurrieron cuando mucho más pequeña. Mi recuerdo no se borrará nunca de tu mente. ¿No lo comprendes? La mente humana es también un mecanismo del tiempo; es el más importante de todos los atóviles. En alas de la memoria y la imaginación, el hombre puede viajar a lo largo de un deslumbrador camino que le lleva al corazón mismo de la historia; un camino tan real como la máquina que yo construí. Algún día, ese camino lo guiará hasta las estrellas.

Cárölyn sabía que el pirata se estaba despidiendo de ella, y que el modo mejor de complacerlo era hacer lo que él decía.

La niña se volvió y, sin dirigir una sola mirada hacia atrás, se encaminó directamente, atravesando la brillante nieve, hacia donde se encontraban su madre y Péter. Oyó detrás de ella una voz que gritaba a los vientos. Por un instante, las lágrimas le escocieron de nuevo en los ojos. Luego, vió que Péter se acercaba a ella y su madre la llamaba por su nombre, con una repentina alegría.

—¡Es Cárölyn! ¡Oh, vida mía! No parecía posible que Péter se pusiera a besar a su madre; pero así fué. La abrazaba con fuerza, diciéndole que era una mujer valiente y maravillosa, mientras aguardaban a que Cárölyn bajara la cuesta y se reuniera con ellos.

LAS bodas son siempre una sorpresa. Cárölyn no se habría perdido por nada del mundo la diversión de subir y bajar las escaleras, cada vez que llegaban nuevos invitados. Todavía resultaba más interesante el ir de una habitación en otra, viendo a los hombres vestidos de etiqueta, con flores en el ojal, tan tiesos como soldados de plomo, y las damas de honor de su madre, riendo y yendo de aquí para allá, como si desearan también casarse.

Era como hallarse dentro de una gran burbuja de jabón, que le daba a uno vueltas y más vueltas. Por nada del mundo se habría Cárölyn perdido el budín de ciruelas cortado en grandes pedazos, y nunca olvidaría las caras que pusieron Freddy Tommy cuando apagó todas las velas de un soplo. Ni lo linda que estaba su madre cuando todo terminó, y todo el mundo arrojaba arroz a ella y a Péter, que ya no era Péter, sino su nuevo padre.

Desearía volver a pasar por todo aquello.

Claro está que también le gustaba Nueva York. En Central Park no ha-

con la marea que subía, y su madre gritando que la máquina se estaba hundiendo en el fango.

¡La marea había hecho irrupción entonces en la caverna!

Le parecía aún oír a Péter, que hablaba acerca de quello, sentado junto a la chimenea del departamento de Central Park, que habían alquilado después de la boda.

—Nunca sabremos de dónde venía esa máquina, ni qué nos habría ocurrido si hubiéramos viajado una vez más en ella. Está tan hundida en el fango y el cieno, que no se la podría sacar de allí de ningún modo. A veces, hay cosas en las que es mejor no pensar mucho tiempo... al menos cuando un hombre aprecia su razón...

Y a su madre, que decía:

—Podemos pensar en ello, querido, y aceptarlo sin que por eso dejemos que nos atormente. Todas las experiencias diarias de nuestras vidas son un milagro tan grande como éste, si nos detenemos a pensarlo.

¡Había tantas cosas que Carolyn deseaba preguntarle al pirata cuando volviera a verlo! Era una lástima que no pudiera viajar más en el atóbil del tiempo, ver las grandes montañas de hielo y oírle gritar con su voz fuerte y clara:

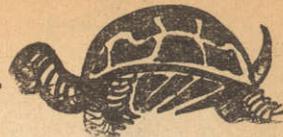
—¿Verdad que esto es extraordinario?

Pero, si se quedaba sentada y muy quieta y aguardaba a que él viniera hacia ella por el camino deslumbrador de su mente, que conducía directamente al ayer... ¿quién podía decir lo que ocurriría?

## Ti

**E**STAS dos letras forman el símbolo químico del titanio, metal del porvenir, al que cada día se le encuentran nuevas aplicaciones técnicas. Una de las últimas consiste en revestir electrolíticamente el acero con delgadas láminas de este metal. Así protegido, el acero puede resistir la acción nefasta de las nieblas marinas, que no respetan a la mayoría de los metales.

# CORA

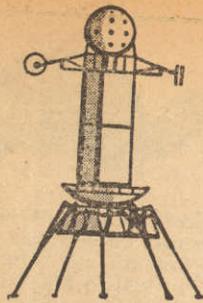


**C**ORA no es una hermosa muchacha, aunque lo parezca. En efecto es C. O. R. A.: Conditioned Reflex Analogue, o sea, Análogo de Reflejo Condicionado. Es un aparato o, mejor dicho, un "órgano" que, injertado en la Machina speculatrix, la transforma en Machina docilis. ¿Está claro? Acaso no. Tengan paciencia y vean aquí la explicación. Ante todo hay que recordar qué son reflejos condicionados. Los estudió el célebre sabio ruso Pavlov y consisten en lo siguiente: cuando un perro ve o huele comida sus glándulas salivares empiezan a segregarse saliva (la boca se la hace agua), y en esto no hay nada de extraño. Si ahora, regularmente por un cierto número de veces antes de presentarle la comida, se hace sonar un timbre o se enciende una lámpara de determinado color, el perro empezará a salivar al producirse este último estímulo (sonido, luz), del mismo modo que lo hace en presencia de la comida. Se ha creado así un reflejo condicionado. Este mecanismo existe también en el hombre y es sin duda la base de buena parte de nuestro aprendizaje. Así aprendemos los humanos, del mismo modo que el perro aprende que la luz o el sonido del timbre quiere decir comida. Conviene recalcar que el perro hasta puede aprender a distinguir diferentes tonos de color o de sonido, y diferentes objetos de formas incluso parecidas. Bien, y aquí viene la sorpresa: la Machina docilis, construida por

Grey Wálter, es un animal mecánico, un robot que puede aprender condicionando sus reflejos. El excelente animalito Machina speculatrix, conocido vulgarmente con el nombre de tortuga mecánica, normalmente responde sólo a determinados estímulos; por ejemplo: anda por el suelo y, si choca con algo, gira para evitar el obstáculo; además, en su marcha, va hacia la luz, que capta por células fotoeléctricas.

Su sucesora, la Machina docilis, ya puede hacer mucho más: gracias al injerto del órgano CORA, se vuelve capaz de aprender. Basta hacer preceder regularmente la luz por un silbido y repetir esto varias veces, para que a un cierto punto responda al silbido, del mismo modo que hacía con la luz. O bien, si cada vez que va a chocar se toca un timbre bastará luego tocar el timbre para provocar el reflejo habitual al chocar: girar y evitar obstáculos. Y hay algo más: los reflejos condicionados pueden borrarse; y también, mezclando de determinado modo los estímulos, puede provocarse una "neurosis experimental". El pobre perro, para volver al ejemplo clásico, frente a la confusión de campanillas, luces, huesos que llegan o no llegan, "pierde la cabeza" y se vuelve neurótico. La nueva tortuga de Grey Wálter no se queda atrás: sus reflejos condicionados pueden extinguirse; la tortuga puede "olvidar lo aprendido" y hasta puede presentar síntomas neuróticos.

Los robots se acercan, amigo lector.



por  
WERNHER von BRAUN

FRED L. WHIPPLE y

WILLY LEY

ilustraciones de  
CHESLEY BONESTELL

# la conquista de la luna

PRIMERA PARTE  
LA PARTIDA

## Introducción

EN Espacio sin Fronteras (MAS ALLÁ Nos. 26, 27, 28 y 29), los autores explicaron cómo podrá el hombre atravesar la atmósfera e instalar una estación en medio del espacio. Una vez establecida firmemente la estación espacial, el paso siguiente será poner el pie en la Luna.

Esta narración intenta explicar las características de tal viaje, la recepción que nos brindará el astro nocturno y cómo nos las arreglaremos para regresar. ¿Cuánto tiempo habrá que esperar para emprender una expedición de

esa naturaleza? Quizá unos quince o veinte años, pero desde luego no más allá del año 2000.

Las naves que utilizarán los exploradores para el largo viaje se parecerán muy poco a las descritas por los cultores de la fantasía científica. A decir verdad, su aspecto será mucho más fantástico. Además se caracterizarán por una importantísima diferencia: funcionarán.

El lector quizá opine que es un poco apresurado el pretender dar una descripción técnica de vehículos que no aparecerán hasta pasados quince años, por lo menos. Puede ser que también

agregue la muy atinada reflexión de que dentro de un cuarto de siglo habrá soluciones incomparablemente mejores para los problemas que se plantean aquí. Pero el propósito que mueve a los autores es mostrar simplemente que el viaje a la Luna es posible aun sin aplicar otros recursos técnicos que los que se poseen actualmente. Desde este punto de vista se ha evitado toda hipótesis acerca de los posibles desarrollos técnicos que nos pueda ofrecer el futuro, la mayoría de los cuales surgirán probablemente del desarrollo de la energía atómica. Aquí describimos el viaje a la Luna que podríamos rea-

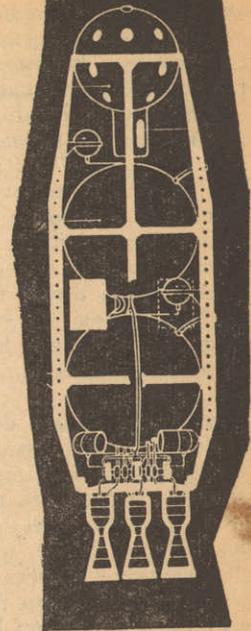
lizar ahora mismo, si tuviéramos el dinero necesario.

## CAPÍTULO I

### LA ESTACIÓN ESPACIAL

EL primer hombre que llegue a la Luna descubrirá un mundo extrañamente desolado. Cubierta de desiertos, de rugosas cadenas de montañas y sin atmósfera ni océanos ni vegetación, tendrá todo el aspecto de un cadáver celeste.

Sobre la superficie del muerto satélite, los exploradores difícilmente per-



cibirán algún color, salvo el gris pardusco de ese polvo que la cubre enteramente hasta una profundidad probable de varios centímetros. Y como no hay atmósfera, tampoco hay nubes ni lluvia ni viento ni ruidos. El Sol brillará sin misericordia durante el largo día sin merced de dos semanas; y, sobre la línea del ecuador, la temperatura pasa de 100° C. Lo menos que le puede pasar allí a un hombre es asarse vivo.

En cuanto se inicia la correspondiente noche de dos semanas de duración, la temperatura desciende bruscamente a 153° bajo cero: un frío mucho mayor que el que jamás hombre alguno tuviera que soportar en ningún punto de la Tierra.

Ese es el primero de los mundos que la humanidad pisará en el camino de la conquista del espacio; no sólo porque es el que está más cerca sino porque también es el que conocemos mejor. Naturalmente, un proyecto de tal envergadura implicará una preparación cuidadosa, pero puede llegar a realizarse dentro de un lapso de quince años, y con los medios técnicos de que disponemos actualmente.

La primera etapa será la de poner al hombre en el espacio: en el vacío por encima de la atmósfera que nos separa del resto del universo. Ya los cohetes están tanteando el camino dentro de ese medio desconocido. Algunos de ellos han alcanzado la altura de 400 kilómetros sobre el nivel del mar. Lo que se necesita ahora son cohetes suficientemente grandes para llevar al hombre mismo más allá de la atmósfera. Ya sabemos cuáles son los requerimientos técnicos que se deberán satisfacer; y lo que es más: sabemos cómo satisfacerlos.

Por razones prácticas podemos decir que el vacío del espacio comienza a los 200 kilómetros de altura. Pero desde el punto de vista de la protección que deben tener los seres humanos que

se aventuren hasta esas regiones, casi todas las condiciones del vacío se encuentran mucho más abajo; de hecho, a los 16 kilómetros. Allí, tanto como en lo más profundo del espacio, ni la presión atmosférica ni el oxígeno alcanzan para sostener la vida. Los tripulantes tienen que ser encerrados dentro de un ambiente equivalente al que de ordinario gozan en la tierra. Fuera de la nave cohete se necesitan trajes espaciales, los cuales realizarán una misión semejante a la que cumplen las cabinas climatizadas de la moderna aviación comercial, con la diferencia de que se habrán reducido a las medidas del hombre y que su flexibilidad aumentará tanto como para permitir a éste una relativa libertad de movimientos.

Los modelos experimentales de los trajes espaciales del futuro ya existen. Tanto la aviación militar como la aviación naval de los Estados Unidos han desarrollado prendas de vestir que protegen al hombre en los vuelos por la alta atmósfera. El prototipo de la aviación militar sirve sólo para emergencias. Si, por ejemplo, la cabina de un avión de gran altura estalla durante el vuelo, el traje protector se infla automáticamente, proveyendo al piloto de una atmósfera adecuada, que lo mantiene vivo hasta que la máquina descienda a capas atmosféricas más cercanas a la Tierra. El traje diseñado por la aviación naval puede emplearse indefinidamente. Aun cuando la cabina del avión pierda de repente la presión y atmósfera adecuadas, el piloto, protegido por su traje, puede seguir su viaje sin perjuicio alguno. En este sentido, el traje diseñado por la aviación naval se acerca más al uniforme de los espacionautas del futuro. Aun en su forma actual serviría para un viaje a la Luna. Sin embargo, un traje espacial adecuado tendrá que ser mucho más flexible.

Todos estos desarrollos son la base de los viajes espaciales del futuro cercano. Sin ninguna duda el hombre llegará personalmente al límite de los doscientos kilómetros, dentro de muy poco tiempo. Pero la humanidad tiene ya puestos sus ojos en otro objetivo: la estación espacial a 1.729 kilómetros de altura (véase MÁS ALLÁ N° 25 y 26). Ese será el primer paso de su viaje a la Luna.

Es una creencia generalizada la de que el hombre, para llegar a la Luna, partirá directamente desde la Tierra. Pero intentar una hazaña semejante requeriría un vehículo de proporciones tan gigantescas que dicha empresa resultaría imposible, aun sin tener en cuenta otro punto de vista que el económico. Dicho vehículo debería estar en condiciones de desarrollar la suficiente velocidad como para atravesar la atmósfera y vencer la atracción de la gravedad terrestre, y una vez llegado a la Luna, ser capaz de hacer el viaje de regreso hasta la Tierra. Más aún: para poder asignar el margen de seguridad suficiente a toda la expedición, necesitaríamos un mínimo de tres naves. Cálculos cuidadosos, sobre el tipo de vehículo adecuado a una aventura de esta índole, muestran que la altura de cada una de las naves superaría la del *Empire State Building*, de Nueva York (381 m.), y su peso sería diez veces el tonelaje del *Queen Mary*, o sea unas 800.000 toneladas.

En cambio, desde la estación espacial, el viaje a la Luna es una empresa realizable. Sobre su órbita podemos construir todos los vehículos necesarios, de la misma manera que antes se construyó la misma estación espacial. Además, lo cual tiene enorme importancia, todos los vehículos construidos en la estación espacial poseerán la velocidad de esta última: 25.485 km. por hora. Con esta velocidad de partida no se necesitará gastar mucho

combustible para llevar las naves hasta el viejo satélite.

La estación espacial podría ya ser una realidad en 1967. Hacia la época de su terminación, muchos de los planes preliminares para el paso siguiente estarán ya listos. En 1970, la primera expedición podría pisar ya el polvoriento suelo de la Luna.

## CAPÍTULO II

### LAS NAVES LUNARES

HE aquí cómo iremos a la Luna. La expedición, compuesta por unos cincuenta hombres, científicos y técnicos, iniciará su viaje desde la órbita de la estación espacial, a bordo de tres espacionaves de aspecto muy poco elegante, aunque eficazmente diseñadas para cumplir su cometido. Las naves (digámoslo desde el principio) no serán aerodinámicas, puesto que en medio del espacio no hay aire que moleste el movimiento. Dos de las naves estarán cargadas del combustible (hidracina y ácido nítrico) suficiente para el viaje de ida y vuelta. La tercera de las naves no regresará: llevará solamente combustible para el viaje de ida, y servirá para transportar el aprovisionamiento y el equipo que se necesitará durante la estadía sobre la superficie lunar.

Desde un principio hay que decidir cuál será el camino a seguir, cómo se deberán construir los vehículos y, sobre todo, qué lugar de la superficie lunar elegiremos para aterrizar.

Para ello tengamos en cuenta los datos más importantes acerca de la Luna.

Nuestro satélite es una esfera casi perfecta, de 3.473 kilómetros de diámetro, situada a unos 382.860 kilómetros de distancia de la Tierra. Es nuestro vecino más cercano. De todos los grandes planetas de nuestro sis-



para la partida, se comenzarán a reunir los materiales de aprovisionamiento y los equipos destinados a construir las naves lunares. El plan requiere un programa de transportes de increíbles proporciones. Para ello deberán realizarse, entre la Tierra y la estación espacial, no menos de trescientos sesenta vuelos de naves cohete, con sendas cargas de 36 toneladas. Y como cada uno de los viajes consumirá 6.111 toneladas de combustible, la operación total gastará 2.200.000 toneladas de ácido nítrico e hidracina.

A medida que los cohetes de transporte lleguen a la órbita, verdaderos enjambres de obreros se dedicarán a descargarlos. Los materiales no necesitan ser acondicionados dentro de la estación espacial; pueden quedar flotando tranquilamente en el vacío. He aquí por qué: la estación espacial viaja en torno de la Tierra, a 25.486 kilómetros por hora; y todo objeto colocado sobre la misma órbita, a la misma velocidad, se transformará en un compañero de ruta. Para detenerse junto a la estación espacial, las naves cohete deben ajustar su velocidad a la de la estación, y por consiguiente, lo mismo sucederá con toda la carga que transporten. ¿Tenderá esta carga a ir separándose de la estación, a medida que transcurra el tiempo? Sí, porque es prácticamente imposible conseguir que la dirección de movimiento y la velocidad de los objetos transportados coincidan exactamente con los de la estación. Las pequeñas diferencias se irán acumulando con el tiempo, y, si los materiales quedaran abandonados durante algunos años, probablemente se distribuirían a lo largo de toda la órbita, como un verdadero anillo. Pero la solución de este problema es muy sencilla: bastará unir con cordeles de nylon las distintas partes de la carga. Como las fuerzas perturbadoras de

movimiento son muy pequeñas, ello bastará para transformar ese mundo disperso en una sola unidad.

En cuanto haya el número suficiente de material, los obreros provistos de trajes espaciales iniciarán la tarea de construir las naves lunares. El trabajo no será nada fácil. Los hombres se moverán torpemente, con su capacidad de acción disminuida por los pesados trajes. El trabajo será cansador, porque aunque los objetos no tienen peso en el espacio, todavía les queda la inercia. Un trabajador que empuje un cuerpo de una tonelada, lo hará mucho más fácilmente que en la Tierra, pero también él saldrá rechazado. Si su masa es menor que la del cuerpo, será lanzado hacia atrás a una velocidad mayor que la que le otorgó al objeto. Cada uno de los obreros tendrá una pequeña pistola de chorro, especie de cohete manual, para poder trasladarse en el vacío. Para moverse en determinada dirección, disparará su pistola en dirección contraria. Así, el transporte de las piezas más pesadas se hará menos difícil.

Poco a poco la estructura de los navíos lunares irán tomando forma. Una vez colocadas en su lugar las partes de duraluminio, le tocará el turno al nylon y los plásticos. Estos elementos se utilizarán especialmente en las cabinas para la tripulación que, al ser insufladas con aire, adoptarán forma esférica. Cuando lleguen los tanques para el combustible no habrá que esperar mucho tiempo para el punto final. Pronto, las tres naves espaciales adquirirán su forma definitiva (véanse ilustraciones).

Los dos vehículos destinados al transporte de pasajeros tendrán el aspecto de un conjunto de cápsulas, simétricamente dispuestas dentro de una estructura metálica. El tercero de los vehículos, el de carga, poseerá la misma es-

tructura; pero en vez de las cápsulas constará de un enorme cilindro central.

Cada una de las naves medirá 480 metros de largo y unos 330 de ancho, y pesará alrededor de 4.370 toneladas en el momento de la partida. El equipo de motores constará de treinta unidades con un peso total de seis toneladas y media, y un empuje de 407 toneladas. Todo el equipo de propulsión estará montado sobre un armazón cuadrado, en la parte inferior de la nave. Tres motores en cada uno de los lados del cuadrado estarán montados sobre goznes para poder controlar la dirección de las naves. En el vacío absoluto del espacio, la dirección deseada no se puede obtener por medio de timones ni aletas. El remedio está en la utilización de motores de reacción, capaces de girar. Inclinando algunos de los grupos de motores montados sobre goznes, podemos virar hacia la izquierda o la derecha, hacia arriba o abajo. Y si los cuatro grupos se inclinan simultáneamente en un mismo sentido circular, también se puede conseguir que la nave gire sobre sí misma.

En la parte superior de cada nave se colocará la esfera para la tripulación, esfera que constará de cinco cubiertas. Esta esfera podrá rotar casi 360° sobre sí misma. Del armazón que rodea la base de la esfera, la nave extenderá dos brazos puntiagudos hacia el vacío: uno para sostener la antena de la radio; el otro, un espejo solar.

El espejo solar servirá para obtener energía, y constará esencialmente de una lámina curvada de metal pulido, que concentrará los rayos solares sobre tubos llenos de mercurio. El intenso calor vaporizará el mercurio, y el vapor servirá para accionar un turbogenerador. Con una superficie reflectora de alrededor de 88 metros cuadrados, se podrán obtener 35 kilovatios de potencia eléctrica: más que suficiente para

las necesidades de la estación. Una vez que el mercurio ha realizado su trabajo en el turbogenerador, se enfría en conductos situados detrás del espejo, a la sombra, y se utiliza nuevamente.

Bajo las condiciones prevaletientes en medio del espacio, un turbogenerador de vapor de mercurio es más eficiente y liviano que uno de vapor de agua; pero podríamos preguntarnos si no se pueden utilizar métodos completamente diferentes para generar energía eléctrica dentro de nuestras naves lunares.

En nuestra época no es de mal tono, por ejemplo, mencionar la energía atómica. En realidad, su utilización es mucho más probable de lo que nos aventuramos a pensar. Es cierto que todavía no tenemos la menor idea de cómo podría utilizarse para propulsar cohetes; pero no sucede lo mismo con la producción de energía eléctrica. La marina norteamericana ha completado con buen éxito el primer submarino atómico; Rusia tiene ya en funcionamiento algunas usinas; varias otras se están construyendo en Inglaterra. Estos hechos demuestran que las dificultades técnicas que se oponían a la transformación de la energía atómica en energía mecánica y eléctrica, han sido superadas ampliamente. Por ahora, sin embargo, el problema del peso es el gran problema. Recientemente, el periódico *Nucleonics* anunció una nueva "pila generadora", del tamaño de una pelota de fútbol y capaz de producir 375 caballos de fuerza en forma de calor. No se incluían entre los datos ni su peso ni la cantidad de materiales protectores que se necesitarían para eliminar la radiación. Pero una pila de este tipo, si el peso y el equipo adicional que requiere no excediese de límites razonables, podría ser apropiada para una nave espacial. Cuando la humanidad se halle preparada para partir hacia la Luna, puede

ser que ya se cuente con una planta de ese tipo. Por el momento, sin embargo, el espejo solar es el sistema más económico.

Debajo de la esfera para la tripulación se encontrarán los enormes tanques de combustibles, dieciocho en total, los cuales transportarán 4.325 toneladas de hidracina y ácido nítrico. Cuatro de los tanques serán de forma esférica y estarán situados sobre la parte exterior de las naves. Contendrán más de la mitad de los combustibles: alrededor de 3.136 toneladas, las cuales se utilizarán para poder escapar de la órbita de la estación espacial. En cuanto dichos tanques agoten su contenido, serán arrojados al espacio.

Otros cuatro tanques, también situados en la parte de afuera de la nave, contendrán el combustible necesario para aterrizar sobre la superficie lunar. Una vez cumplido su cometido, se convertirán en carga inútil, y a su debido turno serán abandonados sobre la Luna, cuando los astronautas emprendan el regreso. Todavía quedarán diez tanques cilíndricos, directamente debajo de la esfera de los pasajeros. Estos tanques se encargarán de contener el combustible para el regreso.

La nave de carga tiene menos tanques, porque necesita combustible nada más que para el viaje de ida: con ocho le alcanzan. En vez de los tanques de sus dos compañeros llevará un enorme cilindro que cumplirá dos propósitos: primero, llevar todo el equipo y los aprovisionamientos necesarios para la vida en la Luna, y segundo, desarmado en dos partes constituir las habitaciones de la tripulación, una vez instalada en el punto de llegada.

Las tres naves también contarán con protección contra dos de los principales peligros de la navegación espacial: los meteoritos y la temperatura.

Contra los meteoritos, las partes vi-

tales (tanques, cabina de tripulación y carga) se cubrirán con una lámina de metal de unos tres milímetros de espesor, dispuesta de tal manera que haya tres centímetros de distancia entre dicha coraza y las paredes de la nave propiamente dicha.

Para evitar el calor, las naves estarán pintadas exteriormente de blanco, que tiene la propiedad de reflejar casi toda la radiación que recibe. Para que no haga a su vez demasiado frío, diseminados en la superficie habrá parches negros, que podrán cubrirse o no, por medio de persianas pintadas de blanco, según lo exija la temperatura reinante.

La construcción de estas naves sobre la órbita de la estación espacial constituirá una tarea mucho más difícil que erigir la estación misma, por la cantidad enorme de material y personal especializado que aquellas requerirán. Sin embargo su costo no será tan grande como el de ésta. La estación espacial costará cuatro mil millones de dólares. Las tres naves que nos llevarán a la Luna costarán quinientos millones de dólares, de los cuales el combustible insumirá trescientos.

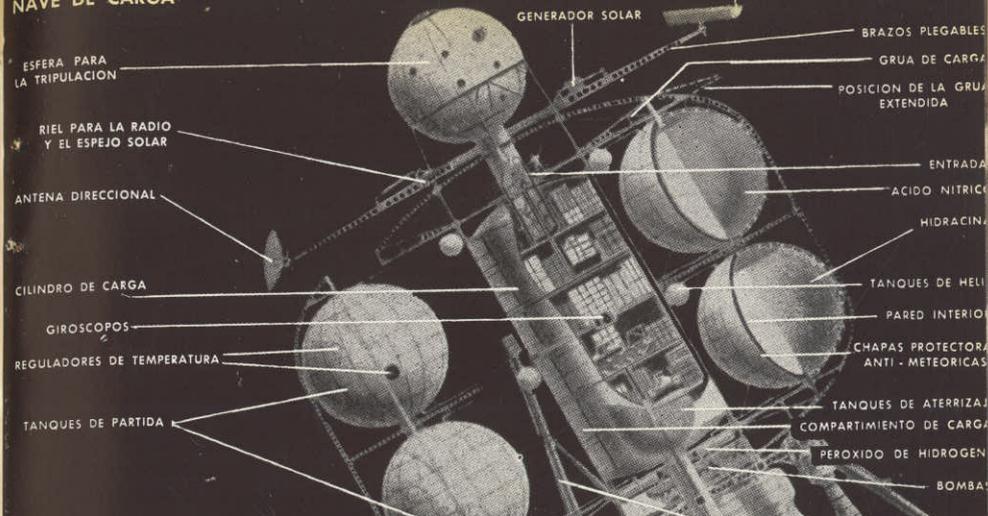
Cuando las naves lunares hayan sido completadas, los técnicos que compongan la tripulación subirán a bordo. ¿Quiénes serán estos pioneros del espacio?

1) *El jefe de la expedición.* Podrá representar alguna de las ciencias directamente interesadas en la cuestión: astronomía, astrofísica, geología, geofísica, ingeniería de cohetes, etc. Será el director de las operaciones de exploración, una vez que las naves hayan llegado a la Luna.

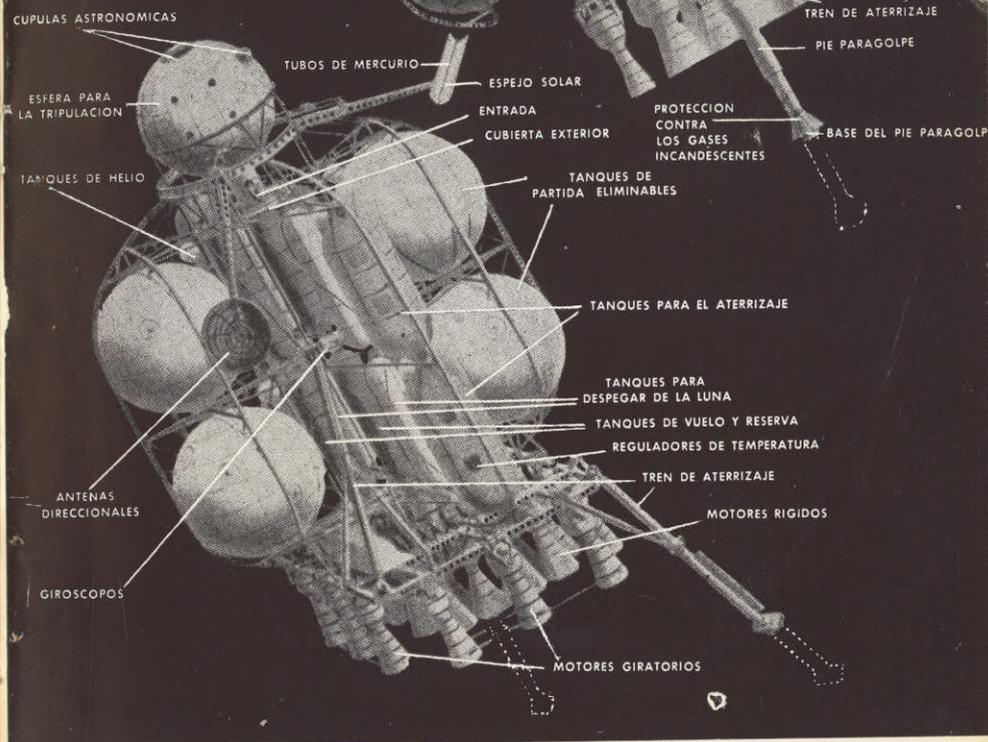
2) *Quince tripulantes de las naves cohete.* Uno de ellos será el comandante del convoy lunar, y su nave será la capitana del trío. Cada una de las na-

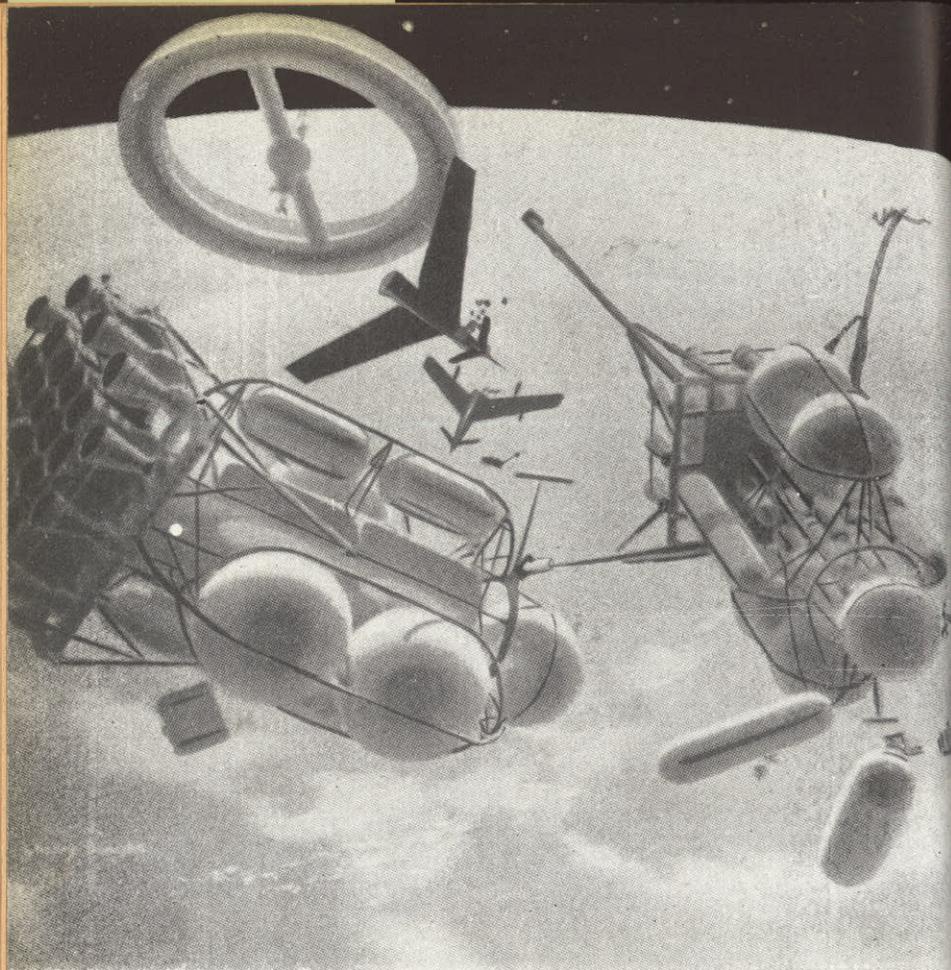
(Continúa en la pág. 37)

## NAVE DE CARGA

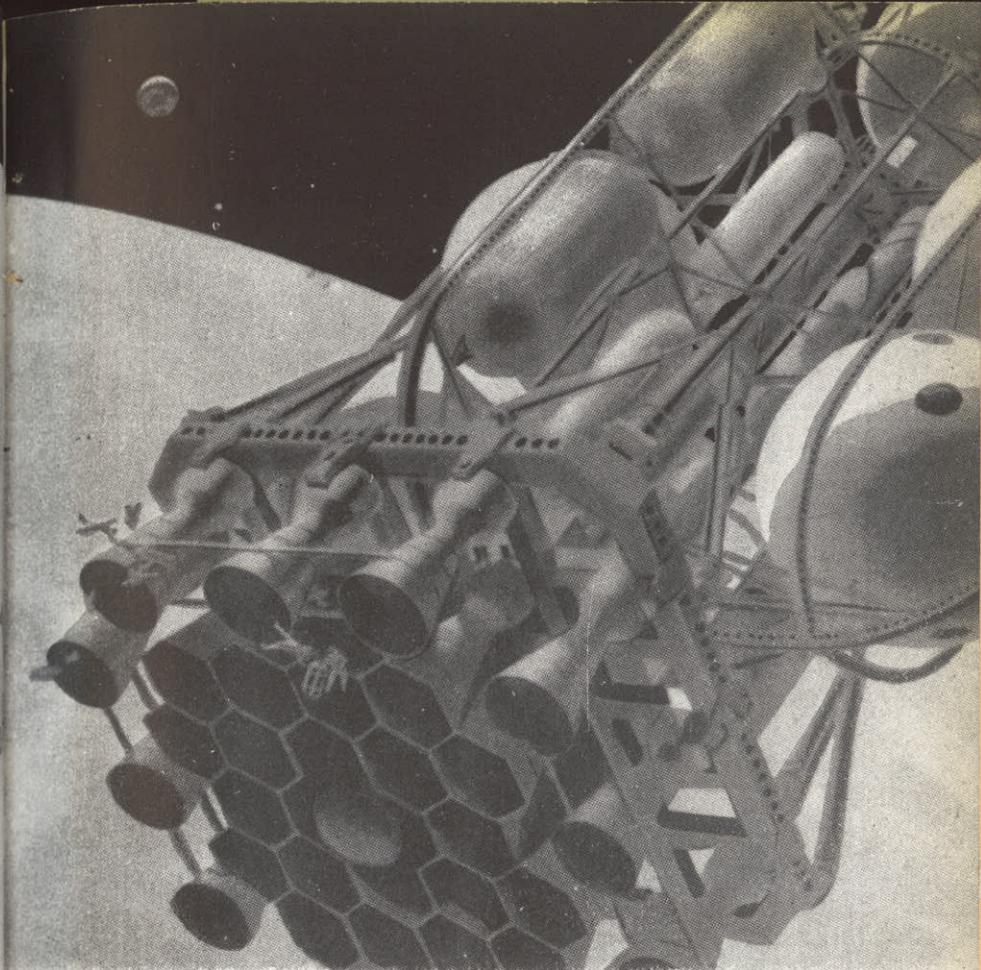


## NAVE DE PASAJEROS

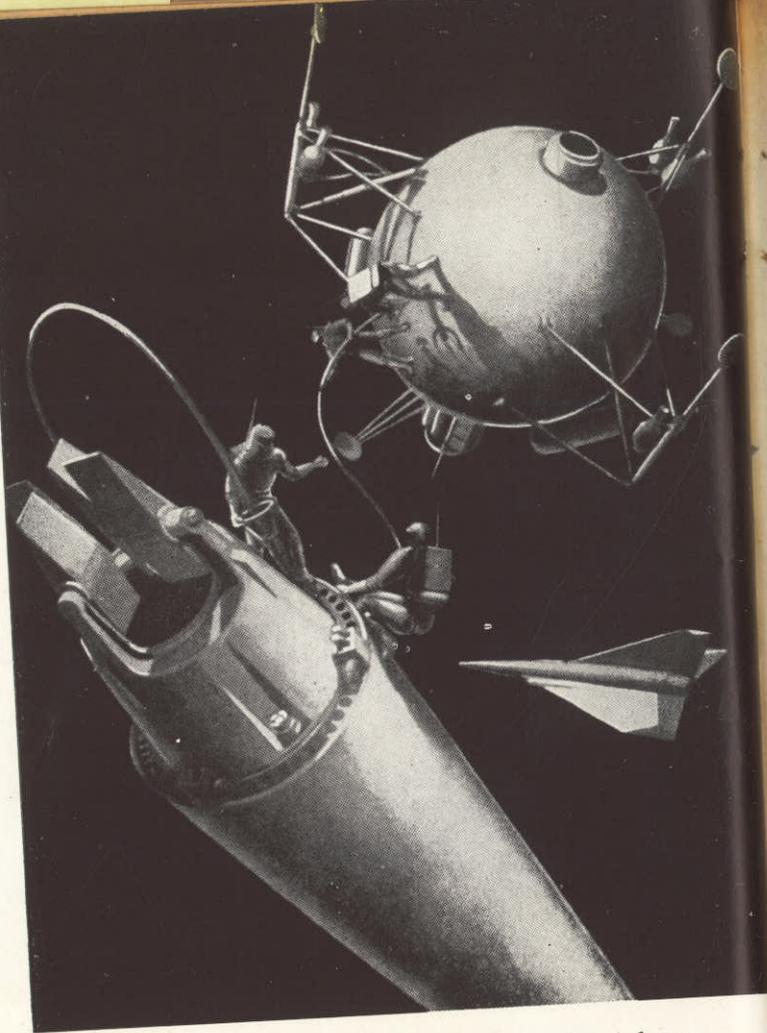




Construcción de las tres naves de la expedición Lunar en las cercanías de la Estación Espacial, que en esos momentos está pasando sobre las islas Hawai a 1700 kilómetros de altura. Los dos cohetes con alas son las Terceras Etapas de cohetes de trans-



porte, que acaban de llegar desde la Tierra trayendo aprovisionamientos. De los destinados a la Luna el navío de la izquierda es el de carga, los otros dos son los de pasajeros. Alrededor de ellos, en febril actividad, taxis espaciales traen materiales y hombres.



El proyecto de Von Braun con respecto a la Luna contempla el lanzamiento de una nave desde la Estación Espacial como primer paso para su conquista. Por su parte los rusos han anunciado recientemente que en un futuro inmediato despegará desde la Tierra un cohete robot destinado a nuestro satélite. Numerosos científicos han propuesto diversas versiones de viaje lunar que si se quiere podrían ser consideradas como combinaciones del proyecto ruso y norteamericano. Esta que ilustramos propone la construcción de una nave robot en el espacio. Allí se enviarían también los combustibles y una vez construída y abastecida convenientemente, se la dirigirá hacia la Luna, teleguiándola por radio. La figura muestra el momento en que los combustibles son transportados a la nave desde un tanque cohete.

(Continuación de la pág. 32)

ves por separado tendrá su propio capitán, sus pilotos y sus ingenieros, que totalizarán cinco hombres por vehículo. Aunque cada uno de estos tripulantes será un experto en su campo, tendrán también un conocimiento profundo de alguna de las siguientes ciencias: astronomía, física, ingeniería eléctrica y mecánica, y medicina (en cada una de las naves habrá por lo menos un médico).

3) *Ocho expertos en ingeniería electrónica y en comunicaciones.* El personal de este grupo tendrá a su cargo todo el equipo electrónico a utilizarse en la base lunar. También manejará las comunicaciones entre la Luna y la estación espacial.

4) *Seis ingenieros mecánicos.* Su obligación en la Luna será cuidar de tractores, furgones y maquinaria

5) *Un astrónomo y un topógrafo.*

6) *Tres fotógrafos.*

7) *Un equipo mineralogista.* Este grupo será más bien grande y trabajará esencialmente sobre dos frentes: el laboratorio y el suelo lunar. En el suelo trabajarán: un geólogo, un mi-

neralogista, un ingeniero de perforación, un radiometrista (para manejar los contadores Geiger), y un magnetometrista (los magnetómetros se utilizan para medir la intensidad de los campos magnéticos). Algunos de estos hombres también trabajarán en el laboratorio, donde contarán con la cooperación de un químico especializado en mineralogía, un geoquímico y un microscopista.

8) *Un equipo geofísico.* Esta unidad estará compuesta de un sismografista, un experto en balística y otro en gravitometría.

9) *Un equipo de físicos.* Los cinco miembros de esta grupo incluirán un físico especializado en rayos cósmicos, otro en físicoquímica y técnicas de vacío, un astrofísico y dos especialistas que estarán a cargo del delicado instrumental del equipo.

Los cincuenta miembros de la expedición sufrirán durante muchos meses un entrenamiento intensivo en la Tierra y en la estación espacial, que los preparará para su largo viaje a través del espacio y para la estadía ulterior en la vieja Luna.

En el próximo número: II EL VIAJE

#### EL FIRMAMENTO ESTA ESPERANDO AL HOMBRE

Se ha construído el Buenos Aires Club Experimental de Aeromodelismo y Astromodelismo (B.A.C.E.A.A.), agrupación cuyos fines serán el estudio y práctica del aeromodelismo, la fantasía científica y especialmente el astromodelismo, fines éstos que se orientan hacia el estudio y la práctica de las materias componentes de las mismas.

Provisoriamente: Reuniones de 10 a 12 y de 15 a 19 solamente los domingos en J. M. Moreno 218 Cap. Fed. (Instituto Técnico Modelo).

Amigos del B.A.C.E.A.A.: Abramos entre nuestro mundo y el universo una amplia brecha a las maravillas del cosmos y tendremos la recompensa de nuestra superación.



*A veces, el camino más trágico  
se convierte en el más feliz*

# el día de lo imposible

por A. G. WILLIAMSON

**B**ILL Kane era ingeniero... ingeniero jefe, en realidad. Su puesto consistía en un pequeño asiento frente a unas hileras de diales e indicadores, tenía a un lado las paredes "calientes" de la cámara de fisión, y al otro la mole ruidosa de los generadores. El tiempo había ido amortiguando el estruendo incesante de las máquinas,

había ido enfriando el calor insopor- table de la cámara de fisión y había convertido los diales en una hilera de caras monótonas que nunca cambiaban. Nunca le ofrecían una causa de alarma, aunque a veces él pedía al cielo que se produjera aquel cambio tan esperado.

El transcurso del tiempo había cam-

biado también la cara de Kane: había convertido su piel blanca en un rostro áspero de color caoba, surcado por innumerables arrugas que en torno a la boca se convertían en verdaderos surcos. Los ojos, en otras épocas azules y alegres, se habían vuelto ahora apagados y daban la impresión de estar mirando insondables profundidades. Desde distancias inmensas, lo trababan a uno, haciéndolo sentirse pequeño e insignificante.

La vida había perdido para él su vibrante atracción, ese atractivo que hacía que sus compañeros se pasaran sus escasos años esforzándose inútilmente en reunir riquezas... arrebatando ansiosamente las especias de la felicidad mientras lo hacían. Y sin embargo, había encontrado la paz.

En la parte posterior de la sala de máquinas había un ventanillo de observación que daba a uno de los costados de la nave, desde donde se disfrutaba de un maravilloso panorama del universo. Aquel panorama contaba una historia que muy pocos habían tenido tiempo de descubrir.

Con frecuencia, Kane iba hasta el ventanillo, sacaba su pipa vieja y sucia, llenaba el amplio hornillo de tabaco y encendía su fragante contenido. Luego se quedaba allí, de pie, recorriendo con los ojos las inmensas distancias, saboreando la belleza de las brillantes estrellas y sintiendo cierta afinidad con su soledad.

Hubo un tiempo, hacía ya de eso muchos años, en que miraba por la ventanilla solamente cuando un nuevo planeta surgía del vacío. Entonces se entusiasma con la magia del descubrimiento mientras la nave atravesaba ruidosamente la nueva atmósfera y se dirigía hacia muertas llanuras o deslumbradoras ciudades. Pero ahora Kane permanecía en su asiento cuando llegaba el momento de aterrizar. El espacio le había descubierto la belleza; el hombre le había mostrado la fealdad.

Prefería la belleza. Era una cosa tan sencilla como todo eso. Por lo menos, así pensaba mientras miraba por la ventanilla, con la pipa entre los dientes, y las nudosas manos a la espalda.

Pero en el fondo de su mente había una duda. ¿No se estaría volviendo viejo?

Por ejemplo, había el asunto de la muchacha. Claro está que era una alucinación; realmente, no podía existir. Sonrió secamente y se rió por haber dudado siquiera de ello. ¿Cómo podía existir una mujer en el espacio? ¡Y sin un traje espacial!

La había visto dos veces, ¿o habían sido tres? Reflexionó un momento, recordando que hacía dos días que habían salido de Altair cuando se le apareció por primera vez... Sí, eso era; tres veces.

Echando una mirada hacia los instrumentos, anotó sus lecturas, asegurándose de que todo estaba en orden, antes de volver de nuevo los ojos hacia el deslumbrador panorama. La muchacha era hermosa. En los ojos del ingeniero apareció una mirada soñadora conforme la recordaba mentalmente. En realidad, era su ideal femenino hecho mujer.

De repente, Kane dejó de soñar, al oír el leve ruido de una música que llegaba hasta él. Allí estaba otra vez. Cada vez que la había visto había oído siempre la misma música. Escuchó, aguzando inconscientemente la vista, escudriñando el vacío. Era una música extrañamente emocionante como la de un saxofón solitario.

El aliento silbó entre sus dientes al verla aparecer a escasos metros de la nave. ¿Por qué no la vería otro, y no siempre él? Pero se alegraba de que hubiera venido. El calor de su presencia parecía penetrar en la nave, llenándolo de una extraña felicidad.

La muchacha llevaba una sola vestidura, verde oscuro, que se ceñía a las curvas de su cuerpo, y cuando le dió

la luz de la ventanilla, la cabellera, negra como el azabache y espesísima, brilló en torno a su cara, blanca y pálida.

El la miró ansiosamente, con un ansia que a él mismo le pareció insensata. No obstante, mientras la miraba, ella se aproximó y, por primera vez, él pudo estudiarle la cara. Un momento después se arrepentía, porque la expresión de la cara era dolorosa. Había en ella un dolor y una soledad que parecían como suplicarle.

Se apartó violentamente de la ventana al darse cuenta de lo que hacía. No cabía duda de que aquella mujer sólo podía existir en su mente. El miedo se apoderó de él al recordar a los hombres que se habían vuelto locos en el espacio. Algunos de ellos habían comenzado de repente a ver cosas que no existían.

**V**OLVIO a sus instrumentos, y vió por el cronómetro que su relevo llegaría dentro de poco. Apartando resueltamente sus pensamientos de lo que había visto, pensó en John Shírlow, su ayudante. No podía tener más de veinticinco años y, sin embargo, estaba completamente a la altura de su labor. Claro está que a John le faltaba todavía experiencia.

Se preguntó si John terminaría como él al cabo de treinta años en el espacio: sin hogar, sin lazos que le unieran a la Tierra, sin tener a nadie que sintiera un minuto de tristeza por su partida. O quizá jubilado, o en un manicomio, como un enfermo mental.

Lanzando una maldición, golpeó el escritorio de metal. ¿Quién era el loco? Después de todo, él sabía que la muchacha no existía realmente. Apartó sus ideas del inquietante pensamiento, y trató de recordar cómo era él a los veinticinco años. Pero los recuerdos son como los libros: si uno no los usa, se vuelven imprecisos y borrosos. No con-

seguía aclarar sus imágenes, como si algunas de las páginas se hubieran caído y se hubieran perdido.

Al pensar de nuevo en John, comenzó a desear que hubiera algún medio de prevenirle; no con palabras, quizá, pero sí impidiendo de algún modo que dedicara su vida al vacío. Claro está que si se casaba...

Se le ocurrió una idea que le hizo sonreír suavemente. Si le presentaran a Sheila Stéwart. Seguramente saldría algo de eso. Una muchacha rica, que volvía a su hogar de la Tierra, después de haber visitado a su padre en Venus, donde él tenía una mina de cilio que valía millones. ¿Qué más podía desear un hombre? Además, ella era muy hermosa.

Unos pasos que se acercaban interrumpieron sus pensamientos y, con un suspiro de alivio, comenzó a reunir sus cosas. Probablemente, Sheil ni lo miraría.

—Buenas noches, Bill. ¿Todo va bien? —preguntó John Shírlow.

—Nos movemos, ¿no es así? —replicó él ásperamente.

—No era más que una pregunta.

—¡Oh!, a propósito, John —dijo volviéndose desde la puerta—, ¿no ha conocido aún a miss Stéwart?

Le hizo la pregunta por simple curiosidad, con la vaga esperanza de que quizá la había encontrado en el comedor. No estaba preparado en absoluto para la mezcla de emociones que se pintó en la cara de John.

—¿Y qué? —exclamó finalmente John—. Yo no seré más que un oficial subalterno, pero puedo hablar con los pasajeros... aunque ella sea muy rica... y muy...

—Bien, bien —lo interrumpió Bill—. No quería más que saberlo. De no ser así, lo mismo se la habría presentado.

Por el camino de vuelta a su cabina, Bill iba repasando con placer el incidente. No cabía duda de que John se había enamorado de la muchacha. ¿Por

qué, si no, iba a haberse azorado y exaltado de ese modo? Y Bill seguía pensando aún en los medios de conseguir sus fines cuando subió a su litera y apagó las luces.

Le pareció que no había hecho más que cerrar los ojos cuando sintió que alguien lo sacudía del brazo y lo llamaba por su nombre. Se despidió, miró su reloj y vio que había dormido tres horas.

—¿Qué pasa? —preguntó impaciente, dirigiendo una dura mirada al miembro de la tripulación.

—Mister Shírlow desea verlo inmediatamente, señor.

En un momento saltó de la cama y se vistió. Era la primera vez que John lo llamaba. Eso significaba un caso de alarma... y un caso de alarma significaba... Apartó el pensamiento y salió precipitadamente de su cabina.

John salió a recibirlo y, desde el primer momento, a juzgar por la expresión de éste, Bill comprendió que ocurría algo grave. Sin desperdiciar palabras, John condujo a Bill al tablero de instrumentos y le señaló los diales.

—La pila no funciona bien.

—¡No funciona bien!... —gritó Bill—. El maldito aparato está doce grados más arriba del nivel de seguridad. ¿Cómo, diablos ha ocurrido esto? Otros dos grados más, y habríamos saltado en pedazos.

—Yo... yo tengo la culpa —dijo John, vacilante.

—¡Sin duda!

—Estaba hablando con Sheila, cuando debería haber estado mirando los instrumentos.

—¿Sheila Stéewart?... ¿Aquí?...

—Sí.

—Bueno; ya arreglaremos ese asunto. Ahora tenemos que impedir que aumente la radiación. En la cámara de fisión ha de haber ya exceso suficiente para producir un estado casi crítico en la pila.

Bill estudió los instrumentos cuidadosamente. Mientras los miraba, el contador que mostraba la cantidad de radiación que había en la cámara, subió otro grado más en el margen rojo. Con un movimiento decisivo, Bill tiró de todas las palancas hacia el lado marcado "cerrar".

—Pero...

—¡Cállese! —dijo secamente, sintiendo una profunda sensación de fracaso, conforme el zumbido de los motores descendía gradualmente la escala hasta que en la sala reinó un silencio inquietante.

Manipuló en el fonovisor y agarró impaciente a que lo comunicaran con la sala de mando. La pantalla se aclaró, revelando la cara del primer teniente.

—Comuníqueme con el capitán —le dijo, con tono urgente.

—¿Qué significa esto, Kane? —gritó el capitán Sánders, en cuanto vio quién llamaba—. ¿Por qué nos han cortado la energía?

—Porque si yo hubiera permitido que los motores de fisión funcionaran diez minutos más, habríamos volado como una bomba atómica.

—¡Oh!... ¿Cuánto se tardará en repararlos?

—No estoy muy seguro. La cámara tardará una semana en enfriarse.

—¡Cómo! ¿No se da usted cuenta de que estamos en órbita hacia la Tierra, y que vamos a llegar allí dentro de tres días? Si no tenemos la energía necesaria para maniobrar, atravesaremos de parte a parte el maldito planeta.

La cara del capitán se nubló notablemente en la pantalla, y su voz sonó desagradable, irritando los excitados nervios del ingeniero.

—Me doy perfecta cuenta de ello —replicó con irritación Bill.

—Entonces, haga algo e infórmeme de ello antes de una hora.

—Bueno, mister Shírlow —dijo sar-

cásticamente Bill; después que la pantalla se hubo oscurecido—. Quizá usted podrá ofrecerme alguna sugerencia, ya que usted ha sido el que nos metió en este lío.

—Es la pila, ¿no?

—Sí, es la pila.

—Tendrá que volver a encajarse dentro de la coraza para que pueda corregirse la emanación de los electrones.

—Brillante, mister Shírlow. ¡Qué gran capacidad de percepción tiene usted! Pero, por si acaso no lo sabe, le diré que para volver a encajar la pila hay que entrar dentro de la cámara de fisión, y con la radiación al nivel que está ahora, no quedaría gran cosa del que entrara... Si usted hubiera cumplido con su deber en vez de divertirse con la Stéewart, se habría dado cuenta del aumento de radiación y habría parado los motores. Entonces podríamos habernos puesto los trajes para entrar en la cámara; pero ahora, con toda la radiación que hay ahí dentro...

John frunció el ceño y dijo:

—No cabe duda de que hay que reajustar la pila antes de mañana, para darnos tiempo a decelerar; así que entraré en la cámara esta noche.

—¡No sea estúpido! —rugió Bill—. Es un suicidio entrar en ella hasta dentro de una semana. Tiene que haber otro medio.

Apartándose del tablero de instrumentación, fué hacia la ventanilla y miró malhumorado las deslumbrantes estrellas. Realmente, no podía echarle toda la culpa a Shírlow. Era una de esas cosas que ocurrían una vez en la vida. Alguna partícula de materia extraña en el material en fisión y un cambio rápido en la masa vital...; un aumento del potencial de radiación y, en cuestión de minutos, el exceso de radiación se va acumulando en la cámara, haciéndole un daño terrible a la pila, finalmente ajustada.

—Tendremos que correr el riesgo —anunció un momento después, apar-

tándose vivamente de la ventanilla y mirando al palidísimo Shírlow—. Esta parte de la nave está blindada contra las radiaciones; así que podemos sellar las puertas y abrir la cámara de fisión por control remoto. Después de eso, tendremos que limitarnos a aguardar, con la esperanza de que la radiación se consumirá en esta habitación, antes de la noche.

—Puede resultar —exclamó John, con la cara iluminada por la esperanza.

—Tiene que resultar. Vaya quitando los equipos y disponiendo las cosas para que podamos operar por control remoto. Voy a ver al capitán.

Estaba en la puerta cuando John lo detuvo.

—Bill, ¿esto significa el consejo de guerra?

Por un momento, Bill estuvo tentado de darle un buen susto al muchacho, pero la boca firmemente apretada y la mirada serena de éste privaron de su dureza al ingeniero.

—No, John. El accidente podía haberle ocurrido a cualquiera. Yo podría darle a usted un buen sermón; pero en vez de eso, espero que de aquí en adelante se dará usted cuenta de que los reglamentos están hechos para emergencia como esta.

La gratitud que se pintó en los ojos de John, hizo flaquear la entereza de Bill, que, lanzando un gruñido, salió de la habitación.

CON la aprobación del capitán, selló las puertas de la sala de máquinas y abrió la cámara de fisión. Las lecturas desde la sala de mandos no resultaban muy alentadoras, y el ingeniero, frunciendo el ceño, preocupado, volvió a su habitación.

—¡Mister Kane!

Iba a entrar en su cabina cuando lo detuvo el sonido de aquella voz femenina.

—¿Qué ocurre?

—Quería darle las gracias por lo que

ha hecho usted hoy —dijo Sheila Stewart, mirándolo con gratitud.

—¿Se refiere a John?

—Sí. No muchos hombres habrían obrado como usted.

—Es cierto. Lo malo que me pasa a mí es que me estoy volviendo blando en la vejez.

—No, mister Kane, nada de eso. Comprensivo, sí, tal vez.

—¿Le gusta John? —preguntó él, cambiando rápidamente de tema.

—Sí.

—Será buen esposo para usted.

Ante la mirada de Bill, las mejillas de Sheila se cubrieron de rubor.

—Ya lo sé.

—Me gustaría haber estado en su lugar cuando yo tenía la edad de él.

—Gracias, mister Kane —replicó ella, con mucha suavidad—. Gracias por todo.

El se quedó mirándola mientras ella bajaba por el corredor, con los rubios cabellos balanceándose sobre los hombros suaves y redondos.

“Sí, realmente me habría gustado”, pensó al entrar en su cabina.

El tiempo transcurrió con la lentitud en las diez horas siguientes. Bill trató de leer un libro, de mirar una película, de oír música...; pero fué inútil. Cuando transcurrieron las diez horas, su habitación estaba llena de humo de tabaco, y los pies le dolían de tanto pasearse de un lado a otro. Lanzando un suspiro de alivio, se dirigió a la sala de mandos.

—¿Qué tal va eso? —preguntó a John al entrar en la habitación.

—No muy bien: todavía demasiado alto.

Una rápida mirada al indicador le bastó al ingeniero para comprender que John tenía razón. La sala de máquinas era una trampa mortal, aun con el traje más blindado.

—Voy a entrar ahí —anunció John, y comenzó a atravesar la pieza.

—¿Cumpliendo órdenes de quién?

rugió Bill—. Se olvida usted de su lugar, mister Shírlow.

John se detuvo y se cuadró rígidamente, enrojeciendo mientras los demás oficiales que había en la sala lo miraban.

Lanzando una breve mirada a todos, Bill se dirigió a la puerta. Sin saber por qué, desde un principio había previsto cual iba a ser el resultado de aquello. Y por extraño que parezca, mientras bajaba por el largo pasadizo iba pensando en la muchacha del vacío.

—Déjame entrar, Bill —le rogó John, dándole alcance.

—No —le replicó, brevemente—. Ayúdame a ponerme este traje.

El traje blindado que usaba para hacer inspecciones en la cámara de fisión, era una vestidura pesada e incómoda. Con el casco en la mano, Bill se detuvo y puso una firme mano sobre el hombro del muchacho.

—Es mejor que entre yo. Tal vez usted no sabría cómo resolver lo que haya que hacer. Además, yo estoy ya, de todos modos, al final de mi vida.

—No, Bill —gimió John—. Yo tengo la culpa. Tiene usted que dejarme entrar.

Bill pensó en algún medio de vencerle, y dijo:

—No se culpe usted de ese modo. Estas cosas suceden, y nadie sabe por qué. Pero me gustaría que escuchara usted un consejo.

—¿Cuál? —preguntó John con voz débil.

—Cátese con ella. No permita que se aleje de su vida. ¡Cátese, y pronto!

**A**PARTANDOSE del asombrado muchacho, se puso el casco y arrancó los precintos de la puerta. Luego hizo un momento de pausa para mirar hacia atrás, pero John se había ido. Entonces, entró en la sala de máquinas.

Su conductor Seiger comenzó a zumbear excitadamente en cuanto la radiación

penetró el traje. Al cabo de un momento de vacilación, Bill desconectó. A juzgar por sus cálculos, podía permanecer diez minutos en la habitación. Transcurrido ese tiempo, no le quedaba ninguna esperanza.

Treinta minutos más tarde, colocaba de nuevo el blindaje en su lugar y precintaba la puerta de la cámara de fisión. Sus movimientos eran torpes; le costaba trabajo pensar, pero estaba convencido de que le quedaba ya muy poco tiempo de vida.

Con plácida sonrisa se quitó el traje inútil, tiró de las palancas de control y vió con satisfacción cómo el aullido de los motores iba aumentando y la pequeña aguja negra volvía hacia el margen de seguridad. Conectó el fonovisor, pero desconectando la transmisión visual; pues pensó en sus amigos de la sala de mandos y en que su cara no era ahora, por cierto, nada agradable de ver.

—Capitán —dijo brevemente al ver aparecer la cara sosegada de éste—. La pila está va en orden. Pueden seguir adelante desde la sala de mandos. Pero me temo que van a tener que aislar y sellar esta habitación. Va a ser demasiado peligrosa durante una o dos semanas.

—Pero, ¿y usted? —preguntó preocupado el capitán.

—Yo he terminado. Mejor será que me quede en la habitación aislada.



## Cortisona y Rayos X

**R**ECIENTES experimentos hechos sobre cobayos demuestran que la cortisona reduce considerablemente los peligros de las radiaciones ionizantes como los rayos X. Si se pudiera demostrar que los tumores cancerosos no gozan de la misma protección que el resto del organismo, cosa que todavía está por verse, se podría pensar en tratarlos aplicándoles dosis masivas de rayos X, sin que fuera peor el remedio que la enfermedad.

por KATHERINE MARCUSE

ilustrado por AZNAR

# UNA MADRE del SIGLO XXI

*En procesos tan vitales como la pro-  
creación, la ciencia puede ser inhumana  
hasta con los seres humanos.*

LOS pantalones no podían cerrarse ya en la hinchada cintura. Magnífico. De todos modos, a Mike no le gustaban las mujeres con pantalones. Con una sonrisa de satisfacción, Amuri se los quitó, y apretó un botón que hizo salir una bata estatooléctrica, suave y de color azul, del dispensador de vestidos.

A Mike le gustaría la bata. Lo oía moverse en la habitación de al lado, preparando para ella el desayuno recién sacado de la ultradesheladera. "Mi

querido Mike", pensó tiernamente, "está hasta la coronilla de trabajo en su laboratorio, pero todavía saca tiempo para ocuparse de una cosa así".

Fué a la puerta y le sonrió, mientras él apartaba de la mesa la silla, para que ella se sentara.

—Dentro de poco vas a tener que apartármela mucho más —dijo Amuri riendo.

—¿Eh...?

—Estás pensando en otras cosas —lo acusó ella.



—Esto es el desayuno. Nada de mecónios hasta las 9,30; ni de medusas; ni de meroblastos. Sólo nosotros dos, ¿recuerdas?

El sonrió distraídamente.

—Muy bien, querida. Te he dado un jugo nuevo esta mañana. ¿Te gusta?

—¡Hum! —dijo ella dudosa—. Es una mezcla rara. Parece papaya... un poco de granada... ¿O me has dado otro jugo sintético?

Mike sonrió.

—Sí; lo más nuevo en proteínas peptonizadas, con un poco de citraminas marca Mike. Son muy buenas para ti. Y los huevos también. ¡Cómetelos!

¡Qué raro! Sabían de un modo distinto. Y los del día anterior también sabían así, recordó entonces ella.

Por un momento, su estómago se rebeló. ¡Dios bendito! ¿Qué era lo que contaban las viejas?... ¿Vómitos matinales? ¡No, claro que no! Hacía muchos años que no se daba ni un solo caso. Y ella había tomado sus píldoras, como las demás mujeres.

De todos modos, pensó que, si hubiera vivido en aquellas viejas épocas, no le habrían importado los vómitos; al menos, no gran cosa. Del mismo modo que no le molestaba el ver cómo iba engrosando. “Me gustará”, pensó. “Me sentiré contenta y orgullosa”.

Suspiró satisfecha y empujó su plato hacia la ranura del incinerador que había en el centro de la mesa.

—¿Qué te pasa? —le preguntó vivamente Mike—. ¿Por qué no tomas tu desayuno?

—He comido lo suficiente —contestó ella con languidez.

Mike la miraba fijamente.

—¡Cómetelo!

—Un poco de calma, Mike. No voy a dejar que la criatura se muera de hambre; pero no veo por qué razón no puedo quedarme algún día que otro sin desayunar. El médico no ha insistido en que...

—¡El no, pero yo sí!

Amuri contuvo el aliento. El día anterior él había hablado del mismo modo.

—Mike... ¿se puede saber qué te pasa? ¿En que estás pensando?

—Muy bien. Si te lo digo, ¿te comerás el desayuno?

—Sí, claro que lo haré, querido. Lo que tú me pidas. Pero, ¿qué te pasa?

—Bueno... creo que ya es de todos modos tiempo para que...

—¿Tiempo? ¿Qué tiempo? Si hablas del niño, sabes tan bien como yo que faltan todavía seis meses...

—¡Ah, eso es lo que tú crees!

—¡Mike! ¿Qué quieres decir?

—Lo siguiente, querida. En los últimos tiempos te he dicho cómo marchaban las cosas en el laboratorio. Por lo visto a ti no te interesaba saberlo.

—Sí, me interesaba... Pero sigue.

—Bueno... —exclamó él, entusiasmado—, ¡pues nos ha ido muy bien!

El sentido de la frase penetró lentamente en el cerebro de Amuri. El había tenido éxito... y no había corrido a casa para decirselo a su mujer... Allí había algo más...

Y de repente, Amuri lo comprendió todo. Se quedó mirando el montecito dorado de los huevos, que tan extraños sabían; las gotas del jugo de un ámbar rojizo que había en su vaso; un jugo que parecía dulce, pero que dejaba un regusto amargo en la lengua.

—¡Mike! No has... ¡no es posible que me hayas estado dando de comer cosas de éstas!

—¿Por qué no?

—¡Por eso todos los alimentos tenían un sabor tan raro! ¡Me has estado dando las mismas drogas que les das a tus monos y a tus conejos!

—¿Por qué no? ¡Por fin lo hemos solucionado!

—¡Mike!

—No sabes qué resultados estamos obteniendo con los embriones huma-

nos, hasta con embriones de dos meses...

—Sí, ya lo sé: cuando una mujer muere en un accidente, consiguen que el embrión no se pierda. Yo me sentía orgullosa de esa parte de tu labor...

—Bueno, pues ahora hemos dominado la supresión metabólica. Lo único que aguardábamos era estar seguros de que habíamos solucionado debidamente el problema del endurecimiento de la bolsa de las aguas, y que dominábamos las delicadas fuerzas osmóticas.

—¡Mike, por amor de Dios, deja de hablar de esa jerga y dime qué va a ocurrir!

—Hemos encontrado la solución. Podemos crear un medio ambiente artificial que mejora la naturaleza; porque es absolutamente seguro y está sometido a un constante control automático. En el circuito hay un electroanalizador que recibe una alimentación continua de los detectores del tanque de desarrollo. Tiene 300.000 válvulas, Amuri. ¡Y tantas válvulas no pueden equivocarse! La única posibilidad de que funcionara mal, sería si al analizador se le encargara simultáneamente otro problema. Sus circuitos no lo soportarían. Pero nadie va a hacer eso.

—Ya comprendo. ¿Y qué va a ocurrir ahora?

—Te daré una cápsula de oxicina, cuando llegue el momento... que no tardará mucho en llegar. La nueva hormona obrará conjuntamente con las demás que has estado tomando y... bueno, todo habrá pasado antes de que hayas podido darte cuenta de ello. Sin dolores, sin internación. Será tan sencillo como lo es en las gallinas.

—¿Quieres decir...? —Amuri se esforzó por producir un efecto cómico—. ¿Quieres decir que... voy a poner un huevo?

—¡No! ¡Tú ni siquiera tendrás que preocuparte por el proceso glandular

formativo de la cubierta calcárea.

El humor abandonó a Amuri.

—¿Y no querías decírmelo? ¿No pediste en que... debías pedirme mi opinión?

—En cierto modo, sí; pero si te hubieras puesto nerviosa... Lo que te he dado no podría hacerte daño, ¡pero sí el pensar que iba a hacértelo!

—¡Ojalá me lo haga! ¡Ojalá lo eche todo a perder!

—¡Amuri!

—¿Por qué no? ¡Tú y tu desdichada ciencia mecánica...! ¡Oh, con las cosas que estás haciendo, la vida no merece la pena de...!

—¡Escúchame un minuto! No tienes que ponerte histérica porque estés encinta. ¡Precisamente ésa es una de las molestias de que te he librado!

Ella apretó los puños, luchando contra las lágrimas. “Así que ahora soy una histérica... histérica y anticuadamente sentimental. Pero, sin embargo, esto no es más que un símbolo, una parte de un todo horrible... la única circunstancia en que yo puedo decir: ¡Basta esto tienen que decidirlo las mujeres!”

—¡Mira, Mike! Si eso significara una posibilidad de ser creador en otros aspectos, muy bien. Pero las cosas han dejado ya de ser así. Esta es la única posibilidad que tengo de sentirme en armonía con los procesos naturales.

Mike le contestó suavemente:

—Ahora tengo que irme al laboratorio. Date un paseo y cálmate. Luego ven a echar un vistazo a las máquinas. Ya verás cómo yo tengo razón. Y, por favor, trata de pensar por una vez con objetividad. ¿Te parece bien?

Y se marchó.

“Pero no puedo pensar así”, se dijo ella. “No puedo. No puedo sentir como un científico, que sigue ciegamente adelante, sin preocuparse del uso que va a darse a sus nuevos descubrimientos. Tengo mi propio impulso también ciego, pero distinto...”

Y era un impulso muy satisfactorio. El día anterior se había quedado sentada al sol, bajo un árbol, con las manos en el regazo, y había pensado con repentina alegría: "Estoy creando... ¡jaín cuando esté sentada y quieta!"

Bueno, pero aquello se había acabado. Al menos, a ella no le quedaba mucho que hacer, después de lo que le había dado Mike. La máquina se encargaría ahora de seguir creando.

**D**OS semanas más tarde, ocurrió como él había planeado. Ella no quiso ver al hijo y Mike le dió la razón.

—Es mejor que no lo veas. Para mí es ya hermoso. ¡Es la cosa más emocionante del universo! Pero tú eres del siglo veinte, querida. Ya te avisaré cuando sea bastante lindo para ti.

Pero ella lo veía... mentalmente. Iba recordando trozos de las conversaciones que había tenido con Mike acerca de su laboratorio. El tanque, los líquidos burbujeantes, las gruesas membranas celulares, la sangre que latía, el sistema nervioso ramificándose, los huesos que se calcificaban. Y, sobre todo ello, una instalación monstruosa de circuitos electrónicos, conmutadores, pilas y luces.

Amuri se sentó en el jardín; sin cosedora eléctrica; simplemente con aguja e hilo. Dió una puntada en el tejido de color rosa pálido que tenía en la falda y lo dejó caer. Era de un buen material metalástico. El ajuar de su hijito serviría también para sus nietos. Era perfectamente resistente, nunca se rompería, nunca parecería viejo, nunca parecería sucio. ¡La ciencia regía la vida doméstica!

Pero rosa...

—¡Claro que será niño! —le había asegurado Mike—. Te lo podremos decir dentro de uno o dos días. Quizá hoy mismo.

Y sería un niño. Por lo visto, todo iba a resultar como Mike lo había planeado.

Amuri dejó que el material cayera al suelo mientras ella pensaba en él: en su hijo. Se imaginaba cómo iba a ser, y las cosas que haría y diría... ¡Su hijo!

No. No su hijo. Ahora, no. Ahora era su problema.

El sol caía verticalmente sobre ella. Todos deberían estar ahora comiendo. Era el momento de hacer lo que había pensado; lo que pensaba constantemente desde aquella mañana terrible: hacer algo por las mujeres instintivas; algo que hiriera a Mike bajo su capa científica; que lo hiciera comprender.

El diminuto vestido rosa quedó abandonado sobre la hierba cuando Amuri se alejó de allí, camino de la máquina, de la máquina gigantesca...

\* \* \*

...levantó la mirada del tanque al analizador. Metió en él la tarjeta horadada: el problema simultáneo que destrozaría los circuitos: su problema. Pero sabía ya la respuesta, la única respuesta humana, aunque tal vez no fuera la respuesta lógica...; porque Amuri era una madre, no una máquina.

La tarjeta marcada pesaba como plomo en su mano. Su significado era muy grave; pero no había otra salida. La mujer lo sabía; había pensado mucho en ello, desde aquella mañana... desde aquella terrible mañana... ✧

## laberintos, animales y robots



El uso de laberintos está muy difundido en psicología animal. Se introduce un ratoncito en uno de ellos y se estudia el tiempo que emplea para llegar a la meta (v. gr.: un pedazo de queso) o en qué medida logra recordar la solución alcanzada o qué actitud asume frente a los cambios introducidos por el experimentador o mil otras travesuras por el mismo estilo. De ahora en adelante los laberintos tendrán otra aplicación similar aunque sorprendente: se los va a utilizar para estudiar la inteligencia de... las máquinas. Tal es por lo menos la perspectiva que abre el aparato construido por C. Shannon. Se trata de un robot que tiene la capacidad de hallar la solución de un laberinto y además puede recordar la solución. Colocado por segunda vez en la puerta del mismo laberinto, irá a la meta sin errores ni vacilaciones. También se lo puede someter con éxito a varias de las pruebas habituales en psicología animal. Por ejemplo, si se lo coloca (después de haber aprendido una solución) en

otro laberinto construido de manera que, al seguir la solución adecuada para el laberinto anterior, se cae en un recorrido circular, sin llegar nunca a la meta, el robot de Shannon sólo caerá en la trampa unas cuantas veces. Llega un momento en que se da cuenta del error y, abandonando el recorrido aprendido, vuelve a buscar la meta por otro camino y llega a encontrarla. Pero todo esto no es bastante: si al recorrido ya aprendido se le agregan variantes (por ejemplo, desvíos, callejones sin salida, etc.), el robot "explorará" estas variantes y, al volver a encontrar el camino ya verdadero, retomará ese recorrido hasta la meta. Sin embargo, no falta el medio de llegar a obsesionarlo: cuando el experimentador le juega la broma pesada de eliminar del todo la meta, el pobre robot inicia una investigación sistemática de toda el área del laberinto y, después de cada fracaso, vuelve tristemente a empezar una búsqueda sin fin... irremediablemente infructuosa.

# Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de MAS ALLA, le resultará más fácil responder a este ESPACIOTEST. Indique en los cuadritos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 122 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido entre 4 y 6, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 ó menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio.



Pregunta Nº 1:

Pregunta Nº 2:

Pregunta Nº 3:

Pregunta Nº 4:

Pregunta Nº 5:

Pregunta Nº 6:

Pregunta Nº 7:

**1** ¿Qué es un reflejo condicionado?

- A) Un fenómeno óptico producido por experimentos.
- B) Otra manera de designar una reacción instintiva.
- C) Una respuesta no congénita de organismos.

**2** ¿Cuál de las siguientes empresas exige mayor gasto de combustible?

- A) Viajar en un cohete, desde la Tierra hasta un satélite artificial, situado a 1.720 kilómetros de altura.
- B) Viajar en un cohete desde dicho satélite artificial hasta la Luna (380.000 km. de distancia), ida y vuelta, sin detenerse en la misma.

**3** El fenómeno del olor se debe:

- A) A razones desconocidas que la ciencia no ha podido develar todavía.
- B) A las radiaciones emitidas por átomos excitados calóricamente.
- C) A ondas de longitud superiores a las acústicas, capaces de excitar las mucosas nasales.
- D) A la excitación provocada en los órganos del olfato por moléculas desprendidas de la sustancia en cuestión.

**4** De las tres siguientes denominaciones, ¿cuál designa a las personas cuyo cociente entre ancho y largo del cráneo es mayor?

- A) Dolicocefalo.
- B) Mosocéfalo.
- C) Braquicéfalo.

**5** ¿Cuál de los siguientes alimentos exige mayor tiempo de digestión?

- A) Carne de gallina.
- B) Carne de vaca.
- C) Huevos.

**6** ¿A cuál de las siguientes constelaciones pertenece la Estrella Polar?

- A) Osa Menor.
- B) Boyero.
- C) Osa Mayor.

**7** ¿Qué es una curva de indiferencia?

- A) Un diagrama que se utiliza en psicología para estudiar el estado de indiferencia psíquica.
- B) Un tipo de entes matemáticos que tienen propiedades opuestas a los diferenciales.
- C) Una curva que se utiliza en economía para estudiar el comportamiento de los consumidores.





# CORRESPONDENCIA

## proyectiles dirigidos

Hacia la verdad

Señor director:

La obra que están ustedes elaborando es extraordinaria y se la puede definir como la preparación del hombre para un futuro no muy lejano. El hombre necesita de una conducción basada en la verdad para llegar hasta la verdad, quedando así desechados para siempre todos los mitos y religiones. En la actualidad, una persona culta, lógicamente no puede creer en ninguno de los dioses de las religiones existentes, porque todas o casi todas tienen un Dios creador de todas las cosas, y no se puede admitir que el mundo en que habitamos haya sido hecho según el deseo de tal o cual Dios.

JOSÉ MARTÍNEZ (Córdoba.)

*\*\*\* El desarrollo científico obliga a una revisión de todos nuestros conceptos, inclusive el de divinidad. Pero revisión no es negación: ateos hubo siempre, en todos los niveles del progreso de la humanidad. Es cierto que los descubrimientos e inventos de los últimos años han fomentado el orgullo del hombre, que ahora, más a menudo que en otras épocas, cree que puede prescindir de Dios. Pero esta ambiciosa creencia, en el fondo, no está más justificada que antes.*

Críticas defensivas

Señor director:

He observado que para usted todas las novelas publicadas son buenas; pues, aunque no lo dice abiertamente, junto a cada crítica se puede leer la felicitación de otro lector por la misma obra, estilo de defensa muy singular y supongo que muy efectivo.

JUAN C. BUFFA (Capital.)

*\*\*\* Las críticas no se neutralizan con los elogios, porque cada uno queda con su opinión (por supuesto, todo lo que se publica me gusta, o por lo menos me gustó en el momento que decidí publicarlo).*

MÁS ALLÁ contesta a todas las cartas firmadas que recibe. La Sección Científica de MÁS ALLÁ prepara las respuestas a las preguntas sobre temas científicos. Algunas cartas y respuestas se publican cada mes. Escriba a MÁS ALLÁ, Avenida Alem 384, Bs. As.

Una misión moral  
Señor director:

MÁS ALLÁ cumple con una misión moral en nuestro país: prepararnos para ver lo nuevo, lo asombroso, lo absurdo, lo fantástico. Es una revista vana sólo para los mediocres que no entienden su mensaje. He seguido desde el primer número la marcha de la revista y no creo que haya desmejorado, como decía el señor Luis Ellena, ni tampoco que se haya mejorado mucho como lo deja entrever el señor Gregorio Balbuena (MÁS ALLÁ N° 26), simplemente porque es muy difícil mejorar la calidad de los cuentos y artículos científicos que desde el principio han sido muy buenos. MÁS ALLÁ se ha perfeccionado, ha hecho pequeñas adquisiciones muy valiosas en cuanto a secciones y presentación de su contenido y, en general, ha seguido una línea muy pareja, que ojalá se mantenga en ella.

HUGO CHUMBITA (La Plata.)

F. C. Latinoamericana

Señor director:

Desde el primer número he devorado con avidez todas, absolutamente todas, las páginas que la revista ha publicado en sus veintinueve números, y no puedo hacer otra cosa que felicitarlos, no sólo por haber sido los primeros en publicar en español cuentos de este tipo sino también por haber sido la primera revista en que he podido leer fantasía científica escrita por latinoamericanos, lo que es una doble satisfacción.

FEDERICO MADRIZ (San José de Costa Rica.)

Tapas

Señor director:

Creo que si volviésemos a los viejos tiempos, aquellos de las primeras portadas multicolores y modernas, todos y cada uno de los asiduos lectores se lo agradeceríamos.

CARLOS A. ALTGELT (Capital.)

*\*\*\* El número de colores no ha variado y en cuanto a la modernidad, ¿hay algo más moderno que lo que representan nuestras ilustraciones?*

Un no sé qué tan fuerte

Señor director:

Esta es en realidad una respuesta a la carta de la señorita Lola Pujol, de Avellaneda, aparecida en el N° 26 de MÁS ALLÁ. Dice esta señorita que "los dibujos que ilustran la novela Amos de titeres no muestran nada que pueda perturbar a ningún adolescente". Tengo 16 años; por eso quiero contestarle. Esos dibujos son sencillamente escalofrantes... tienen un "no sé qué" que me aterroriza. Sin ser deshonestos dan la sensación de ser algo indecente, fuera de la ética. Los vi antes de leer el cuento (que es muy bueno), y me produjeron una impresión tan profunda, tan fuerte, que luego me resistía subconscientemente a tomar la revista. Aun hoy, después de

haberme puesto expresamente a observarlos, no dejo de sentir algo raro cuando los miro. Y no sólo aquellos donde aparecen figuras humanas semidesnudas; también el que representa a los monos poseídos me causa el mismo efecto. Por eso le digo a esta señorita que no se trata del desnudo en sí, sino de algo más sutil, que no se puede ubicar exactamente, pero que influye enormemente, hace pensar y hace sentir...

NÉLIDA RÍOS (Capital.)

Chistes

Señor director:

Los "chistes" publicados en su revista son un atentado contra el buen humor y el ingenio. Le ruego que la publicación de los mismos se suspenda. No malogre la fantasía científica con chistes deficientes inspirados en ella.

LUIS V. SORTHEIX (Capital.)

Buena noticia

Señor director:

Yo soy un asiduo lector de MÁS ALLÁ y creo que su revista ha bajado de nivel en los últimos meses. Si todos los números fueran como los doce primeros, MÁS ALLÁ sería mejor que todas las revistas extranjeras que conozco (y que no son pocas). Ésta es una revista que promete; pero no hay que dormirse sobre los laureles. Y ahora, una buena noticia: la única revista que he leído comparable a MÁS ALLÁ es la revista "Galaxy". Otra no hay.

PABLO SOLVEY (Capital.)

\*\*\* ¿En qué quedamos?

Los invasores

Señor director:

En el número 27 de su revista hay un pequeño cuento, "Los Invasores"... El espacio que ocupa, ¿no podría llenarse con más respuestas de la sección Científica, o con más cartas de los lectores, o con cualquier otra cosa, aunque fuera mala, pero no TAN MALA? La revista es, a mi entender, lo mejor que se publica, pero en casos como éste sería bueno que trajera dos hojas de menos.

ROBERTO FALSETTI (Rosario)

Guijarro en el cielo

Señor director:

¡Por favor! ¡No publiquen otra novela tan larga y tan mala como "Guijarro en el cielo"! De lo contrario tendrán que utilizar el edificio de la Editorial como depósito de papeles.

ROBERTO FALSETTI (ROSARIO.)

Señor director:

Acabo de leer la primera parte de la novela "Guijarro en el cielo", (MÁS ALLÁ N° 26). La he encontrado francamente mala. Es una

pena que un autor que indudablemente tiene imaginación la utilice para defender una cuestión racial de una manera solapada. Es arruinar la F.C. No creo que sea necesario ser demasiado perspicaz para darse cuenta del fin que lleva el cuento en sí. Basta con leer la pág. 162-163 para percatarse del fin racial de todo el artículo. Yo, felizmente, no poseo ningún prejuicio de esa naturaleza y considero que todos somos iguales ante Dios y que nuestra raza (la suya y la mía) tiene hombres buenos y malos como cualquier otra (la que defiende el autor, por ejemplo). Pero a lo que sí me opongo es a que dilucide esas cuestiones en una revista eminentemente recreativa y científica, como MÁS ALLÁ. No creo que Asimov haya querido escribir una novela de ciencia, sino un alegato a la raza. No pretendo que se llegue a publicar esta carta porque quizá no le parezca conveniente. ¡Felicitaciones por la revista, es inmejorable!

FEDERICO ZINKGRÄF (Capital.)

\*\*\* No estoy de acuerdo; en mi opinión, "Guijarro en el Cielo" no tiene un mensaje de intolerancia.

Señor director:

Sobre la novela "Guijarro en el cielo", mi impresión fué excelente hasta la pág. 163, en donde me encontré con un abominable renglón que decía: ("Continúa en el próximo número").

CARLOS H. CIENCIA (Capital.)

El genio de Verne

Señor director:

Releyendo números atrasados de MÁS ALLÁ, me encontré en el número 15, correspondiente a agosto de 1954, con un artículo titulado "¿Dónde estábamos?", firmado por L. Sprague De Camp. Este señor afirma que ninguno de los autores que escribieron obras de F.C. hace cincuenta años sospecharon las comunicaciones radiales y análogas: teletipo, televisión, radar, etcétera. Eso es un error, pues Julio Verne, mucho antes que se inventase la radio, dispuso de la televisión en sus novelas, bajo el nombre de fonotelefoto. En realidad fueron pocas las maravillas del presente siglo que este hombre no adivinara. Verne usó en sus escritos de submarinos, aeroplanos, tanques, y también de aceras móviles, que quizá dentro de poco se conviertan en realidad. En su libro "El diario de un periodista americano en el año 2890", el protagonista publica un periódico titulado "El Heraldo de la Tierra", que tiene 80 millones de lectores. Corresponsales del "Heraldo" televisan noticias desde Júpiter, Marte y Venus, y los suscriptores presencian los acontecimientos en su propia sala. Cuesta trabajo creer que los libros de este gran autor franceses fuesen escritos hace noventa años.

JULIO E. PERRIN (Tigre - Pcia. Bs. As.)

Granizo sin frenos  
Señor director:

El autor de "El freno Celestial" (MÁS ALLA, N° 26) demuestra conocer muy poco ciertos efectos naturales. Yo no creo que, cayendo granizo de un volumen equivalente a casi dos kilos de peso, muchas personas se desmayaron por efecto de los golpes, llegando algunas a perecer. ¡Canastos! Si con granizo de un kilo mueren vacas y caballos, con granizo de dos kilos debe haber muerto medio Nueva York y no algunas personas. Fuera de este "lapsus cálamí", el resto del cuento es muy interesante.

JULIO E. PERRIN (Tigre - Pcia. Bs. As.)

Tapa

Señor director:

La tapa del número 29 es infantil, tanto que un muchacho amigo que lee sólo revistas de deportes y de historietas se sintió inducido a comprarla creyendo que el interior concordaría con el frente; pero creo que no le va a gustar.

MIGUEL O. RAMÍREZ (Capital)

\*\*\* Yo creo que le va a gustar.

A propósito de "Proyectiles dirigidos"

Señor director:

¿No les parece que el nombrecito es un poco rebuscado? ¿Qué defecto le encuentran a los viejos y probados "correo", "correspondencia", "cartas a los lectores", etc.? Me parece que la F. C. no está reñida con la llaneza y, el buen gusto.

ARGENTINO CÁNOVA (Ramos Mejía)

\*\*\* Tampoco está reñida con la originalidad.

Señor director:

Quiero expresar mi asombro sobre lo que se escribe a esta maravillosa y esperada revista. Pero yo los cuentos los tomo como tales y no los discuto con nadie: Total, ¡son puros "cuentos"!

JUAN DE DIOS (Capital)

\*\*\* Hay quienes comentan los cuentos, quienes comentan los comentarios. Yo comento los comentarios de los comentarios.

## respuestas de la sección científica

Relatividad

He leído que A. Piccard dice que la teoría de la relatividad asegura que el tiempo no es una medida absoluta, sino que depende de la velocidad y que, por lo tanto, podría tomarse como base para afirmar que, al regresar de un viaje de seis meses, nos encontraremos con que en la tierra ha pasado un siglo, pues el tiempo dejaría de correr para un cuerpo móvil que alcanzara la velocidad de la luz. ¿Y qué pasaría con un cuerpo que superara la velocidad de la luz? ¿El tiempo correría en sentido inverso?

J. E. RENÉ RODRÍGUEZ, (San Salvador.)

Efectivamente, una consecuencia de la teoría de la relatividad es que el tiempo no es un concepto absoluto, como se creía antes, sino que depende del estado de movimiento del observador (o del sistema de referencia). El tiempo medido por un reloj en un sistema de referencia que se está moviendo con velocidad  $v$  aparece como "dilatado" respecto del medido por relojes en un sistema "en reposo", pero a su vez, el tiempo medido por un reloj en este sistema aparece como dilatado respecto del medido por relojes en el sistema móvil, y esto es debido a que el movimiento es relativo: cualquiera de los dos sistemas puede tomarse como móvil y en reposo, respectivamente. El factor de dilatación es  $\sqrt{1 - v^2/c^2}$ , siendo  $c$  la velocidad de la luz en el vacío. Ahora bien eso vale si uno de los sistemas se mueve con movimiento rectilíneo uniforme (de velocidad  $v$ ) respecto del otro. Si se realiza un viaje de ida y vuelta, ya aparecen aceleraciones, y hay que pasar a la teoría general de la relatividad. Entonces el problema se reduce a la famosa "paradoja de los relojes", resuelto satisfactoriamente por

esta teoría generalizada. En cuanto a la velocidad de la espacio-nave, nunca podrá, no ya superar a la de la luz sino ni siquiera alcanzarla.

Telescopio y microscopio

Si el telescopio del Monte Palomar aumenta 8000 veces el objeto observado, esto significa que nos coloca la Luna a 48 km; entonces, tomándole una fotografía y luego ampliándola 1024 veces, la tendremos a 46 metros de distancia; luego, aplicándole un microscopio, ¿podremos ver una hormiga sobre la Luna?

"UN TONTO CURIOSO".

Además del "aumento", interesa el "poder separador" del antejo. Para el telescopio del Monte Palomar, es 0,0223 segundos de arco, por lo tanto, el objeto más chico que podría ver sobre la Luna tendría que tener 42 metros de alto. Esto se calcula conociendo el poder separador, multiplicándolo por la distancia a la luna en metros y dividiéndolo por 206.265. Si mira la placa fotográfica con un microscopio, lo único que verá serán los granos de la emulsión.

Gravedad

Además de depender la fuerza de gravedad de la densidad de un planeta, ¿depende también dicha fuerza del volumen del planeta? ¿Tiene también importancia la velocidad de rotación? Es decir, ¿está relacionada la fuerza de gravedad con la densidad, el tamaño y la velocidad de rotación?

ASVALDO ABOID S., (Sgo. de Chile.)

La fuerza de gravedad depende de las masas de los cuerpos en presencia, y es inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que los separa.

Su expresión, en la forma newtoniana, es:  $F = K \frac{mm'}{r^2}$  para dos cuerpos de masas  $m$  y  $m'$  separados por la distancia  $r$  (de sus centros de gravedad);  $K$  es la llamada constante de la gravitación, cuyo valor es  $6,6 \times 10^{-8}$  unidades cgs. La velocidad de rotación no influye para nada en dicha fuerza; pero cuando se quiere calcular la aceleración de la gravedad, por ejemplo, para un objeto situado sobre la superficie terrestre, entonces sí hay que tomar en cuenta el movimiento de rotación, ya que ésta produce una fuerza axifuga que tiende a disimular el valor de  $g$ ; en el Ecuador, dicha fuerza es opuesta a la de gravedad; y disminuye el valor de  $g$  en  $0,034 \text{ m/s}^2$ .

#### El origen del universo

He leído que el "origen del universo" tuvo como base una materia homogénea, que ocupaba el espacio en forma de vapores extremadamente sutiles que formaban una materia cósmica y que la masa se hallaba en reposo, sin movimiento; pero al producirse la primera condensación, se rompió el equilibrio existente comenzando, a partir de allí, las reacciones recíprocas de los diversos elementos. Al formarse núcleos sólidos, ¿qué agente les dió movimiento? ¿Habría sido por la luz del Sol, que tendría "fuerza impulsiva", según he leído, y que es la que mantiene rotando y trasladándose a los cuerpos celestes?

JOSÉ ORLANDO SOSA (Mendoza).

Hay dos puntos de vista fundamentales con respecto a este problema: uno es el de un "origen", o un "comienzo del universo"; otro es el de un estado "estacionario" del universo, es decir, un universo que ha existido siempre, que no ha tenido origen, que no tiene sentido preguntarse por su origen. Este último punto de vista, sostenido por la doctrina filosófica llamada "materialismo dialéctico", atribuye los movimientos de los cuerpos al "auto-movi-

miento de la materia", es decir, una de sus afirmaciones básicas es que la materia existe independientemente de la mente humana y que ella está dotada de movimiento; la materia se mueve de acuerdo con leyes propias, objetivas. En cuanto al primer punto de vista, tiene en realidad dos interpretaciones: uno, afirma que hubo un origen (por ej.: que un Dios creó el mundo); otro, simplemente reconoce que hubo una época en que se produjo una gran compresión que redujo el universo a una región pequeña, ocupada por la materia en alto estado de compresión, de tal modo que todas las características estructurales previas del universo se borraron, porque hasta los átomos y sus núcleos se partieron en sus partículas elementales (protones, neutrones, electrones), y a partir de ese estado de grandísima compresión, se habría iniciado la expansión del universo, que todavía continúa. Sobre la era de pre-compresión nada se puede decir, porque todas las huellas han desaparecido. Durante los primeros tiempos de la expansión del universo, la densidad de la radiación (expresada en masa, es decir, dividiendo la densidad de energía por el cuadrado de la velocidad de la luz) era mucho mayor que la densidad de materia; pero debe haber llegado un momento en que empezó a prevalecer la densidad de materia, y por consiguiente, la fuerza de gravitación. Pero observe que la densidad de radiación a que nos referimos no es la proveniente de la luz del Sol sino la de todo el Universo; la luz, en general, posee impulso (el fenómeno de la presión de radiación lo pone de manifiesto), pero aquí le señalamos nuevamente que no es la luz del Sol la que mantiene los movimientos de rotación y traslación de los cuerpos celestes; en la actualidad, la influencia del impulso de la radiación es pequeña comparada con la gravitación.

#### Audiofrecuencia

Tengo entendido que en una emisora, tanto la longitud de onda como la audiofrecuencia no varían y que sirven para individualizar en el dial a dicha emisora. Siendo así, ¿podrían indicarme cuál es el factor variable que permite distinguir dos sonidos de distinta intensidad, por ejemplo, o de distinta altura (do y si) o de distinta naturaleza o timbre (un do de violín de un do de órgano)?

MARIO BOHOSLAVSKY, (B. Blanca).

En el número 11 de Más ALLÁ, en la sección "Contestando a los lectores", hemos puesto en claro esta cuestión. Cada estación transmite, en efecto, con una frecuencia propia, la de su onda "portadora", que es una radio-frecuencia (bastante elevada, del orden de 500 kilociclos por segundo) esta onda se modula por la onda de audio-frecuencia (imagen eléctrica de las ondas sonoras); lo que se transmite es la portadora modulada, la cual es captada por la antena del receptor, donde un circuito sintonizador selecciona la frecuencia de la portadora que le interesa (es decir, la estación radioemisora que quiere sintonizar); luego se elimina la onda portadora, quedando solamente la audio-frecuencia, y se procede a la detección de ésta, o sea a su rectificación, a fin de que actúe sobre el parlante. Ahora bien, esta audiofrecuencia contiene todas las frecuencias acústicas emisoras, con sus intensidades, alturas, etc. No hay, pues, ninguna dificultad en transmitir esos elementos modulados de modo variable a la portadora.

#### Radiaciones solares

¿Cómo es posible que la luz del Sol caliente nuestro planeta, dado que la misma tiene que recorrer unos 150 millones de km. a través del vacío, y ya a los 20 km de altura de la Tierra, la temperatura es de unos  $-250^\circ \text{C}$ ? Si se considera la luz solar como "materia", el choque de la misma contra la superficie terrestre, ¿no sería en este caso la fuente de calor?

JOSÉ ORLANDO SOSA (Godoy Cruz., Mza.)

La tierra se calienta porque las radiaciones provenientes del Sol son absorbidas por la materia y sólo en parte reemitidas, o emitidas con menor energía (mayor longitud de onda). La temperatura de la atmósfera a esa altura (20km.) es muy baja porque allí el aire está rarificado; por consiguiente, hay pocas moléculas para absorber la luz; y la trasmisión del calor desde abajo por convección se realiza en mucha menor proporción que sobre la superficie de la Tierra. La luz es radiación, y si se quiere, puede considerarse como materia; aunque ordinariamente no se considera como tal, para distinguirla de la materia ponderable; pero es cuestión de definición. Ambas poseen energía, y además, la una puede convertirse en la otra indistintamente (creación y aniquilación de pares de electrones, fotoproducción de mesones, etc.). Pero el proceso de producción de calor no es el de un simple choque; es más complicado: hay absorción de la radiación; los electrones de la materia pasan a niveles excitados; parte de esa energía la entregan a los núcleos, que vibran, o a la molécula en conjunto, que rota, y la energía radiante absorbida, aparece así como energía calorífica.



EL HOMBRE

## aniquilado

DENTRO de los límites inconcebibles del universo no hay nada nuevo, nada diferente. Todo es una simple cuestión de estadísticas, y lo



por ALFRED BESTER

*Rico y poderoso, Ben Reich era un criminal que no podría fracasar, inclusive en un mundo donde los telépatas vedasen la posibilidad de delinquir.*

*que puede parecer excepcional para la mente diminuta del hombre quizá sea inevitable para el infinito ojo cósmico. Lo que parece singular y único, puede*

*ser común y vulgar. El extraño segundo en una vida, el hecho desusado, determinadas coincidencias notables de medio, oportunidad, encuentro o re-*

Ilustrado por DON SIBLEY



encuentro: todo ello puede ser exacta y precisamente reproducido en el planeta de un sol de la Galaxia, que cumple un movimiento completo de revolución en doscientos millones de años y lo ha efectuado ya nueve veces.

Existen y han existido mundos y culturas sin fin, cada uno de los cuales, ignorante de la sujeción amortiguadora de las estadísticas, abriga quizá la orgullosa ilusión de que es único, irremplazable. Ha habido asimismo hombres innumerables, que padecían de la misma megalomanía y que han hecho sufrir a mundos y naciones. Los habrá aún, más y más, hasta el infinito. Y ésta es la historia de uno de esos hombres: El Hombre Aniquilado.

EN el planeta Doble-3 del sistema solar (pues el ojo cósmico ve la Tierra y su satélite como un planeta binario), en enero de 2103, Edward Túrnbul, del Colegio de Profesores de Coates, decide explorar el enigma de la histérisis para su trabajo de tesis. Las variaciones de Reamur sobre las ecuaciones post-mórtem de Einstein le sugieren una paradoja en la que nadie se ha detenido hasta entonces. Túrnbul estudia la investigación original, introduce algunas variantes y se pone luego a chapucear en el armado del aparato. Al cabo de varias noches de insomnio, de dudas, excitación y suspenso, llega el momento decisivo, y el estudioso hace funcionar el conmutador. La experiencia da el resultado apetecido. Quince kilogramos de aparato y un litro de éter dimetilmetileno se elevan de la plataforma y se aplastan contra el techo. Túrnbul ha tropezado con algo que pasaron por alto un siglo atrás: la antigravedad. ¿Extraordinario? No. Inevitable. En el infinito de un universo por el que pululan innumerables criaturas; investigando, inquiriendo y experimentando sin cesar, esto había ocurrido, estaba ocurriendo y ocurriría más allá del cálculo de sim-

ples integrales. Las estadísticas lo hacían inevitable.

Pero olvidemos a Túrnbul. Él no es nuestro protagonista. Si nos identificamos con él, nos perderemos en esta historia, tal como Túrnbul se perdió en el cambiante laberinto que dió por resultado al Hombre Aniquilado.

LA esposa de Galen Gart murió en septiembre de 2110. Durante treinta años, ella y él, habían formado una pareja amante y cariñosa, llegando a parecerse en muchos aspectos, como ocurre a menudo con los matrimonios. Era difícil diferenciar su escritura, sus voces y hasta sus bromas.

—Pensamos siempre lo mismo —solía decir Gart—. La mayoría de las veces le contesto antes de darme cuenta de que no ha llegado a expresarme su pensamiento en voz alta.

Y después de morir ella, él se lamentaba:

—¿De qué me vale seguir viviendo? Éramos un solo ser, indivisible. No necesitábamos siquiera de las palabras. ¿Cómo puedo llegar a tener la misma intimidad con otra mujer?

Pero Galen Gart, con sus cincuenta años de edad, desolado, envejeciendo prematuramente, conoció a una chiquilla de veinte, bonita y excitante, que atendía al infantil sobrenombre de Duffy, y se casaron seis meses después del funeral.

—En la oscuridad no eres tan viejo.

—¡Oh, Duffy! —exclamó Gart—. Eres muy amable al decir eso.

—¡Pero si yo no he dicho nada! —repuso ella. Y era verdad.

Pasó un año antes de que Gart se diera cuenta de que era él quien no necesitaba de las palabras. El asunto se convirtió en su chiste favorito, su pequeño truco de salón, su rasgo singular.

—De modo que éste es el famoso Galen Gart. ¿Y lee el pensamiento?... Imposible. Es un truco. A mí no me

va a engañar. No puede leer mi pensamiento.

—Sin embargo puedo, mi estimada señora. Puedo.

—¿Qué pue...? ¡Pero si yo no he hablado! Yo...

—¡Eh! ¡Oigan! Gart lo ha hecho otra vez.

Todos celebraron con risas la confusión de la dama. Si, todos se reían ante ese rasgo singular, cuando el señor Gart, benévolo y cortés, llevaba a cabo con todo tacto su truco de salón.

Pero el rasgo era hereditario y apareció en su hijo.

Ya no hubo más risas, por cierto, cuando el animalillo amoroso que es un niño descubrió que había heredado la percepción extrasensorial, y la empleó brutalmente. Galen Gart, hijo, convirtió las risas en lágrimas. Mucho se dijo y se escribió sobre su aterradora carrera criminal que concluyó con su asesinato. Y también él, chantagista, embaucador y ladrón, contribuyó a producir al Hombre Aniquilado.

EL negocio ubicado junto a la entrada de la estación del Neumático fué tomado en arriendo por Wilson Winters, artista ambivalente convertido en librero, que compraba y vendía libros usados, para beneficio de la literatura, y efectuaba un próspero negocio en pornografía, para beneficio de su bolsillo. Entre los libros eternamente invendibles estaba "Juegos para la Fiesta", de Nita Noyes, que se llenó de polvo en los estantes, hasta que lo compró el Hombre Aniquilado.

## EL REALISMO ES LA CUARTA DIMENSION

PLATON Quinn, joven y brillante productor de Pantys, atribuye su éxito a la estrecha atención que presta a los detalles.

La gente —nos dijo Quinn— olvida que Panty significa Pantógrafo Emo-

cional. Y muchos productores creen que el Panty es un medio tridimensional: vista, sonido y sensación. Para mí, los Pantys son tetradimensionales, y mi cuarta dimensión es el realismo. Toda la utilería, así como el vestuario y hasta el último trocito de tela, metal o plástico de mis producciones es auténtico. Y el público lo siente. Miren esto, por ejemplo...

El joven productor nos señaló un centellante pedazo de acero, y dijo sonriendo:

—No podrían saber de qué se trata hasta que no vieran Con el Recuerdo del Crimen. Es un arma única en su especie; una rara pistola plegadiza de origen francés. Observen.

Oprimió un botón disimulado en el artillugio. Se oyó un ligero chasquido, y el acero se abrió como una flor. Apareció entonces la punta de un estilete, junto con un cañón para proyectiles explosivos, y cuatro pesados anillos de acero que, según explicó Quinn, servían para proteger los nudillos y agregar fuerza al puñetazo.

—Y todos los que vean Con el Recuerdo del Crimen sentirán el filo del acero, y la bala que penetra en sus corazones. Sentirán todo el dolor y el horror del peligro y la cólera. Es sensacional.

Platón Quinn volvió a plegar la pistola, la guardó nuevamente en el escritorio y se olvidó de ella. La olvidó también cuando se fué del hotel. Y así siguió en el olvido hasta que la empleó el Hombre Aniquilado.

LA antigravedad o nulgrav fué explorada, perfeccionada y explotada. Hizo trizas un mundo industrial y creó otros cinco. Entre otros, fué adoptada por "Los 7 Hermanos de Sacramento", empresa de transportes con un solo camión, de la cual era dueño y operador un hermano solitario llamado Reich. Este Reich estaba equipado con un ojo piratesco, ambi-

ciones canibles y un mínimo de responsabilidad social.

El nulgrav fué adoptado también por la sociedad de Clubes del Espacio, que pasaba por serias dificultades para reunir fondos. La industria se encogió de hombros, prefiriendo dejar libres a los tontos el terreno salvaje de las primeras exploraciones. ¿Quién quiere especular con posibilidades? ¿Qué ventaja comercial puede haber en alcanzar la árida Luna o los planetas helados? ¿Quién protegió a los primeros pioneros de la aviación? Además, había varias guerras pendientes, y los ejércitos estaban luchando para suprimir el nulgrav en nombre de inseguras razones de seguridad.

Entretanto, después de divorciarse de su duodécima esposa, Alan Courtney empezó a buscar a su alrededor alguna nueva forma de alivio al hipertiroidismo. Tenía suficiente dinero como para aburrirse, y de sobra para empezar a construir una astronave. Manifiestó a la prensa que se iba a buscar en las estrellas una esposa ideal, y ante la indiferencia con que fué recibida su declaración, por puro despecho terminó la nave y tras una botrachera emprendió el viaje.

Jamás volvió. Además, nadie creyó que se hubiera marchado. Glenn Tuttle, Almedo Ziguerra, Joan Túrnbul, Fritz Wónchaalk, Speeman Van Tuerk y algunos más..., inadaptados, disconformes, incapaces de compromiso social, fugitivos todos..., que es como decir pioneros todos. Uno por uno partieron de la Tierra, con variable publicidad y poco reconocimiento. Y jamás volvieron. La sociedad de Clubes del Espacio aplaudió la donación de cien mil dólares, efectuada por un magnate de los transportes, llamado Reich, y predijo que el hombre dejaría muy pronto la Tierra para hacer su primer viaje por el espacio. En realidad, esto ya había ocurrido, y produjo al Hombre Aniquilado.

LA mujer cuarentona, marchita y amedrentada, entró en la tranquila sala de consultas y se encontró ante un joven de ojos y pelo negros, sentado tras un escritorio.

—Adelante, señora. Tome asiento — la voz del joven era baja, ligeramente áspera, como si encerrara conflictos reprimidos.

—Gracias —la mujer se acomodó penosamente en la silla—. Parece bastante vivo. Tipo de ladrón de guantes blancos. Hännerly dijo que podía ser legítimo. Ni por broma. ¿Mi grabador está conectado? Bien.

—¿Su nombre, señora?

—¿Mi nombre? Soy Rhoda Rennsáeler. Lo sabrás, farsante, cuando lo leas debajo del título. Me llamo Elvira Nolles?

—¿Y cuál es su problema, señora Nolles?

—Pues bien, oigo continuamente unas voces que me hablan al oído. De modo que pensé que un médico...

—Yo no soy médico, señora. Entiéndame bien esto. Yo no practico la medicina. Simplemente aconsejo a mis amigos. Mi nombre es Lorry Gart. Y no me llame doctor.

—¿Cauteloso, verdad? Pero yo te pescaré, farsante. Ya verás.

—¿Su problema, pues, señora Nolles? —repetió Gart.

—Son esas voces. Las oigo a cada momento diciéndome que soy Dios. Y si puedes resistir esta introducción, eres un pillastre más vivo de lo que creo. Puedo pagar por el tratamiento. Tengo un rollo de billetes por el que se te caerá la baba, curandero de pacotilla.

—¿Proporcionados por el señor Hännerly?

—¡Oh, no! Son mis ahorros. Yo... —se interrumpió de golpe.

Gart asintió, sonriente.

—¿Empieza usted a comprender, señora Rennsáeler?

—Jamás dije tal cosa. ¡Jamás!

—No, por supuesto; ni su nombre tampoco. ¿Comprende usted, verdad? Y bien, seamos prácticos ahora, señora Rennsáeler. Yo no soy curandero. Usted no me va a desenmascarar. Olvidará todo lo referente a este episodio.

—Pero, ¡por Dios!, ¿qué es usted?

—Lector del pensamiento..., o telepata..., o perceptor extrasensorial, señora Rennsáeler..., per...ex..., tal vez perexor. Aún no he decidido siquiera cómo denominarme —la miró burlescamente—. Agradecería la sugerencia de una periodista experimentada.

—¡Qué canalla! Leyendo todo lo que hay en mi mente. ¡No pienses! Pero, ¿cómo puedo dejar de pensar! El está escuchando, como un espía tras la puerta; atisbando...

—¡Basta ya, señora Rennsáeler! —exclamó Gart vivamente, levantándose—.

—Escúcheme. No tengo miedo. Usted siente que su íntima vergüenza está invadida. Eso despierta su hostilidad. Pero no tiene nada de qué avergonzarse. En el interior de nuestras mentes somos todos iguales. Todos. Lo he comprobado perfectamente.

Ella lo miró, aterrada.

—Créame usted —prosiguió Gart con una mueca dolorosa—. ¿Tendré que contarle mis vergüenzas, mis vicios y temores secretos? ¿Seremos hermanos a la luz de la conciencia? Mi padre fué un criminal: Galen Gart, hijo. Chantagista telepático, leía el pensamiento para arruinar a la gente. Fué asesinado. Yo poseo el mismo sentido extra: la habilidad para leer en la mente de los demás..., no muy profundamente, pero sí lo suficiente como para captar. Es una habilidad continuamente tentada por la codicia, el odio rencoroso hacia la sociedad, impulsos de destruir a la gente..., a mí mismo, también.

—No comprendo —murmuró ella—. No comprendo nada.

—Me estoy desnudando psicológicamente ante usted, señora. Es mi de-

fensa contra su hostilidad. Espero que pueda ayudarme a llegar a ser algo más que un brujo a ocultas. Usted tiene experiencias en relaciones públicas.

—No, no... Yo vine aquí a desenmascarar a un curandero...

—Escúcheme, por favor. Yo empleo mi habilidad para ayudar a la gente confundida y trastornada. Ellos vienen a verme..., los pobres enfermos..., tan enfermos que no pueden descubrir sus problemas. Sólo una cosa hago por ellos: les ayudo a reconocer esos problemas. Mientras hablan, escucho sus pensamientos inconexos. Mientras deliran y se extravían desorientados, yo tomo las piezas, los detalles esenciales..., y les digo en qué consiste la crisis por la que atraviesan. Les ayudo a verla. Una vez con el problema en sus manos, pueden ir a buscar la solución a casa del analista más próximo, aunque generalmente no es necesario.

—Entonces no es usted curandero.

—No, no lo soy. Y usted me cree. Puedo leerlo en su pensamiento. Usted me cree y quiere ayudarme, ¿verdad?

Después de una larga pausa la mujer repuso:

—Sí, le creo y quiero ayudarlo.

\* \* \*

El *Geoffrey Reich*, primera espaciovave tripulada que llegó a la Luna, descubrió la nave y el cadáver de Glenn Tuttle, en el centro de un lecho de más de cien kilómetros, de estelita de Haines, evaluada en 15 dólares por kilo. Ignorando que la Luna carecía de aire, había abierto la compuerta hermética, y sólo tuvo tiempo de echarle una rápida mirada al *Mare Imbrium*, antes de morir sofocado.

\* \* \*

Durante el juicio sucesorio de Alan Courtney, cuyos bienes excedían la

suma de veinticinco millones de dólares, el abogado consultor propuso que un médico legista, perceptor extrasensorial, o perexor, interrogara a uno de los testigos, al cual no le negaba honestidad consciente, pero sugería que sus recuerdos habían sido alterados por el signo de los dólares.

—Es un hecho establecido —continuó el consultor— el de que los hombres recuerdan lo que quieren y olvidan también solamente lo que quieren; todo lo cual hacen con absoluta sinceridad. La verdad objetiva no existe en el sentido psicoanalítico; principio éste que nuestros tribunales han confirmado en una larga serie de casos.

Se originó entonces un cambio de opiniones entre los abogados de ambas partes en litigio, a la que puso fin el tribunal, reconociendo que los expertos perexores cumplían valiosos servicios para la sociedad, en diversos aspectos de la vida, pero que no era propio sin embargo admitir como prueba en un juicio la evidencia suministrada por un perexor.

—La intervención de un perexor, señor juez, no puede ser considerada como intromisión a la intimidad, así como fotografiar a una bañista desnuda no es ningún ataque a la decencia. Trescientos años atrás se creía que el cuerpo humano era una cosa vergonzosa, y se lo mantenía cuidadosamente oculto. Hace doscientos años ocurría lo mismo con la mente humana, y oculta se la guardaba también. Pero hemos progresado mucho y dejado muy lejos esos conceptos medievales.

—Muy cierto, señor Lecky —replicó el juez—; pero la justicia humana no ha abandonado aún el principio establecido de que un hombre no puede ser empleado como testigo hostil contra sí mismo. No puede ser forzado, tampoco, a ser convicto de mendacidad subconsciente. La justicia debe permanecer siempre en el nivel objetivo. Si así no lo hiciera, ¿qué sería

de los inocentes alucinados que creen en su propia culpabilidad? ¿Cómo conciliarían los tribunales sus confesiones subjetivas con su inocencia objetiva? La objeción de la parte contraria es, por lo tanto, sustentada.

\* \* \*

EN el año 2300, el Sacramento III, mientras recorría el cuadrante Este de Marte, en busca de mineral, descubrió los restos de Alan Courtney. Había sobrevivido unos dos años a su aterrizaje, reemplazando por líquenes sus menguantes viveres. Evidentemente se había vuelto loco, pues encontraron su cuerpo en genuflexión ante una roca, en la cual estaba grabado el símbolo de la Orden de Pitón.

El símbolo (una serpiente enrollada en una representación del infinito) fué ignorado en los informes; pero el nombre de Courtney fué dado a una ciudad.

En homenaje a él, Samuel Dus, su sobrino bisnieto, tomó su nombre, tomó sus veinticinco millones de dólares y tomó una astronave para irse a vivir a la ciudad de Courtney, en Marte. Tenía otras razones para ello. Samuel Dus-Courtney había sido aporreado en una escaramuza financiera con el viejo Geoffrey Reich III, y se retiraba a lamer las heridas de su cuenta bancaria.

\* \* \*

Van Tuerk se estrelló en Titán. Un transporte de D'Courtney lo halló dentro de su pequeña espacionave, tendido en la cubierta, sobre la que había borroneado con tiza: *Die Kunst is lang, das Leben Kurz, die Gelegenheit flüchtig*. La nave de D'Courtney encontró también un cráter de cuarenta mil millones de dólares de magma radiante.

—“Magma cum Laude” —murmuró burlescamente Ben Reich cuando recibió la noticia del Departamento de

Relaciones, en la Torre de Sacramento. Pero no se sentía regocijado.

Pues Ben Reich es El Hombre Aniquilado.

II

**¡DEMOLICION! ¡Conmoción!**  
**¡Explosión!** Las puertas de la bóveda estallan y se abren. Allí dentro, el dinero está ordenado en dorados rimeros, listo para el robo, la rapiña, el saqueo. ¿Quién es ése? ¿Quién está allí? ¡Oh, Dios! El Hombre sin Rostrol; mirando, atisbando, silencioso, horrible...

Correr... Huir...

A correr, o perderé el Neumático a París, y esa machacha que me aguarda con su rostro apasionado. Hay tiempo si corro. Llamaré al guarda. Le pediré que demore la partida del tren.

Pero el que está ante la entrada no es el guarda. ¡El Hombre sin Rostrol; mirando, atisbando, silencioso, aterrador.

¡No grites! ¡Basta ya de gritar!... Pero no está gritando, sino cantando en ese escenario de mármol, mientras resuena la música, y su voz envuelve en cascadas a la multitud que llena el anfiteatro y que...

Pero no hay nadie. El gran foso en sombras está vacío... Vacío a excepción de un espectador; silencioso, mirando fijamente, atisbando.

¡El Hombre sin Rostrol!

Esta vez su grito había sonado, y Ben Reich despertó.

Se quedó tendido en el lecho hidropático, con el corazón contraído, paseando al azar la mirada por la habitación de jade verde. Vió la lucecilla del velador en el mandarín de porcelana, el reloj múltiple que irradiaba luminosamente la hora de tres planetas y nueve satélites, el lecho mismo, una pecera de cristal llena de glicerina carbonatada.

La puerta se abrió suavemente y Jonás apareció en la penumbra.

—¿Otra vez? —preguntó Reich.

—Sí, señor.

—¿Fuerte?

—Muy fuerte, señor; y aterrado.

—¡Malditas sean sus orejas! —gruñó Reich—. Yo nunca tengo miedo.

—No, señor.

—Márchese.

—Sí, señor. Buenas noches, señor —Jonás retrocedió y cerró la puerta.

—¡Jonás! —gritó Reich, y el valet reapareció—. Perdón, Jonás.

—Está bien, señor.

—No, no está bien —repuso Reich, con una sonrisa—. La próxima vez que yo le grite, gríteme usted a mí.

—¡Oh, señor!...

—Hágalo, y le aumentaré el sueldo —Reich volvió a sonreír—. Puede retirarse, Jonás. Gracias.

—Gracias al señor, señor.

El valet se retiró.

Reich se levantó y se colocó ante el espejo, ensayando la sonrisa. “Haz tus enemigos por elección”, murmuró para sí; “no por accidente”. Miró fijamente su imagen: hombros anchos, cintura estrecha, piernas largas y musculosas... los ojos grandes, la nariz pequeña y afilada, y pequeña también la boca sensual, endurecida por un gesto implacable.

“¿Por qué?”, se preguntó. “No cambiaría mis rasgos con el demonio, ni mi posición con Dios. ¿Por qué he gritado?”

Se puso una bata y miró el reloj. Eran poco más de las seis. Se concedería una hora de análisis. Esos gritos tenían que cesar.

“Pero no tengo miedo”, pensó. “Nunca lo he tenido”. Recorrió rápidamente el corredor que lo separaba del departamento de su analista; entró, y de inmediato se tendió en el diván.

Wilson Breen, médico perexor, de segunda clase, ya estaba despierto y esperándolo. Como analista personal de Reich, dormía el “sueño de la enfer-

mera", que le permitía estar en *report* con su paciente. Aquel grito había sido suficiente para despertarlo, y ahora se hallaba sentado junto al diván, en actitud alerta, pues su empleador era generoso pero exigente.

—Adelante, señor Reich.

—Otra vez El Hombre sin Rostro.

—¿Pesadillas?

—Sí. Yo estaba intentando asaltar un banco. Luego corría para alcanzar un tren. Luego alguien cantaba. Creo que era yo. Procuró presentarle las imágenes lo mejor posible. No creo que me olvide de nada...

Hubo una larga pausa. Finalmente Reich estalló:

—¿Y bien?

—Insiste usted en que no puede identificar al Hombre sin Rostro, señor Reich?

—¿Cómo demonios?... ¡Si jamás lo he visto! Todo lo que sé es...

—Sin embargo, creo que puede. Simplemente no quiere.

—Escuche. Le pago a usted veinte mil dólares al año. Si lo mejor que puede usted hacer son manifestaciones idiotas...

—¿Realmente lo cree usted así, señor Reich?, ¿o es parte del síndrome general de ansiedad?

—¡No hay tal ansiedad! —gritó Reich—. Yo no tengo miedo. Nunca... —se interrumpió comprendiendo la inutilidad de desvariar mientras la hábil mente del perexor escuchaba bajo sus palabras agresivas—. Se equivoca, sin embargo. No sé quién

es. Un hombre sin rostro. Eso es todo. —Usted viene rehuyendo los puntos esenciales, señor Reich, y debe llegar a reconocerlos. Probaremos con un poco de asociación voluntaria. Sin hablar, por favor. Robo...

—*Joyas, relojes, diamantes, valores, títulos, soberanos, falsificación, efectivo, metálico, garras...*

—¿Qué fué eso último?

—*Un lapsus mental. Quise pensar en barras de oro...*

—No fué un lapsus, sino una corrección, o más bien alteración significativa. Continuemos. Neumático...

—*Coche, compartimiento, airear...* Esto no tiene sentido.

—Lo tiene, señor Reich. Un inconsciente retruécano fálico. Interprete "heredar" por "airear", y lo verá. Continúe.

—*Veamos. Neumático... tren subterráneo, aire comprimido, velocidad ultrasónica. "Nosotros lo transportamos en transportes", lema de... ¿cómo demonios se llama esa compañía? No puedo recordar. ¿De dónde viene esa idea?*

—Del preconsciente, señor Reich. Una prueba más, y empezará usted a comprender. Anfiteatro...

—*Asientos, plateas, galerías, palcos, retablo, establo, caballos marcianos, pampas marcianas...*

—Y allí está, señor Reich. En los últimos seis meses ha tenido usted noventa y seis pesadillas sobre el Hombre sin Rostro. El ha sido su constante enemigo, frustrador e inspirador de

terrores, en sueños que contenían tres denominadores comunes: finanzas, transportes y Marte.

—Eso no significa nada para mí.

—Debe de significar algo, señor Reich. Usted tiene que poder identificar esta figura aterradora. Como indicios, tiene la palabra alterada "garras" y el nombre olvidado de la compañía que usa como lema de propaganda "Nosotros lo transportamos...".

—Le digo que no sé quién es —Reich se levantó bruscamente—. Sus indicios no me sirven para identificarlo.

—El hombre sin Rostro no lo atemoriza a usted simplemente porque no tenga cara. Usted sabe quién es. Usted lo odia y le teme, pero sabe quién es.

—¡Usted es el perexor, diablos! ¡Dígame usted!

—Mi habilidad tiene un límite. No puedo profundizar más en su mente, sin ayuda.

—¿Qué quiere decir con eso de ayuda? Usted es el mejor que pude tomar. Si usted...

—Señor Reich, usted empleó deliberadamente un perexor de segunda clase, a fin de protegerse en tal contingencia. Ahora paga el precio de su precaución. Si quiere que cesen los gritos, tendrá que consultar a uno de los hombres de primera clase: Augustus Teigh, Gart, o Samuel Hawkins...

—Lo pensaré —murmuró Reich abriendo la puerta para salir.

—A propósito. "Nosotros lo transportamos en transportes" es el lema del Consorcio D'Cóurtney. ¿Cómo se relaciona eso con la alteración de "barras" en "garras"? Piénselo.

—¡El hombre sin rostro!

Sin vacilar, Reich cerró de golpe la puerta, para apartar su mente de Breen, y se precipitó hacia sus habitaciones. Una oleada de odio salvaje estalló en él.

—Craye D'Cóurtney. El Hombre

sin Rostro. Tiene razón ese maldito. Es Craye D'Cóurtney quien me hace gritar. No porque tenga miedo de él. Tengo miedo de mí mismo. Siempre lo supe, siempre supe, en lo más íntimo de mi conciencia, que, una vez que lo enfrentara, tendría que matar a D'Cóurtney. No tiene rostro, porque es el rostro del crimen.

**C**OMPLETAMENTE vestido y con el peor de los humores, Reich bajó a la calle, donde un *brincador* de Sacramento lo llevó de un grácil vuelo hasta la gigantesca torre que albergaba los centenares de pisos y los millares de empleados de las oficinas de su empresa en Nueva York.

La Torre de Sacramento era el sistema nervioso central de una inmensa corporación, una pirámide de transportes, comunicaciones, industrias pesadas, manufacturas, ventas, investigación, exploración e importación. Sacramento compraba y vendía, hacía y destruía, traficaba y regalaba. Su sistema de compañías subsidiarias y representantes era tan complejo que requería los servicios de un contador perexor de segunda clase.

Reich entró en su oficina y se sentó al escritorio, temblando de furia. Tras un momento de reflexión, murmuró para sí:

"Le daré a ese bastardo de D'Cóurtney una oportunidad más". Del cajón secreto de su escritorio sacó el Libro de Códigos de los Directores, limitado a los presidentes de las firmas que figuraban con cuádruple A-1-\* en la lista del Lloyd. En las páginas centrales encontró lo que necesitaba:

QQBA	.....	Sociedad
RRCB	.....	Ambos nuestros
SSDC	.....	Ambos suyos
TTED	.....	Unión
UUFE	.....	Intereses
VVGF	.....	Información
WWHG	.....	Acepto oferta

### Prehistoria en el Artico

**U**NA expedición dirigida por miembros del museo danés y de la universidad de Pensilvania descubrió en el noreste de Canadá los restos de una aldea ártica que debió de estar habitada hace más de diez siglos. Con más de 100 casas, tumbas y utensilios de todas clases, esta aldea constituye un rico venero de estudios arqueológicos para el conocimiento de la civilización más antigua del Artico.

MÁS ALLÁ

XXIH ..... Reconocido  
YYJI ..... Sugiero  
ZZKJ ..... Confidencial  
AALK ..... Igual  
BBML ..... Contrato.

Reich tomó el fonovisor y pidió conexión con Código. En la pantalla apareció una habitación llena de humo y de libros y rollos de cinta en desorden. Un hombre pálido, en mangas de camisa, se volvió con expresión atenta.

—Sí, señor Reich.

—Buenos días, Hássop. Este mensaje es confidencial. A Craye D'Cóurtney —Reich consultó el Libro—. Transmítala: YYJI TTED RRCB AALK QQBA. Necesito respuesta inmediata.

—Muy bien, señor Reich.

Reich cortó. De la pila de papeles y fonoinformes que había en su escritorio, tomó uno de éstos y lo colocó en el reproductor. Se oyó de inmediato la voz de su primera secretaria: "Acciones Sacramento baja dos coma uno uno tres cuatro por ciento. Acciones D'Cóurtney alza dos coma uno uno cero por ciento..."

"¡De mi bolsillo al suyo!", exclamó Reich moviendo el interruptor. Se levantó en una agonía de impaciencia. Pasarían horas antes de que la propuesta llegara a Marte y volviera. Toda su vida pendía de la respuesta de D'Cóurtney.

Salió de la oficina y empezó a vagar por los pisos y departamentos de la Torre de Sacramento, fingiendo la cruel supervisión personal que ejercía habitualmente, acompañado por su primera secretaria, perexora de tercera clase.

En Personal estaban probando, fiando y escogiendo la acostumbrada multitud de aspirantes al trabajo: empleados, artesanos, especialistas, carpataces, expertos. Toda la eliminación preliminar era efectuada por medio de pruebas uniformes, y nunca a

facción del jefe perexor de personal, de Sacramento, que se dirigía a sus empleados en un frenesí de rabia cuando Reich entró.

—Tengo asignados diez minutos por aspirante, para mi examen de selección final. Seis por hora. Cuarenta y ocho por día. A menos que el porcentaje de rechazos definitivos baje de treinta y cinco, estoy derrochando mi tiempo, lo que significa que ustedes derrochan el tiempo de Sacramento. No es tarea mía, sino de ustedes, rechazar a aquellos francamente incompetentes. Ocupense, pues, de ello. No hay tiempo que perder.

—Buenos días. ¿Algún inconveniente?

—Nada que no pueda ser debidamente controlado. ¿Cuál es su decisión sobre el asunto Blogg, señor Reich?

Secretaría: *aun no ha leído su memorándum.*

—Hace tres días que está sobre su escritorio.

—Háblele, de todos modos. Está de mal humor.

—¿Quién demonios es Blogg? —inquirió Reich.

—Primero le daré los antecedentes, señor Reich. Hay en el Gremio de Espers unos cien mil miembros de tercera clase, capaces de llegar al nivel consciente de la mente. El perexor de tercera puede descubrir lo que está pensando un sujeto en el momento en que tiene lugar ese pensamiento, y constituye la clase más inferior entre los telepatas. Actualmente empleamos más de quinientos de esta categoría.

—No sea pesado y vaya al grano —le transmitió la secretaria.

—Hay en el Gremio aproximadamente diez perexores de segunda clase —continuó fríamente el jefe de personal—. Son expertos, como yo, que pueden penetrar bajo el nivel consciente de la mente, hasta el pre-

profesionales: médicos, abogados, ingenieros, arquitectos...

—Y cuestan ustedes una fortuna —gruñó Reich.

—Nuestros servicios son exclusivos. Sacramento aprecia ese hecho y emplea en la actualidad más de cien perexores de segunda.

—¿Irá usted al grano? Si Reich no estuviera tan irritado contra D'Cóurtney, ya le habría hecho cortar la cabeza.

—Hay en total menos de mil perexores de primera clase, capaces de penetrar a través de las capas conscientes y preconscientes de la mente, hasta el inconsciente, que es el plano más profundo: el de los deseos básicos promordiales, etcétera. Estos perexores ocupan, desde luego, posiciones destacadas: educación, servicio médico especializado..., analistas como Teight, Gart, Hawkins, Moselle..., criminólogos como Preston Powell, de la División Psicopática... Hasta ahora, Sacramento no ha tenido ocasión de emplear a un perexor de primera.

—¿Y bien? —inquirió Reich.

—Esa ocasión se presenta ahora, y creo que Blogg se halla disponible. En suma, Sacramento está empleando tantos perexores, que he sugerido que se establezca un departamento especial de Personal Perexor, dirigido por un hombre de primera categoría, como Blogg, para dedicarse exclusivamente al trabajo. Le he dado a usted todos los antecedentes, con el objeto de explicarle por qué no puedo ocuparme yo de ello, señor Reich. Yo soy perexor de segunda clase. Puedo explorar telepáticamente a los aspirantes normales, con rapidez y eficiencia; pero no así a otros perexores, que están acostumbrados a emplear barreras mentales de diversa efectividad, de acuerdo con su categoría. Yo necesitaría una hora para examinar eficazmente a uno de tercera, y tres para uno de segunda. Y me sería imposible sondear a uno

de primera. Sólo un hombre como Blogg puede hacerlo. El costo será grande; pero la necesidad es urgente.

—¿Qué es tan urgente? —inquirió Reich.

—El Consorcio D'Cóurtney se está llevando la crema de los perexores. Una y otra vez, debido a la falta de facilidades adecuadas, hemos sido embaucados por D'Cóurtney en pujas por gente inferior, mientras él se incautaba tranquilamente de los mejores.

—¡Maldito sea usted! —gritó Reich—. ¡Y maldito sea D'Cóurtney! Muy bien, arregle el asunto. Y dígame a ese Blogg que empiece a tenderle trampas a D'Cóurtney. También usted podría hacerlo.

Salió de allí para ir a Ventas, cuyo jefe, perexor de segunda, estaba estudiando las reacciones y respuestas que un centenar de personas, elegidas al azar en la calle, manifestaban ante una prueba de propaganda.

—Quisiera que pudiese usted leer los pensamientos de esta gente —le dijo el jefe a Reich después de saludarlo—. ¿Cómo consigue D'Cóurtney hacer eso?

—¿Hacer qué? —inquirió Reich.

—Crear esa hostilidad hacia nosotros. Toda esta gente piensa que nuestros productos son burdos sustitutos de los de D'Cóurtney, y que nuestra propaganda es pura mentira.

—¿Quién de D'Cóurtney dirige las relaciones con el Público? Quienquiera que sea, consíganlo.

—Es una perexora de segunda —dijo la secretaria—, e incorruptible.

—¿Quién ha hablado de corrupción!...

—Usted no, señor Reich; pero nosotros lo intentamos.

—¡Yo lo arreglaré! —gritó Reich.

Subió como una furia a la sección Propaganda, donde el jefe estaba recibiendo (perexorando) las noticias, evidentemente desalentadoras, de un grupo de perexores de tercera, que volvían

de efectuar una encuesta sobre el terreno, en Africa Continental. Al saludo de Reich, el jefe de propaganda contestó con desmayo:

—No hay más remedio que reconocerlo. Nos están haciendo morder el polvo.

—¿D'Cóurtney?

—D'Cóurtney. En cualquier planeta o satélite que usted me nombre, D'Cóurtney es el Gran Padre Blanco. Si Sacramento tratara de regalar algo, se lo rechazarían.

—Vamos a interrumpir todas las campañas actuales. No se preocupen por prestigiar a Sacramento. Empiecen en cambio a difamar a D'Cóurtney. Quiero mancharlo bien; atacarlo; vilipendiarlo. Digan que D'Cóurtney asalta bancos, deshonra a pobres viudas, defrauda a huérfanos desvalidos...

—Ya he captado lo que piensa —lo interrumpió el jefe perexor—. ¿Y si nos hace juicio por calumnias?

—¿A quién le importa un ardite la ley? Dejen que inicie la demanda. Cuando llegue al juez, ya estará manchado. Avisen al jefe de asuntos legales que me espere en mi oficina.

El abogado perexor, prevenido por la veloz red telepática, esperaba a Reich, habiendo captado ya la idea de éste.

—No puede usted hacer eso, señor Reich —le dijo—. D'Cóurtney ganará cualquier demanda que inicie.

—De un modo u otro, D'Cóurtney arruinará completamente a Sacramento, si no luchamos. Vaya a informarse a contaduría.

—No es necesario. He percibido de usted el cuadro de la situación.

—Vuelva entonces a su departamento y empiece a preparar una defensa. Propaganda va a comenzar una campaña completa. Quiero que D'Cóurtney sea atacado legal e ilegalmente. Le advierto que vamos a violar algunas leyes...

—Algunos cientos...

—Muy bien. Entáblele pleito a D'Cóurtney, antes de que él lo demande contra nosotros. Acúselo de todo lo que nosotros mismos vamos a hacer. Inicie contra él todas las acciones civiles y criminales de las que nosotros seremos culpables. Esta es una lucha por la supervivencia. Transmite las órdenes. Retírese.

Cuando el jefe de asuntos legales se hubo marchado, Reich recorrió furioso la habitación.

—Es inútil —murmuró—. Sé muy bien que tendré que matar a ese bastardo. No aceptará. ¿Por qué habría de aceptar? El piensa que me ha derrotado. Y es verdad, ¡maldito sea! Tendré que matarlo. Pero necesitaré la ayuda de mi perexor...

Tomó el fonovisor y pidió conexión con Relaciones. En la pantalla apareció un resplandeciente salón, equipado con mesas de juego y un bar. Tenía toda la apariencia de un centro de recreos, y como tal era usado. Pero en realidad era el cuartel general de la poderosa división de espionaje de Sacramento. West, el director de recreos, atendió la llamada.

—¿No sabe si Hássop ha violado ya el código confidencial?

**E**L perexor movió negativamente la cabeza.

—Pero está tratando de hacerlo, ¿verdad, Ellery?

West sonrió y asintió.

—¿Dónde está D'Cóurtney?

—Viajando hacia la Tierra, a bordo del *Astra*.

—¿Conoces sus planes? ¿Dónde demorará?

—No sé. ¿Quieres que lo averigüe?

—Todavía no. Depende...

—¿Depende de qué? —West lo miró curiosamente—. ¡Ojalá el diseño telepático pudiera ser transmitido por fonovisor, Ben! Me gustaría saber qué te propones.

Reich sonriendo—. Nos protege contra la invasión de diseños telepáticos. ¿Cuál es tu actitud personal hacia el crimen, Ellery?

—La misma que la del Gremio de Perexores. Y al Gremio no le gusta el crimen, Ben.

—Tú eres un hombre sagaz, Ellery. Conoces el valor del dinero, del éxito... ¿Por qué dejas que el Gremio piense por ti?

—¿No lo comprendes?... Nosotros nacemos, vivimos y morimos en el Gremio; tenemos derecho de elegir a sus dirigentes..., y eso es todo. El Gremio dirige nuestras vidas profesionales; nos adiestra, nos clasifica, establece normas éticas y vigila su estricto cumplimiento; nos protege por proteger al lego, igual que las asociaciones médicas. Tenemos el equivalente del juramento hipocrático, llamado la promesa de Lorry Gart. ¡Dios le valga a aquel de nosotros que la quebrante!..., lo cual, si no me equivoco, estás sugiriendo que yo haga.

—Quizás estoy insinuando que podría valer la pena de que rompieras la promesa del Gremio. Quizás estoy pensando en términos de dinero..., más del que tú o cualquier perexor de segunda podría ver en toda su vida.

—No pienses en eso, Ben. No me interesa.

—Pero ¿qué le pasa al que quebranta el juramento?

—Es condenado al ostracismo.

—Algunos perexores más listos han roto ya con el Gremio y están en el ostracismo. ¿Qué hay con ello?

—Esos perexores, como Jérémy Church, no fueron tan listos. Es algo así como... —West reflexionó un momento—. Antes de que la cirugía se perfeccionara, existía un grupo de defectuosos, llamados sordomudos, que se comunicaban por medio de un lenguaje de signos manuales. Eso significa que no podían hacerlo con nadie más que entre ellos. ¿Comprendes?

Tenían que vivir en su propia comunidad, pues un hombre se enloquece si no puede tener amigos.

—¿Y bien?

—Algunos de ellos iniciaron una exacción sistematizada. Imponían a los sordomudos más prósperos una contribución semanal. Si la víctima rehusaba pagar, la condenaban al ostracismo. La víctima siempre pagaba. De no hacerlo, tenía que vivir en soledad hasta que enloquecía.

—¿Quieres decir que los perexores son como sordomudos?

—No, Ben. Vosotros, los no perexores, sois los sordomudos. Si tuviéramos que vivir sólo con no perexores, nos volveríamos locos. Ahora, por amor de Dios, déjame tranquilo. Si estás planeando algo sucio, no quiero saberlo. Mejor sería que reprimieras el juego prohibido, que se está difundiendo de manera alarmante por Sacramento.

West cortó la comunicación en la cara de Reich, que, con un rugido de rabia, cogió un pisapapeles de oro y lo arrojó contra la pantalla de cristal. En medio del estrépito, salió de su oficina dando un portazo.

**D**E regreso en su departamento, después del almuerzo se encerró en su estudio y se dirigió a la caja fuerte, que no era más que un débil resplandor luminoso en un rincón.

Se trataba simplemente de una carpeta de papel, excluida de la fase temporal por medio de un pulsador de un solo ciclo. Una vez por segundo, cuando la fase de la caja de valores y la fase temporal coincidían, la carpeta vibraba con un resplandor brillante. Se la podía volver a la fase temporal absoluta, sólo por medio de la impresión papilar del índice de la mano derecha de Reich, que era irreproducible. Colocó, pues, la yema de su dedo en el centro del resplandor. Este se esfumó, y en su lugar apareció

la carpeta de papel. Sin quitar el dedo, sacó de ella una libretita negra y un gran sobre rojo en el que se leía claramente: PARA SER ABIERTO EN CASO DE ASESINATO.

Apartó luego el dedo, y la carpeta volvió a quedar excluida nuevamente de la fase temporal. Se puso a recorrer entonces las páginas de la libreta: ABORTOS... ANARQUISTAS... CORRUPCIONES Y SOBORNOS (EFECTUADOS)... CORRUPCIONES Y SOBORNOS (POSIBLES)... Bajo POSIBLES encontró los nombres de cincuenta y siete personas prominentes. Una de ellas era Augustus Teight, doctor en medicina, perexor de primera clase. Asintió con satisfacción.

Abrió el sobre rojo, y sacó de su interior cinco hojas de papel, cubiertas de una apretada escritura que contaba siglos de antigüedad. Cuatro de las hojas estaban rotuladas: PLAN A, PLAN B, PLAN C Y PLAN D. En la quinta se leía INTRODUCCIÓN. Reich la leyó lentamente. Decía:

*Para aquellos que vengan después de mí:*



*He preparado cuatro planes generales de asesinatos, que pueden ser útiles. Te los lego como parte de la herencia de Reich. Son sólo bosquejos. Los detalles deben ser completados según lo requieran tu época y las necesidades.*

*Pero recuerda esto: La esencia del crimen jamás cambia. Es siempre el conflicto del asesino contra la sociedad, con la víctima como premio. Y el abecé de este conflicto tampoco cambia: Sé audaz, sé bravo, sé confiado, y no fracasará. Contra estas cualidades la sociedad no tiene defensas.*

GEOFFREY REICH.

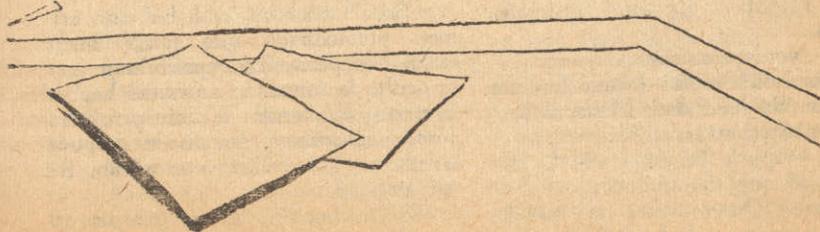
Reich examinó los planes, lenta y reflexivamente. En su imaginación, enardecida, empezaron a surgir y cristalizar ideas, que él consideraba, descartaba y reemplazaba instantánea-

Una frase notable le vino al pensamiento: *Si eres asesino nato, no hagas tus planes con demasiado cuidado. Deja la mayor parte librada a tu instinto. El intelecto puede fallarte, pero el instinto del asesino es infalible.*

"El instinto del asesino", murmuró Reich. "¡Vive Dios que lo tengo!"

El timbre del teléfono sonó una vez, y el receptor automático se conectó. Del grabador empezó a salir la cinta. En dos zancadas, Reich estuvo junto al escritorio y la examinó. El mensaje, breve y nefasto, decía:

CÓDIGO A REICH: RESPUESTA WWHG  
"Oferta rehusada. Lo sabía. ¡Lo sabía!", exclamó Reich con los dientes



apretados. "Muy bien, D'Courtney. Si no quieres la unión, ¡será entonces la muerte!"

### III

AUGUSTUS Teight, doctor en medicina, perexor de primera, cobraba 1.000 dólares por hora de análisis. Si bien este honorario no era elevado, pues rara vez el análisis requería más de una hora de atención, la renta de Teight se elevaba, aun así, a 2 millones de dólares anuales, aproximadamente. El público lo sabía, pero ignoraba qué proporción de esos ingresos era pagada al Gremio de Perexores, para la educación de otros perexores y el apoyo del vasto plan eugenésico destinado a fomentar la percepción extrasensorial en los habitantes de todos los mundos. Augustus Teight lo sabía muy bien, y el 95% que pagaba era para él una llaga ardiente y dolorosa. Esto era precisamente lo que lo situaba en la categoría de CORRUPCIONES Y SOBORNOS (POSIBLES) de la libretita negra de Ben Reich.

Reich entró en el consultorio, echó una rápida ojeada a la diminuta figura de Teight, se sentó y gruñó:

—Examinéme en seguida.

Miró con reconcentrada fijeza al pequeño y elegante perexor, mientras éste le exploraba el pensamiento y

—Usted es Ben Reich, de Sacramento. Consorcio de diez mil millones de dólares. Usted piensa que yo debo conocerlo. En efecto, lo conozco. Está

usted entregado a una lucha a muerte con el Consorcio D'Cóurtney. Esta mañana le ofreció una fusión, y la oferta fué rechazada. Desesperado, ha resuelto... —Teight se interrumpió bruscamente.

—Adelante —dijo Reich.

—Asesinar a Craye D'Cóurtney, como primer paso para apoderarse de su consorcio. Usted necesita mi ayuda, y me ofrece... Ese pensamiento es vago.

—Un millón de dólares. En secreto. Libre de impuestos. A espaldas del Gremio.

—Ridículo.

—Siga perexorándome. ¿Qué hay en mi bolsillo?

—Cinco esmeraldas sin tallar, valoradas en veinte mil dólares cada una. Si continúa usted con esto, señor Reich, tendré que denunciarlo.

Reich sacó las piedras del bolsillo y las arrojó sobre el escritorio. Teight se quedó mirándolas fijamente.

—Cien mil por semana, durante diez semanas —dijo Reich—. El crimen no puede llevar más tiempo. Sin constancias. Sin complicaciones. Todo seguro. ¿Aún piensa en denunciarme?

—No es posible hacer eso —replicó Teight con expresión de avaricia, pero sin tocar las piedras.

—Es posible con su ayuda.

—Nada puedo hacer yo para ayudarlo.

—¿Un perexor de primera clase no puede? ¿Debo creer que es usted incapaz de superar en habilidad e inteligencia a todo el mundo?

—Eso es miel para cazar la mosca —sonrió Teight—. Es una artimaña conocida.

—No perdamos tiempo —lo interrumpió Reich—. Lea lo que hay en mi mente. Su habilidad. Mis recursos. Una combinación imbatible.

—No —repuso Teight—. No lo haré. Tendré que denunciarlo.

—Espere. ¿Quiere saber por qué la idea del pago era nebulosa? Profundice

más en mi pensamiento. ¿Cuánto estoy dispuesto a pagar?

**F**RUNCIENDO penosamente el entrecejo, Teight cerró los ojos. Luego, volvió a abrirlos, sorprendido. —¡No se puede ser sincero! —exclamó.

—Lo soy —gruñó Reich—. Y además, usted sabe que es una oferta de buena fe, ¿no es así?

Teight asintió lentamente.

—Y sabe también —agregó Reich— que Sacramento sumado a D'Cóurtney pueden garantizar y cumplir esa oferta.

—Casi estoy a punto de creerlo.

—Puede creerme. Pondré mis recursos combinados a su disposición. Le garantizo que satisfaré cualquier deseo, capricho o inclinación que pueda tener usted en el resto de su vida. Lea mi pensamiento. ¿Soy sincero?

—Cumpliré mi palabra?

—Sí —admitió Teight de mala gana.

—¿Aceptaré, o me denunciará? No olvide que puedo hacer frente a cualquier denuncia. Tengo los medios para ello.

—La oferta es demasiado grande. No es posible que odie usted a D'Cóurtney con tanta ferocidad. Estoy queriendo descubrir cuál es la razón.

—No se moleste. Yo se la diré. Usted quiere disfrutar del mundo. Yo quiero poseerlo. En tanto que yo lo posea, estoy dispuesto a permitir que usted disfrute de él.

Teight tomó las piedras y las palpó lentamente.

—En 79 años no ha habido un crimen premeditado que tenga buen éxito. Los perexores imposibilitan que se oculten las intenciones antes del hecho. Y, aun eludiendo a los perexores antes del crimen, no puede después encubrirse ante ellos la sensación de culpabilidad.

—El testimonio de un perexor no es válido —dijo Reich—.

**E**S verdad; pero una vez que el perexor descubre la culpa, puede poner de manifiesto la evidencia objetiva que confirme su sondeo mental. Pówell, el prefecto de la División Psicopática, es terrible en ese aspecto.

—Considere la situación conmigo. Los crímenes han fracasado siempre, porque ningún criminal tuvo el criterio de contratar a un buen perexor, y si lo pensó, no pudo pagarlo. Yo puedo.

—En efecto, usted puede.

—Voy a librar una guerra contra la sociedad —continuó Reich—. Contemplemos, pues, el asunto, como un problema de estrategia y táctica, o sea, como el problema de un ejército. Audacia, bravura y confianza no son suficientes. Un ejército necesita la información adecuada. Para eso lo preciso a usted.

—De acuerdo.

—Tengo que saber dónde estará D'Cóurtney, y a usted le toca averiguarlo. Yo mismo me ocuparé de matarlo; pero usted tendrá que decirme cuándo y dónde puedo hacerlo.

—Entendido.

—Primero tendré que invadir... , atravesar la red defensiva que rodea a D'Cóurtney. Para ello, usted efectuará el reconocimiento del terreno, controlará a los normales, localizará a los perexores, me advertirá, y los bloqueará si yo no consigo eludirlos. Tendrá usted que seguir actuando después del crimen. Averiguará de quién sospecha la policía, y por qué. Yo puedo luchar y vencer en esta guerra, con su colaboración y sus informes. ¿Es cierto eso? Perexore mis posibilidades.

Después de una pausa prolongada, Teight dijo:

—Es verdad. Podemos hacerlo perfectamente —tomó las esmeraldas y las guardó con decisión—. Esta noche va a haber una reunión en casa de Preston Pówell. El médico de D'Cóur-

tney estará allí. Quizá yo pueda iniciar el reconocimiento descubriendo los planes y el paradero de D'Cóurtney.

—¿Y no tiene usted miedo del "terrible" Pówell?

—Si lo tuviera, ¿cree usted, señor Reich, que me confiaría en este trato con usted? Yo no soy Jeremy Church.

—¿Church?

—Sí; el perexor de segunda que fué expulsado del Gremio hace diez años por ese pequeño asunto que tuvo con usted.

—Pues bien, esta vez no se repetirá eso. Usted es más listo y fuerte que Church —repuso Reich, y se levantó para marcharse.

—¡Señor Reich! —lo llamó súbitamente Teight.

Reich se volvió antes de llegar a la puerta.

—Los gritos —dijo Teight— continuarán. El Hombre sin Rostro no es un símbolo de D'Cóurtney o del crimen.

—¿Qué? ¡Oh, maldición! ¿Las pesadillas todavía? ¿Cómo sabe usted eso?

—No sea cándido. ¿Cree usted que puede andar haciendo esos juguetitos con un perexor de primera?

—Y cuál es, pues, la causa de las malditas pesadillas?

—No, no se lo diré. Dudo de que alguien que no sea un perexor de primera pueda decírselo, y, naturalmente, usted no se atreverá a consultar a otro, después de esta conferencia.

—¡Por amor de Dios, hombre! ¿No va a usted ayudarme en esto?

—No, señor Reich —dijo Teight con sonrisa malévolamente. Esa es mi pequeña arma. Esto servirá para mantenernos en una base de igualdad.

**C**OMO todos los perexores de graduación superior, Preston Pówell vivía solo en una casa pequeña. Esto era, simplemente, el resultado de un problema de intimidad. Vivir en cualquier tipo de residencia múltiple, era

como vivir en un infierno de emociones desnudas para un perexor, y especialmente para uno de primera.

Pówell ocupaba, en la avenida Hudson, una casita de piedra, compuesta sólo de cuatro habitaciones: el dormitorio y el estudio, arriba; abajo, el living y la cocina.

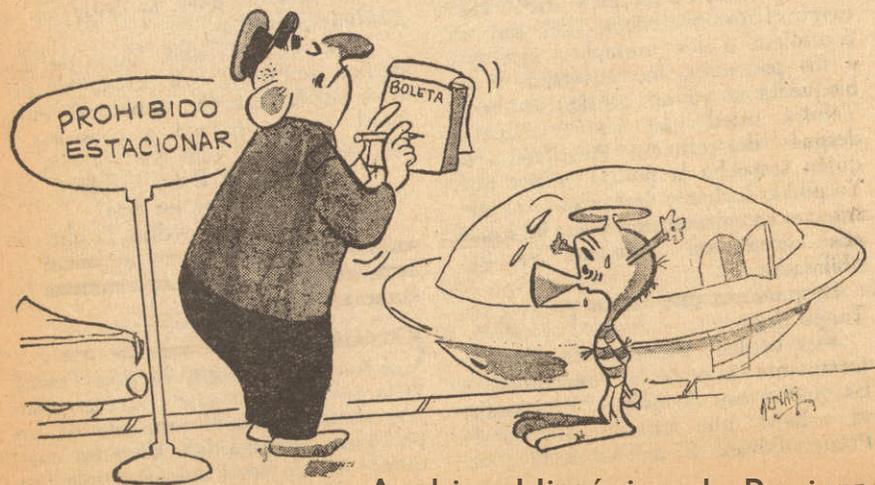
No tenía sirvientes, pues prefería hacer él mismo los menesteres. A la sazón estaba en la cocina, preparando lo necesario para la reunión, mientras silbaba una tonadilla quejumbrosa y burlona. Era un hombre de cerca de cuarenta años, alto y delgado, de movimientos lentos. Su pelo, corto, prematuramente encanecido, contrastaba vivamente con las cejas y los ojos, intensamente oscuros. Su boca, grande, parecía perpetuamente al borde de la risa.

Si uno le miraba la parte inferior de la cara, Pówell parecía el hombre más divertido del mundo; si observaba en cambio la superior, estaba uno seguro de que en el mundo no había otro hombre más triste que aquél. Si se le preguntaba, respondía que era ambas cosas, o ninguna, o cualquiera de ellas, según la situación, según

quién preguntaba o la razón de la pregunta.

Pues lo esencial del perexor era ser polimorfo: tener una personalidad de muchas facetas y muchas calidades. No había un individuo consciente, sino sólo respuestas consistentes a los requerimientos de las distintas situaciones. Sensibles a las demandas de la mente, los perexores daban la respuesta que uno realmente deseaba, y era esta cualidad lo que los hacía extraordinariamente populares. El profano los perseguía sin tregua, ofreciéndoles amistad y fraternidad, y los perexores huían desesperados, incapaces de explicar a aquellos sordomudos que tales ofertas eran unilaterales; que no podía existir relación sincera entre quien todo lo daba y quien todo lo tomaba; que sólo los perexores podían penetrarse mutuamente con toda igualdad.

**C**UANDO sonó el timbre de la puerta, Pówell, sorprendido, echó una ojeada a su reloj (era demasiado temprano y dirigió la orden de abrir al cerrojo receptor de diseños telepáticos (D. T.).



Este respondió al diseño y la puerta del frente se deslizó para dar paso al que llegaba.

Instantáneamente, a Pówell le llegó un impacto sensorial familiar: Nieve, menta, tulipanes, tafetán.

—Mary Noyes. Vienes a ayudar al solterón en los preparativos para la fiesta. Bendita seas.

—Esperaba que me necesitaras, Preston.

—Toda huésped necesita una huésped. Mary, ¿qué clase de canapés puedo preparar?

—Acabo de inventar una nueva receta. Los prepararé yo.

Así pensando, entró en la cocina una muchacha baja exteriormente, pero alta y vibrante en pensamiento; de blacura deslumbrante a pesar de su rostro moreno y su vestido oscuro. Pero la imagen mental era la verdadera realidad: uno es verdaderamente lo que piensa.

—Quisiera poder repensar, Preston; reconstruir mis sinapsis.

—¿Cambiar tu persona (Te beso tal como eres), Mary?

—Si siquiera (Nunca lo haces, Preston) pudiese. Estoy tan cansada de sentirte gustar a menta cada vez que nos vemos...

—La próxima agregaré coñac y hiel; todo bien agitado.

—Hazlo. Y también (suprime) la nieve.

—¿Por qué? Yo amo la nieve.

—Pero yo te amo a ti.

—Y yo te amo a ti, Mary.

—Gracias, Preston.

Pero él lo había dicho. Siempre lo decía, jamás lo pensaba. Ella se volvió rápidamente, mientras sus lágrimas no derramadas quemaban a Pówell.

—¿Otra vez, Mary?

—No, otra vez no. Siempre —Y desde los planos más profundos de su mente se alzó como un grito: Te amo, Preston. Te amo. Imagen de mi padre; símbolo de seguridad, de calor,

de pasión protectora. No me rechaces siempre.

—Escúchame, Mary...

—No hables. Por favor, palabras no. No podría soportarlo.

—Tú eres mi amiga, Mary. Nieve. Menta. Tulipanes. Tafetán. Fresca y encantadora. Para todos los momentos de fatiga. Para todas las desilusiones. Para todas las alegrías.

—Pero no para el amor.

—No dejes que eso te hiera de tal modo. No para el amor.

—Yo tengo suficiente para los dos, Preston.

—El de uno no es suficiente para ambos, Mary.

—Debes casarte antes de los cuarenta. El Gremio insiste en eso. ¿Qué estás esperando?

—Una esposa a quien pueda amar.

—Deja que la amistad conteste. Cástate conmigo, Preston. Dame un año tan solo. Un año para amarte. Luego te dejaré ir. No me aferraré a ti. No haré que me odies. Querido mío, es tan poco pedir... tan poco para dar.

—Sin embargo, tú pides más de lo que cualquiera de nosotros podría dar. Si no fuéramos perexores, quizá resultara. Pero lo somos.

—Y si yo llegara a perexora de primera...

Sonó el timbre de la puerta. Pówell miró a Mary.

—Invitados —murmuró.

—Contéstame primero, Preston.

—No puedo darte la respuesta que quieres, Mary.

El timbre volvió a sonar.

—Por amor de Dios, sé sincero. Dilo.

El la tomó con firmeza de los hombros y la miró fijamente a los ojos.

—Tú eres perexora de segunda. SONDÉAME lo más profundamente que puedas. ¿Qué hay en mi corazón? ¿Qué hay en mi mente?

Con retumbar de trueno, los planos más profundos de su pensamiento se precipitaron sobre ella en un torrente



cálido, aterrador, exaltado y, sin embargo, magnético y deseable, pero...

—Nieve. Menta. Tulipanes. Tafe-tán —dijo Mary débilmente—. *Ve a recibir a tus invitados, Preston. Yo haré tus canapés. Es lo único para lo que sirvo.*

El la besó con compasión. Luego se dirigió hacia el living y abrió la puerta. Instantáneamente, una fuente de telepática brillantez penetró rutilante en la casa, seguida por los invitados.

La fiesta de los perexores empezó.

**E**N ese momento sonó el timbre de la puerta, y Alan Séaver, abogado 2 perexor de segunda de la Equidad Solar, entró con una muchacha. Esta era una jovencita recatada, sumamente atractiva y nueva en el grupo. Su diseño mental era ingenuo y de sensibilidad no muy profunda. Evidentemente, una 3 perexora de tercera.

—Mil perdones por la demora. Azahares de boda servirán de excusa. En el camino hice una proposición de matrimonio a Helen Post, aquí presente.

—Y creo que he aceptado —dijo Helen, sonriendo nerviosa.

—No hables —le espetó Alan—. *Te dije que no usaras palabras.*

Mientras Séaver la fulminaba con la mirada, Pówell se adelantó, tomó la trémula mano de la muchacha e inundó su mente con una cálida bienvenida.

—Ignórelo, Helen. Alan es un engréido. Yo soy Preston Pówell, su huésped. Trabajo para la policía, y si Alan le pega, haré que lo lamente. Le voy a presentar a los demás monstruos telepáticos presentes... —la condujo por la habitación—. *Este es Gus Teight, curandero. Junto a él, Sam y Sally Hawkins. Sam es otro de la misma calaña. Ella es una intitutriz 2...*

—Este polizonte no puede pronunciar Psicología Infantil. Es usted la muchacha más bonita que he conocido,

—Gra... gracias... Quiero decir, gracias.

—El gordo sentado en el suelo es Wally Chérvil, 2, y la rubia es June, su esposa. Aquél es su hijo, Galen. Es estudiante de tecnología, 3...

El joven Galen Chérvil ya se disponía a señalar, indignado, que él acababa de ser calificado de segunda clase; pero Pówell lo interceptó por debajo del nivel perceptivo de la joven y le explicó la razón de su deliberado error: no quería que ésta se sintiera sola entre tantos de segunda y de primera.

—Y ésta es su huésped, Helen. Mary Noyes.

—Hola, Helen. ¿Cahapés?

—Gracias. Parecen deliciosos, señora Pówell.

—¿Qué les parece si jugamos a algo?

—intervino rápidamente Pówell.

**A** CURRUCADO en la sombra del arco de piedra, Jérémy Church



se comprimía contra la puerta del jardín de la casa de Pówell, escuchando con toda su alma. Estaba helado, silencioso, inmóvil, hambriento. Se sentía agraviado, lleno de odio y de desprecio, y estaba hambriento. Era perexor 2, y estaba hambriento... Y la barrera siniestra del ostracismo era la causa de su hambre.

A través del delgado panel de madera se filtraba el múltiple diseño mental de la fiesta, en un dibujo cambiante y alegre. Y Church, que había vivido a dieta de palabras durante los últimos diez años, estaba hambriento por entablar su verdadera comunicación.

—La razón por la que mencionaré a D'Courtney es que acabo de encontrar un caso que podría ser similar.

Ese era Teight, acosando a Hawkins. —¡Ah!, ¿sí? Muy interesante. Me gustaría comparar notas. Lástima que D'Courtney no estará... disponible.

—Hawkins se mostraba discreto, y parecía como si Teight anduviese detrás de algo. Quizá no, pero lo cierto era que había entre ellos un elegante bloqueo y contrabloqueo, como duelistas finteando con complicados circuitos eléctricos.

—¿Qué te parece Pówell para presidente del Gremio, Ellery?

Ese era Chérvil, con su falsa sonrisa y su barriga pontifical.

—Un hombre muy eficiente. Romántico pero eficiente. El candidato perfecto, con tal de que casara.

—Eso es lo romántico en él. Tiene dificultades para encontrar a una muchacha.

—¡No les pasa lo mismo a todos ustedes, los perexores 1? Por suerte yo no soy más que un 2.

Luego se oyó el ruido de una copa al romperse, y Pówell, que lo había hecho expulsar del Gremio, se puso a sermonear al pequeño Teight.

—No te preocupes por la copa, Gus. Tuve que dejarla caer para disimular por ti. Estás irradiando inquietud.

—Ocurrencias tuyas, Pówell.

—En absoluto. ¿A qué viene todo esto sobre Ben Reich?

El pequeño Teight estaba realmente aterrado. Se lo podía sentir ardiendo bajo el bloque que levantó rápidamente.

—¿Ben Reich? ¿Quién lo ha traído a cuento?

—Tú, Gus. Ha estado removiéndose toda la noche en tu preconsciente. No pude evitar el toparme con él.

—Te equivocas, Pówell. Debes estar captando otro D. T.

—¿Estás mezclado en algo con Reich, Gus?

—No.

Pero se podían sentir los bloques colocándose sólidamente en su lugar.

—Pues bien, atiende a la advertencia de este zorro viejo. Reich puede meterte en dificultades. Ten cuidado. ¿Recuerdas a Jerry Church? Reich lo arruinó. No dejes que te ocurra lo mismo.

El pigmeo se escabulló, y el predicador Pówell se quedó en la cocina, barriendo con movimientos calmos y pausados los vidrios rotos, mientras Church continuaba tendido contra la puerta trasera, congelado, sofocando el odio que corroía su corazón. En el living la conversación, las bromas y los juegos continuaban formando un intrincado diseño de imágenes sensoriales que agudizaban su inanición.

—¿Quieres un trago, Jerry?

La puerta del jardín se abrió. La silueta de Pówell apareció recortada contra la luz, con una copa burbujeante en la mano. Las estrellas iluminaban suavemente su cara. Los ojos profundos reflejaban una comprensiva compasión. Aturdido, Church se paró y tomó la copa que Powell le ofrecía.

—No informes esto al Gremio. Yo caería en desgracia si supieran que he roto el tabú. ¡Pobre Jerry!... Tenemos que hacer algo por ti. Diez años es demasiado tiempo.

Church arrojó la bebida a la cara de Pówell, y luego dió media vuelta y huyó, derramando lágrimas invisibles de rabia y humillación.

#### IV

A las nueve de la mañana siguiente, el rostro de maniquí de Teight apareció en la pantalla del fonovisor de Reich.

—¿Es segura esta línea? —inquirió bruscamente.

Reich señaló el sello de garantía.

—Muy bien —dijo Teight—. Anoche estuve sondeando a Hawkins. Pero primero debo advertir a usted que hay una posibilidad de error cuando se trata con un perexor 1. Hawkins bloqueó con todo cuidado los niveles más profundos de su mente.

—Desde luego.

—Craye D'Courtney llega de Marte, en el Astra, el miércoles próximo, por la mañana. Irá de inmediato a la casa de María Beaumont, donde será huésped secreto y oculto, exactamente por una noche.

—¿Una noche? —repitió Reich—. ¿Y luego? ¿Sus planes?

—Aparentemente, D'Courtney está proyectando cierta forma de acción drástica...

—¡Contra mí!

—Quizá. Según Hawkins, D'Courtney se halla bajo los efectos de una especie de tensión violenta, y su diseño de adaptación se está haciendo trizas. El instinto de vida y el instinto de muerte se han separado. Está retrogradando muy rápidamente bajo esa bancarrota emocional...

—Mi vida depende de esto —bramó Reich—. ¡Hable claro!

—Todo hombre es un equilibrio de dos fuerzas opuestas: el instinto de vida y el instinto de muerte. Ambas fuerzas llevan un propósito idéntico: alcanzar el nirvana. El instinto de vida trata de lograrlo aplastando toda opo-

sición. El instinto de muerte, en cambio, intenta alcanzarlo destrozándose a sí mismo. Habitualmente, ambos instintos se fusionan en el individuo adaptado. Bajo una tensión determinada, se separan. Eso es lo que le está pasando a D'Courtney.

—¡Sí, por Dios! ¡Y quiere lanzarse sobre mí!

—Hawkins verá a D'Courtney el jueves por la mañana, en un esfuerzo por disuadirlo de cualquier plan que proyecte. Teme sus consecuencias, y está resuelto a impedirlo.

—No tendrá necesidad. Yo lo impediré. Es defensa propia, Teight; ¡no asesinato! Ha hecho un buen trabajo.

—Hoy es lunes. Tendrá usted que estar listo para el miércoles.

—Lo estaré —aseguró Reich torvamente—. Y será mejor que también usted lo esté.

—Lo he pensado mejor —dijo Teight—. De aquí no paso.

—¿Qué demonios dice usted?

—Ya le he dado la información esencial, y he sido pagado por ello. Renuncio al trabajo.

—Mire —dijo Reich siniestramente—. Yo no puedo hacerlo solo, y usted lo sabe. Ese fué el arreglo. Lo necesito para resguardarme el miércoles próximo, en casa de María Beaumont. Le dije que sería un trabajo de diez semanas. Un día para el asesinato, y sesenta y nueve para despistar a la policía.

—Lo lamento —dijo Teight—. Pero no puedo seguir.

—No sabe usted cuánto va a lamentarlo —repuso Reich. De un papirotazo hizo saltar el sello de garantía que aseguraba la línea. Era realmente una falsificación perfecta, y su sola posesión podía acarrear grandes dificultades si se informaba al gobierno—. ¿Quiere oír la grabación?

—¡Despreciable canalla! —exclamó Teight, fúrido—. ¡Registró usted esta conversación! Es usted un...

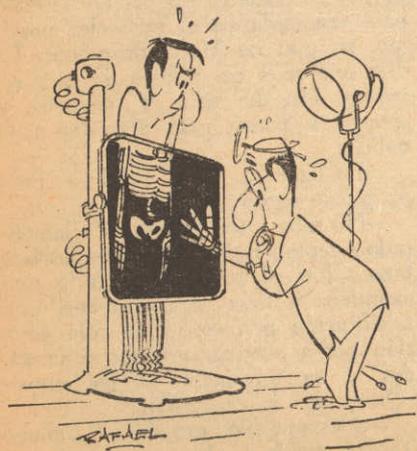
—Seguirá registrada hasta que hayamos concluido la tarea. Luego le enviaré el cristal junto con un martillo.

—Si alguna vez la policía... Eso significaría la aniquilación. ¿Se da usted cuenta?

—La aniquilación para ambos. ¡Sí, me doy cuenta, maldito! ¿Cree usted que voy a permitir que algo se interponga entre yo y la sangre de ese bastardo? Tenemos que seguir juntos, y hasta el final..., ¡cómo quiera que sea!

**E**L lunes, Reich lo planeó todo con audacia, bravura y confianza. Delineó el bosquejo; pero los detalles finales los dejó para ser resuelto por su instinto de asesino el miércoles a la noche. Hecho el plan general, lo dejó a un lado y se fué a dormir... para despertarse gritando, soñando con El Hombre sin Rostro.

Pero, el martes por la mañana, volvió a examinar su proyecto, y se sintió satisfecho. Era audaz, bravo, confiado. Un ardid mediante el cual él se haría invisible para atacar a D'Courtney; una máquina de tiempo para eliminar toda defensa del *continuum*; una ingeniosa



—Hum... ¡No me gusta nada el estado de esta mano!

impostura para impedir a los perexores su peligrosa percepción telepática; un golpe final, inexplicable y asesino, que destruiría para siempre a su enemigo.

El martes por la tarde, Reich salió temprano de la Torre de Sacramento y se dirigió a Winter Studios, en la Plaza Sheridan, la vieja librería que, por razones sentimentales, se hallaba aún en el mismo callejón, entre dos de los colosales edificios. A la sazón se especializaba mayormente en registros electrónicos, diminutos (cristales montados en elegantes engastes, pero tenía también anaqueles de fascinantes libro santiguos.

Reich empezó a vagar por el negocio, seguido por un séquito de ansiosos empleados, y fingiendo buscar algo para regalar. De pronto, se detuvo ante los anaqueles.

—¿Qué es esto? —inquirió.

—Libros antiguos, señor Reich.

Un empleado empezó a explicarle qué eran y cómo se producían los libros. Mientras tanto, él los fué examinando lentamente, hasta llegar al estropeado volumen oscuro que era su objetivo. Le había hechado una ojeada cinco años atrás, y había tomado nota de ciertos datos en su libretita negra. El viejo Geoffrey no era el único Reich que creía en las precauciones.

—Muy interesante. ¿Y esto qué es? —inquirió tomando el volumen que le interesaba—. *Juegos para la Fiesta*, por Nita Noyes. ¿De cuándo es esto? ¿Quiere decir que ya entonces hacían fiestas?

El empleado le aseguró que los antiguos eran muy modernos en muchos sentidos.

—Veamos el contenido —sonrió Reich—. “El Puente de la Luna de Miel”... “Whist Prusiano”... “Oficina de Correos”... “Anguila”... ¿Qué podría ser esto? Página noventa y seis —recorrió rápidamente las páginas—. ¡Miren esto! —exclamó, señalando el bien recordado párrafo:

## ANGUILA

Un jugador es designado anguila. Se apagan las luces, y la anguila se oculta en cualquier parte de la casa. Después de unos minutos, los demás empiezan a buscarla, por separado. El primero que la encuentra no revela el hecho, sino que se oculta con ella donde quiera que esté. Sucesivamente, cada jugador que encuentre a las anguilas se une a ellas, hasta que todos estén ocultos en un lugar, y el último, que es el perdedor, queda vagando solo en la oscuridad.

—Lo llevaré —dijo Reich—. Esto es precisamente lo que necesito para mat... para mi amigo.

**E**SA noche, se pasó tres horas terminando cuidadosamente los restos del volumen. Con calor, ácidos y tijeras, fué mutilando las instrucciones de los distintos juegos, hasta dejarlos reducidos a fragmentos incompletos, quedando sólo intacto el de la “Anguila”.

Luego envolvió el libro para enviarlo a Courtry, el censor, y lo echó por la ranura del neumocorreo. Una hora más tarde, el libro volvió con la censura oficial sellada de Courtry. Evidentemente, no habían sospechado que las mutilaciones hechas por Reich fueran otra cosa que el resultado de la acción de los siglos.

Hizo envolver el libro como para un regalo, con la censura incluida, como era costumbre, y lo despachó a casa de María Beaumont. Veinte minutos después, llegó la respuesta:

“Querido: Pensé que te habías olvidado de mí. ¡Qué divino! Ven a casa esta noche. Tenemos una fiestecita, y jugaremos a alguno de los juegos de tu precioso regalo”.

Reich contestó desolado:

“Desolado. Esta noche imposible. Me falta uno de mis millones”.

A lo que replicó María:

“El miércoles, adorable canalla, te daré uno de los míos”.

La respuesta de Reich fué:

“Encantado de aceptar. Llevaré un invitado. Besos a todos”.

Envió el mensaje y se fué a dormir.

Se despertó gritando ante El Hombre sin Rostro.

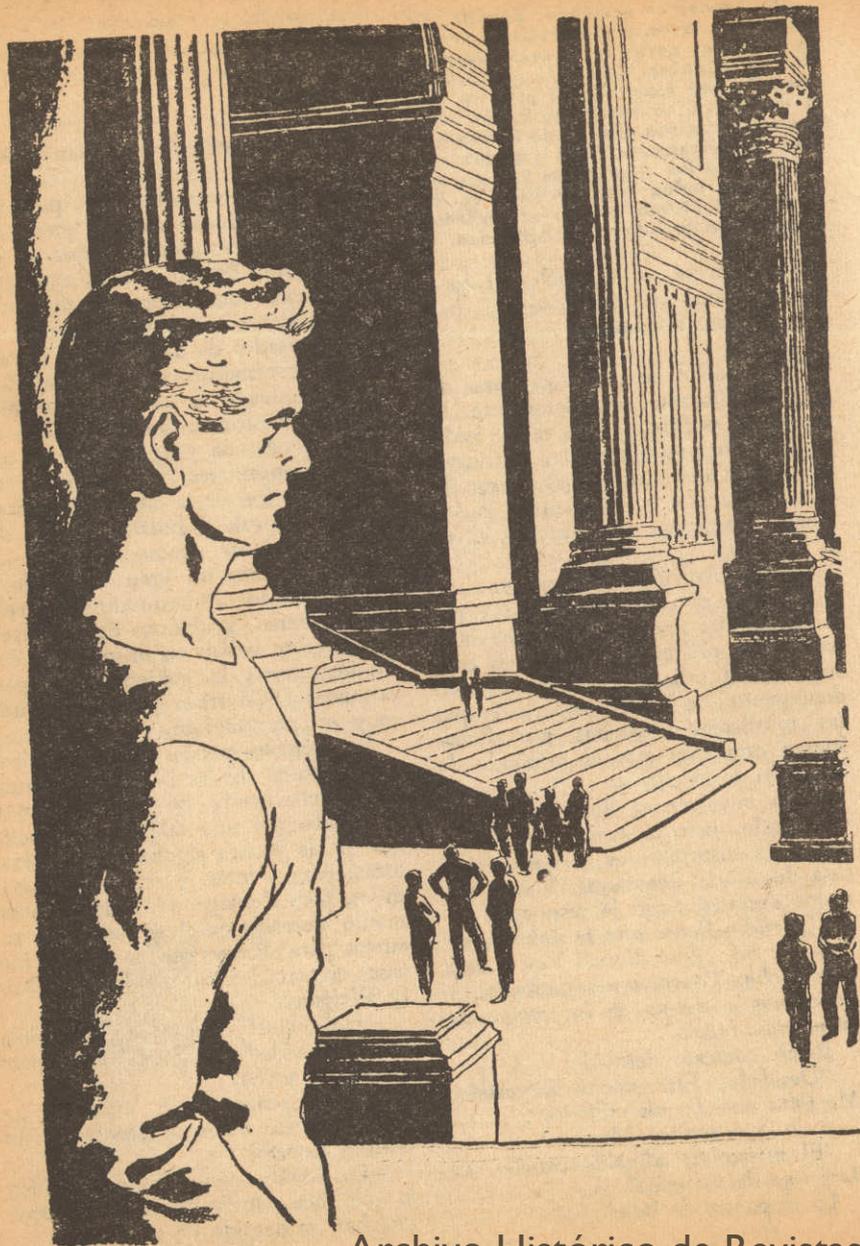
**E**L miércoles por la mañana, Reich visitó el departamento de laboratorios de Sacramento, y se pasó una hora conversando con los jóvenes y brillantes investigadores, sobre el resplandeciente futuro que les aguardaba con tal de que tuvieran fe en Sacramento. Les contó algunos chistes picantes pasados de moda, y los jóvenes rieron servilmente, sintiendo un leve desprecio hacia el jefe. Esto permitió a Reich deslizarse sin ser notado en la sala reservada y apoderarse de uno de los ionizadores de rodopsina: un cubo de cobre de la mitad del tamaño de una cápsula fulminante, pero doblemente mortal como máquina de tiempo. Habría un gran escándalo si la falta era advertida durante el inventario semanal, y algunos de los investigadores se verían en dificultades con los inspectores del gobierno; pero para entonces D'Courtney ya estaría muerto y en putrefacción.

El miércoles por la tarde, Reich fué a la avenida de las Melodías y entró en la productora de Psicocanciones. Trabajaba allí una talentosa jovencita que había escrito algunas rimas pegadizas, para Ventas, y celebradas tonadillas, para Propaganda, cuando Sacramento necesitó emplear todos los recursos para recuperarse de ciertos fracasos comerciales. Su nombre era Duffy Weigand.

—Hola, Duffy —la saludó, besándola con naturalidad. Era muy bonita, pero demasiado joven.

—Hola, señor Reich. Siempre he creído que sus besos no tienen ningún sentido esencial.

—Un hombre tiene que pensar bien lo que hace, Duffy. Si besa a las muchachas, se despidе de su dinero.



—Pero usted me besa.  
—Sólo porque eres la viva imagen de la dama impresa en los soberanos de oro.

—Gracias. ¿Y cuál es su problema?  
—El juego —dijo Reich—. Ellery West, el director de Recreación, se queja del juego en Sacramento. Personalmente, a mí no me importa; pero él dice que es excesivo.

—¿De modo que quiere alguna canción, contra el juego?  
—Algo así. Bien pegadiza. No demasiado evidente. Más bien de acción retardada que de propaganda directa. Me gustaría que la modificación fuese más o menos inconsciente.

Duffy asintió, tomando breves notas.  
—Y por favor, haz que sea una to-

nadilla que merezca ser escuchada. Tendré que oírla a Dios sabe cuánta gente cantarla, silbarla y tararearla.

—Canalla. Todas mis canciones son dignas de escucharse.

—Una vez.

—Eso significa un recargo de mil soberanos a mi cuenta. Reich se echó a reír.

—Hablando de monotonía...

—Cosa que no hacíamos.

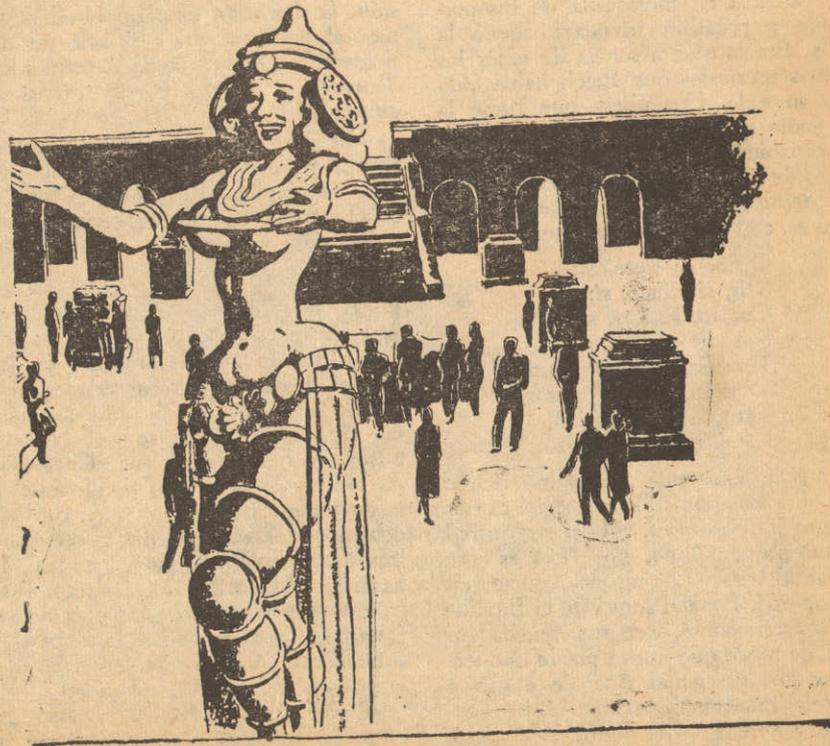
—¿Cuál es la tonadilla más persistente que has escrito?

—¿Persistente?

—Ya sabes a qué me refiero. Esas rimas de propaganda que uno no se puede sacar de la cabeza.

—¡Ah, sí... Una vez escribí una...

—Duffy dió un respingo al recordar-



la—. Odio hasta el pensar en ella. Me persiguió sin cesar durante un año.

—Estás bromeando.

—Palabra de honor, señor Reich. Se llamaba *Tensión*, dijo el tensor. La escribí para ese Panty sobre el matemático loco. Querían algo bien pesado y fastidioso, y por cierto que lo tuvieron. La gente quedó tan resentida que se vieron obligados a retirar el Panty. Perdieron una fortuna.

—Hazme oír. Tengo curiosidad.

—No puedo hacerle una cosa así. Lo lamentará usted.

—No te creó.

—Muy bien —dijo ella, acercando el panel multivoz—. Será en castigo por sus desapasionados besos.

Los dedos y las palmas de sus manos se deslizaron graciosamente por el panel. Una musiquilla de insoponible y pegadiza trivialidad llenó la sala. Era la quintaesencia de todos los temas musicales que Reich había oído en su vida. Cualquiera que fuese la melodía que uno trataba de recordar, invariablemente conducía por el sendero de la familiaridad a *Tensión*, dijo el tensor. Luego, Duffy empezó a cantar, con una vocecilla aguda:

Ocho, sí; siete, sí;

Seis, sí; cinco, sí;

Cuatro, sí; tres, sí;

Dos, sí; uno, no!

*Tensión*, dijo el tensor.

*Tensión*, dijo el tensor.

*Tensión* y *aprensión*,

La *disensión* empezó.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Reich.

—En esta tonadilla conseguí ciertos trucos muy eficaces. ¿Ha notado usted el acento en “uno, no”? Eso es una semicadencia. Lo mismo ocurre en “empezó”. Lo cual convierte el final de la canción también en una semicadencia, de modo que nunca puede uno terminarla. Ese golpe final lo obliga a seguir interminablemente. Así: *Tensión* y *aprensión*, la *disensión* empezó.

*Tensión* y *aprensión*, la *disensión* empezó. *Tensión* y *aprensión*...

—¡Duffy! —protestó Reich, y se tapó los oídos con las manos—. ¿Cuánto va a durar esta desgracia?

—No menos de un mes.

—*Tensión* y *aprensión*, la *disensión*... Estoy arruinado. ¿No hay alguna salida para esto?

—Por cierto —repuso Duffy—. Arruíneme a mí —se oprimió contra él y le dió un beso juvenil y anheloso—. ¿Por qué no es tan listo como parece?

—Lo soy mucho más —dijo Reich, y se marchó.

La canción se estableció con firmeza en su mente y siguió resonándole con penosos ecos mientras él bajaba a la calle. *Tensión*, dijo el tensor. *Tensión*, dijo el tensor. *Tensión* y *aprensión*, la *disensión* empezó. Un bloque mental perfecto para utilizarlo no perexor. ¿Quién podía atravesarlo? *Tensión* y *aprensión*, la *disensión* empezó.

—Mucho más listo —murmuró Reich, y tomó un brincador hasta la casa de empeños de Jeremy Church, en el extremo opuesto de la ciudad.

*Tensión* y *aprensión*, la *disensión* empezó.

LA profesión de prestamista mediante empeño de prendas es indudablemente la más antigua; se extiende desde las profundidades del pasado hasta los más lejanos confines del futuro, invariable como la tienda misma en que se desarrolla el negocio. Al entrar en el sótano donde estaba la de Jeremy Church, atestada con los desechos del tiempo, uno se encontraba en un museo de eternidad. Y hasta el mismo Church, marchito, atisbando con su rostro ennegrecido y magullado por los golpes internos del sufrimiento, era la representación de la imagen final de la humanidad.

Al ver entrar a Reich, avanzó de entre las sombras y apareció frente a

COLECCION  
NEBULAE

YA APARECIERON:

¡LLEGARON  
3 NUEVOS  
TITULOS!

Arthur C. Clarke

EXPEDICION A LA TIERRA

Hank Janson

LA VIOLACION DEL TIEMPO

Robert A. Heinlein

EL HOMBRE QUE  
VENDIO LA LUNA

Robert A. Heinlein

TITAN INVADE LA TIERRA Y  
LOS NEGROS FOSOS DE LA LUNA

A. E. Van Vogt

LOS MONSTRUOS DEL ESPACIO

Arthur C. Clarke

LAS ARENAS DE MARTE

Antonio Ribera

EL MISTERIO DE LOS HOMBRES PECES

Distribución exclusiva:

LIBRECOL

HUMBERTO 1-545

T. E. 30 - 4232

BUENOS AIRES

en  
todas  
las  
buenas  
librerías  
\$ 18.-

él, iluminado por un rectángulo de sol. No se sobresaltó. No dió muestras de reconocer a su visitante. Pasando junto al hombre que era su mortal enemigo, se colocó tras el mostrador y dijo:

—¿Qué desea?

Sin alzar la vista, Church extendió la mano sobre el mostrador. Reich intentó estrecharla, pero él la retiró con presteza.

—No —murmuró con algo entre gruñido y carcajada histérica—. Eso no, gracias. Déme lo que quiera empeñar.

—No tengo nada para empeñar, Jerry.

—¿Tan pobre estás? ¡Cómo ha caído el poderoso! Pero todos caemos algún día, ¿eh? —Church miró a Reich de reojo, intentando penetrar en su pensamiento. Era inútil el intentar. *Tensión y aprensión, la disensión empezó.* No podía atravesar la tonadilla idiota que repiqueteaba en aquella cabeza.

—La caída es de esperar, Jerry. Pero a mí aún no me ha ocurrido. He tenido suerte.

—Yo no la he tenido, en cambio —repuso amargamente el perexor—. Yo me topé con usted.

—Jerry —dijo Reich pacientemente—, no he sido yo la causa de tu mala suerte. Fué tu propia suerte la que te arruinó...

—Perro bastardo —repuso Church con terrible frialdad—, canibal mentiroso, podrido y fraudulento, salga de aquí. No quiero tener nada que ver con usted.

—¿Ni tampoco con mi dinero? —Reich sacó diez billetes crujientes de diez soberanos y los colocó sobre el mostrador. *Tensión y aprensión, la disensión empezó.*...

—Quiero su corazón hecho pedazos, su sangre derramada. Quiero que los gusanos le coman los ojos. No quiero su dinero.

—¿Qué quieres, entonces, Jerry? —repetió Reich. *Tensión y aprensión, la*

*disensión empezó.* Aún podía controlar a Church. No importaba que éste fuese perexor de segunda; pues el control era simplemente una cuestión de personalidad. *Ocho, sí; siete, sí; seis, sí; cinco, sí...* Siempre había dominado a Church, y siempre lo dominaría.

—¿Qué quiere usted? —inquirió Church hoscamente.

—Tú eres el perexor. Dímelo tú.

—No puedo leerlo. Hay una musiquilla idiota embarullando todo.

—Entonces tendré que decírtelo. Quiero un revólver.

—¿Un qué?

—Re-vól-ver. Revólver. Un arma antigua. Lanza proyectiles por explosión.

—No tengo nada de eso.

—Sí que tienes, Jerry. Keno Quizard me lo mencionó hace algún tiempo. El lo vió. Es de acero y plegable. Una antigüedad muy interesante.

—¿Para qué la quiere?

—Lee mi pensamiento, Jerry, y averígualo. No tengo nada que ocultar. Todo es completamente inocente.

Church hizo un esfuerzo, y luego repuso, disgustado:

—No va usted a embaucarme con esa tonadilla machacante.

Desapareció entre las sombras. Se oyó un distante abrir y cerrar de cajones metálicos, y luego Church volvió con un tarugo compacto de acero, que depositó sobre el mostrador, junto al dinero. Oprimió un botón disimulado, y el metal se abrió bruscamente, con un chasquido, revelando cuatro anillos de acero, un revólver y un estilete.

—¿Para qué lo quiere? —volvió a preguntar Church.

—Estás esperando que sea algo que puedas aprovechar para el chantaje, ¿eh? —sonrió Reich—. Lo siento; pero no es más que un regalo.

—Un regalo peligroso. La ruina para algún otro, ¿no?

—Nada de eso, Jerry. Es para un amigo mío: el doctor Teight.

—¡Teight! —exclamó Church mirándolo con fijeza.

—¿Lo conoces? Colecciona objetos antiguos.

—Lo conozco —repuso Church con una risilla asmática—. Pero estoy empezando a conocerlo mejor, y a compadecerlo también —cesó de reír y lanzó una mirada penetrante a Reich—. ¡Por supuesto, éste será un magnífico regalo para Gus; un bonito regalo; porque está cargado!

—¡Ah!, ¿sí?

—Cinco hermosos proyectiles. Un regalo para Gus —tocó una pequeña palanca. De un costado del arma emergió un cilindro con cinco cámaras en las que se veían otras tantas balas de bronce—. Cinco dientes de serpiente para el bueno de Gus.

—Ya te he dicho que es un regalo completamente inocente —insistió Reich con dureza—. Tendremos que arrancar esos dientes.

Church lo miró atónito. Luego empezó a asentir malévolamente.

—Claro, claro —canturreó con voz de extraña complacencia, sacando de un cajón dos pequeñas pinzas—. Un

regalito para el simpático Gus —agregó, extrayendo del cargador cada uno de los proyectiles de metal. Sacó la bala de cada cápsula; volvió a introducir en el cilindro las cápsulas vacías; encajó éste en su lugar, y colocó nuevamente el arma junto al dinero.

—Ya está seguro —dijo vivamente—. Todo seguro para el querido Gus.

Miró expectante a Reich, que extendió ambas manos. Con una empujón el dinero hacia Church y con la otra atrajo el arma hacia sí. En ese instante, el perexor lo aferró de las muñecas, con garras de hierro, y se inclinó sobre el mostrador.

—¡No, Ben! —dijo con ardorosa intensidad, usando por primera vez el nombre de pila—. Ese no es el precio. Usted lo sabe.

—¿Y cuál es el precio?

—No es dinero. Han pasado entre nosotros demasiadas cosas para que el dinero sea la solución.

—¿Qué quieres, entonces, Jerry?

—Sé que Gus está trabajando para usted.

—Eso no lo has sabido por mí.

—Lo he sabido en casa de Preston; pero no importa el origen. El caso es que lo sé. Usted está tramando algo

### Altímetro radioactivo

UN aparatito muy sencillo permite registrar la altura a que llegan los globos sondas usados para estudiar la alta atmósfera; consiste en una fuente de rayos alfa (radio o sus derivados), colocada a cierta distancia de una placa fotográfica. Como el aire absorbe más partículas alfa cuanto mayor es su densidad, y ésta disminuye a medida que aumenta la altura, se puede conocer la altitud a partir de la intensidad del trazo dejado en la placa.



venenoso contra Gus, ¿verdad?; algo como lo que hizo conmigo.

—Con un arma inofensiva. Tú mismo has quitado el veneno, Jerry. Recuérdalo.

—¿Para el caso de que alguien me lo pregunte?

—¿Por qué han de preguntarte?

—No me importa lo que usted le haga a Gus, sino lo que puede hacer por mí.

—¿Qué quieres, pues? ¿Cuál es el precio?

—Quiero ser rehabilitado —dijo el perexor. Quiero volver al Gremio. Quiero volver a vivir. Ese es el precio exigido.

—¿Qué puedo hacer yo? No soy perexor ni pertenezco al Gremio.

—Usted puede dominarlo. Usted puede sobornar, chantajear, intimidar..., bendecir, deslumbrar o fascinar. Usted puede hacer todo eso por mí. Ayúdeme, Ben. Yo lo ayudé una vez.

Tuve que pagar bastante por esa ayuda.

—¿Y yo? ¡Qué no pagué yo! —chilló el perexor. ¡Yo pagué con mi vida!

—Pagaste con tu estupidez.

—¡Por amor de Dios, Ben, ayúdeme! Ayúdeme o máteme. Me falta coraje para suicidarme.

—Yo no tengo ese precio en mi bolsillo. Nadie lo tiene.

—Muy bien. Escuche —Church apretó con más fuerza las muñecas de Reich y se inclinó más hacia él—. Esto es lo que puede hacer. Vaya a la policía. Vea a Preston Pówell. Dígale lo que ocurrió realmente en el asunto de la estafa. Será una confesión; pero usted saldrá bien librado, Ben. Un hombre importante, como usted, siempre puede hallar la salida. Y yo quedaré absuelto, y podré volver al Gremio. ¿Qué dice usted?

Tras una pausa, Reich dijo brutalmente.



## Novelas publicadas en MAS ALLA

Algunos números atrasados de MAS ALLA están disponibles al precio de \$ 6.— cada uno. En ellos se han publicado, entre otras, las siguientes novelas:

	Números
EL DIA DE LOS TRIFIDOS, por John Wyndham	1
HIJO DE MARTE, por Cyril Judd.....	2 y 3
EL HOMBRE QUE VENDIO LA LUNA, por Robert A. Heinlein .....	6
LAS ISLA DEL DRAGON, por Jack Williamson	9, 10 y 11
LAS CAVERNAS DE ACERO, por Isaac Asimov	12, 13 y 14
EL TRIANGULO DE CUATRO LADOS, por William F. Temple.....	17
LOS SEÑORES DEL TIEMPO, por Wilson Tucker	18 y 19
AMOS DE TITERES, por Robert A. Heinlein....	21
GUIJARRO EN EL CIELO, por Isaac Asimov....	26 y 27

**Más allá**

AV. ALEM 884 — BUENOS AIRES

Deseo adquirir los siguientes números de MAS ALLA. Adjunto cheque o giro postal por m\$ 6.— el ejemplar.

1 - 2 - 3 - 4 - 5 - 6 - 7 - 8 - 9 - 10 - 11 - 12 - 13 - 14 - 15 - 16 - 17 - 18 - 19 - 20 - 21 - 22 - 23 - 24 - 25 - 26 - 27.

(Sírvese señalar con un círculo los ejemplares solicitados)

Nombre .....

Dirección .....

Localidad .....

—Creo que lo mejor para ti, Jerry, sería el suicidio.

El perexor se echó hacia atrás bruscamente.

—Ahora dime el precio —continuó Reich.

Deliberadamente, Church escupió sobre el dinero, y dando media vuelta desapareció entre las sombras del sótano.

EL interior de la suntuosa mansión de María Beaumont, a quien sus miles de enemigos más íntimos llamaban El Cadáver Dorado, era una réplica de las imponentes termas de Caracalla, de la antigua Roma.

Al descender por la rampa del este, con el doctor Teight a su lado y el crimen en su bolsillo, Ben Reich percibía en rápidas oleadas las impresiones que iban llegando a sus sentidos. El espectáculo de la multitud que ocupaba el inmenso salón... El esplendor de uniformes, de vestidos y carnes fosforescentes, bajo rayos luminosos de delicados matices.

El sonido de las voces, de la música, de los heraldos, de los mil ecos... Los encontrados impulsos de odio y terror que oprimían su pecho... *Tensión y aprensión, la disensión empezó.* El maravilloso potpourri, el olor de las carnes perfumadas, de las comidas y los vinos, de la dorada ostentación... *Tensión y aprensión...*

Los áureos adornos de la muerte; de algo que había fracasado durante setenta años. Un arte perdido, tan perdido como la flebotomía, la cirugía y la alquimia... Pero él, Reich, volvería a traer la muerte a su apogeo. No el asesinato deatinado y presuroso del psicópata o del pendenciero (únicos asesinatos que se conocían entonces), sino el deliberado y bien planeado...

—¡Por amor de Dios! —murmuró Teight—. Tenga cuidado, hombre. Su crimen salta a la vista.

—Ocho, sí; siete, sí...

—Eso es mejor. Aquí viene uno de los perexores secretarios. Sólo desea codearse con los poderosos; pero usted siga cantando.

Un joven delgado y esbelto se acercó a ellos.

—¡Doctor Teight! ¡Señor Reich! Estoy sin habla, realmente.

—Hola, Glass. Me alegro de verlo —Teight le estrechó la mano—. Lo eché de menos en las reuniones del Gremio.

—¿Qué pasa en la mente de Reich? —El perexor dirigió a éste una curiosa mirada.

—Cierta cancioncilla idiota que lo está importunando. Algo así como esas tonadillas con rimas de propaganda.

—Sobrehumano —Teight lanzó una ojeada, mezcla de respeto y malicia, hacia su intimidante empleador.

Avanzar entre los invitados, era como zambullirse en un acuario tropical. Torbellinos de relucientes y centelleantes peces humanos. Mesas atestadas de comestibles, que eran como blancas y heladas islas de coral. Voces como burbujas. La incesante marejada de la fiesta, hinchándose en rápidos flujos alrededor de las celebridades...

María Beaumont avanzó a través de las aguas, con los brazos extendidos.

—¡Ben, querido! —exclamó abrazándolo con vehemencia—. ¡Es maravilloso! ¿Has encontrado ya ese millón perdido?

—Acabo de poner las manos en él.

—Ten cuidado, audaz galán. Hasta la última palabra que se diga en esta fiesta divina, quedará fonograbada. Cuidate...

Reich le lanzó una mirada de soslayo a Teight, que movió negativamente la cabeza en señal tranquilizadora.

—Ven a conocer a todo el mundo —dijo ella con su voz chillona, y lo tomó del brazo—. Después tendremos siglos para nosotros.

Symon Ziguerra... Jeanny Wón-

chalk... Tom Moyses, que aún lo odiaba por aquella sucia jugada en la conferencia de Tycho... Gloria Blómefield, aún tan sensual como en aquellos días de septiembre en que, resistiéndola, consiguió sacarle la fórmula de su padre... Bill Wínter, suplicando todavía justicia, con sus ojos silenciosos y aterrados... Bart Van Tuerk... Edmund Barr... A su izquierda, Teight dió la señal convenida: ¡Peligro!

—Tensión y aprensión, la disensión empezó. Tensión y aprensión, la disensión empezó...

María estaba presentando a otro joven, de pelo cobrizo.

—Larry Fézar, mi otro secretario. Larry tenía muchos deseos de conocerle, Ben.

—Cuatro, sí; tres, sí...

—¡Señor Reich!... La emoción no me permite pronunciar palabra —el joven aceptó la sonrisa de Reich y se alejó. Las luces cambiaron de color. Porciones de los trajes de los invitados parecieron esfumarse. Reich, que jamás había sucumbido a la moda de usar ventanillas ultravioleta en sus ropas, permaneció seguro en su traje opaco, observando con desprecio los ojos que giraban rápidamente a su alrededor.

Teight dió la señal: ¡Peligro!

—Tensión, dijo el tensor...

Galen apareció junto a María.

—Señora —susurró—, un ligero contratiempo. Ese muchacho Chérvil: Galen Chérvil...

—¿Qué ocurre con él? —María atisbó entre la multitud.

—A la izquierda de la fuente. Es un impostor, señora. Lo he sondeado. No tiene invitación. Es un estudiante. Apostó a que podría introducirse en la fiesta. Se propone robar una fotografía de usted como prueba.

—¿Mía? —dijo María—. ¿Qué piensa de mí?

—Es sumamente difícil de

Creo que le gustaría robarle algo más que la fotografía.

—¡Ah!, ¿sí? —exclamó María.

—Eso me parece, señora. ¿Debe ser expulsado?

—No —María echó una ojeada al apuesto joven—. Conseguirá su prueba.

—Y no tendrá que robarla —dijo Reich.

—¡Celoso! —gruñó ella—. Vamos a cenar.

En respuesta a una urgente señal de Teight, Reich se apartó para acercarse a él.

—Reich, tiene usted que desistir.

—¿Está loco? ¿Por qué?

—Ese muchacho Chérvil es perexor de segunda.

—¡Maldición!

—Es un caso brillante de precocidad mental. Lo conocí el sábado pasado en casa de Pówell. María Beaumont jamás invita perexores a su casa. Yo estoy gracias a usted.

—¡Y este chiquillo tenía que entrometarse!

—Renuncie, Reich.

—Quizá pueda mantenerme apartado de él.

—Reich, yo puedo obstruir a los secretarios sociales, que no son más que perexores de tercera; pero no puedo garantizarle un dominio absoluto de ellos ni de uno de segunda, aunque éste no sea más que un muchacho. Es joven y puede estar demasiado nervioso para leer con claridad un pensamiento. Pero nada puedo prometer.

—No voy a disistir —dijo Reich—.

Jamás volveré a tener una oportunidad como ésta. Y aunque pudiera tenerla no renunciaría. No podría. Se me ha metido D'Cóurtney entre ceja y ceja. Yo...

—Entonces será mejor que hagamos echar a ese jovencito.

—No es posible. Ya ha visto usted cómo lo ha mirado María.

—¿Qué va usted a hacer?

—Llegó hasta el final ¡maldito sea!

—Usted jamás consegu...

Reich volvió el ceño fruncido hacia el rostro nervioso de Teight.

—Ya sé que está usted buscando una oportunidad de escurrirse de esto, perro bastardo. Pero no podrá. Los dos nos hallamos atrapados en esto, de aquí hasta la aniquilación.

Con una sonrisa helada, fué a sentarse al lado de su huésped en un diván, junto a una de las mesas. Con ardorosa impaciencia soportó la comida, aguardando la palabra vital de Teight. Parte del trabajo de éste consistía en localizar el lugar donde se ocultaba D'Cóurtney en la casa. Observó cómo el diminuto perexor se deslizaba entre la multitud, sondeando, escudriñando, buscando, hasta que al cabo regresó moviendo negativamente la cabeza, e hizo un gesto hacia María Beaumont. Era evidente que María constituía la única fuente de información, y estaba demasiado obsesionada para ser explorada con facilidad. Era otra más en la interminable serie de crisis que tenían que ser resueltas por el instinto del asesino.

Entre la *truite au bleu* y las *saucisses au vin blanc*, Reich se levantó y atravesó el salón, hacia la fuente.

—¿Qué se propone usted, Reich? —interceptó Teight.

—¿No está bien claro?... Sacarle a ese muchacho la idea de la cabeza.

—Reich, ¡no se acerque a ese muchacho!

—¡Salga de mi camino! —gruñó Reich, haciendo retroceder al perexor—. Ya sé que es correr un riesgo; pero las desventajas no son tantas como parecen. En primer lugar, es joven e inexperto. Además, es un intruso y está asustado. Y por último, no debe andar muy prevenido; pues en tal caso no habría permitido que los secretarios lo sondearan con tanta facilidad.

—¿Tiene usted algún control consciente? ¿Puede efectuar doble pensamiento?

—Tengo esa canción metida en la cabeza y suficiente preocupación como para hacer del doble pensamiento un placer. Ahora apartese de mi camino, y quédese cerca de la señora, para sondearla cuando llegue el momento.

CHERVIL estaba comiendo solo, junto a la fuente, tratando torpemente de parecer natural. Reich se sentó a su lado, y dijo:

—Yo soy Ben Reich.

—Y yo Gally Chérvil. Quiero decir, Galen. Yo... —estaba visiblemente impresionado por el nombre de su interlocutor.

Tensión aprensión, la disensión empezó...

—Esta maldita canción... —murmuró Reich—. La oí por primera vez el otro día. No me la puedo sacar de la cabeza. Ocho, sí; siete, sí; seis, sí; cinco... ¡Oh, por amor de Dios! Hábleme, Chérvil, antes que me vuelva loco.

—¿De qué podría hablarle?

—¿Ha estado alguna vez aquí anteriormente?

—No...

—Ella sabe que es usted un impostor.

—¡No!

Reich afirmó con la cabeza. Tensión y aprensión...

—¿Debo echar a correr?

—¿Sin la fotografía?

—¿También sabe usted eso? Debe de andar algún perexor por aquí.

—Hay dos: Los secretarios sociales. Se ocupan precisamente de localizar a la gente como usted.

—¿Y cómo solución lo de la fotografía, señor Reich? Tengo cincuenta dólares en juego. Usted ha de saber lo que significa una apuesta. Usted es juga... , quiero decir, financista.

—Se alegra de que no sea perexor, ¿verdad? No importa, no me siento insultado. ¿Ve ese arco? Pase por él y doble a la derecha. Encontrará un es-

tudio. Las paredes están cubiertas de retratos de María. Tome el que quiera. Ella no lo echará de menos.

—Muchas gracias, señor Reich —expresó el muchacho, poniéndose de pie—. Algún día espero poder retribuirle este favor.

—¿Cómo, por ejemplo?

—Se sorprendería usted. Ocorre que yo soy un... —se contuvo, ruborizándose—. Ya lo sabrá. Muchas gracias, nuevamente —agregó, echando a andar en la dirección indicada.

—Cuatro, sí; tres, sí; dos, sí; uno, no!

Reich volvió junto a su huésped.

—Perverso galán —le dijo ella—. ¿Con quién has estado?...

—Con el joven Chérvil —contestó Reich—. Me ha preguntado dónde guardas tus fotografías.

—No se lo habrás dicho, ¿verdad?

—Claro que sí. Ahora mismo ha ido a buscar una... y se la llevará. Ya sabes que soy celoso.

Ella se incorporó de un salto y echó a andar hacia el arco.

**A** LREDEDOR de las once, los vinos y los licores habían excitado a la concurrencia hasta un grado que requería soledad y oscuridad. María Beaumont jamás había fallado a sus invitados, y Ben Reich esperaba que

no le fallara a él esa noche, cuando apareciera Teight con expresión complacida aunque preocupada.

—¿Dónde está D'Courtney? —inquirió Reich, sujetándolo por el brazo—. No me diga que no se halla en la casa. Presiento que está esperándome.

—¡Reich! —Teight se deshizo del apretón—. Sí, está aquí. Ha venido solo; sin criados. Únicamente tiene dos guardias proporcionados por María. Hawkins tenía razón. Está peligrosamente enfermo...

—Al demonio con eso. Yo lo curaré.

¿Dónde está?

—Vaya por el arco del oeste. Doble a la derecha. Suba las escaleras. Atraviese el pasadizo. Doble a la derecha. Galería de cuadros. Puerta entre el Rapto de Lucrecia y el Rapto de las Sabinas...

—Eso parece auténtico.

—Abra la puerta. Hay una antecámara, donde están los dos guardias. Adentro se halla D'Courtney. Es la antigua cámara nupcial que hizo construir el abuelo de María.

—¿La cámara nupcial? Eso me gusta.

El Cadáver Dorado empezó a reclamar atención. Ascendiendo al estrado que se alzaba entre las dos fuentes, iluminada por el resplandor de una luz

rosada, batió tres veces las palmas para pedir silencio. Los ecos de los tres golpes resonaron en los oídos de Reich: muerte, muerte, muerte.

—¡Queridos míos! —gritó María—: esta noche nos vamos a divertir en grande. Vamos a jugar en la oscuridad.

Los invitados lanzaron exclamaciones de regocijo, mientras las luces empezaban a disminuir hasta extinguirse. El estrado continuaba iluminado. María mostró a la concurrencia un viejo y estropeado volumen: el regalo de Reich.

*Tensión y aprensión...*

—Es un juego llamado "La Anguila". ¡Verán qué hermoso!

—Se tragó el anzuelo. Dentro de tres minutos será invisible —Reich se palpó el bolsillo. El revólver. El ionizador—. *Tensión y aprensión...*

—Un jugador es designado anguila —leyó María—. Ese será yo. Se apagan todas las luces, y la anguila se oculta.

Entretando, el gran hall fué reducido a absoluta oscuridad, con excepción de un rayo de luz rosada, sobre el estrado.

—Sucesivamente, cada jugador que encuentra a las anguilas se une a ellas, hasta que todos estén ocultos en un lugar, y el último, que es el perdedor, queda vagando, solo, en la oscuridad.

La última luz fué apagada también. Reich quedó por fin invisible. Tenía media hora para deslizarse por la casa, matar a D'Courtney y volver a intervenir en el juego. Teight tenía la misión de mantener a los secretarios pe-rexores fuera de la línea de ataque. No había peligro de intromisiones, a no ser la del joven Chérvil. Pero había que correr el riesgo.

**R** EICH atravesó el hall principal y cruzó por la gran arcada hacia la sala de música. De un piano abierto llegaban acordes disonantes y apagados, como si sobre las cuerdas se estuviese desarrollando una lucha. Resuelto y

feroz, Reich volvió hacia la derecha, buscando a tientas las escaleras. Un estrépito y una maldición resonaron en el piano; unos pies atravesaron corriendo la sala, y algo suave chocó contra Reich.

—Si llega usted a tocarme —gritó histéricamente la voz de Duffy Weigand—, lo mataré.

—¡Duffy! —exclamó Reich, y se quedó yerto, deseando haberse arrancado la lengua.

—¿Quién es usted? ¿El señor Reich? —Sí.

—Bendito sea, señor Reich —la joven se reclinó débilmente contra él.

—¿Qué pasa, Duffy? ¿No te gusta el lugar?

—No me gustan los invitados.

—Entonces vuelve a tu casa.

—Esta es mi primera y última visita. ¿Cómo puedo salir de este lupanar?

—Vuelve a atravesar el hall principal y sube por la rampa.

—No conozco el camino. Sáqueme de aquí, señor Reich. Necesito un guardián.

Ahogándose de impaciente furia, Reich buscaba alguna excusa, cuando una voz ahogada dijo tras él:

—¿Pue... puedo hacerle un favor, señor Reich?

—¿Quién es usted?

—Un refugiado. Galen Chérvil. Ligeramente enfermo.

—Ocho, sí; siete, sí; seis, sí; cinco, sí...

Chérvil se deslizó junto a ellos en la oscuridad.

—Tuve que correr mucho para alejarme de esa... fotografía. Aún estoy huyendo, espantado. Nunca me sentí más feliz de perder cincuenta dólares.

—Cuatro, sí; tres, sí; dos, sí; uno, no!

—Yo también estoy huyendo —dijo Duffy.

—Como niños perdidos en el bosque —murmuró Chérvil—. ¡Corramos!

### Más vale tarde que nunca

**H**ACE casi dos siglos que sabemos que el agua está formada por hidrógeno y oxígeno, de manera tal que dos átomos del primero y uno del segundo forman una molécula de agua. Pero ahora, con los más avanzados métodos de la física atómica, se ha podido saber cómo están dispuestos estos átomos en las moléculas; los dos átomos de hidrógeno están a 0,96 ångstrom (un ångstrom equivale a la diezmilésima parte del milímetro) del átomo de oxígeno; y las dos rectas que partiendo del oxígeno llegan a cada uno de los hidrógenos, forman un ángulo de 106°.

—¿Conoce el camino para salir en la oscuridad?

—Tensión, dijo el tensor. Tensión, dijo el tensor.

—Puedo encontrarlo. Déme la mano, Duffy.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Un lapsus mental. No me siento bien esta noche. ¿Viene con nosotros, señor Reich?

—Tensión y aprensión, la disensión empezó.

—No —repuso Reich, sofocándose—. Quisiera poder marcharme. Imposible. Ustedes salgan en seguida. ¡Pronto! ¡Pronto!

Los dos jóvenes se escabulleron en la oscuridad.

Al pie de las escaleras, Reich se vió obligado a trepar por sobre una barrera de cuerpos con brazos de pulpo, que trataron de arrastrarlo hacia abajo. Subió diecisiete interminables escalones. Avanzó a tientas por un estrecho pasadizo. Al llegar a su extremo dobló a la derecha. Se encontró en una galería abovedada, de unos quince metros de largo. También allí estaban apagadas las luces; pero las pinturas fosforescentes, resplandeciendo bajo reflectores ultravioletas, llenaban la galería con una luz aciaga. Estaba completamente desierta.

Entre una lívida Lucrecia y una horda de rollizas Sabinas, había una puerta de bronce pulido. Reich se detuvo ante ella, sacó de su bolsillo el ionizador de rodopsina e intentó mantener al tubo de cobre entre sus dedos trémulos.

Con un esfuerzo trató de recobrar la serenidad. Abrió de golpe la puerta de bronce. quedaron al descubierto nueve escalones que conducían a una antecámara. Dando un papirotazo con el pulgar en el tubo de cobre, hizo saltar la cápsula de rodopsina, apartando al mismo tiempo los ojos, para evitar el vivo resplandor purpúreo que

se produjo. Acto seguido, trepó de un salto las escaleras.

Los dos guardias permanecieron sentados en el banco donde los había sorprendido. Con los rostros entumecidos y los sentidos visuales y temporales abolidos, se hallaban fuera del *continuum*.

Si alguien entraba y encontraba a los guardias antes de que Reich hubiese terminado, él estaría en camino hacia la aniquilación. Si los guardias revivían antes de que él saliera, también estaría en camino a la aniquilación. Pasara lo que pasara aquello era una jugada definitiva contra la aniquilación.

Dejando tras sí los restos de su cordura, Reich empujó una puerta adornada con piedras preciosas, y entró en la cámara nupcial.

## VI

**B**EN Reich encontró una habitación esférica, que era el centro de una orquídea gigante. Las paredes semejaban pétalos ensortijados, estambres las columnas, y el piso era un cáliz dorado. Las sillas, mesas y divanes eran de oro y orquídea. Pero la habitación era vieja... muy vieja... Los pétalos estaban descoloridos y descascarados, y los azulejos se resquebrajaban. Tendido en un diván, yacía un hombre viejo, mohoso y marchito como maleza reseca... como una desecada raíz de mandrágora.

Era D'Courtney, tendido como un cadáver.

Reich, furibundo, cerró de golpe la puerta.

—¡No puedes estar muerto! No es posible que quede yo defraudado!

El anciano, sobresaltado, miró con fijeza, y luego se levantó penosamente del diván, sonriendo.

—¡Vives todavía! —gritó Reich, alborozado.

D'Courtney dió unos pasos hacia Reich, sin dejar de sonreír, con los brazos extendidos, como dando la bienvenida a un hijo pródigo. La sonrisa era casi de imbécil.

Nuevamente alarmado, Reich gruñó: —¿Estás sordo?

El anciano movió negativamente la cabeza.

—¡Tú hablas inglés, infame! —gritó Reich, ¿Me conoces?... ¡Contéstame! Yo soy Reich: Ben Reich, de Sacramento.

D'Courtney asintió sonriendo aún. Su boca se movía sin lanzar sonido alguno. En sus ojos brillaron repentinamente lágrimas.

—¿Qué demonios te pasa? Yo soy Reich. ¡Mírame! ¿Me conoces...? ¡Contéstame!

D'Courtney movió la cabeza; se tocó la garganta; hizo un esfuerzo para hablar; se oyeron unos sonidos roncós; luego una palabra, tan débiles como el polvo.

—Ben... querido Ben... ¡aguárdame tanto tiempo! Ahora... no puedo hablar. Mi garganta... No puedo hablar...

Nuevamente intentó abrazar a Reich.

Erizado, éste se apartó y dió una vuelta alrededor de D'Courtney, como animal furioso, sintiendo hervirle el crimen en la sangre, viendo pasar velozmente por sus ojos congestionados las horribles imágenes de la agonía de su rival. Estaba jadeante, y el corazón le palpaba con violencia. Se detuvo y clavó los ojos en la cara del anciano. La boca de D'Courtney formó las palabras:

—Querido Ben...

—Tú sabes por qué estoy aquí —bramó Reich—. ¿Qué estás pretendiendo?... ¿Conquistarme? —y le dió una bofetada.

El anciano retrocedió y cayó en una silla.

—Escúchame, viejo maldito —conti-

nuó Reich—. Esta deuda ha ardidido en llamas durante años. ¡Qué digo, en llamas!... ¡En un volcán! Y ahora tú quieres apartar la lava, ¡con un beso de Judas!

—Ben —susurró D'Courtney, horrorizado—. Escucha, Ben...

—Has apretado mi garganta durante diez años. ¡Diez años! Había lugar suficiente para los dos. Sacramento y D'Courtney. Todo el lugar posible en el tiempo y el espacio; pero tú querías mi sangre, mi corazón. ¡El Hombre sin Rostro!

D'Courtney movió la cabeza:

—No, Ben. No...

—No me lames Ben. Yo no soy amigo tuyo. La semana pasada te di una nueva oportunidad para arreglarlo todo bienamente. Yo, en Reich, yo pedí el armisticio; la unión. Si mi padre estuviese vivo me escupiría en la cara. Pero yo pedí la paz, ¿verdad? —insistió Reich, ferozmente—. ¿No fué así?

D'Courtney estaba muy pálido. Finalmente, susurró:

—Sí, tu pediste... Yo acepté.

—¡Aceptaste!... —lo interrumpió Reich bruscamente—. ¿Son ésas las tacitas que usas para vencer? No, no vencerás con ellas. El falso afecto, el decir "querido Ben", la cálida cordialidad de un corazón helado, las vanas mentiras, la simulación, ¿qué imbécil se las tragaría?

Reich extendió la mano y tiró a D'Courtney a sus pies. El anciano era frágil y liviano, pero su peso magulló el brazo de Reich, y el roce de su piel le quemó los dedos.

—No hay unión; no hay paz... ¡Muerte! Esa es la única solución.

D'Courtney movió la cabeza e intentó manifestar algo.

—¿Te rindes ahora?

—Sí —susurró D'Courtney—. Sí, Ben; sí.

—¡Farsante!... ¡Pura pantomima! Esa es tu treta. Imitas a los idiotas y

nos atrapas a tu placer. Pero no a mí.  
¡Jamás!

—Yo no soy... enemigo tuyo, Ben.  
Créeme.

—¡No —exclamó Reich—, no lo eres; pero porque estás muerto! Lo has estado desde que entré en este ataúd color orquídea. ¡Hombre sin Rostrol, ¿puedes oírme gritar por última vez? ¡Ha llegado tu fin!

Extrajo el arma del bolsillo; apretó el botón, y el arma se abrió como una roja flor de acero. D'Courtney retrocedió horrorizado. Reich lo agarró por la delgada nuca y le retorció hacia sí la cabeza. Tenía que disparar a través de la boca abierta, para que la artimaña diera resultado.

En aquel instante, uno de los pétalos de orquídea se abrió de par en par, y por la abertura una mancha irrumpió en la habitación. En medio de una trágica llamarada de sorpresa, Reich vio tras la abertura un corredor, y al otro extremo, la puerta de un dormitorio, abierta.

La muchacha, ondeante el pelo rubio, sus ojos negros, enormes, alarmados... un destello relampagueante de salvaje belleza, gritó:

—¡Padre!... —y echó a correr hacia D'Courtney.

Reich se interpuso velozmente entre ambos, sin soltar al anciano. La joven se detuvo, retrocedió, y corrió hacia la izquierda alrededor de Reich, chillando. Este giró sobre sí mismo y trató de herirla con el estilete. Ella lo eludió, pero fué empujada detrás del diván. Reich introdujo la punta del estilete entre los dientes del viejo y lo obligó a abrir la boca.

—¡No! —gritó desesperadamente la joven—. ¡No, padre!

Reich oprimió el disparador. Se oyó una explosión apagada. Un chorro de sangre salió por la nuca de D'Courtney. Reich dejó caer pesadamente el cuerpo.

La muchacha cayó de rodillas y se

arrastró hacia su padre. Gimiendo de dolor, arrancó el arma de la boca, de donde aún colgaba. Luego se agachó sobre el cuerpo convulso, silenciosa, inmóvil, mirando fijamente el rostro cerúleo.

Reich recobró el aliento con un gemido y se golpeó dolorosamente los nudillos entre sí. Cuando se apaciguó el violento zumbido de sus oídos, hizo un esfuerzo para lanzarse sobre la muchacha, tratando de ordenar sus pensamientos y alterar rápidamente sus planes. Jamás había contado con ese testigo. Nadie mencionó nunca que hubiese una hija. ¡Maldito Teight! Ahora tendría que matar a la muchacha. El...

Ella se incorporó de un salto, eludió las manos que trataban de sujetarla, corrió hacia la puerta, la abrió y salió a la antecámara. Reich vislumbró a los guardianes hundidos aún en el banco y a la joven corriendo silenciosamente, escaleras abajo, con el revólver en sus manos... con la aniquilación en sus manos.

La sangre volvió a correr a borbotones por sus venas.

Se lanzó hacia la puerta y descendió de tres en tres los escalones que conducían a la galería de pinturas. Estaba desierta; pero la puerta del pasillo acababa de cerrarse. Aún no se oía ninguna voz de la muchacha; todavía ninguna alarma. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que la muchacha empezara a echar la casa abajo con sus gritos?

Reich atravesó velozmente la galería y entró en el pasillo, que seguía completamente oscuro. Lo cruzó, llegó a lo alto de las escaleras que conducían a la sala de música y se detuvo nuevamente, descendiendo luego con cautela. El negro silencio era aterrador. ¿Por qué no gritaba esa muchacha? ¿Dónde estaba?

Se dirigió hacia el arco del oeste. Por el suave chapoteo de las fuentes

se dió cuenta de que estaba en un extremo del hall principal. ¿Dónde estaba la muchacha? ¿Y el arma?...

Una mano tocó su brazo. Reich dió un respingo de sobresalto. Teight susurró:

—He estado aguardando. Tardó usted exactamente...

—¡Perexor abyecto! —estalló Reich—. ¡Había una hija! ¿Por qué no me lo dijo usted que...?

—Déjeme leerlo —susurró Teight, y después de quince segundos de candente silencio, empezó a temblar—. ¡Dios mío! ¡Oh, Dios mío!...

Su terror fué como un catalizador, que devolvió a Reich el autodomínio, permitiéndole pensar nuevamente.

—Cállese —gruñó—. Aun no ha llegado la aniquilación.

—Tendrá usted que matarla también a ella, Reich. Tendrá que...

—Encuéntrela primero. Recorra la casa. Ya ha visto usted su imagen en mi muerte. Localícela. Lo esperaré junto a la fuente.

Empujó a Teight de su lado, fué tambaleándose hacia la fuente, se inclinó y hundió su rostro ardiente en el agua... Era Borgoña burbujeante. Reich se secó la cara sin prestar atención a los sonidos apagados que llegaban desde el otro lado del estante. Sin duda, algunas se estaban bañando en vino.

Reflexionó rápidamente. La muchacha debía ser localizada y muerta, de inmediato. Si aún conservaba el arma cuando Teight la encontrara, habría que usarla contra ella. ¿Y en caso contrario? ¿Estrangularla? No. La fuente. Podían llamarla ahogada en la fuente... como cualquier invitada que se hubiese bañado demasiado en vino. Pero tenía que ser pronto, antes de que aquel maldito juego de la anguila terminara. ¿Dónde estaba Teight? ¿Dónde estaba esa muchacha?

Teight llegó dando tropezones, jadeante.

—¿Y bien?

—Se ha marchado.

—Usted no ha tardado tanto como para descubrirlo. Si trata de traicionarme...

—¿A quién habría de traicionar? Estoy en el mismo camino que usted. Le digo que el diseño mental de la muchacha no aparece por ninguna parte. Se ha marchado.

—¿Se ha ido de la casa?...

—Y sería mejor que nosotros también nos fuéramos.

—Sí; pero no podemos correr. Una vez que salgamos de aquí, tendremos el resto de la noche para hallarla; pero si nos evadimos sería demasiado sospechoso. ¿Dónde está María?

—En la sala de proyección.

—¿Presenciando un Panty?

—No; jugando todavía a la anguila. Están allí como sardinas en lata. Somos casi los últimos que quedamos en esta parte de la casa.

—Errando solos en la oscuridad, ¿no? Vamos.

Apretó el brazo trémulo de Teight, y obligó a éste a marchar con él, llamándolo quejumbrosamente.

—¡Eh!, ¿dónde están todos? ¡María! Teight lanzó un sollozo histérico. Reich lo sacudió bruscamente.

—¡Ánimese! Estaremos fuera en cinco minutos. Entonces puede empezar a preocuparse.

—Pero si alguien encuentra el cadáver y quedamos atrapados aquí, no podremos encontrar a la muchacha.

—No seremos atrapados. A B C, Gus... audaz, bravo y confiado — Reich abrió la puerta de la sala de proyección. También allí estaba oscuro; pero se sentía el calor de muchos cuerpos—. ¡Eh! —llamó—. ¡María, estoy solo en la oscuridad!

Se oyó una explosión de carcajadas. —¡Querido! —exclamó María—. Te has perdido lo mejor.

—¿Dónde estás? He venido a despedirme.

—¡Oh, no puede ser que te marches!  
—Perdón; pero es muy tarde. Mañana tengo que estafar a un amigo.  
¿Dónde estás, María?

—Sube al escenario, querido.  
Reich recorrió el pasillo, buscó a tientas los escalones y trepó al estrado, sintiendo cerca de sí el frío perímetro del globo proyector de Pantys. Una voz dijo:

—Muy bien. Ahora lo tenemos.  
¡Luces!

Una luz blanca inundó el globo, deslumbrando a Reich. Los invitados, sentados alrededor del escenario, empezaron a reír burlonamente, lanzando luego exclamaciones de desilusión.

—¡Oh, Ben, tramposo! —chilló María—. Estás realmente solo. Eso no es justo. Hemos sorprendido a cada uno con su pareja.

—Otra vez será, María —Reich extendió la mano, inclinándose para despedirse—. Respetuosamente, señora, mi agradecimiento... — se interrumpió atónito. En el blanco puño de su camisa apareció un punto rojo oscuro.

En silencio, aturdido, Reich vio aparecer un segundo y luego un tercer manchón rojo. Apartó rápidamente la mano, y una gota roja salpicó el escenario ante él, para ser seguida por un lento e inexorable flujo de gotitas escarlata.

—¡Eso es sangre! —gritó María—. Alguien está sangrando arriba. Ben, por amor de Dios, no puedes marcharte ahora. ¡Luces!

Sangre... escurriéndose a través del techo... La sangre de D'Courtney. Aun no alcanzaba para llenar una cucharilla; pero Reich sintió que se estaba ahogando en ella.

Tensión y apresión, la disensión empezó...

## VII

Las doce y treinta de la noche llegó la Patrulla de Emergencia a la casa de María Beaumont, y poco

más tarde Preston Pówell recibió una llamada frenética de un inspector policial:

—Le digo, Pówell, que es un delito triple-A. No sé si sentirme agradecido o asustado, pero no creo que ninguno de nosotros esté capacitado para enfrentarlo.

—¿Qué es lo que usted puede enfrentar?

—Escuche, Pówell. El crimen es un acto normal. Sólo un diseño mental deforme y pervertido puede producir la muerte por violencia. Esta es la razón de que, en setenta años, no se haya producido un triple-A con buen resultado. Un hombre no puede matar incubando su crimen sin que ustedes, los perexores, lo sorprenden antes de que entre en acción.

—Así ha sido hasta ahora —admitió Pówell.

—Pues bien, éste es un crimen que ha sido cuidadosamente planeado... y el asesino no fué notado en ningún momento, ni aun por los secretarios perexores de María Beaumont. Eso significa que debe de tener un diseño mental regular y ser sin embargo lo suficientemente anormal como para asesinar. ¿Cómo demonios podemos resolver semejante paradoja?

—No tengo idea. ¿Alguna pista?

—Nada más que inconsistencias. No sabemos con qué fué muerto D'Courtney. Su hija ha desaparecido. Alguien privó de una hora de tiempo a los guardias de D'Courtney, y no podemos imaginar cómo. Además...

—No siga. Estaré allí en seguida.

El gran hall de la casa de Beaumont, resplandeciente de luz, estaba lleno de policías uniformados. Los técnicos del Laboratorio trabajaban activamente, y cuatro dedmoles, como rutilantes caracoles de serpentina y tubos fosforescentes, recorrían bulliciosamente los pisos, guiados por las respectivas dotaciones. Al entrar, Pówell sintió la oleada de hostilidad que lo

recibió, y en rápida comunicación telepática inquirió a Charley Dónaldson, inspector de policía:

—¿Cuál es la situación, Chas?

—Por medio del código policial extraoficial de imágenes confusas, significados invertidos y símbolos personales, Dónaldson repuso:

—Hay perexores aquí. Cuidado —y puso a Pówell al tanto.

—Ya veo. Muy sórdido. ¿Qué hace todo el mundo amontonado aquí? ¿Vas a representar algo?

—Para sacar algo en limpio de esta canalla de alta sociedad, hay que recurrir a alguna treta. El villano y el amigo. Yo seré el malo y tú el bueno, por supuesto.

—De acuerdo. Empecemos.

A mitad de camino por la rampa, Pówell se detuvo. Una expresión de horrorizada indignación apareció en su rostro.

—¡Dónaldson! —exclamó.

Todos los ojos se volvieron hacia él.

—¡Ordene, señor! —repuso el aludido con voz brutal.

—¿Así cree usted que debe proceder un investigador? ¿Amontonando un grupo de gente inocente, como si fuera ganado?

—No son inocentes —gruñó Dónaldson—. Un hombre ha sido muerto.

—Deben ser considerados inocentes y tratados con toda cortesía hasta que el asesino haya sido descubierto.

—¿Qué? —exclamó burlonamente Dónaldson—. ¿Esta cuadrilla de hienas podridas y piojosas de sociedad?...

Apretando con rabia los puños, Dónaldson se volvió hacia los sorprendidos circunstantes, para refunfuniar una disculpa.

—¡Y le prevengo que, si vuelve a ocurrir algo así, lo suspenderé! —exclamó Pówell. Luego descendió y se dirigió a los invitados—: Señoras y caballeros, a casi todos ustedes los conozco ya de vista. Yo no soy tan famoso, de modo que me presentaré: Preston

Pówell, de la División Psicopática —avanzó hacia María Beaumont, con la mano extendida—. Habrá pasado usted un momento angustioso, señora.

Un murmullo de complacencia recorrió a los invitados, y la hostilidad empezó a esfumarse. María tomó la mano de Pówell, empezando a componerse maquinalmente.

—Querido prefecto... Me he sentido tan aterrada...

Volviéndose a un oficial, Pówell ordenó:

—Conduzca a la señora y a sus invitados al estudio.

—Uno de los invitados llegó después de ser comunicado el hecho —le informó el oficial—. El abogado doctor Jordán.

Pówell localizó a Sam Jordán, abogado, 2, entre la gente, y lo inquirió telepáticamente:

—¿Qué te ha traído aquí, Sam?

—Negocios. Me llamó mi cli (Ben Reich) ente.

—¡Ese tiburón! Aguarda aquí con él. Vamos a poner esto en claro.

—Señoras y caballeros —dijo volviéndose a los invitados—. Al estudio, por favor.

Conducido por el oficial, el grupo empezó a andar, charlando con renovada animación. Entre las risas y los murmullos, Pówell sintió las aristas de un rígido bloque telepático. Al reconocer al que lo emitía, demostró su asombro:

—¡Gus! ¡Gus Teight!

—¡Oh! Hola, Pówell.

—¿Tú? ¿Qué es eso de esconderte para espiar?

Caótica respuesta de ira, disgusto, temor de perder la reputación, vergüenza...

Cálmate, Gus. No te hará ningún daño verte mezclado en un pequeño escándalo. Quédate a ayudar. Otro perexor de primera me será muy útil. Creo que esto va a resultar un vergonzoso y cobarde triple-A.

UNA vez solos, Pówell examinó a los tres hombres que quedaban con él: Sam Jordán, grueso, fornido, de rostro benévolo; el pequeño Teight, nervioso y movedizo... más que de costumbre, y el notorio Ben Reich. Pówell examinó a éste por primera vez. Alto, de anchos hombros, resuelto, emanaba de él un aura tremenda de encanto y poder. Había benevolencia en ese poder, aunque corroída por el hábito de la tiranía. Sus ojos eran claros y vivaces; pero su boca era demasiado pequeña y sensitiva, y se parecía extrañamente a una cicatriz. Un hombre magnético, con algo que lo hacía repelente.

Reich sonrió. Espontáneamente, se estrecharon las manos.

—¿Siempre toma usted a todo el mundo desprevenido, de este modo, Reich?

—Es el secreto de mi buen éxito —repuso éste, con una mueca.

Un inesperado quimiotropismo los

estaba atrayendo mutuamente. Esto era peligroso, y Pówell procuró evitarlo, volviéndose hacia Jordán.

—¿Y bien, Sam?

—Reich me llamó para representarlo a él y a los demás sospechosos. Nada de telepátia, Pres. Esto tiene que permanecer en el plano objetivo. Para eso he venido. Tendré que estar presente en todos los interrogatorios.

—No puedes impedir el sondeo mental, Sam. No tienes derechos legales. Debemos extraer todo lo que podamos...

—Siempre que sea con el consentimiento del examinado. Yo te diré en todos los casos si lo tienes o no.

—¿Conoce usted sus derechos y deberes legales? —preguntó Pówell a Reich.

—Vagamente.

—Pues bien, se los explicaré. Todo hombre tiene el derecho de rehusarse al examen telepático, así como también al interrogatorio oral.

## La maravillosa película

QUE DELEITA A TODO EL MUNDO EN TODO EL MUNDO  
ahora en una magnífica adaptación  
PARA CHICAS Y CHICOS



EL DIARIO DE  
MI AMIGA

Lili

\$ 250

El jueves 10 de noviembre aparece

Lo venden su canillita y su librero

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Aun nos queda la quinta enmienda— intervino Jordán.

—Sí —asintió Pówell—. Pero la ley sostiene que no se puede contestar a algunas preguntas y rehusarse a otras. Tiene que ser todo o nada.

—Comprendo —dijo Reich.

—Claro es que si usted se apoya en la quinta enmienda en un delito Triple-A, y rehusa contestar cualquier pregunta como quiera que sea, nos obliga a llegar a la conclusión de que tiene alguna culpa que ocultar.

—No es necesario que conteste usted a eso —intervino Jordán.

—Iba a preguntar sobre el sondeo mental —dijo Reich.

—Si usted decide abrir la puerta —repuso Pówell—, debe contestar a todas las preguntas; pero no tiene usted obligación de someterse al examen telepático. Eso es optativo. Las respuestas orales satisfarán a la ley.

—En suma —agregó Jordán—, la ley exige que el investigador policial solicite autorización para el sondeo mental sobre cada pregunta por separado. Si usted niega ese permiso, yo estoy aquí para hacer valedera esa negativa. No es necesario que me confíe nada. Usted me dice que no desea ser sondeado, y yo cuidaré de que se cumpla su deseo. Para ello, no tengo por qué saber lo que hay en su mente.

—Hay muchas preguntas —observó Pówell suavemente—, sobre las cuales no puede usted objetar que se le sondee. Por ejemplo, si le pregunto qué sirvieron en la cena esta noche...

—Tiene pleno derecho de rehusar el examen telepático sobre ese punto.

—¿Lo prefiere así? —inquirió Pówell a Reich, el cual asintió—. Sam es perexor de segunda; yo soy de primera. Puedo jugarle alguna mala pasada a Sam. Quiere usted esperar hasta conseguir otro perexor de primera que lo represente. Está en todo su derecho.

—No —repuso Reich lentamente—. Confío en Jordán, y confío en usted.

No creo que él le permita ningún juego sucio; ni creo que usted lo intente.

—Gracias. ¿Cuál fué la razón de que llamara tan pronto a un abogado? ¿Está usted mezclado en este asunto?

—No se está al frente de Sacramento sin acumular un sinfín de secretos que deben ser protegidos.

—¿Por qué tenía que representar Jordán a los demás invitados?

—Eso no puedes hacerlo, Pres.

—Déjate de poner obstrucciones. Sólo estoy tratando de obtener su respuesta emotiva general, en cuanto al resto de los sospechosos.

—No tienes derecho a obtenerla de ese modo.

—Eso fué resuelto en el caso Carmody, hace veinticinco años. Podemos estructurar las circunstancias generales en tanto que no solicitemos datos específicos.

—Sí, siempre que la pregunta oral indique claramente el propósito y alcance del sondeo. La tuya no lo aclaraba.

—Volveré a formularle la pregunta —dijo Pówell antes de que Reich pudiese contestar—. ¿Le parecía a usted que alguno o todos los demás invitados necesitaban particularmente los servicios del señor Jordán? Me gustaría sondear mentalmente su respuesta, para obtener su reacción emotiva general.

—No es necesario que consienta —intervino Jordán.

—No lo haré —replicó Reich.

—¿Me dará una respuesta oral?

—Sí. Todos estaban asustados. María, petrificada, me pidió que la ayudase. Esto fué lo mejor que pude hacer.

—¿Tendría inconveniente en decirme por qué rehusó a que sondeara esa respuesta?

—No se moleste —aconsejó Jordán—. Pres no tiene derecho a preguntar eso. Nadie lo tiene. En el

juicio sucesorio de Alan Courtney, eso quedó claramente establecido.

—Demonios —dijo Pówell, pesoso—. Me has atascado. Empecemos la investigación.

Marcharon juntos hacia el estudio. En el hall, Dónaldson le preguntó a Pówell, en código policial:

—¿Por qué has permitido que Sam te envuelva en nudos legales?

—Mientras él estaba ocupado en eso yo he conseguido lo que andaba buscando: una respuesta registrada de Ben Reich. Ya ha abierto la puerta, Chas. No puede volver a cerrarla.

**P**OWELL se dirigió al centro del estudio, y miró a su alrededor, evaluando con precisión la psicología de los sibaritas allí reunidos, y calculando las tácticas que tendría que usar.

—Todos ustedes saben, desde luego —comenzó—, que yo soy perexor, y probablemente esto lo haya alarmado. Se imaginan que soy una especie de monstruo fabuloso, sondeando los recovecos mentales. Pues bien, aunque pudiese, Jordán no me lo permitiría. Y el sondeo en masa es una hazaña que ningún perexor puede realizar. Es bastante difícil con un solo individuo, e imposible cuando docenas de diseños telepáticos confunden la imagen. Aquí estamos, pues, a merced de ustedes... Esta noche estaban ustedes jugando a un encantador juego antiguo, llamado "La Anguila", en el transcurso del cual fué asesinado el viejo D'Courtney. Estamos casi seguros de que fué un crimen premeditado, y confirmaremos esa certeza cuando la gente del Laboratorio haya concluido su tarea. Pero supongamos que es un delito triple-A. Eso nos permitirá jugar a otro juego antiguo llamado "Asesinato".

Hubo una reacción de curiosidad en los invitados. Pówell continuó con la misma naturalidad, convirtiéndola en

espantoso crimen en un motivo de entretenimiento.

—En este juego, se mata a una fingida víctima, y un fingido detective debe descubrir quién la mató. Hace preguntas a los sospechosos, todos los cuales deben decir la verdad, excepto el asesino, a quien le es permitido mentir. El detective compara las historias, deduce quién está mintiendo, y descubre al asesino. Pensé que quizá a ustedes les gustaría jugar a este juego.

—¿Cómo? —preguntó una voz.

—Una investigación explora tres facetas de un crimen: primero, el motivo; segundo, el método; tercero, la oportunidad. Nuestros técnicos están atendiendo a estas dos últimas. La primera podemos descubrirla en nuestro juego. Si lo logramos, tendremos resueltos los otros dos problemas. ¿Saben ustedes que los técnicos no pueden imaginarse qué fué lo que mató a D'Courtney? ¿Saben que la hija de éste ha desaparecido? ¿Saben que los guardias que lo cuidan fueron privados misteriosamente de una hora de tiempo? A todos nos gustaría saber claramente cómo.

Los circunstantes estaban al borde mismo de la trampa, fascinados. Había que maniobrar con infinitas precauciones.

—Muerte, desaparición y máquinas de tiempo... Conociendo el motivo podemos descubrir todo lo referente a esto. Yo seré el detective fingido; ustedes, los sospechosos. Todos me dirán la verdad..., excepto el asesino, desde luego. Esperamos que mienta, pero lo atraparemos, llevando el juego a un triunfante final, si me permiten hacer un examen telepático de cada uno de ustedes.

—¡Oh! —exclamó María, alarmada.

—Aguarde usted, señora. Todo lo que necesito es el consentimiento de ustedes. No tendré que sondear. Por que si todos los sospechosos inocentes

acceden, aquel que rehuse debe ser el culpable.

—¿Puede hacer eso? —susurró Reich a Jordán.

Este asintió.

—Imaginen por un momento la escena —continuó Pówell—. Yo pregunto formalmente: "¿Me permiten ustedes efectuar un examen de diseño mental?" Luego recorro la habitación —empezó a caminar lentamente, inclinándose ante cada uno de los invitados—. Y las respuestas son: "Sí." "Sí." "Desde luego." "¿Por qué no?" Y entonces, súbitamente, una pausa dramática— Pówell, erguido, aterrador, se detuvo ante Reich—. "Usted, señor", repito yo, "¿me da su consentimiento para el sondeo mental?"

Todos miraban como hipnotizados. Hasta Reich quedó aturcido, tras pasado por el dedo que lo señalaba.

—El hombre vacila —siguió Pówell—; su rostro se sonroja; luego palidece intensamente. Todos oyen la torturada respuesta: "¡No!" —el prefecto los envolvió en un gesto electrificante—. ¡Y en ese momento tremendo, sabemos que hemos capturado al asesino!

Casi los había convencido; casi; pero en el alma de Tom Moyses se ocultaba la bastardía; en la de Gloria Blóme-field, el adulterio; en la de Tony Asj, la vergüenza; en la de Nick Boutman, el perjurio...

—¡No! —exclamó María.

Todos se pusieron de pie y gritaron:

—¡No! ¡No!

—Fué una hermosa tentativa, Pres; pero ésa es la respuesta.

Aun derrotado, Pówell se mostró seductor.

—Señoras y caballeros, no puedo censurarlos. Sólo un tonto confiaría en un polizante. Uno de mis asistentes tomará las declaraciones orales de aquellos que quieran hacerlas. El señor Jordán estará aquí para aconsejarlos y protegerlos... —lo miró pensosamente— y para arruinarnos a mí

—No trates de enternecerme, fantasista. Este es el mejor triple-A en setenta años. Es mi gran oportunidad.

—¡Al demonio! —dijo Pówell, y, haciéndole un guiño a Reich, salió de la habitación.

**L**AS tareas de laboratorio habían finalizado en la cámara nupcial orquídea. Kraft extendió a Pówell los informes:

—¿Suicidio? —inquirió éste.

—Ni pensarlo. No hay arma.

—¿Qué lo mató?

—No lo sabemos.

—¡Pero, hombre, si tiene un agujero en la cabeza por el que se podría lanzar una astronave a la luna!

—Entrada por arriba de la úvula. Salida debajo de la fontanela. Muerte instantánea. Pero, cómo le fué tala-drado ese orificio a través del cráneo, ¡no lo sabemos!

—¿Rayos penetrantes?

—No hay quemadura.

—¿Descarga de vapor amoniaco?

—No hay residuos de amonio.

—¿Un cuchillo o puñal?

—Imposible. ¿Tiene usted idea de la fuerza que sería necesaria para atravesar esos huesos?

—Descartemos, pues, las armas penetrantes, pero... ¡Ah!, ¿no habrá sido un proyectil?

—No hay proyectil alguno, ni en la herida ni en la habitación.

—¿Tiene alguna pista para darme, cualquiera que sea?

—Sí. La víctima estaba comiendo dulces antes de su muerte. Encontré un fragmento de gelatina en su boca..., y una envoltura de caramelo común. Pero no había ningún otro caramelo en su traje.

—Pudo habérselos comido todos.

—Tampoco había señal de ellos en su estómago. De todos modos, no podría tragar caramelos con esa garganta.

—¿Por qué no?

—Cáncer psicogénico, muy avan-

zado. No podía hablar, y menos aún comer caramelos.

—¡Pues necesitamos esa arma, cualquiera que sea!

—Busque usted a la hija —dijo Kraft—. Ella la tiene. Liquidó al padre y se llevó consigo el arma.

—¿Quiere usted decir que fué capaz de meterse en todas estas dificultades?, ¿que guardó hasta encontrarse con él en casa ajena, y a la mitad de la noche lo mató de ese modo grotesco?... ¿Por qué?

—No puedo decirle por qué ni cómo lo mató. ¡Ni siquiera puedo decirle la hora!

Pówell hojeó el informe, lentamente, mirando de vez en cuando el cadáver. Luego lanzó un suspiro y dijo:

—Bueno, llevamos las de perder en cuanto a método y motivo. Esperemos que los dedmoles puedan darnos algo en cuanto a oportunidad, Kraft, o jamás pescaremos a Reich.

—¿Reich? ¿Ben Reich? ¿Qué relación tiene él con el asunto?

—Y lo que más me preocupa es que Gus Teight pueda estar mezclada en esto... ¿Qué? ¡Ah!, ¿Reich? El es el asesino, Kraft. Le eché una zancadilla a Jordán en el estudio. Representé una pequeña comedia, y lo distraje mientras yo sondeaba a su cliente. Fué extraoficial, desde luego, pero bastó para convencerme de que Reich es nuestro hombre.

—¡Magnífico! —exclamó Kraft.

—Pero eso está aún lejos, muy lejos de la aniquilación.

Pensativamente, Pówell se despidió del jefe del Laboratorio y bajó a su cuartel general, en la galería de pinturas.

—Y Reich me gusta —murmuró.

UN dedmol (detector de distorsión molecular) era simplemente un sabueso mecánico. Cualquiera persona podía caminar con todo cuidado por

un piso, con los pies secos, borrando todas las pisadas y sin dejar ninguna huella visible..., ignorando que su paso dejaba un rastro de distorsión molecular, característico e inconfundible. El dedmol seguía este rastro por los pisos, rampas y escaleras, aturdiendo con sus zumbidos; y el rastro era impreso en diminutas flechitas sobre un mapa en escala, de plástico transparente, de colores distintos para cada sospechoso. Concluida la investigación, los transparentes eran colocados uno sobre otro; y al observar el primero desde arriba, se veían de una ojeada todas las trayectorias registradas.

Dónaldson colocó los cuadros delante de Pówell, quien examinó por un momento los serpenteantes rastros coloridos, y luego alzó cansadamente la vista.

—Ya sé que habría sido más fácil si no hubiesen descubierto la sangre de D'Courtney goteando a través del techo. Al ir todos corriendo arriba, en pelotón, nos han desorientado.

Pówell volvió a inspeccionar el mapa colectivo. Rastros de color erraban por el gran hall, la sala de música, el estudio y las fuentes, para terminar en la sala de proyección de Pantys. Desde allí, un denso reguero de prismáticos colores fluía de vuelta por el hall, las escaleras y la galería de pinturas, hasta llegar a la cámara nupcial.

—Esa es la muchacha —Dónaldson señaló un rastro amarillo de flechitas, que comenzaban en uno de los dormitorios de la cámara nupcial, cruzaba el corredor, entraba en la habitación orquídea, y, después de algunos círculos confusos, salía para atravesar toda la casa en dirección a la calle.

—¿De quiénes son estos rastros azules y esmeralda? ¿También salieron de la casa?

—Son de un par de invitados que no pudieron soportar el juego de la anguila. Se marcharon temprano. Una es Duffy Weigand, compositora de

psicocanciones. El otro es Galen Chérvil.

—¡Hola, hola!...

—Chérvil está fuera de sospecha, Pres. Los perexores secretarios me informaron que se metió de rondón en la fiesta, por una apuesta. De todos modos, a los dos los hemos citado para interrogarlos.

—Muy bien. ¿Cuál es el rastro de Reich?

—¿Por qué Reich en particular? ¿Crees que ha sido él?

—Ajá.

—El de Reich es el rastro escarlata.

—Eso mismo había yo pensado. Reich subió una vez con todos los demás a la cámara nupcial; pero antes ya había ido para matar a D'Courtney.

—Nunca llegarás a probar eso, Pres.

—¿Los guardias pueden servir de algo?

—No. Perdieron una hora entera. Kraft dice que les destruyeron la rodopina retiniana: la púrpura visual...: eso con lo que uno ve. En cuanto a ellos, estuvieron en su puesto y alertas. Nada ocurrió hasta que súbitamente apareció el gentío, y María empezó a chillarles por haberse quedado dormidos..., cosa que juran no ser cierta.

—Pero nosotros sabemos que fué Reich.

—Lo sabes tú; pero nadie más.

—Subió mientras los invitados estaban jugando a la anguila. Anuló de algún modo la púrpura visual de los guardias. Entró en la cámara orquídea y mató a D'Courtney. La mu-

chacha se vió mezclada en el asunto, y por eso huyó.

—¿Cómo anuló a los guardias? ¿Cómo mató a D'Courtney? ¿Y por qué?

—No conozco ninguna de las respuestas..., todavía.

—Nunca conseguirás la aniquilación de ese modo.

—Eso ya lo sé.

—Tienes que demostrar motivo, método y oportunidad, objetivamente. La evidencia del dedmol no basta.

—¡Por todos los diablos, Chas, necesitamos a Bárbara D'Courtney! Si ella puede decirnos lo que vió y por qué huyó, satisfaremos a cualquier tribunal. Sin la muchacha, de nada nos servirá todo lo que sabemos hasta ahora, que prácticamente es cero. Deja ir a todo el mundo. Tendremos que aferrarnos a Reich..., ver si podemos conseguir algunas pruebas accesorias...

—Pero de nada servirá todo eso sin la maldita muchacha.

AL volver al gran hall, Pówell vió a Reich, Jordán y Teight conversando junto a una fuente. Nuevamente le preocupó la idea de que Teight pudiese estar complicado con Reich. Era increíble, y, de ser cierto, imposible de demostrar. Nadie podía obtener nada de un perexor I, sin pleno consentimiento. Y si Teight estaba trabajando con Reich, éste mismo podía resultar inexpugnable.

Decidiendo efectuar un último ataque antes de verse forzado a recurrir a la acción policial, Pówell dirigió una rápida orden a los perexores.

### Llamando por "radio" a los bomberos

NO se trata de la radio que escuchamos todos los días, sino de un detector de incendios basado en que el humo absorbe con aquél, y se pone en acción un dispositivo eléctrico que da las partículas alfa emitidas por las substancias radioactivas. A la menor traza de humo, las radiaciones se detienen al chocar la alarma.



—Sam, Gus: quiero hablar a solas con Reich. No voy a sondearlo ni a registrar sus palabras. Lo prometo.

Jordán y Teight asintieron. Reich los vio alejarse, y luego se volvió hacia Pówell.

—¿Los ha espantado?

—No. Simplemente les he pedido que nos dejen solos. Siéntese.

Se quedaron un momento sentados, en cálido y amistoso silencio, con la sonrisa en los labios.

—No —dijo Pówell tras una pausa—, no lo estoy sondeando.

—Ya lo sé. Pero lo hizo en el estudio de María, ¿eh?

—¿Lo advertió?

—No. Lo supuse. Es lo que yo mismo habría hecho.

—Ninguno de los dos es muy digno de confianza, ¿verdad?

—Sólo los cobardes y los malos per-

dedores se ocultan tras el juego limpio.

—¿Y el honor?

—Tenemos nuestro honor, pero en código propio; no en falsas reglas.

—En usted hay dos hombres, Reich: uno santo, el otro asesino. Mejor sería si fuese por entero un canalla.

—Realmente me asusta usted, Pówell. Nunca puedo prever cuándo va a venir el golpe, o hacia dónde esquivarme.

—Entonces deje ya de esquivarse y enfrente la realidad —dijo Pówell con voz de fuego—. Voy a aplastarlo en este asunto, Ben. Voy a estrangular al ca-

nalla asesino, porque admiro al santo. Este es el principio del fin para usted, y lo sabe usted muy bien. ¿Por qué no lo hace más fácil?

—¿Y renunciar a la mejor lucha de mi vida con el mejor enemigo que encontré jamás?

Pówell se alzó de hombros, irritado. Ambos se incorporaron. Instintivamente, sus manos se estrecharon en el cuádruple apretón de la despedida definitiva.

—He perdido un gran socio en usted, Pres —sonrió Reich.

—Usted ha perdido un gran hombre en sí mismo, Ben.

—¿Enemigos?

—Enemigos.

## VIII

acompañado por sus secretarios perexores, especie de brujos memoristas que llevaban dentro de sus cerebros las minucias de su actividad, Pówell empezó a reunir el material para la lucha. Al comisionado Crabbe, le explicó nuevamente, a grandes rasgos, la idea general:

—Necesitamos conocer el motivo, el método y la oportunidad, comisionado. Tenemos ya oportunidad, pero eso sólo no basta para el Defac. Tiene que ser reforzado por los otros dos factores. Me refiero a la evidencia objetiva para el tribunal. Ahora bien, yo estoy resuelto a atacar con todas las armas a Ben Reich y Sacramento, y quiero preguntarle si está dispuesto usted a hacer lo mismo.

Crabbe, que detestaba a los perexores, se puso rojo de rabia.

—¿Qué demonios significa eso?

—Le pregunto simplemente si está usted ligado de algún modo a Reich: si sería posible que éste viniera a pedirle que paralizara el procedimiento.

—Es usted un insolente, Pówell...

—Perdón, señor. Pero yo soy criminólogo y usted político. Los políticos

necesitan apoyo. ¿Se lo dió Reich alguna vez?

—No, nunca.

—Señor, el cuatro de diciembre, al discutir con usted el caso Langley, el comisionado Crabbe admitió que Reich lo había apoyado en la campaña para fiscal del distrito.

—Ya me parecía —Pówell dejó bruscamente de lado su tacto y preguntó—: ¿Y qué hay de su campaña para fiscal del distrito? Reich lo respaldó en eso, ¿verdad?

—En efecto. Pero no ha vuelto a apoyarme desde entonces.

—Entonces, ¿tengo carta blanca en el crimen de Reich?

—La tiene.

—Pero con grandes reservas. Tomen nota, muchachos. Le tiene terror mortal a Reich. Tomen otra nota. Yo también se lo tengo.

PARA convencer a ese monstruo (me refiero a Defac) de que el proceso es factible —dijo Pówell a su plana mayor—, necesitamos conseguir evidencias objetivas. Para ello, recurriremos al antiguo método de asignar al sujeto un operador torpe y uno listo. El primer operador no debe saber que el segundo está en acción. Cuando el sujeto, que tampoco lo sabe, se quite de encima al investigador torpe, cree que el campo ha quedado libre, y es fácil presa para el otro. Eso es lo que haremos con Reich.

—De acuerdo —asintió Dónaldson.

—Busquen los cien polizontes más estúpidos del Departamento. Vistanlos de civil y lánceles contra Reich. Que sea una persecución chapucera, pero de la que le cueste trabajo librarse.

—¿Alguna tarea específica? —inquirió Dónaldson.

—Todas menos una. ¿Quién sugirió que jugaran a la anguila? Los secretarios de Beaumont informaron que Reich no pudo ser sondeado porque tenía una cancioncilla rondándole los

sesos. ¿Qué canción? ¿Quién la escribió? ¿Dónde la escuchó Reich? Los guardias fueron anulados con una especie de ionizador de púrpura visual. Controlen toda investigación sobre esas cosas. ¿Qué mató a D'Cóurtney? En cuanto a las relaciones de Reich con éste, ¿cuáles son las ventajas que obtendría de su muerte?

—¿Todo eso encomendado a gente torpe? ¡Perderemos el caso!

—No lo creo. Reich es un tipo afortunado. Creerá que nos está desorientando cada vez que burle uno de nuestros señuelos. Dejen que piense eso. Vamos a ser todos unos polizontes disparatados y chasqueados; y mientras Reich engorda con esa dieta...

—Tú te estarás comiendo a Reich —sonrió Dónaldson—. ¿Y en cuanto a la muchacha?

—Es la única excepción. Deseo que se envíe inmediatamente una descripción con fotografía a todos los oficiales de policía del condado. Tenemos que hallar por todos los medios a Bárbara D'Cóurtney.

**E**N la Torre de Sacramento, Ben Reich apartó de su escritorio a todos los fonoinformes, y los puso en manos de sus sobresaltados secretarios.

—Salgan con todo esto de aquí —gruñó—. Durante un tiempo se van a tener que arreglar sin mí.

—Señor Reich, entendemos que usted proyectaba hacerse cargo de los intereses de D'Cóurtney. Si usted...

—Voy a ocuparme de ello ahora mismo. Por eso precisamente no quiero ser molestado.

Los echó a todos y cerró con llave la puerta. Fué al teléfono, marcó BD-12.232, y la imagen de Jeremy Church apareció en la pantalla.

—¿Usted? —murmuró con voz ronca.

—¿Tienes interés aún en la rehabilitación?

—¿A qué viene esa pregunta? —inquirió Church, sobresaltado.

—Haremos un trato, pero necesito mucho en cambio.

—¡Por amor de Dios, Ben! ¡Cualquier cosa! Pídame lo que quiera.

—Servicios limitados. Ya sabes lo que pago. ¿Estás dispuesto?

—¡Enteramente, Ben! ¡Sí!

—Quiero ver a ese ciego maldito: al pelirrojo.

—¿Keno Quízzard? No es de fiar, Ben. Nadie saca nada de él.

—Arregla una entrevista, en el mismo lugar, como en los viejos tiempos, ¿eh, Jerry? Sólo que esta vez tendrá un final feliz.

**P**OWELL se dirigió al Instituto del Gremio de Perexores, donde solicitó al presidente la autorización para usar la red telepática. El viejo Tsung Hsai no tuvo inconveniente, remitiéndolo a Jenny James, su secretaria. Al ver la fotografía que acompañaba a la descripción policial de Bárbara D'Cóurtney, la joven no pudo ocultar su admiración.

—¡Qué hermosa muchacha!

—Necesito que esto sea enviado a la red telepática con carácter urgente. Haga saber que al perexor que la localice le serán condonados por un año los impuestos al Gremio.

—Esto hará brincar a la red.

—Quiero que brinque. Quiero que todos los perexores se pongan en actividad. Si algo deseo para Navidad, Jenny, es esa muchacha.

**E**N el casino de Quízzard, Ben Reich estaba sentado a una mesa, con Quízzard y con Jerry Church. Keno Quízzard, el croupier ciego, era gordo y tenía una barba rojo llameante.

—Ya conoces tu recompensa —le dijo Reich a Church—. Y te prevengo, Jerry: no intentes sondearme: te expones a la aniquilación.

—¿Es para tanto? —murmuró Quízzard—. La aniquilación no me apetece, Reich.

—¿Y a quién?... ¿Qué es lo que más te apetece, Keno?

Quízzard extendió la mano y tomó una pila de soberanos de oro, de un escritorio próximo, deslizándolos entre sus dedos.

—Mira. Esto es lo único que me apetece.

—Dime tú el mejor precio que puedes imaginar, Keno.

—¿Tienes unos cien mil por ahí?

—¿Cien mil?... Convenido. Esa será tu recompensa.

—¡Cien mil! —exclamó Church, dando un respingo.

—Resuélvete, Jerry —dijo Reich—. ¿Quieres el dinero?, ¿o la rehabilitación?

—Casi vale la pena... No, no estoy loco. La rehabilitación.

—Entonces déjate de babear —Reich se volvió hacia Quízzard—. Te conozco, Keno. Tú piensas que puedes hallar lo que yo deseo y luego buscar mejores ofertas. Quiero ahora mismo tu promesa formal. Por eso te he dejado fijar el precio.

—Sí —dijo lentamente Quízzard—. Tenía esa idea, Reich.

—Entonces te diré a quién debes recurrir: a Preston Pówell. No sé cuánto puede pagarte.

—Sea lo que sea, no lo quiero —repuso Keno—. De modo que puedes considerarlo trato hecho.

—Muy bien. Ahora, escucha. Primer trabajo: necesito a una muchacha. Su nombre es Bárbara D'Cóurtney.

—¿La del asesinato? Ya me parecía...

—Escapó anoche de la casa de Beaumont, y nadie sabe dónde está. Necesito a esa muchacha, antes de que la pesque la policía.

Quízzard asintió lentamente.

—Tiene unos veinticinco años; un metro sesenta de estatura; cincuenta y cinco kilos; bonita figura; pelo rubio; ojos negros; boca plena, y una especie de nariz aguilina. Su cara denota mucha personalidad.

—Entendido. ¿Ropas?

—La última vez que la vi llevaba un peinador de seda, blanco y traslúcido. Sin zapatos, medias, sombrero ni joyas. Estaba lo suficientemente concentrada como para lanzarse a la calle y desaparecer. La necesito... La necesito sana y salva.

—¿Una muchacha así, y vestida de ese modo? Sé compasivo, Reich. Ni tú ni ella tienen probabilidades.

—Para eso son mis cien mil. Tengo una muy buena probabilidad si la encuentras pronto.

—Quizás haya que rastrear en el fango para hallarla.

—Hazlo. Revisa todos los lupanares de la ciudad. Quiero a la chica. ¿Entendido?

—Entendido —asintió Quízzard, haciendo resonar aún el oro.

Súbitamente, Reich golpeó la mano regordeta de Quízzard con el dorso de la suya. Los soberanos volaron por el aire.

—Y nada de traiciones —gruñó con voz implacable—. Ni se te ocurra hacer la prueba.

**U**NA semana de ataque y defensa; escaramuzas libradas en la superficie, mientras, en lo más profundo de las aguas revueltas, Pówell y Augustus Teight remolineaban como tiburones silenciosos, aguardando el comienzo de la verdadera batalla.

Un oficial acusó públicamente a María Beaumont de complicidad con el criminal, y de haber proyectado el asesinato, razón por la cual, dijo, estaban jugando a la anguila.

Teight a Reich:

—El policía dijo la verdad. En el Departamento creen que María era su cómplice.

Reich a Teight:

—Muy bien. La arrojaremos a los lobos.

Madame Beaumont, sin protección,



se refugió en la Oficina de Préstamos, fuente de su inmensa renta. Allí la localizó Elsworth Finney, el oficial, y la sometió a un severo interrogatorio en la oficina de perexor supervisor de Créditos, ignorando que en ese momento éste se hallaba charlando con Preston Pówell.

Pówell al Personal:

—La Beaumont sacó el juego de un libro que le envió Reich; comprado probablemente en Winters. Investiguen. ¿Lo solicitó específicamente? Interroguen también a Courtry, el censor. ¿Cómo resultó que él único juego intacto en el libro fuera "La Anguila"? Defac querrá saberlo. ¿Y dónde está esa muchacha?

El oficial Dolin Wraught fué de civil a Winters, y allí pidió libros antiguos de juegos de salón, agregando:

—Como el que mi gran amigo, Ben Reich, pidió hace una semana.

Teight a Reich:

—He estado sondeando. Van a investigar sobre ese libro que le envió usted a María.

Reich a Teight:

—Déjelos. Estoy a cubierto. Tengo que concentrarme en esa muchacha.

El gerente explicó minuciosamente al oficial Wraught todo lo que se re-

fería al libro, sin que ninguno de los dos prestara la menor atención a un cliente que estaba absorto escuchando un sonocrystal. Nadie sabía que Charley Dónaldson era completamente sordo a los timbres musicales.

Pówell al Personal:

—Al parecer, Reich halló el libro por casualidad, mientras buscaba un regalo para la Beaumont. ¿Y dónde está esa muchacha?

Reich a Teight:

—He sondeado algo más. Envían a un hombre a Sacramento, para averiguar qué hay entre usted y ese censor Courtry.

Reich a Teight:

—¿Entre Courtry y yo?... Pówell no puede ser tan tonto, ¿verdad?... Quizá yo lo he sobreestimado hasta

ahora. Alfred Finely tomó un empleo en la Contaduría de Sacramento, y trató

de desenterrar las relaciones de Reich con Courtry. Jamás se le hubiese ocurrido que su propósito había sido sondeado a fondo por el perexor jefe de Personal e informado a la superioridad, que estaba riendo calladamente.

Pówell al Personal:

—¡El idiota buscaba alguna indicación de soborno registrada en los libros de Sacramento! Esto debería disminuir en un cincuenta por ciento la opinión de Reich sobre nosotros, lo que lo hace un cincuenta por ciento más vulnerable. ¿Dónde está esa muchacha?

Teight a Reich:

—La policía está a la caza de Courtry. No sé qué busca Pówell; pero no se relaciona con usted. Creo que el margen de seguridad aumenta paulatinamente.

Reich a Teight:

—No basta que haya encontrado a esa muchacha.

Farcus Courtry había partido sin dejar noticia de su destino. Tras una enconada persecución, Pówell logró por fin localizarlo en Moscú, donde lo entrevistó sobre el asunto que le preocupaba.

Pówell al Personal:

—Todo claro. Reich compró el libro, lo hizo censurar, y lo envió como regalo. El libro estaba en malas condiciones, y el único juego que María pudo elegir fué "La Anguila". Jamás podremos con eso acusar de nada a Reich. ¡Maldito sea! ¿Dónde está esa muchacha?

Cuando Pówell pudo interrogar a Duffy Weigand, estaba en el Baile de los 4.000, escoltada por Sam Jordán, que le proporcionaba protección y consejo. Prefirió hablar.

Pówell al Personal:

—Llamé a Ellery West a Sacramento, y confirma la declaración de la Weigand. West se quejó sobre el juego, y Reich encargó una psicocación para ponerle fin. Ese bloque mental

## ESTE ESPACIO ES SUYO...

... utilícelo para decirnos qué piensa de MAS ALLA. ¿Qué cuento le ha gustado más, y cuál menos? ¿Le gusta el ESPACIOTEST? ¿Ha leído el Editorial? ¿Qué le interesaría ver publicado en los próximos números? ¿Qué defectos encuentra en la revista? Escribanos sus opiniones, y si este espacio no le alcanza agregue una hoja suya.

Escriba a

**más allá**

Av. Alem 884 — Buenos Aires

lo pescó por casualidad. ¿Qué hay del artificio que empleó con los guardianes? ¿Y dónde está esa muchacha?

Teight a Reich:

—Pówell aún está disparatando. Ahora anda tras el artificio usado contra los guardias de D'Cóurtney. Está usted perfectamente seguro. Las ideas de Pówell son desatinadas.

Reich a Teight:

—Buscaré a Quízzard para asegurarme, pero no estaremos a salvo hasta dar con esa muchacha.

En respuesta a severas críticas, el comisionado Crabbe reveló que los Laboratorios Policiales habían descubierto una nueva técnica que permitiría resolver en veinticuatro horas el caso D'Cóurtney. Se refería al análisis fotomagnético de la púrpura visual de los ojos del cadáver, que reproduciría una imagen del asesino. Los investigadores de la rodopsina habían sido requeridos para colaborar con la policía.

Una voz anónima llamó al doctor Wilson Cuartermaine e intentó comprarle por una pequeña suma sus intereses en la herencia de Drake. La voz le pareció muy astuta al doctor Cuartermaine (que jamás había oído hablar de dicha herencia), y solicitó informes a la Escuela de Leyes, donde le dijeron que la herencia de Drake en Callisto, valuada en medio millón, estaba en litigio, y él era un probable legatario. El fisiólogo partió para Callisto una hora más tarde.

Pówell al Personal:

—Eso indica que Cuartermaine podría ser nuestro hombre en el asunto Rodopsina. Es el único fisiólogo visual que desapareció ante el anuncio de Crabbe. Que Dónaldson lo siga a Callisto. ¿Qué hay de la muchacha?

Uno de los jóvenes investigadores de Sacramento, malamente herido en una explosión del laboratorio, dejó aparentemente el hospital, antes de lo fijado, y se presentó en su puesto, completamente vendado pero ansioso

por trabajar. Era sin duda el viejo espíritu de Sacramento.

Teight a Reich:

—Me he dado cuenta de que Pówell no es tonto. Dirige la investigación en dos planos. No preste la menor atención al evidente, sino al subterráneo. He sondeado algo sobre un hospital. Verifíquelo.

Reich lo hizo así. Tres días después, llamó al hombre de la voz anónima. Sacramento fué despojado de 50.000 dólares en platino de laboratorio, y la sala reservada quedó destruída en el proceso. El jor en científico recién vuelto, fué desenmascarado como impostor, acusado de complicidad y entregado a la policía.

Pówell al Personal:

—Lo cual significa que jamás demostraremos que Reich sacó de su propio laboratorio ese artificio para la rodopsina. ¿Cómo pudo él descubrir nuestra treta? ¿No podremos hacer nada en ningún plano? ¿Dónde está la muchacha?

El inspector continental de impuestos, perexor 2, llegó a Sacramento para efectuar la revisión anual de los libros. Entre su personal figuraba una secretaria perexora que preparaba los informes de su jefe. Era experta en trabajos oficiales..., principalmente para la policía.

Teight a Reich:

—Tengo sospechas del personal de ese inspector. No corra riesgos.

Reich sonrió torvamente y entregó los libros de la compañía al inspector. Luego envió a Hássop, su jefe de código, a Ampro, en unas vacaciones prometidas tiempo atrás. Hássop llevó, junto con su habitual equipo fotográfico, un pequeño rollo de película revelada. En ese rollo estaban los libros secretos de Sacramento, en un envase de termita que los destruiría por completo si no era abierto de manera apropiada. La única copia se hallaba en la caja fuerte de Reich.

Pówell al Personal:

—Y con eso se termina casi todo para nosotros. Hássop tiene probablemente pruebas vitales; de modo que Reich lo ha puesto bajo su protección. Hay que perseguirlo estrechamente. ¡Maldito sea! ¡Hemos sido derrotados! Yo lo digo; y también lo dice el Defac; y ustedes. ¿Dónde está esa muchacha?

COMO un cuadro del sistema sanguíneo, coloreado en rojo para las arterias y en azul para las venas, se extendían las dos redes: la telepática y la del mundo subterráneo de la delincuencia. Del cuartel general del Gremio de Perexores, se pasó la voz a instructores y estudiantes, a sus familias, amigos y conocidos. Del casino de Quízzard, corrió de croupiers a tahures, contrabandistas, buscavidas, ladrones y tratantes de blancas.

El viernes por la mañana, Fred Deal, perexor 3, se dirigió a su trabajo de jefe de guardias en el Banco Central de Marte. Se detuvo a comprar un nuevo billete de transporte en el Neumático, y pasó un momento con Bidy MacNaughtn, perexora 3 del Servicio de Información. Bidy le pasó el dato sobre Bárbara D'Cóurtney, y Fred memorizó la imagen del diseño mental que le transmitió la joven. Era una fotografía enmarcada en dólares.

Esa misma mañana, Snim Whitmáker fué despertado por su casera, Chooka Froot, que le reclamaba los alquileres atrasados.

—Ya estás haciendo una buena fortuna con esa rubia chiflada que recogiste —se quejó Snim—. ¿Qué quieres de mí?

Chooka Froot expresó que la rubia no estaba loca, sino que era una medium genuina, y ella una adivina legítima. Y que si él no le pagaba, podría predecir de inmediato su futuro: quedaría, sin más ni más, de patitas en la calle.

Snim se vistió y salió con el propó-

sito de conseguir algún dinero. Se dirigió a la tienda de Jerry Church, es peranzado en que éste le adelantaría otro soberano sobre una armónica de oro y perlas que le había dejado en prenda. Church había salido, y el empleado nada podía hacer por Snim. Este se quejó amargamente de su casera, que se estaba llenando de oro con la nueva muchacha que utilizaba para su superchería de la adivinación del futuro: una rubia, medio chiflada a quien la casera encontró semidesnuda en la calle. Como los lamentos no convencían al empleado, Snim se fué

Cuando Jerry Church volvió a la tienda para darle un breve respiro en la alocada pesquisa que efectuaba por Reich, el empleado lo informó de la visita de Snim y su problema. Lo que el empleado no le dijo, Church lo sondeó en su mente. Se precipitó a fonovisor y llamó a Reich. Este no podía ser localizado; en vista de lo cual Church marcó el número de Quízzard.

Entretanto, Snim empezaba a desesperarse. Anduvo lentamente hasta Maden Lane, y recorrió la zona de los bancos, buscando una donde llevar cabo la treta de la "verificación". Se decidió por el Banco Central de Marte.

Entró en el edificio; atravesó el hall atestado de público, y se dirigió a la fila de escritorios opuestos a las ventanillas de los pagadores, de donde su trajo un fajo de boletas de depósito, una pluma. Cuando salía del banco Fred Deal le echó una ojeada y señaló a su gente.

—Se prepara para hacer una "verificación". Déjenlo. Vamos a pescarlo con las manos en la masa.

Ignorante de esto, Snim se mantuvo al acecho fuera del banco, observando estrechamente las ventanillas. Un ciudadano estaba retirando una gruesa suma de la caja Z. Este era el candidato. Snim se quitó rápidamente chaqueta, se arremangó los puños

(Continúa en la pág. 12)

## Respuestas a las preguntas del Espaciotest

**Respuesta Nº 1:** C. — El estudio científico de los reflejos condicionados se debe a Pavlov, y su iniciación constituyó uno de los grandes avances en el conocimiento objetivo de las leyes fisiológicas y psicológicas, tanto de los animales como del hombre.

**Respuesta Nº 2:** A. — Para volar desde un satélite artificial hasta la luna y volver, se necesitan en total unos 20.000 km./h. entre aceleraciones y frenamientos, mientras que para llegar a una estación espacial, a 1.720 km. de altura, es menester lograr más de 25.000 km. /h. de velocidad.

**Respuesta Nº 3:** D. — Las substancias olorosas poseen la propiedad de desprender moléculas que, al llegar a ciertas células sensibles de los órganos del olfato, producen la sensación conocida por todos.

**Respuesta Nº 4:** C. — El índice cefálico se obtiene como cociente de la mayor anchura sobre la mayor largura del cráneo. Cuando dicho cociente tiene un valor superior o igual a 80, se dice que el cráneo es braquicéfalo.

**Respuesta Nº 5:** A. — La carne de gallina (100 g.) tarda alrededor de tres horas y media en ser digerida en el estómago. La de vaca media hora menos, y los huevos no pasan de las dos horas y media de digestión.

**Respuesta Nº 6:** A. — Ninguna de las estrellas pertenecientes a la constelación de la Osa Menor es visible desde Buenos Aires.

**Respuesta Nº 7:** C. — Los puntos de dichas curvas representan combinaciones diferentes de bienes, todas las cuales son iguales desde el punto de vista del consumidor.

## Respuesta a COSAS DE AYER:

(Véase reverso de la contratapa.)

*En 1882 se efectuó una conferencia de prensa bajo el Canal de la Mancha, cuando ya habían sido completados dos kilómetros de un túnel destinado a unir Inglaterra con Francia. En ese año, sin embargo, los trabajos se suspendieron por razones de seguridad, y desde entonces no han sido reiniciados jamás. Trece años antes, el ingeniero Lecomme presentó a Napoleón III los planos de un ferrocarril submarino que lo único que logró fué un lugar en el archivo nacional.*

(Continuación de la pág. 121)

la camisa y se puso la pluma en la oreja. Cuando el hombre salía del banco, contando su dinero, Snim se deslizó tras él y le tocó el hombro.

—Perdón, señor —dijo vivamente—. Soy de la caja Z. Creo que nuestro cajero le pagó de menos, por error.

Agitó ante los ojos del individuo el fajo de boletas; le quitó el dinero de las manos, y se volvió para entrar en el banco. Cuando el sorprendido ciudadano lo siguió, Snim se escurrió entre la multitud, para dirigirse hacia la salida lateral. Antes de que el otro se diera cuenta de que había sido burlado, él ya estaría lejos.

En este momento, una mano brutal apresó a Snim por el cuello, haciéndolo girar sobre sí mismo. Snim se halló frente a un guardia del banco. En un caótico instante, pensó en luchar, huir, sobornar, rogar, en la perra de Chooka Frood y en su número de adivinación con la rubiecita chiflada. Luego se desplomó y se echó a llorar.

El guardia lo arrojó a otro uniformado y gritó:

—¡Ocupense de éste! ¡Acabo de ganar un premio!

—¿Es que hay alguna recompensa por este tipejo?

—Por él no, sino por lo que tiene en su cabeza. Tengo que llamar al Gremio.

Aquel viernes por la tarde, casi en el mismo momento, Ben Reich y Preston Pówell recibieron idéntica información:

“Una muchacha que responde a la descripción de Bárbara D’Courtney puede ser hallada en casa de la adivina Chooka Frood, 99 Bastion West Side”.

LOS pisos altos de la Casa del Arco Iris, de Chooka Frood, ruinoso recuerdo de la guerra final, habían sido restaurados y subdivididos en una especie de conejera, de celdas tan complicadas y confusas, que un hombre

perseguido podía deslizarse de una a otra y evadir fácilmente el más cuidadoso cordón policial. Esta desusada complejidad producía todos los años grandes provechos a Chooka.

Los pisos más bajos estaban destinados al famoso Rincón Amable de Chooka, donde el vicio era presentado en todas sus facetas. Pero el sótano de la casa era el fenómeno que le había inspirado su industria más lucrativa. Al llegar a la puerta, uno era recibido por un solemne personaje que inquiría: “¿Placer o Fortuna?” Uno contestaba: “Fortuna”, y era conducido hasta una puerta sepulcral, donde pagaba una suma gigantesca, y se le entregaba un cirio de fósforos. Sosteniéndolo en lo alto, había que descender una empinada escalera de piedra. En el sótano, sentados en bancos de piedra adosados a las paredes, estaban los demás iniciados, cada uno sosteniendo su cirio. Todos permanecían en el más profundo silencio, hasta que se oía el agudo repiqueteo de una campanilla de plata; y envuelta en una capa llamante, Chooka Frood entraba en el sótano y se ubicaba en el centro de la habitación.

“Y aquí, por supuesto, la ilusión termina”, se dijo Pówell, mirando la nariz de tomate y los ojos inexpressivos de Chooka. Esta, muy semejante a una Medusa desaliñada, alzó los brazos en lo que quería ser un arrebatador gesto místico.

—He venido aquí hasta vosotros —salmodió con voz ronca—, para ayudarlos a mirar en lo más hondo de vuestros corazones. A ti, que quieres vengarte de un hombre llamado Zellan, de Marte...; a ti, que amas a una mujer de Calletto...

—¡Diablos! ¡Esta mujer es perexoral! Chooka se quedó rígida, con la boca abierta.

—¿Me estás captando, verdad, Chooka Frood?

La respuesta llegó en aterrados frag-

mentos. Era evidente que la habilidad natural de Chooqa jamás había sido adiestrada.

—¿Qué? ¿Quién es... usted?

—Nombre: Preston Pówell. Ocupación: prefecto de policía. Propósito: interrogar a una muchacha llamada Bárbara D'Courtney. He sabido que participa en su número —Pówell transmitió una imagen de la muchacha.

—¡Fuera!... ¡Salga de aquí!

—¿Dónde está la muchacha?

—No hay tal muchacha.

—Sondee a los clientes conmigo.

*Ese viejo chivo obsesionado con la mujer —Pówell exploró suavemente—. Ha estado antes aquí. Está esperando a que venga Bárbara D'Courtney. Usted la trae dentro de media hora. A él le gusta. Ella entra en una especie de trance. Tiene el vestido abierto hasta el muslo...*

—Está loco. Yo jamás...

—¿Y la mujer engañada por un tal Zerlan? Ha visto a menudo a la muchacha. Cree en ella. ¿Dónde está, Chooka?

—¡No...!

—Ya veo. Arriba. ¿Dónde es? Cuarta habitación a la izquierda del ángulo... Es complicado el laberinto que tiene usted aquí. Veamos otra vez, para asegurarnos...

Impotente y mortificada, Chooka gritó súbitamente:

—¡Fuera de aquí, piojoso polizonte!

—Le ruego que me disculpe —dijo Pówell—. Debo irme.

Se levantó y salió rápidamente de la habitación.

**T**ODA esa investigación ocurrió en el segundo que Reich demoró en descender del escalón dieciocho al diecinueve, para dirigirse al sótano de Chooka Frood. Al oír el furioso chillido de ésta y la respuesta de Pówell, se volvió y subió corriendo al piso principal. Tras recorrer una galería, encontró el fonovisor y marcó

BD-12.232. El rostro ansioso de Church apareció en la pantalla.

—¡Dios mío!

—¿Dónde demonios ha ido Quízzard?

—Creí que estaría allí. Salió con su mujer y...

—Pówell sondeó a Chooka y debe de haber localizado a la muchacha. Quizá me queden cinco minutos para ganarle de mano. Pero Quízzard tenía que haberlo hecho por mí.

—Debe de estar arriba, en el último piso.

—¿Hay alguna manera rápida de llegar allí antes que Pówell?

—Detrás de la escalera principal hay un bajorrelieve de mármol. Gire la cabeza de la mujer hacia la derecha. Los cuerpos se separan, y queda al descubierto la puerta de un neumático vertical.

Reich cortó la comunicación y corrió a hacer lo indicado. Al separarse los cuerpos de mármol, apareció una puerta de acero, que se abrió para darle paso a la caja del neumático. Entró en ella, e instantáneamente se sintió elevado, con un siseo de aire comprimido, hasta el último piso. Salió del tubo para encontrarse en un corredor que se abría hacia la izquierda, iluminado a intervalos por pequeños focos parpadeantes de radón, y flanqueado por una serie de puertas, ninguna de las cuales estaba numerada.

—¡Quízzard! —gritó Reich; pero no hubo respuesta.

Echó a correr por el pasillo, y luego abrió una de las puertas, al azar. Correspondía a un pequeño cubículo, ocupado enteramente por un lecho oval. Atravesó por sobre el colchón de espuma de goma, hasta otra puerta del lado opuesto, y al abrirla violentamente, de par en par, se encontró ante el furioso semblante de Chooka Frood.

—¿Qué demonios hace usted en mi habitación? —gritó la mujer.

—¿Dónde está la muchacha? —rugió Reich en respuesta.

—Salga de aquí, Ben Reich.

—Bárbara D'Courtney... ¿dónde está?

—¡Magda! —llamó Chooka, volviendo la cabeza.

Una mujer de ojos enrojecidos entró en la habitación, con un psicorretractor en la mano. La mujer tenía cara de imbécil, pero apuntaba con el arma al cráneo de Reich.

—Quiero a la muchacha, Chooka, antes de que Pówell la encuentre.

—¡Echalo de aquí, Magda!

Con el dorso de la mano, Reich golpeó a la mujer en el rostro, haciéndola caer hacia atrás y soltar el arma. Tomó entonces el psicorretractor, y lo dirigió a la cabeza de Chooka.

—¿Dónde está la muchacha?

—¡Váyase al infierno!

Reich oprimió el disparador hasta la primera muesca. La radiación cargó el sistema nervioso de Chooka con una baja corriente de inducción. Chooka se puso rígida y empezó a temblar, pero continuó negando con la cabeza. Reich corrió el disparador hasta la segunda señal, y el cuerpo de Chooka fue estremecido por dislocantes escalofríos.

—La tercera es la de la muerte —gruñó Reich—. ¿Dónde está?

Casi completamente paralizada, Chooka graznó:

—Cuarta habitación..., a la izquierda... del recodo...

Reich la dejó caer junto a la otra mujer. Salió del dormitorio a una rampa en espiral; trepó por ella; volvió un brusco recodo; se detuvo ante la cuarta habitación; abrió la puerta, y entró. Había allí un lecho vacío, un tocador, un placard y una silla.

—¡Burlado! —rugió. La cama no mostraba señales de uso.

Tiró violentamente de un cajón del tocador, abierto en parte. Contenía un peineador de seda blanca, y un objeto

de metal manchado, semejante a una flor maligna. Era el arma criminal.

—¡Dios mío! —murmuró. Tomó el revólver y lo examinó. Sus cámaras aún contenían las cápsulas sin plomos. La que había hecho saltar la base del cráneo a Caye D'Courtney, estaba en su lugar, bajo el gatillo.

—No es la aniquilación, aún —murmuró—. Falta mucho todavía.

Plegó el arma y la guardó en el bolsillo. En ese momento oyó una distante risa cascada: la risa de Quízzard. Salió rápidamente a la rampa y siguió el sonido de la risa hasta una puerta de felpa. Empuñando el psicorretractor, con el disparador en la posición mortal, Reich empujó la puerta.

Estaba en una pequeña habitación circular, tapizada de terciopelo oscuro. El suelo era de un cristal que permitía la visión hacia un solo lado, dejando ver claramente un *boudoir* en el piso de abajo. Era el "Mirador" de Chooka.

En el *boudoir* estaba Quízzard, sentado en un sillón, con sus ciegos ojos llameantes. Sobre las rodillas tenía a la joven D'Courtney, que, plácida y serena, fijaba en la nada su mirada vacía.

—¿Cómo está? —preguntó Quízzard a una mujercilla marchita, apoyada contra la pared opuesta, con una increíble expresión de agonía en el rostro. Era su esposa.

—Insensible —repuso ésta con voz débil—. Muerta.

Quízzard besó la boca pasiva de la muchacha.

—Ahora no parece muerta, ¿no es cierto?

—Ella no sabe lo que le está pasando.

—¡Sí! —gritó el ciego—. ¡Ah, si siquiera tuviese yo mis ojos!

—Yo soy tus ojos, Keno.

—Entonces mira por mí. ¡Dimel!

Con una maldición, Reich apuntó el psicorretractor a la cabeza de Quízzard.



de escuchar. Luego extendió las piernas y saltó al suelo. Corrió un trecho en línea recta, se detuvo bruscamente y extendió la mano, como cogiendo la perilla de una puerta imaginaria, que abrió de par en par para lanzarse al frente, ondeante el pelo rubio, los ojos enormes y alargados... un destello relampagueante de salvaje belleza.

—¡Padre! —gritó.

Corrió hacia adelante, se detuvo de pronto y retrocedió. Se precipitó hacia la izquierda, para detenerse nuevamente y forcejear contra unos brazos imaginarios que la retenían. Luchó y gritó, con los ojos fijos aún; luego se puso rígida; se apretó los oídos con las manos, como si un violento sonido se los hubiese taladrado; cayó de rodillas, y agarró con fuerza algo del suelo, quedándose inmóvil, acurrucada.

Reich comprendió que Bárbara acababa de revivir la muerte de su padre. Y si Pówell había logrado sondear en su mente...

El perexor se acercó a la muchacha la alzó del suelo y, pasándole el brazo por la cintura, la condujo hacia la puerta. Reich lo siguió con el caño del psicorreactor, aguardando el mejor ángulo de tiro. Éstaba invisible. Podía obtener la seguridad con un disparo. Súbitamente, Pówell alzó la vista.

—¡Adelante! —gritó—. Un disparo para los dos. ¡Adelante! —y miró con odio hacia el invisible Reich, aguardando, desafiante.

Reich apartó el rostro del hombre que no podía verlo. Pówell condujo a la muchacha afuera y cerró tranquilamente la puerta tras de sí. Reich comprendió que había permitido que la seguridad se le deslizara de entre los dedos.

## XI

**SUPONGASE** una cámara fotográfica con la lente deformada de tal suerte que sólo puede reproducir

una y otra vez la escena del golpe que la ha alterado. Imagínese un trozo de fonocristal, traumáticamente alabeado, de modo que sólo puede registrar la misma frase aterradora.

—Se halla en estado de recordación histórica —explicó el doctor Johnny Jeems, del Hospital Kingston, a Mary Noyes y a Pówell, en el living de la casa de éste—. Responde a la palabra clave "ayuda", y revive una experiencia...

—La muerte de su padre —señaló Pówell.

—¿Eh?... Claro. Aparte de esa catatonía...

—¿Y podrá sondearla? —inquirió Pówell.

—No hay razón por la que no pueda hacerlo. La *serie de Déjà Eprouvé* para catatonía, que le he dado, no interfiere en absoluto. Por medio de eso, el paciente entra en catatonía, que es una especie de fuga de la realidad. La mente consciente desea no haber nacido jamás. Intenta retroceder al estado fetal. *Déjà Eprouvé* significa, en francés, "algo ya experimentado, ya probado". Muchos pacientes, sobre la base de ese deseo, tienen la impresión de que han pasado por una experiencia jamás sufrida. Entonces sintetizamos este *Déjà Eprouvé* para ellos. Enviamos la mente consciente de vuelta al seno materno y dejamos que aparente volver a nacer, cumpliendo así el deseo catatónico. De manera, pues, que el paciente atraviesa, en la parte consciente, por todo el período del desarrollo: infancia, niñez, adolescencia y finalmente madurez, a un ritmo acelerado.

—¿Quiere usted decir que Bárbara D'Courtney volverá a ser niña, a aprender a caminar, a hablar...?

—Exacto. El proceso demora alrededor de tres semanas. Para cuando ella se alcance a sí misma, estará dispuesta a aceptar la realidad de la que trata de huir. Habrá crecido, por así decir. Esto es sólo en el nivel consciente, por debajo del cual no será tocada. Puede usted sondearla todo lo que quiera. El único inconveniente es que debe de estar bastante asustada en ese plano, y le costará a usted obtener lo que desea.

Cuando el doctor Jeems se hubo marchado, Pówell le pidió a Mary Noyes que trajera a Bárbara. Conducida por aquélla, la joven se sentó en un diván, como una serena estatua, su pelo rubio atado con una cinta.

—*Exterior adorable; interior mutilado. ¡Maldito Reich!*

—¿Qué pasa con Reich?

—*Me sentí tan rabioso en casa de Chooka, que sólo me ocupé de ese canalla de Quízzard y su mujer. Les dirigí un neurochoque básico. Es como el psicorreactor, pero psicogénico. A Reich sólo pude sondearlo a través del techo, por reflejo del DM. El Mirador tenía los conductos acústicos abiertos. Reich estaba transmitiendo por ellos, y deseos tuve de que se atreviera a disparar; pues yo iba a lanzarle un básico que habría hecho historia en todo el mundo.*

—¿Por qué no disparó Reich?

—*Tenía todas las razones posibles para matarnos; se consideraba seguro, y no podía saber lo del básico, a pesar de que lo sobresaltó la caída de Quízzard.*

## Vendas plásticas

UNOS médicos ingleses preconizan la adopción de un nuevo vendaje de material plástico, que se aplica en forma líquida sobre la herida, secándose al cabo de dos o tres minutos y formando una película transparente, lo cual permite seguir la evolución de la herida sin necesidad de retirar el vendaje.

zard. Pero no pudo.

—¿Temor?

—Reich no es cobarde. Simplemente no pudo. Inhibición inconsciente de alguna clase; pero no sé por qué. Quizá la próxima vez sea diferente. Por eso prefiero que Bárbara D'Cóurtney se quede en mi casa. Aquí estará segura.

—También lo estará en el Hospital de Kingston.

—Pero no lo suficientemente tranquila para lo que quiero.

—¿...?

—Esta muchacha encierra en su histerismo una imagen del crimen. Cuando yo la capte, tendré a Reich.

Mary Noyes se levantó.

—Sale Mary Noyes.

—Siéntate, perexora. ¿Por qué crees que te llamé?

—¿De modo que es eso? Me necesitan como institutriz. Eres muy anti-cuado, Pres. Protector de niñas desamparadas. Pero hay algo, además...

Mary palideció.

—¿Qué estás escarbando?

—Olvidalo, Pres. Y no me sondees. Si no has podido advertirlo tú mismo, mejor será que no lo averigües indirectamente, sobre todo si es por mi intermedio.

El la miró curiosamente por un momento.

—Muy bien, Mary. Entonces será mejor que nos pongamos a trabajar. A Bárbara D'Cóurtney le dijo:

—Ayuda, Bárbara.

Al instante, ésta se irguió en el diván, en actitud de escuchar, y Pówell escudriñó delicadamente... Sensación de sábanas... Voz llamando tenuemente...

—¿La voz de quién, Bárbara?

Desde lo más profundo del subconsciente, ella contestó:

—¿Quiénes?

—Un amigo, Bárbara.

—No hay nadie. Nadie. Estoy sola. Y lo estaba, corriendo por un pa-

sillo para abrir violentamente una puerta y precipitarse en una habitación orquídea para ver...

—¿Qué, Bárbara?

—Un hombre. Dos hombres.

—¿Quiénes?

—Váyase. Por favor, váyase. No me gustan los voces. Hay una voz gritando en mis oídos...

Ella estaba gritando, mientras el terror la hacía esquivar a una tenue figura que la agarraba para apartarla de su padre.

—¿Qué está haciendo su padre?

—No, usted no es de aquí. Sólo estamos los tres. Mi padre, yo, y...

Un destello del rostro.

—Vuelva a mirar, Bárbara. Ojos grandes. Nariz pequeña y afilada. Boca delgada y sensitiva; como una cicatriz. ¿Es ése el hombre? Mire la imagen. ¿Es ése?

—Sí. Sí.

Y luego todo se esfumó.

La joven estaba arrodillada, plácida, como una muñeca.

Pówell se enjugó el sudor del rostro, y la llevó de vuelta al diván. En ella, el histerismo amortiguaba el impacto emocional. El, en cambio, revivía su terror desnudo y sin protección.

—Fue Ben Reich, Mary. El único problema es, ahora, averiguar qué demonios usó para matar a D'Cóurtney. Y por qué el viejo no hizo nada por defenderse. Tendré que probar de nuevo. Me duele hacerle esto a ella, pero... es necesario —Respiró hondamente, y dijo:— Ayuda, Bárbara.

Nuevamente, la joven se irguió expectante en el diván.

...—No tan rápido. Hay tiempo.

—¿Otra vez usted?

—¿Me recuerdas, Bárbara?

—No. No lo conozco. Váyase.

—Pero yo soy parte de ti misma.

Estamos corriendo juntos por el pasillo. ¿Ves? Abrimos juntos la puerta. Es más fácil así. Nos ayudamos el uno al otro.

—¿El uno al otro?

—Sí, Bárbara, tú y yo. Cuando estás sola y hablas contigo misma, es conmigo con quien hablas. Ese soy yo.

—¡Mire a mi padre! ¡Por piedad, ayúdeme!

Volvió a caer de rodillas, plácida, como una muñeca.

Pówell sintió una mano bajo su brazo. El cuerpo desapareció de delante de él, lo mismo que la habitación orquídea, mientras Mary Noyes se esforzaba por levantarlo. Luego alzó a la muchacha y la condujo al diván.

—¿Qué has sondeado? —inquirió, volviéndose a Pówell.

—D'Cóurtney deseaba ser asesinado.

—¿Cómo es posible!...

—Ni más ni menos. Tengo que ver al médico del viejo, antes de seguir adelante.

**P**OWELL le expuso el problema a Hawkins. Definitivamente, Reich había asesinado a D'Cóurtney. El no sabía cómo ni por qué; pero un punto era evidente y enmarañado, y era necesario aclararlo para el Defac. Reich había introducido el arma asesina en la boca de D'Cóurtney, y con el disparo le hizo saltar el occipucio. Esto era virtualmente imposible si tuvo que forcejear con la hija por una parte y con la víctima por otra... A menos que la víctima no hubiese tratado de defenderse.

—Comprendo. La respuesta es sí. Probablemente se sentía feliz de morir. Estaba retrogradando bajo un violento agotamiento emocional, y se hallaba al borde del suicidio. Volvió de Marte sólo porque yo le armé tal alboroto que le resultó más fácil ceder. El regalo de Reich debe de haberle llegado como una sorpresa de bienvenida.

—¿Por qué tenía D'Cóurtney intención de suicidarse?

—Si yo lo supiera, no habría ocurrido nada. Reich convirtió mi caso en un fracaso. Yo hubiese podido salvar

a D'Cóurtney.

—¿Tiene usted alguna idea de la causa por la que el diseño mental de D'Cóurtney se estaba desmoronando?

—Sí. Se hallaba a punto de tomar una actitud drástica para eludir una intensa sensación de culpabilidad, que no podía dominar...

—¿Culpabilidad acerca de qué?

—Su hija.

—¿Bárbara? ¿Cómo? ¿Por qué?

—No lo sé. Estaba combatiendo símbolos de abandono, deserción, vergüenza, aversión, cobardía. Ibamos a trabajar sobre esa base. Eso es todo lo que sé.

—¿Podía Reich haberse imaginado todo esto y contado con ello? Es algo sobre lo que el Defac va a insistir.

—Pudo suponerlo... imposible. Habría necesitado de la ayuda de un experto para...

—Atienda a eso, Sam. Hay algo oculto debajo. Me gustaría captarlo, si es posible.

—Adelante. Estoy completamente dispuesto.

—Espacio ahora... Asociación con una fiesta... Reunión... Charla en la reunión que ofrecí en casa, el mes pasado. Gus Teight, experto también, pero necesitando ayuda sobre el caso similar de uno de sus pacientes, según dijo. Si Teight necesitaba ayuda, usted supuso que Reich la necesitaría también. Y bien, ¿qué le parece eso?

—¿Qué?

Gus Teight estaba en la fiesta de María Beaumont, la noche en que fue muerto D'Cóurtney. Fue con Reich; pero yo sigo deseando y esperando...

—Pres, ¿no puedo creerlo!

—Tampoco yo; pero así es. Gus era el experto de Reich. Gus le sonsacó el dato a usted y lo transmitió a un asesino. ¿De qué vale ahora la promesa de Lorry Gart?

—¿De qué vale la aniquilación? —repuso ferozmente Hawkins

Desde otro lugar de la casa llegó

un anuncio de Sally Hawkins.

—Pres, fono.

Pówell corrió hacia el fonovisor del hall, en cuya pantalla lo aguardaba el rostro de Dónaldson.

—¿Qué hay de nuevo, Chas?

—El doctor Wilson Quartermaine, investigador de la rodopsina, ha vuelto de Callisto, convertido en propietario por cortesía de Ben Reich. Vine con él. Estará seis horas en la ciudad para arreglar sus asuntos, y luego regresará a Callisto, para instalarse definitivamente en su nueva finca.

—¡Maldito fonovisor! ¿Quién puede captar una imagen con palabras? ¿Está Wilson dispuesto a hablar?

—¿Te llamaría yo en tal caso? Se siente muy agradecido a Reich, que (según sus palabras) se apartó generosamente del terreno legal, en favor de él y la justicia. Si quieres algo, trae tu sesera por aquí.

ANTES de marcharse, el doctor Quartermaine fué invitado a efectuar una visita al Laboratorio de investigaciones del Gremio de Perexores, en el curso de la cual evacuó varias consultas sobre el tema de su especialidad. Al principio expresó a Pówell su recelo de ser sondeado, pero el prefecto lo tranquilizó, y la reunión se desarrolló en un elevado plano de razonamiento científico. Durante el lunch que fué servido, Quartermaine confesó que detestaba la idea de ser rico en Callisto, donde no había investigadores. También confesó a Pówell cómo había heredado su finca. El viejo Reich (padre de Reich) debía de habérsela quitado dolosamente a Craye D'Cóurtney, primer propietario, poniéndola a nombre de su esposa. Cuando ésta murió la heredó el hijo, que, acosado sin duda por escrúpulos de conciencia, la puso en litigio abierto, y de algún modo él resultó uno de los beneficiados.

—Y debe de tener mucho más sobre su conciencia —agregó Quartermaine—.

¡Las cosas que vi cuando trabajaba para él! Pero todos estos financistas son unos pillos, ¿no le parece?

—No estoy de acuerdo en cuanto a Ben Reich —repuso Pówell, tocando la nota doble—. Lo admiro muchísimo.

—Desde luego —se apresuró a admitir Quartermaine—. Después de todo, tiene conciencia.

Se acercaba ya la hora de su partida cuando el doctor Quartermaine, feliz en aquel ambiente de profundos investigadores que atendían con respetuosa atención sus explicaciones, anunció que contribuiría de buen grado al desarrollo científico del Gremio, revelando su trabajo más secreto sobre la púrpura retinal o rodopsina, transmitiendo de ese modo la antorcha a las generaciones venideras. Con los ojos húmedos y la garganta apretada por la emoción, se pasó los últimos veinte minutos describiendo minuciosamente el ionizador de rodopsina que había perfeccionado para Sacramento.

Los investigadores del Gremio lo acompañaron luego hasta la astronave y llenaron sus oídos con testimonios de agradecimiento, dejándolo marchar con la grata convicción de que había beneficiado materialmente a la ciencia sin traicionar en momento alguno a ese patrón magnífico y generoso que era Benjamín Reich.

AL día siguiente, Pówell volvió a sondear a Bárbara, que se paseaba gateando por el living. Ante la inutilidad de sus esfuerzos en el plano consciente, pasó al preconsciente.

—Hola, Bárbara.

—¿Otra vez usted?

—¿Me recuerdas? Soy el que hurga en tu pequeño tumulto íntimo. Lo estamos combatiendo juntos.

—¿Sólo nosotros dos?

—Nosotros dos. ¿Sabes quién eres? ¿Te gustaría saber por qué estás se-pultada aquí, en esta solitaria existencia?

—Dígamelo.

—Tú naciste. Tenías padre y madre. Creciste hasta llegar a ser una muchacha encantadora, de pelo rubio, ojos negros y grácil figura. Viajaste de Marte a la Tierra, con tu padre, y estuvisteis...

—No. No hay nadie más que usted.

—Lo siento, realmente; pero debemos atravesar de nuevo la agonía. Es necesario.

—No sé lo que quiere decir; pero, por favor... ¡por favor! Sólo nosotros dos, juntos en la oscuridad.

—Tu padre estaba en la habitación orquídea, y de pronto oímos algo —Pówell respiró profundamente y gritó—: ¡Ayuda!

Sensación de sábanas. El piso frío bajo los pies que corren, y el pasillo interminable, hasta que al cabo se precipitaron por la puerta y gritaron y esquivaron la mano violenta de Ben Reich, mientras alzaba algo hasta la boca de papá. ¿Alzaba qué? Retiene la imagen, fotografíala. ¡Cristo! Esa horrible expresión ahogada. La figura querida desplomándose increíblemente. Los dos gimieron y se arrastraron por el piso para arrancar una perversa flor de acero cerúleo...

Pówell se sintió incorporado por Mary Noyes, que transmitía una vibrante indignación.

—¿No puedo dejarte solo ni un minuto?

—¿Qué hora es, Mary?

—Las 9 y 40. Cuando entré, los encontré a los dos arrodillados allí.

—Ya sé; pero obtuve lo que buscaba. Fué con un revólver, Mary. Una anti-guerra arma explosiva. Echa una mirada a la imagen.

—¿De dónde la sacó? ¿De un museo?

—No lo creo. Voy a matar dos pájaros de un tiro.

Fué hasta el fonovisor y discó BD-12.232. El rostro de Jérémy Church apareció en la pantalla.

—Hola, Jerry.

—Hola, Pówell —contestó Jerry, cauteloso y precavido.

—¿Te compró Gus Teight un revólver, Church?

—¿Revólver?

—Arma explosiva del Siglo XX. Fué empleada en el asesinato de D'Cóurtney. Creo que Gus Teight es el criminal. Me gustaría llevarte la imagen del arma y verificar si él te la compró... —Pówell vaciló un instante—. Sería una gran ayuda, Jerry, que yo apreciaría en extremo. Aguárdame. Estaré allí en media hora.

Pówell se volvió hacia Mary, guiñando un ojo.

—Esto dará a nuestro pequeño Teight tiempo para ponerse en actividad.

—¿Por qué Gus? Yo pensé que Ben Reich era... —Mary captó la imagen bosquejada por Pówell en casa de Hawkins—. Comprendo. Church le vendió el arma a Reich. De modo que ahora vas a enfrentarlos al uno con el otro.

—Y a ambos contra Reich. Hemos fracasado en el plano objetivo. De ahora en adelante, serán ardides de perexores.

—¿Y si se ponen de acuerdo con Reich?

—No pueden. Ya empezamos a hacer correr a Keno Quízzard, y Reich va tras él para interceptarlo y tapparle la boca.

## XII

EN la oscuridad de la tienda de empeños, los tres que estaban hablando, entran y salen del círculo luminoso irradiado por una única lámpara colocada sobre el mostrador.

—Ustedes pueden considerar insultante que les dirija la palabra. Para mí, es evidencia de buena fe. Mientras hablo, no sondeo el D T.

—Tienes fama de emplear subterfugios, Pówell —repuso Teigh.

—Pero no ahora. Lo que quiero de ustedes dos, lo quiero objetivamente.

El sondeo mental de nada me servirá.

—¿Qué quieres, Pówell? —lo interrumpió Church.

—Ya sé que no le vendiste el arma a Gus, sino a Ben Reich.

—¿Por qué afirmaste que yo la había comprado? —inquirió Teigh.

—Para que vinieras aquí. Quería charlar contigo —Pówell se volvió hacia Church—. Reich vino aquí por el arma, Jerry. Vosotros hicisteis negocios juntos. No he olvidado la estafa...

—¡Maldito seas! —gritó Church.

—Por eso te expulsamos del Gremio. Reich y tú os repartisteis cerca de medio millón. Recuerdo que ofreciste tu parte a cambio de la rehabilitación...

—¡Y tú rechazaste el ofrecimiento!

—Todo lo que pido ahora es el arma —dijo Pówell con calma.

—¿Qué pagas a cambio de ella?

—Tendrás que confiar en mi rectitud; pero no hago promesas.

—Ya tengo una promesa —murmuró Church.

—Tendrás que resolverte: confiar en mí o en Ben Reich.

—Yo no vendí ninguna arma —repuso Church tras una pausa—, ni sé cuándo ni cómo pudo ser usada. Esa es mi declaración.

—Gracias, Jerry —sonrió Pówell, y se volvió a Teigh—. Sólo quiero hacer una pregunta técnica. Pasando por alto el hecho de que eres testigo de Ben Reich...

—Un momento, Pówell...

—Continúa en el plano acústico, Gus, y no te asustes. Todo lo que quiero saber es cómo fracasaron en ti las estipulaciones del Gremio. Eres un analista profesional, y podrías localizar la grieta en nuestro proceso, antes de que te separemos.

—¿Separarme? ¿Por qué? —la apacible certeza que Teigh encontró en la mente de Pówell, la natural aceptación de su ruina como un hecho consumado, lo sobresaltó.

—Sería mejor que empezaras a buscar otro trabajo. Pero, mientras eres aún miembro del Gremio, desearía que prestaras cierta atención a tu propio caso. ¿Cómo fracasamos contigo? ¿En qué plano? Estimaría tu informe antes de que estés muerto.

—¿Qué quieres decir con eso de muerto?

—Desterrado. Expulsado. Mira a Jerry. Es tu imagen después de la próxima reunión del concejo.

—Nunca demostrarás nada. Nunca.

—Pedazo de tonto. ¿Nunca has estado en un juicio del Gremio? No es la justicia ordinaria la que contempla tu caso, sino el tribunal de perexores I. Te digo que estás muerto.

—¡Aguarda, Pówell! —el rostro de maniquí se retorció de terror—. El Gremio toma en cuenta la confesión. Cuando uno se ve mezclado con un maldito psicótico como Reich, se iden-



Se vende también en librerías **70** cts.

Se vende también en librerías **70** cts.

tifica enteramente con él. Vino a ver con una pesadilla sobre un hombre sin rostro. El...

—¿Era un paciente?

—Sí. Así fue como me atrapó. Pero ya me he liberado. Informa al Gremio que estoy dispuesto a todo. Church es testigo...

—¡Yo no soy testigo de nada! —gritó éste—. ¡Cochino delator! Después de que Reich prometió...

—Cállate. Fuiste lo suficientemente loco como para confiar en él. Lo arruinaré a él primero. Me presentaré como testigo y haré todo lo que pueda para ayudar a Pówell.

—¡Nada de eso! —estalló Pówell—. Aún estás en el Gremio. ¿Desde cuándo un perexor delata a un paciente?

—Es el testimonio que necesitas para pescar a Reich, ¿verdad?

—Por cierto, pero no a este precio. No voy a permitir que ningún perexor deshonre a todo el resto.

—¡Pero yo he sido testigo! —gritó Teigh—. Me estás dejando de lado. ¿Es moral eso?

—¡Míralo! —exclamó Pówell, riendo—. Está implorando la demolición. No, Gus. Cuando tengamos a Reich, te tendremos a ti. Pero no puedo pescarlo a él por tu intermedio. No olvides ese informe.

Se dirigió en la oscuridad hacia la puerta. Había representado toda la escena sólo para este instante, pero no había intención en ese movimiento.

—Un momento —lo llamó súbitamente Church.

Pówell se detuvo al abrir la puerta.

—No sé... —dijo Church tras una pausa—. No puedo decidirme entre tú, y Reich, y el arma. Dios sabe que eres un falso predicador; pero quizá sea más inteligente confiar en ti.

—Ya te he dicho que no puedo hacer ninguna promesa.

—Quizá toda la dificultad conmigo consista en que siempre he confiado en promesas en lugar de...

En ese momento, Pówell giró sobre sí mismo y cerró de un golpe la puerta.

—¡Salten al mostrador! ¡Rápido! —se elevó de un brinco.

Un horrible temblor estremeció la tienda sacudiéndola en violentas vibraciones.

—Cuélguese del soporte de la lámpara del techo. ¡Es un vibrador armónico! —Pówell apagó de un puntapié el globo luminoso del mostrador. Church dió un salto en la oscuridad. Pówell aferró el brazo trémulo de Teigh—. ¿No alcanzas, Gus? Yo te alzaré.

Lanzó a Teigh hacia arriba y lo siguió, aferrándose a los brazos de la araña de acero. Los tres se mecieron en el aire, protegidos así contra las vibraciones asesinas que envolvían la tienda: vibraciones que destrozaban toda substancia en contacto con el suelo. Teigh gimió.

—Aguanta, Gus. Es uno de los asesinos de Quízzard. Ya me han errado otras veces. Son muy descuidados.

La destrucción total se irguió en el subconsciente del pequeño perexor. Pówell sabía que ésta era su oportunidad decisiva. Las manos de Teigh se aflojaron, y cayó al suelo. Un instante más tarde las vibraciones cesaron, pero en esa fracción de segundo Pówell oyó el crujir de la carne. Church también lo oyó y abrió la boca para gritar.

—¡Calla, Jerry! Todavía no. ¡Aguanta!

—¿Lo oíste?

—Sí, aun no estamos a salvo. ¡Aguanta!

La puerta de la tienda se abrió apenas, y por la ranura entró un rayo de luz, que recorrió el suelo, iluminó un ancho deshecho orgánico gris y rojizo, y se apagó.

—Creo que estoy muerto nuevamente. Ahora puedes gritar.

—No puedo bajar, Pówell. No puedo moverme...

Sosteniéndose con una mano, Pówell

tomó a Church del brazo y lo descendió hasta el mostrador. Luego lo siguió, tratando de dominar la náusea.

—*Has dicho que era una de los asesinos de Quizzard?*

—*Seguro. Son lugartenientes de Ben, ahora. Sin embargo, me parece que éste empieza a asustarse un poco.*

—*Ben Reich? Pero fué en mi tienda. Yo podía estar aquí.*

—*Estabas aquí. Y eso, ¿qué importancia tiene para él?*

—*Reich no quería que yo fuese asesinado.*

—*¡Ah!, ¿no? —imagen de un gato sonriendo.*

—*¡Maldito hijo de perra! —estalló Church.*

—*No pienses eso, Jerry. Reich está luchando por su vida. No se puede esperar que sea demasiado considerado con nadie.*

—*Pues bien, yo también estoy luchando. Prepárate, Pówell. Voy a informarte de todo lo que sé.*

DESPUES de terminar con Church, y al volver a su casa de vuelta de la pesadilla con Teigth, Pówell se encontró con Bárbara, que estaba haciendo dibujos en las paredes y parlotando en una encantadora media lengua. La hizo sentar en el diván, pensando que era difícil recordar que tenía a su lado a una mujer en todo el sentido de la palabra. Lentamente, exploró a través de los planos conscientes paralizados de su mente hasta llegar al turbulento preconsciente, cubierto de pesadas nubes oscuras, tras el cual parpadeaba la débil lucecilla extraña, infantil y solitaria, que había aprendido a querer. Pero ese destello de luz ardía con la rugiente intensidad de una nova.

—*Hola, Bárbara. Parece que...*

Pówell recibió por respuesta un estallido de pasión que lo hizo retroceder. Llamó a Mary Noyes, la cual surgió de la cocina.

—*¿Otra vez en dificultades?*

—*Nuestra paciente está mejorando.*

Entró en contacto consigo misma, en el nivel más bajo. Casi me quema los sesos.

—*¿Qué querías? ¿Alguien que protegiera los secretos de sus dulces deseos de adolescente?*

—*Soy yo quien necesita protección. Ven conmigo.*

Volvió a descender por los negros pasadizos hacia los incalculables depósitos de energía psíquica, irracionales, crueles, agitando con la búsqueda interminable de satisfacción. Podía sentir a Mary Noyes siguiéndolo cautelosamente. Se detuvo a una distancia segura.

—*Hola, Bárbara.*

Un ramalazo de odio lo azotó.

—*¿Me recuerdas?*

El odio se apaciguó y experimentó una oleada de ardiente deseo.

—*Será mejor que retrocedas, Pres. Si eres atrapado dentro de ese caos de placer-dolor, nada te podrá salvar.*

—*Querría localizar algo.*

—*Nada puedes encontrar allí, excepto amor y muerte en carne viva, puramente instintivos.*

—*Necesito conocer sus relaciones con su padre. La razón por la cual él experimentaba esas sensaciones culpables acerca de ella.*

El volcán volvió a lanzar una bocanada de humo. Mary huyó. Un dardo llameante se agitó cerca de él. Se apartó a un lado, para sentirse envuelto en un manto de autoconservación instintiva. Se dejó arrastrar a un vórtice de asociaciones.

Estaban aquí los mensajes somáticos, los billones de reacciones celulares, los gritos orgánicos, el zumbido ahogado del tono muscular, las subcorrientes sensoriales, el torrente sanguíneo bullendo en el diseño vacilante que formaba la psiquis de la muchacha.

Pówell captó parte de una imagen próxima, la siguió hasta la asociación

sensorial de un beso, luego al reflejo infantil del amamantar. ¿Su madre? No. ¿Una ama de cría? Negación. Eludió una llamarada de rabia y resentimiento infantiles, y buscó la relación con un papá... Padre.

Abruptamente, se encontró frente a frente con su propia imagen. Aparecía desnuda, poderosa, rodeada por un halo de amor y deseo.

—*Márchate. Me desconciertas —la imagen desapareció—. ¡Maldición! Se habrá enamorado de mí.*

Allí estaba la imagen de ella, patéticamente caricaturizada, el rubio pelo en mechones, los ojos negros como borrones, la encantadora figura estirada en planos chatos, desagradables. Se esfumó, y la imagen de Pówell-Poderoso-Protector-Paternal lo acometió, torrencialmente destructiva. El dorso de la cabeza era el rostro de D'Courtney. Siguió la imagen de Jano por un llamante canal de dobles, pares, encañamientos y duplicidades, hasta... Sí, Ben Reich y la caricatura de Bárbara, ligados como siameses. Bárbara y Ben.

Medio...

—*¡Pres!*

Una llamada lejana. Podía aguardar. Esa sorprendente imagen de Reich tenía que...

—*¡Preston Pówell! ¡Por aquí, pedazo de tonto!*

—*¡Mary!*

—*Es la tercera vez, en tres horas, que trato de localizarte. Por favor, Pres, mientras me queden fuerzas.*

Se dejó subir hacia la superficie. El caos sin tiempo ni espacio rugía a su alrededor. A mitad de camino, sintió a Mary junto a él, hasta que volvió a estar sentado en el diván del living, junto a Bárbara.

—*Mary, he localizado la asociación más fantástica con Ben Reich. Cierta especie de vínculo que...*

Mary tenía una toalla helada, con la que le azotaba suavemente el ros-

tro. Pówell se dió cuenta de que él estaba temblando.

—*La única dificultad es que uno no trabaja con elementos unidos, sino con partículas ionizadas...* —eludió la toalla y miró fijamente a Bárbara—. *Por Dios, Mary, creo que esta pobre chiquilla está enamorada de mí. No he hecho más que encontrarme contigo, allí en lo más hondo.*

—*¿Y qué me dices de ti?*

—*¿De mí?*

—*¿Por qué crees que rehusaste enviarla al Hospital de Kingston? —dijo ella—. ¿Por qué has estado sondeándola dos veces por día, desde que la trajiste aquí? Le diré, señor Pówell...*

Lo azotó con una vívida imagen de él mismo y Bárbara, y ese fragmento que ella había sondeado días atrás: el fragmento que la hizo palidecer de rabia y celos incontrollables.

—*Estás enamorado de ella, y ni siquiera es perexora. Ni siquiera está sana. ¡Ojalá te hubiese dejado dentro de su mente hasta que te pudrieras!*

Se volvió y empezó a llorar.

—*Mary, por el amor de...*

—*¡Cállate! —sollozó ella—. Hay un mensaje para ti. Tienes que ir a Ampro lo más pronto posible. Reich va hacia allí. Te necesitan. Todo el mundo te necesita. ¿Por qué debo quejarme, pues?*

### XIII

SEGUN informó a Pówell el sargento Bible, destacado en Ampro para seguir de cerca a Hássop, jefe de código de Reich, habían perdido la pista de su perseguido, poco después de que el yate espacial privado, en el que Ben Reich se dirigía hacia allí, sufriera un accidente, de resultados del cual quedó un tripulante muerto y otros tres heridos. Pówell comprobó que el muerto era nada menos que Keno Quizzard, con lo cual éste quedaba fuera de combate y dejaba de



ser un peligro para Reich. Era necesario, pues, encontrar a Hássop lo antes posible, pues corría indudablemente el mismo riesgo.

Al averiguar el paradero de Reich, supieron que se había marchado a la Reserva Natural, zona selvática de Ampro para excursiones campestres, junto con Hássop. De inmediato Pówell emprendió la búsqueda, y los avistó en momentos en que Reich se disponía a simular un percance fatal para librarse también de su jefe de código. Mediante una hábil maniobra, apoyada por un golpe telepático que dejó a Reich aturdido y furioso, pero a salvo, Pówell logró rescatar a Hássop, junto con el precioso rollo de película con los libros secretos de Sacramento, y se los llevó consigo de regreso a Nueva York.

Y así, por fin, el caso de Reich estuvo listo para ser expuesto, en la oficina del fiscal, a ese monstruo ate-

rrador de factores y testimonios que era el Defac. No obstante, el comisionado Crabbe había interferido aún a último momento, pretendiendo haber descubierto al asesino, un tal Stéwart Mac-Gránger que afirmaba haber matado a D'Cóurtney. Pero, tras un breve interrogatorio y sondeo mental, se descubrió que era paranoico con delirios criminales, y se lo mandó a reponerse al Hospital de Kingston, con gran bochorno del comisionado, que estaba seguro de haber resuelto con poco trabajo el complejo problema.

Pówell y su gente se reunieron en la oficina del fiscal. En el centro había una gran mesa redonda, sobre la cual había sido construido un modelo transparente, en escala, de las habitaciones clave de la casa de Beaumont, habitadas por figuras androides, en miniatura, de la gente complicada. Junto a la mesa, se hallaba toda la documentación preparada para presentar al ogro legal.



El Defac ocupaba toda la pared circular de la enorme oficina. Sus innumerables ojos parpadeaban y lanzaban fríos destellos. Su prodigiosa memoria susurraba y zumbaba. Su boca, el cono de un parlante, estaba abierta en una especie de asombro ante la estupidez humana. Sus manos, las teclas de una máquina de escribir, en suspenso sobre un rollo de cinta, estaban listas para martillar el buen sentido a cualquiera. El Defac era el Determinador de Factores de Acusación, de la Oficina del Fiscal del Distrito, cuyas tremendas decisiones controlaban la preparación, presentación y prosecución de todos los casos policiales.

Kraft, el jefe de laboratorios, tocó un botón. Instantáneamente, el modelo se iluminó y los muñecos cobraron vida. En el hall principal, una imagen en pequeño de María Beaumont ascendió al estrado, con un libro diminuto en las manos.

—En ese momento son las 11 y 9 minutos —informó Pówell al fiscal—.

El reloj del modelo está sincronizado con la acción.

En extasiado silencio, la división legal estudiaba la escena y tomaba notas, mientras los androides reproducían las acciones descubiertas por los ded-moles informadas por los testigos e inferidas por el escuadrón de Pówell. Las luces se apagaron en la casa, y empezó el juego de la anguila. La diminuta figura de Reich entró en la sala de música, se encontró con Duffy Wéigand y el joven Chérvil, subió a la suite orquídea, anuló a los guardias y entró en la alcoba para enfrentarse con D'Cóurtney. La representación del crimen sorprendió a los abogados.

—Obtuve el material de la chica de D'Cóurtney —murmuró Pówell—. Sondeo mental. Es auténtico.

El pequeño drama llegó a su fin con el tropel de los invitados hasta la suite orquídea, donde los muñecos se agruparon alrededor del diminuto cadáver, quedando inmóviles.

—Y eso es todo lo ocurrido —dijo Pówell—. Ahora vamos a analizarlo, punto por punto, para suministrar los datos al Defac. Primero: oportunidad. No hay argumento posible a lo determinado por los ded-moles. Reich subió dos veces, como se indicó en el modelo: una para matar, y la segunda con el resto de los invitados, ¿alguna objeción?

—El juego de la anguila —dijo el fiscal.

—Reich compró el libro y lo envió a la Beaumont.

—¿Cómo sabía que jugarían precisamente a ése?

—Sabía que a ella le gustaban los juegos, y el de la anguila era el único completamente legible del libro.

—El Defac necesita mucho para convencerse —dijo el fiscal, rascándose la cabeza—. Pero nada cuesta hacer la prueba.

Crabbe, que hasta ese momento se mantuvo hosco y callado a consecuencia de su reciente chasco con el presunto criminal, había recobrado sin embargo su aplomo, y estalló:

—¡Caballeros: yo nunca he aprobado el empleo de ese monstruo mecánico!

Dónaldson empezó a suministrar los datos al Defac.

—Tiene usted absoluta razón, comisionado.

—En lo que se refiere al método —continuó Pówell—. Primera pregunta: ¿Cómo anuló Reich a los guardias, Kraft?

—Y además, caballeros... —insistió Crabbe.

—Con el ionizador de la rodopsina —lo interrumpió Kraft, y entregó a Pówell una esfera plástica, que éste exhibió—. Un doctor Quartermaine perfeccionó esto para la policía privada de Reich. Tengo la fórmula empírica del proceso, lista para el Defac, y la muestra que preparamos. ¿Alguien quiere probarla?

—No veo la necesidad —dijo dudoso el fiscal—. El Defac puede resolver sobre eso.

—En adición a lo cual, caballeros...

—¡Oh, vamos, Crabbe! —dijo Kraft—. Usted nunca nos creerá a menos que lo compruebe por sí mismo. No duele. Sólo lo deja *non composé* por seis o siete...

El bulbo plástico se deshizo entre los dedos de Pówell. Una vívida luz azul brilló bajo la nariz de Crabbe. Tomado en medio de una frase, el comisionado cayó al suelo.

—¡Santo cielo! —exclamó Pówell. Miró severamente a Kraft—. Hizo usted la cubierta demasiado delgada. Vea lo que le ha hecho al comisionado Crabbe.

—¿Lo que he hecho yo?

—Suministre ese dato al Defac —dijo el fiscal, con voz tensa—. Esto le servirá.

Pusieron cómodo al comisionado, y Pówell repitió:

—Ahora, el método del crimen. Tengan la bondad de observar esto, caballeros —exhibió un revólver del museo policial. Quitó de las cámaras las correspondientes cápsulas, y de una de éstas extrajo la bala—. Esto es lo que le hizo Reich al arma que Jerry Church le dió antes del crimen: fingió dejarla inocua. Una falsa coartada.

—¿Falsa? El arma quedó inocua. ¿Es ése el testimonio de Church?

—En efecto. Allí está el informe.

—Entonces no vale la pena someter el problema al Defac —dijo el fiscal disgustado—. ¿Cómo puede matar un cartucho sin la bala? Aquí no dice que Reich volviera a cargar.

—Pues lo hizo.

—No había proyectil alguno en la herida o la habitación —insistió Kraft.

—Hombre, usted mismo lo localizó: ese trocito de gelatina de dulce en la boca de D'Courtney. Y no lo había en el estómago.

Pówell tomó un frasco gotero; llenó con agua una cápsula de gelatina, y oprimió ésta en el extremo abierto del cartucho, sobre la carga, colocando el todo en la cámara del arma. Alzó el revólver; apuntó a un pequeño bloque de madera del modelo sobre la mesa; oprimió el disparador. Se oyó un explosión ahogada, y el bloque saltó en fragmentos.

—¡Eso ha sido un truco! —exclamó el fiscal—. Había algo en esa cápsula además de agua.

—Con una carga de pólvora se pueden disparar unos treinta gramos de agua con suficiente velocidad como para hacer saltar la nuca de la víctima, si se dispara a través del paladar. Por eso disparó Reich por la boca, y Kraft sólo encontró el trocito de gelatina y nada más. El proyectil había desaparecido.

—Por Dios, Pówell —dijo débilmente el fiscal—. Empiezo a pensar que

estamos realmente frente a un caso...

—Muy bien. Ahora el motivo. Hemos revisado los libros de Reich. D'Courtney lo tenía con la espalda contra la pared. Reich trató de unirse a D'Courtney y fracasó. Por eso lo mató.

—Veamos qué opina de esto el Defac. Para mí, es perfecto.

Suministraron los últimos datos y pusieron en funcionamiento la máquina. Los ojos del Defac parpadearon en profunda meditación; su estómago runcó suavemente. Pówell y los demás aguardaron con creciente ansiedad, hasta que los tipos de la máquina de escribir empezaron a golpetear:

"CASO 921.088. SECCION C-1. MOTIVO PASIONAL PARA CRIMEN INSUFICIENTEMENTE DOCUMENTADO. FALLO 1202 SUPREMA CORTE, Y CASOS POSTERIORES".

—¿Motivo pasional? —exclamó Pówell—. ¿Está loco el Defac? Es un motivo de lucro. Verifica el C-1, Dónaldson.

—Aquí no hay error —repuso tras verificar.

—Vuelve a hacer la prueba.

Suministraron nuevamente todos los datos al Defac. Esta vez, la respuesta fue concreta:

"CASO 921.088. SECCION C-1. MOTIVO DE LUCRO PARA CRIMEN INSUFICIENTEMENTE DOCUMENTADO. FALLO 1197 SUPREMA CORTE, Y CASOS POSTERIORES".

—Pero, ¡cómo es posible!... —murmuró Pówell, consternado. Y tras un

momento de reflexión su rostro se iluminó—. Desde luego. Hemos pasado por alto un pequeño detalle. Aún están trabajando arriba con Hássop. Hemos llegado a saber que Reich ofreció la fusión y fué rechazado. Pero aún no hemos descifrado los textos definidos. Eso es todo lo que el Defac quiere.

—¿Cómo sabe usted que la oferta fué hecha y rehusada?

—Fué uno de los últimos datos que Teigh me proporcionó antes de ser asesinado. Mira, Dónaldson: agrega una suposición al caso. Suponiendo que nuestro testimonio de la fusión es irrecusable, como lo es, ¿qué piensa el Defac del caso?

Dónaldson hizo lo indicado. La respuesta inmediata fué: "CASO 921.088. ACEPTANDO SUPOSICION, PROBABILIDAD DE ACUSACION CON RESULTADO POSITIVO 97,0099%."

—¡Por Dios! —exclamó el fiscal—. ¡Noventa y siete por ciento! ¡Yo me sentía feliz cuando podía llegar al setenta!

La puerta de la oficina se abrió y entraron dos hombres con aspecto fatigado.

—Aquí tenemos a los muchachos de código. ¿Está listo?

—Sí, está listo —dijo uno—. Y usted también está listo. Y todo el caso está listo para el fracaso con esto.

—¿Qué quieren decir?

—¿De modo que Reich mató a D'Courtney porque éste no quería fusionarse con él? Sólo un imbécil lo

### Cáncer y virus

A pesar de que muchos pensaban que el cáncer podía ser causado por un virus, faltaba hasta hace poco el experimento que confirmara tal teoría. Y decimos hasta hace poco porque recientemente un científico norteamericano ha podido aislar un virus en los tejidos cancerosos de un ratón; virus que, inyectado en otro ratón sano, reproduce la enfermedad. Hasta ahora, el cáncer sólo se había podido transmitir transplantando tejidos completos.

haría, si ése fuese el motivo.

—Reich envió Y Y J I T T E D R R C B U U F F E A A L K Q O B A a D'Courtney —agregó el otro—. Eso significa: SUGIERO UNION AMBOS INTERESES IGUAL SOCIEDAD.

—Y D'Courtney respondió: W W H G. Eso era una negativa. Reich se lo dijo a Teight, y éste a mí.

—D'Courtney respondió W W H G. Eso significa: ACEPTO OFERTA.

—¡Imposible!

—¡Pues así es! Jamás convencerá a ningún tribunal del Sistema Solar de que Reich tenía un motivo para matar a D'Courtney. Su caso está completamente liquidado.

Pówell se quedó inmóvil, con los puños apretados. Súbitamente, agarró la imagen androide de Reich y le arrancó la cabeza. Luego lanzó un tremendo puntapié a la silla en que yacía el comisionado, que rodó por el suelo ante los atónitos circustantes.

—¡Maldito seas! ¡Siempre sentado en esa silla! —exclamó, saliendo como un torbellino de la oficina.

#### XIV

*“¡Demolición! ¡Concusión! ¡Explosión! Las puertas se abren con violencia. Brotan del satélite infinitas chispas en una lluvia de balas y puñales. Y a lo lejos, la libertad aguarda envuelta en la capa de las sombras y huye hacia lo desconocido.*

*“¿Quién está allí, afuera? ¡El Hombre Sin Rostro; asomado; mirando; silencioso!*

*“¡Volar por el espacio! Hay tiempo y seguridad en la soledad de esta astronave. ¡La escotilla! ¡Se está abriendo! ¡Pero no puede ser! Estoy solo. ¡El Hombre Sin Rostro; asomado; mirando; silencioso!*

*“Pero yo soy inocente, excelencia. Jamás demostrarán mi culpa. En el Tribunal, El Hombre Sin Rostro; asomado; mirando...; golpeando su mazo!”.*

Los golpes resonaban en la puerta del camarote.

—Estamos sobre Nueva York, señor Reich. Falta una hora para desembarcar.

—Muy bien —graznó Reich. Descendió del lecho, aferrado aún por el terror de la pesadilla. Fué al baño, se depiló y se dió duchas de agua, de vapor y de aire, durante diez minutos. Entró luego en la cabina de masajes y oprimió el botón correspondiente a “Sales”. Una sorda conmoción lo arrojó al suelo, con la espalda azotada por veloces partículas.

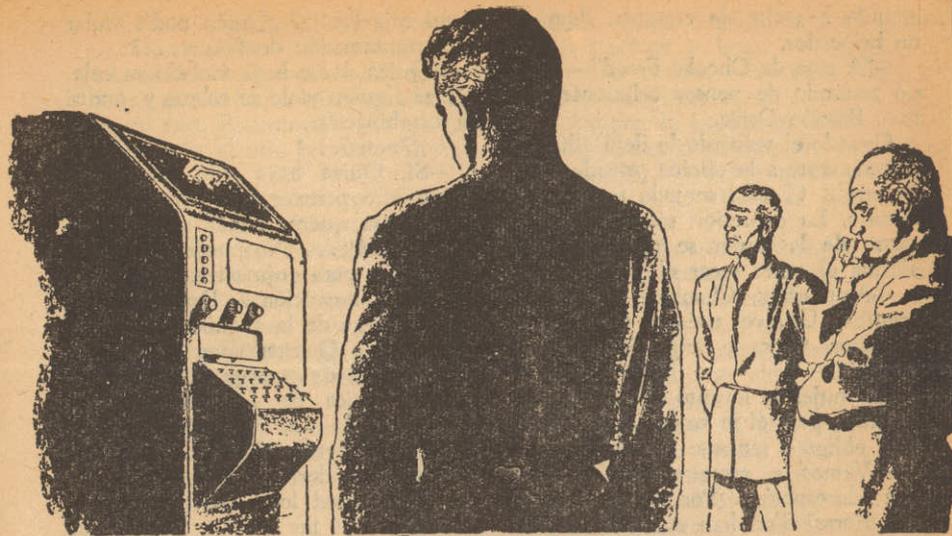
En una reacción instintiva se precipitó al dormitorio, buscó afanosamente en la maleta el cartucho de detonadores que siempre llevaba consigo. No estaba. Volvió a la cabina de masajes e inspeccionó los destrozos. En la maleta el cartucho de su maleta, durante la noche, y colocado un bulbo detonador en cada uno de los rociadores. El cartucho vacío estaba detrás de la cabina.

Inspeccionó la puerta del camarote. La cerradura había sido forzada, evidentemente por un experto. Pero ¿quién? ¿Por qué?

Volvió al baño, se lavó la sangre de la espalda y la roció con coagulante. Se vistió, tomó el café y bajó a la cubierta de trasbordo, donde lo esperaba la espacionave de Sacramento para llevarlo a la ciudad.

Desde allí se comunicó con las oficinas de su empresa, siendo informado por su secretario de que Ellery West había renunciado a su puesto, lo mismo que su analista privado, el doctor Breen. Al parecer, la actitud obedecía a una ordenanza del presidente del Gremio que prohibía la práctica privativa, con el propósito de que los perexores pudieran dedicarse a hacer el mayor bien posible a la mayor cantidad de gente. Con un rugido de rabia, Reich cortó la conexión.

—¡Es ese bastardo de Pówell ex-



clamó—, que está usando todas las tretas posibles para aplastarme! ¡Lléveme a casa! —le gritó al piloto.

Al llegar a su departamento, fué directamente al fonovisor de su estudio. Discó el número de Teight. En la pantalla se leyó: SERVICIO PERMANENTEMENTE INTERRUMPIDO. Lo mismo ocurrió cuando llamó a Jérémy Church, y al casino de Keno Quízzard. Indeciso, se paseó un momento por el estudio. Luego se acercó al resplandor luminoso que señalaba su caja de seguridad, preguntándose si el viejo Geoffrey Reich podría contribuir con algo. La pasó a la fase temporal, revelando la carpeta de papel, y extendió la mano para sacar el sobre rojo. Al tocarlo, oyó el leve chasquido. Se dobló en dos y giró sobre sí mismo, con el rostro completamente sepultado entre los brazos.

Algo brutal lo golpeó en un costado, arrojándolo contra la pared. Al oír acercarse corriendo a sus sirvientes, rugió:

—¡Apártense! ¡Apártense todos!

Dando traspies, se acercó a los restos de la caja y empezó a revisar. Encontró el psicorreactor que le quitó a la mujer en casa de Chooka Frood, y la pistola con que había matado a D'Courtney. Aún contenía cuatro cartuchos cargados con gelatina llena de agua. Se metió ambas armas en el bolsillo, sacó un nuevo cartucho de bulbos detonadores de su escritorio y se precipitó afuera, ignorando a los criados que lo miraban atónitos.

Bajó al garage del subsuelo, donde depositó la llave de su brincador en la ranura de llamada. Aguardó el pequeño vehículo. Cuando éste salió del depósito, con la llave en la puerta, Reich la hizo girar y abrió ésta para subir. Se oyó un zumbido de baja presión. Reich se arrojó al suelo. El tanque del brincador estalló, lanzando un géiser de aceite y fragmentos de metal. Reich se arrastró frenéticamente hasta la rampa de salida y echó a correr. Al llegar a la calle, sangrante,

olviendo a aceite de creosota, llamó a un brincador.

—“A casa de Chooka Froot” —ordenó tratando de pensar coherentemente—. Bastión Oeste.

Cuando el vehículo lo dejó allí, fué directamente a la oficina privada, donde estaba Chooka sentada tras un escritorio. La expresión sobresaltada del rostro de la mujer se transformó en alarma el verlo sacar el psicorreactor.

—Aquí estoy, Chooka —dijo roncamente—. Una vez usé este reactor para tus sesos. Ahora lo tengo listo otra vez para ti.

La mujer se levantó e hizo ademán de huir, pero él la sujetó de un brazo y la obligó a sentarse nuevamente.

—Vamos a arreglar esto de una vez —le espetó—. ¿Por qué las trampas mortíferas? Tres han sido hasta ahora: en la astronave en que volvía de Ampro; en mi estudio; en mi brincador.

—No he sido yo, Reich. Se lo juro.

—Se necesitan tipos muy hábiles para hacerlo, y tú dispones de gente como para ello; de modo que a cantar —quitó el seguro del psicorreactor—. Tengo que liquidar a un tipo llamado Pówell, y a un sindicato llamado D'Cóurtney. No tengo tiempo para perder contigo.

—¡Por amor de Dios! —chilló Chooka—. ¿Qué tengo yo contra usted? ¿Porque me haya apuntado con un reactor voy a querer quitarlo del medio? Use un poco la cabeza.

—La he usado. Si no tú, ¿quién, entonces?

—Keno Quizzard. Supe que entre usted y él...

—Quizzard está muerto. ¿Quién más?

—Church.

—No tiene valor, o ya lo habría hecho hace diez años. Ahora espera favores de mí. ¿Quién más?

—¿Cómo puedo saberlo? Hay centenares que lo odian bastante.

—Miles; pero ¿quién podía llegar

a mi caja fuerte? ¿Quién podía violar una combinación de fase y...?

—Quizá nadie haya violado su caja. Quizá alguien violó su cabeza y sondeó la combinación...

—¡Sondeó...!

—Sí. Quizá haya sido Church, o algún otro perexor que tenga sus razones para querer llenar su ataúd.

—¡Pówell!... No puede reunir antecedentes para enjuiciarme. Lo intercepté con la canción de Duffy, y luego con el juego de la anguila. No puede conseguir a Quartermaine y la rodopina. No puede conseguir el arma. Dió con la chica de D'Cóurtney, pero habrá tenido que mandarla al Hospital de Kingston. No le queda nada más que tenderme trampas...

—Está usted loco, Reich.

—¿Por qué me quitó a Ellery West y a Breen? Sabe que la única defensa que tengo contra una trampa es un perexor.

—Pero ¿un policía, Reich?

—¿Por qué no? ¿Quién sospecharía de él? Es lo que haría yo. Pues bien, ahora voy a tenderle una trampa a él —se acercó a Chooka y la obligó a levantarse—. Llama a Pówell. Dile que venga ahora mismo...

—No, Reich. Pówell es perexor. Cuando venga, sabrá que estoy mintiendo.

—Aguarda —Reich sacó el revólver y lo puso en las manos de Chooka—. Dile que la chica de D'Cóurtney dejó esto aquí. Es el arma que mandó a D'Cóurtney al otro mundo.

—¿Y usted se la va a dar a él?

—Cuando la tenga, ya habrá caído en la trampa.

Empujó a Chooka hacia el fonovisor, y se quedó junto a la pantalla, fuera de la línea de visión, moviendo significativamente el psicorreactor.

La mujer discó el número de Pówell. Atendió Mary Noyes. Luego, el rostro macilento del prefecto apareció en la

pantalla.

—Yo..., yo tengo algo que quizá le interese, señor Pówell —tartamudeó Chooka—. Acabo de encontrarlo. Lo dejé esa muchacha que se llevó usted de mi casa. El arma con que mandaron a su padre al otro mundo. ¿La ve?

—Esa es, en efecto —exclamó Pówell—. Estará allí tan pronto como pueda llegar un brincador.

La pantalla se oscureció. Reich salió corriendo y atravesó los pasadizos del Bastión Oeste hasta localizar un brincador público. Dejó caer una moneda en la cerradura, abrió la puerta y subió.

—“No trates de hacer planes” —pensó—. “Déjalo librado a tus instintos. ¡Aguarda el mejor momento para matar!”

**R**EICHLUCHÓ consigo mismo y con los controles durante las tres millas que recorrió hasta la Rampa Hudson. Su instinto de asesino lo impulsó a descender violentamente en el jardín posterior. No sabía por qué. Abrió de un golpe la puerta retorcida de la cabina y se precipitó tras un espeso macizo de arbustos, con el psicorreactor listo. Entonces comprendió por qué había estrellado el aparato. La muchacha que había atendido el fonovisor de Pówell atravesó el jardín hacia el brincador. Reich esperó. Nadie más salió de la casa. La muchacha giró hacia él antes de oírlo. Era perexora. Reich oprimió el disparador hasta el primer tope. Ella se quedó rígida, impotente.

Reich estaba a punto de seguir oprimiendo hasta el tercer tope; pero su instinto lo detuvo nuevamente. Tenía que matar a la muchacha dentro de la casa, sembrar su cuerpo con bulbos detonadores, y dejar ese cebo para Pówell. La tomó de un brazo y la arrastró adentro, arrojándola sobre el diván del living. Ella se resistía con todo menos con su cuerpo paralizado.

Reich sonrió brutalmente, se inclinó y la besó en la boca.

—Mis cariños a Pówell —dijo, alzando el psicorreactor.

Alguien lo estaba mirando.

Reich lanzó una rápida ojeada a su alrededor. No había nadie. Volvió a alzar el arma. Pero la bajó nuevamente.

Alguien lo estaba mirando.

Esta vez recorrió el living, buscando tras las sillas, dentro de los placares, en la cocina y en el baño. Nadie. Volvió junto a Mary Noyes. Entonces pensó en el piso alto. Fué hacia la escalera y empezó a subir por ella, pero se detuvo en el primer escalón.

Alguien lo estaba mirando.

Sí, allí estaba en lo alto de la escalera, arrodillada y atisbando a través de los barrotes. Vestía como una chiquilla. Tenía el pelo echado hacia atrás y atado con una cinta. Era Bárbara D'Cóurtney.

—Yo soy Baba —dijo.

Tembloroso, Reich le hizo una débil señal. Ella descendió sosteniéndose cuidadosamente de la baranda.

—No debo hacer esto —dijo—. ¿Tú eres amigo de papá?

Reich inspiró profundamente.

—Papá tuvo que salir —parlotó la muchacha—. Pero va a volver en seguida. Y si me porto bien me traerá un regalito. Pero es muy difícil portarse bien. ¿Tú eres bueno?

—¿Volverá en seguida? ¿Tú padre?

—Tú has besado a tía Mary. Yo lo he visto. Papá me besa a mí. A mí me gusta. ¿A tía Mary también le gusta? —le tomó confiadamente la mano—. Cuando sea grande, voy a casarme con papá. ¿Tú no tienes una nena?

Reich hizo girar a Bárbara y la miró fijamente a la cara.

—¿Crees tú que me vas ha engatusar? ¿Qué le contaste a Pówell?

—Ese es mi papá. Cuando le pregunto por qué su nombre es distinto del mío, se ríe. ¿Cómo te llamas tú?

—¿Crees que vas a engañarme con esa fantochada? ¡Respóndeme! ¿Qué le contaste?

La muchacha empezó a llorar, procurando soltarse.

—¡Déjame! ¡Me haces daño!

Reich la arrastró hasta el diván y la arrojó junto a Mary Noyes, que seguía paralizada. Luego volvió a retroceder, con el psicorreactor preparado. Súbitamente, la muchacha se irguió en actitud de escuchar. Su cara perdió la expresión pueril, y se puso tensa y expectante. Saltó del diván, corrió, se detuvo bruscamente, luego pareció abrir una puerta. Echó a correr, ondeante el pelo rubio, sus ojos negros, enormes, alarmados...: un destello relampagueante de salvaje belleza.

—¡Padre! —gritó.

A Reich se le oprimió el corazón. La muchacha corrió hacia él, que dió un paso para detenerla. Ella se lanzó hacia la izquierda.

—¡No! —gritó—. ¡No! ¡Padre!

Reich la aferró de los brazos mientras ella forcejeaba y chillaba. Súbitamente, se puso rígida y se apretó los oídos. Reich estaba en la suite orquídea. Oyó la explosión y vió la sangre saltar de la cabeza de D'Courtney. Ella cayó de rodillas y se arrastró por el piso, para inclinarse sobre el cuerpo cerúleo. Reich recobró el aliento con un gemido. ¡Jamás había contado con un testigo! ¡Maldito Teight!... Pero... no; él no estaba en casa de María Beaumont; estaba en...

—Rampa Hudson, treinta y tres —le informó Pówell desde la puerta del frente.

Reich giró violentamente, alzando el psicorreactor.

—No intente usar eso —lo previno secamente el otro.

—¡Ah, canalla! ¡Maldito perexor!

Pówell lanzó un pinchazo telepático de medio palmo a la sinapsis cubital. El psicorreactor cayó al suelo. Reich forcejeó, dando puñetazos, embistiendo

y tratando de recobrar el arma. Pówell le lanzó tres golpes livianos: nuca, epigastrio e ingle. El efecto fué el de una desconexión total de la médula espinal.

Reich se desplomó, dando arcadas, con la sangre fluyendo de la nariz.

—Usted cree que es usted el único que sabe pelear —gruñó Pówell. Se acercó a Bárbara, arrodillada aún en el suelo, y la alzó.

—¿Te sientes bien, Bárbara?

—Hola, papá. Tuve un mal sueño. Dame un beso.

—Estás creciendo mucho —sonrió él, besándole la frente—. Ayer todavía hablabas como un bebé.

—Estoy creciendo porque tú me prometiste aguardarme.

—Y cumpliré la promesa, Bárbara. ¿Puedes ir sola a tu cuarto, o habrías que llevarte... como ayer?

Ella se afirmó en la baranda y suspiró. Antes de llegar arriba, le sacó la lengua a Reich y desapareció. Pówell se acercó a Mary. Le tomó el pulso.

—Primer tope, ¿eh? —le dijo a Reich—. Doloroso, pero se repondrá en una hora. Yo debería cobrarme por eso, pero de nada valdría. Usted es un malvado inútil, simplemente.



... Y ésta es una zona riquísima en petróleo...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MÁS ALLÁ

—¡Máteme! —gimió Reich, retorciéndose—. Máteme. O déjeme levantar y, ¡por Cristo, que yo lo mataré a usted!

Pówell recogió el psicorreactor, y dijo:

—Trate de flexionar un poco los músculos. Esos bloqueos medulares no deben durar más que unos segundos... —Se sentó con el arma sobre las rodillas—. Cometió usted un error. A los cinco minutos de haber salido de aquí, me di cuenta de que Chooka había tendido una trampa. Usted la obligó a ello, desde luego. Ella dijo que tenía el arma con que habían mandado a D'Courtney al otro mundo. Era así, en efecto, pero ella no podía saberlo.

Reich forcejeó para levantarse, jadeando horriblemente. De pronto, sacó del bolsillo el cartucho de bulbos detonadores. Pówell se arqueó en la silla y le dió un puntapié en el pecho. El cartucho salió por el aire, Reich se desplomó en un sillón.

—¿Cuándo aprenderá usted que no se puede tomar por sorpresa a un perexor? —Pówell levantó el cartucho—. Se vino con todo el arsenal, ¿eh? Está usted actuando más como hombre perseguido que como libre. Advierta que digo libre, no inocente.

—¿Libre durante cuánto tiempo? —dijo Reich entre dientes—. Yo tampoco hablé nunca de inocencia. Pero ¿cuánto tiempo libre?

—Yo tenía una acusación perfecta contra usted, hasta el último detalle. Lo he comprobado al sondearlo a usted ahora con Bárbara. Una sola grieta lo hizo fracasar todo. Es usted libre, Reich. Hemos cerrado su expediente procesal.

—¿Cerrado mi expediente, dice? —exclamó Reich.

—Puede usted deponer las armas. Nadie lo molestará.

—¡Esto es uno de sus trucos de perexor!

—Voy a aclararle la situación. Sé todo lo referente a usted: por cuánto sobornó a Teight; qué le prometió a Church; qué hizo con el ionizador de Quartermaine; dónde encontró ese libro del juego de la anguila; cómo vació esos cartuchos para la coartada y volvió a hacerlos letalets con agua. Hasta aquí, una cadena perfecta de evidencias sobre método y oportunidad. Pero sobre el motivo ha sido la falla. El tribunal exige motivo objetivo, y yo no puedo presentarlo. Por eso queda usted libre.

—¿Y supone usted que debo creerle? Usted no encontró nada, Pówell. Lo aplasté en todos los detalles. Por eso empezó a tenderme trampas. ¡Y ésta es probablemente la mayor de todas! ¡Y caí en ella como un tonto!

—¡Cállese! —le ordenó Pówell—. Cuando delira de ese modo, no lo puedo sondear —se concentró en Reich. Luego, su rostro empezó a palidecer—. Eso era... El Defac tenía razón. Motivo pasional, y nosotros pensamos que estaba fallando. La imagen melliza de Bárbara... La culpa de D'Courtney... No es de extrañar que este Reich no pudiera matarnos en casa de Chooka... Pero el crimen ya no es tan importante. Va más hondo aún, y es más peligroso de lo que jamás pudiera yo soñar.

Se interrumpió, y clavó en Reich sus ojos llameantes.

—¿Sabe usted mismo cuán peligroso es usted? ¿Acaso conoce una plaga la amenaza que ella representa? ¿Tiene conciencia la muerte de que es tal?

Reich lo miró con los ojos muy abiertos, aturdido.

—¿Por qué le pregunto esto? —murmuró Pówell—. Usted no sabe de qué estoy hablando. Nunca lo sabrá.

Fué hasta un bargeño, sacó dos ampollas de coñac y las introdujo en la boca de Reich. Este se atragantó con la bebida y empezó a toser, irritado.

—Entienda bien esto —dijo Pówell—. La causa contra usted ha concluído, debido precisamente a esas trampas. Si yo hubiese sabido el resultado de ellas, lo habría matado, aún quebrando los reglamentos.

Reich cesó de carraspear y toser. Pówell prosiguió:

—Cuando usted le ofreció a D'Courtney la unión, él contestó wwhg, que significa aceptación. Usted no tenía, pues, razones para asesinarlo. Esa fué la grieta en la acusación.

—¡wwhg!... —murmuró Reich, palideciendo— ¡es oferta rehusada!

—No. El aceptó. Cuando me enteré de esto comprendí que no podría llevar el caso ante el tribunal. Pero no soy yo el hombre que quiere matarlo a usted. Es otro el que lo quiere matar, porque sabe que está usted a salvo de la aniquilación. Siempre supo lo que yo acabo de descubrir: que es usted una horrible amenaza para todo nuestro futuro.

—¿Quién es? —exclamó Reich levantándose con un esfuerzo.

—Su antiguo enemigo. Usted jamás podrá huir, ni ocultarse de él... y espero que jamás pueda salvarse de él.

—¿Quién es?!

—El Hombre Sin Rostro.

Reich dió media vuelta y salió tambaleante de la casa.

## XV

**T**UENES que pensar. ¿Qué te pasó? ¿Por qué no piensas?

*Tensión y aprensión, la...*

—Ese hombre estaba mintiendo. Una trampa gigante. wwhg: negativa. Pero ¿por qué mintió? ¿De qué le iba a servir eso?

*... disensión empezó.*

—El Hombre Sin Rostro. Breen pudo habérselo dicho a Pówell. Lo mismo que Gus Teight. ¡Piensa!

*Tensión...*

—No hay Hombre Sin Rostro. ¡Es sólo una pesadilla!

*Aprensión...*

—¿Y las trampas, entonces? Me tenía en sus manos. ¿Por qué no oprimió el gatillo? Decirme que estoy libre... ¿Qué se propone? ¡Piensa!

*Disensión...*

—Es tu enemigo. Jamás podrás huir ni ocultarte de él... ¡ni salvarte de él! No, no es El Hombre Sin Rostro. ¡Es Pówell!

Una mano le tocó el hombro.

—¡Señor Reich!

Se dió cuenta de que llovía torrencialmente. Estaba tendido de costado, las rodillas recogidas, empapado, tirando de frío. Una figura se inclinaba sobre él.

—¿Quién es usted?

—Galen Chérvil. ¿Puedo hacerle el favor prometido, señor Reich?

—¡No me sondee! —gritó Reich.

—No, por lo general no... —Chérvil se contuvo—. No creí que supiera usted que soy perexor.

—¡Los conozco muy bien a todos!

Galen Chérvil lo ayudó a levantarse, observando su aterradora apariencia.

—¿Tuvo algún accidente, o fué asaltado, quizá?

—No. Yo... ¡Oh, váyase al infierno!

—Pensé que necesitaba ayuda... y yo le debo un favor...

—¡Venga! —Reich se irguió, mirando a Chérvil con ojos inyectados—. ¿Está realmente dispuesto a hacérmelo?

—Desde luego, señor Reich.

—Me quieren matar, Chérvil. Y tengo que descubrir quién es el que proyecta matarme. ¿Me hará usted ese favor? ¿Sondeará a alguien que yo le indique?

—Me imagino que la policía podría...

—¡La policía! —exclamó Reich riendo—. Quiero que sondee al mismísimo comisionado de policía, Chérvil. Quiero visitar a mi amigo el comisionado

y hacerle algunas preguntas. Quiero que usted esté allí para decirme la verdad.

—Pero quizá el comisionado no desee ser sondeado, señor.

—¡No se dará cuenta! —rugió Reich—. Míreme: estoy herido, destrozado... , semiaturdido. Estoy medio muerto ya. Necesito ese favor, ¿vendrá usted conmigo a sondear a Crabbe?

—Sí, señor Reich.

—¡Oh, perexor decente! ¿Qué me dicen de esto? ¡Vamos!

Reich corrió como un hombre recién decapitado. Chérvil lo siguió, asombrado por la furia que impulsaba a Reich a pesar de sus heridas, de su fiebre y su agonía, hacia la oficina del comisionado Crabbe. En ella se precipitaron ambos, pasando ante sorprendidos empleados y guardias.

—¡Por Dios, Reich! —Crabbe estaba atónito—. ¿Es usted?

—Sí, soy yo. Hoy he estado tres veces a punto de ser asesinado. Este muchacho —señaló a Chérvil—, acaba de encontrarme en la Esplanada, más muerto que vivo. ¿Y dónde estaba la maldita policía?

—¡Asesinado!... —Crabbe golpeó enfáticamente el escritorio—. ¡Por supuesto! Pówell es un tonto. Jamás debería yo haber dejado marchar a Sherman MacGranger.

—¿Sherman Mac qué?

—MacGranger. El hombre que asesinó a D'Courtney. Firmó una confesión... ¡Y ese idiota de Pówell me obligó a soltarlo!

—¿MacGranger asesinó a D'Courtney?

—Sí, Ben, y probablemente anda tras de usted. Le dije a Pówell que usted era inocente, y no quiso escucharme. Tampoco quiso atender cuando el Defac determinó lo mismo.

—¿La máquina resolvió que yo era inocente?

—Claro que sí. No hay acusación alguna contra usted; pero sí, la hay

contra MacGranger, y lo haré condenar antes de que lo mate también a usted —Crabbe se dirigió hacia la puerta—. No se vaya, Ben. Quiero hablarle sobre esa senaduría solar...

Reich salió aturdido, tratando de volver a la realidad.

—¿Y bien? —preguntó a Chérvil, en el corredor.

—Dice la verdad, señor Reich.

—¿Sobre mí? ¿Sobre Pówell? ¿Sobre MacGranger?

—El determinador de Factores de Acusación ha declinado autorizar acción alguna contra usted por el asesinato de D'Courtney. Pówell se ha visto obligado a abandonar el caso y... Bueno, su carrera está comprometida.

—¿Es cierto eso? —Reich lo tomó de los hombros.

—Sí, señor Reich. El comisionado cree que dice la verdad sobre Sherman MacGranger; pero su recuerdo demuestra que MacGranger no podría ser el ase...

—¡Al infierno con MacGranger! ¿He sido abusado?

—Sí, señor Reich. Nadie más va a molestarlo.

Reich estalló en rugientes carcajadas de triunfo, y apartando bruscamente a Chérvil, salió de la oficina, como un vestigio de Néandertal, por los corredores, salpicado de barro y sangre, riendo y gimiendo por el dolor que le causaba la risa.

Se detuvo un momento en las escaleras, mirando las calles barridas por la lluvia; los centros de diversión de la plaza, resplandeciendo bajo una inmensa cúpula transparente; las tiendas alineadas a lo largo de las aceras superiores, brillantes y bulliciosas a esa hora de las compras nocturnas; los edificios de oficinas que se alzaban al fondo, cubos inmensos de doscientos pisos y la afiligranada tracería de las aerocalles que los unían; las fugaces luces parpadeantes de los brincadores.

—¡Yo seré el amo! —prometió entre

carcajadas histéricas—. Vida, muerte, risa, llanto, amor, concepción... ¡Yo seré el amo de todo!

Entonces sus ojos advirtieron la alta y siniestra figura familiar que atravesaba la plaza, observándolo sigilosamente de soslayo. Una figura de negras sombras en las que rutilaban, como joyas, pequeñas gotas de lluvia... mirando, atisbando, silencioso, horrible.

El Hombre Sin Rostro.

Como un árbol fulminado, Reich cayó describiendo un arco hacia el suelo.

Las nueve menos un minuto, los diez miembros del Concejo del Gremio de Perexores se reunieron en la sala del presidente T'sung Hsai. El acta decía lo siguiente:

#### ASUNTO DE EMERGENCIA

Petición de catexis en masa, con Preston Pówell como canal para la energía capitalizada.

Consternación.

T'SUNG. — Honorable Pówell, su petición nos azora. ¿Cuál puede ser la causa que requiera una medida tan extraordinaria como peligrosa?

PÓWELL. — Reich está próximo a convertirse en un punto focal galáctico... un eslabón crucial entre el pasado positivo y el probable futuro. Se halla por efectuar una poderosa reorganización en este momento. Si puede hacerlo antes de que lo detengamos,

se volverá inmune a nuestra realidad, invulnerable a nuestro ataque; será el enemigo mortal de nuestro Gremio y de la Razón y Realidad Galácticas.

Alarma.

HAWKINS. — Sin duda está usted exagerando, Pówell.

PÓWELL. — Examinen conmigo la situación. Observen esta perspectiva de la posición de Reich en tiempo y espacio. ¿Sus creencias no llegarán a ser las del mundo? ¿Su realidad no llegará a ser también la del mundo? ¿No es, acaso, en una posición crítica de poder, energía e intelecto, un camino seguro hacia la completa destrucción?

Convicción.

T'SUNG. — Es la verdad. Eso no obstante, somos muy reacios a autorizar la catexis en masa. En pasados intentos ha destruido invariablemente al canal de energía. Usted es demasiado valioso para ello, Pówell.

PÓWELL. — Se me debe permitir correr el riesgo. Reich es uno de esos raros agitadores del Universo... un niño aún, pero a punto de madurar. Y toda realidad: perexores, normales, vida, la Tierra, las lunas, el sistema solar, las galaxias, el Universo mismo: toda realidad depende precariamente de su despertar. No se le puede permitir despertar a una realidad equivocada. Insisto en la cuestión.

JORDÁN. — Nos pide usted que voteemos su propia muerte.

PÓWELL. — Mi muerte probable contra la muerte segura de todo.

T'SUNG. — Usted no tiene garantías de que la medida dé buen resultado.

PÓWELL. — ¡Insisto en la cuestión!  
Decisión: Petición concedida.

PÓWELL llegó a su casa media hora después. Había hecho testamento, pagado sus cuentas y dejado todo en orden. El Gremio había quedado sumido en la mayor consternación, que compartió también Mary Noyes cuando lo vio entrar.

—Nada de alboroto. Era necesario hacerlo.

—Pero...

—Hay una posibilidad de que no me ocurra nada. Ahora, lo mejor que puedes hacer es empacar y llevarte a la chiquilla al Hospital de Kingston. No estará segura aquí.

—Ya no es una chiquilla. Ahora... Pres. ¡Oh, Pres!...

Mary se volvió y corrió escaleras arriba, dejando su impacto sensorial mezclado con terror y lágrimas. Pówell suspiró. Luego sonrió a la airosa muchacha que apareció en lo alto de la escalera.

—¡Oh, si es el señor Pówell!, ¿no?

—En efecto. Buenos días, Bárbara.

—¿Y qué lo trae a nuestro pequeño dominio esta mañana? —dijo la joven mientras descendía lentamente la escalera, rozando con los dedos la baranda—. Como verá, ya no necesito ayuda para esto. En realidad, ya no soy la niña que era ayer. De ahora en adelante debe considerarme como a una mujer —al llegar al último escalón, lo miró atentamente—. ¿Qué le parezco?

—¡Espléndida, querida!

Súbitamente, ella se echó a reír, lo empujó a un sillón y se dejó caer. Pówell lanzó un gemido.

—¡Despacio, Bárbara! Eres muchos años mayor y muchos kilos más pesada.

—Escuche —dijo ella—. ¿Qué me hizo pensar alguna vez que era usted mi padre?

—¿Se siente usted hacia mí como un padre?

—¿Qué tengo de malo como padre?

—¿Se siente usted hacia mí como un padre? Yo no me siento como una hija hacia usted.

—Mi sentimientos hacia ti son los de un hijo amante.

Ella se sonrojó, irritada, y se puso de pie.

—Quisiera que habláramos en serio, porque necesito consejo.

—Perdón, Bárbara. ¿De qué se trata?



La joven se arrojó a su lado y le tomó la mano.

—Estoy completamente confundida con respecto a usted. Lo mismo que usted con respecto a mí.

—En efecto. Así es.

—¿Es malo eso?

—No es malo —repuso Pówell levantándose—. Nosotros dos somos cuatro personas: dos tú y dos yo.

—¿Por qué?

—Tú has estado enferma, querida. Por eso tuvimos que convertirte en niña y dejarte crecer nuevamente. De modo que eres la Bárbara mayor por dentro, y la niñita por fuera.

—¿Y usted?

—Yo soy dos personas mayores: una de ellas, yo mismo; la otra es un miembro del Consejo Gubernativo del Gremio de Perexores.

—Y cuando no me siento como una hija hacia usted, ¿cuál de mis dos egos es el que piensa de ese modo?

—No sé, Bárbara.

—Sí que lo sabe. ¿Por qué no lo dice? —se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos, como una mujer con modales de niña—. Si yo lo amara...

—Muy bien —pensó Pówell desesperadamente—. *Ha llegado el momento. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Admitir la verdad?*

—Sí —Mary bajaba las escaleras con una maleta en la mano—. *Admitir la verdad.*

—Bárbara no es perexora.

—Olvidalo. Es una mujer y te ama. Y tú la amas también. ¡Por Dios, concédele una oportunidad!

—¿Y si no salgo vivo de ésta? Le quedará sólo un recuerdo incompleto.

—¡Pequeña! —exclamó Pówell riendo—. ¿Qué te ha hecho pensar que estoy enamorado de ti de ese modo? No lo estoy. Nunca lo estuve.

—¡Sí que lo estás!

—Mírame a mí. Mira a Mary. Eres mayor ahora, ¿verdad? ¿No puedes comprender?

—¡Por Dios, Pres!

—Perdón, Mary. Debo recurrir a ti.

Bárbara miró fijamente a Mary, y luego a Pówell.

—¡Oh, váyanse! —estalló, sollozando—. ¿Por qué no se van?

—Nosotras nos vamos, Bárbara —dijo Mary; tomó a la muchacha del brazo, y la condujo hacia la puerta.

—Hay un brincador aguardando, Mary.

—Yo te estaré aguardando, Pres. Siempre. Y los Chérvil. Y Hawkins y Jordán. Y todos los demás.

—Ya lo sé. Mi cariño para todos.

Pówell se quedó en la puerta, mirando cómo el brincador desaparecía en el cielo azul acero. Se sentía ligeramente orgulloso de sí mismo por haber hecho aquel sacrificio, y un poco melancólico. En esa ciudad inmensa, de catorce millones y medio de almas, no había una sola para él...

Le llegó entonces el primer impulso: un débil palpar de energía latente. Sería conveniente estar prevenido. Entró y subió corriendo a su habitación. Su psiquis empezó a palpar y vibrar a medida que captaba esos diminutos flujos de energía. Se cambió de ropa, vistiéndose para todo tiempo, y...

La energía llegaba ahora en torrentes, como un mar arremolinado de catexis en masa, dirigida hacia él desde cada perexor.

Salió de la casa. Erró por las calles, ciego, sordo, insensible, sumergido en aquella masa hirviendo de energía latente, luchó entonces para absorber aquel inmenso torrente; para capitalizar toda la energía latente y dirigirla hacia la aniquilación de Reich antes de que fuese demasiado tarde.

## XVI

ABOLIR EL LABERINTO.

DEMOLER LA MASA.

DISPERSAR: OPERACIONES, EXPRESIONES, FACTORES, FRACCIONES, PODE-

RES, EXPONENTES, RADICALES, IDENTIDADES, ECUACIONES, PROGRESIONES, VARIACIONES, PERMUTACIONES, DETERMINANTES Y SOLUCIONES.

ABOLIR: ELECTRÓN, PROTÓN, NEUTRÓN, MESÓN Y FOTÓN.

DEMOLER: CAYLEY, HENSON, LANGLEY, WREATH, TURNBULL Y SANDERSON.

BORRAR: OSTRACODERMOS, PECES, ANFIBIOS, MAMÍFEROS Y HOMBRE.

REVOCAR.

RESCINDIR.

INFINITO IGUAL A CERO.

NO HAY...

—¿NO hay, qué? —gritó Reich. Forcejeó apartando las manos que lo retenían—. ¿No hay, qué?

—No hay más pesadillas —dijo una muchacha.

Reich abrió los ojos. Estaba en un antiguo lecho. Duffy Wéygand, fresca y sonrosada, bregaba por volver a acostarlo.

—Estaba despierto —dijo él sombríamente—. Oí... no sé qué. Infinito y cero. Cosas importantes. luego, me quedé dormido. Tengo que despertar, Duffy. Tengo que volver a la realidad.

Duffy se inclinó sobre él y lo besó.

—¿Qué me dices de esto? ¿Es real?

—Tú no comprendes. Todo han sido ilusiones. Tengo que recomponerlo todo, antes de que sea demasiado tarde.

—¡Por Dios! —exclamó Duffy—. Primero ese maldito médico que te deja desmayado. Luego jura que ya estás bien. Y mira ahora. ¡Psicótico! ¿Para eso te traje hasta aquí? Pareces borracho.

—¿Borracho? Claro que lo estoy —Reich se bajó de la cama, tambaleándose ligeramente—. ¿Por qué no habría de estar borracho? He aplastado a D'Cóurtney. He aplastado a Pówell. Tengo por delante sesenta años para ser el amo de todos los mundos. ¿Qué te parece si empiezas una dinastía conmigo, Duffy?

—No sabría cómo iniciarla.

—Empiezas con Ben Reich. Primero te casas con él. Luego tienes hijos y observas cómo él se apodera de D'Cóurtney y lo fusiona con Sacramento. Ves cómo caen los enemigos, uno a uno. ¡Case y Umbrel, de Venus! ¡Pan comido! ¡Transacciones Unidas de Marte! ¡Aplastados! Industrias Químicas y Atómicas, de Titán... Luego los piojos más pequeños: el Gremio de Perexores, los moralistas, los patriotas... ¡Comidos!... —Y acompañando a cada una de sus palabras, Reich aplicaba violentos puñetazos sobre los muebles.

—¡Calma, Ben Reich! —Duffy se colgó de su cuello—. ¿Para qué desperdiciar tanta energía?

El la alzó en sus brazos y la sacudió hasta hacerla chillar.

—Partes del sistema serán muy dulces... como tú, Duffy. Otras serán amargas y malolientes. Pero todas me las engulliré. Lo haremos todo añicos, y lo reconstruiremos a nuestro gusto.

La llevó hasta la ventana, y arrancó de un tirón las cortinas. Afuera la ciudad estaba envuelta en sombras.

—¡Eh, ustedes! —rugió—. ¿Pueden oírme? Todos ustedes los que duermen y los que sueñan: de ahora en adelante, todos soñarán mis sueños.

Asomó la cabeza y torció el cuello para mirar hacia arriba. Cuando se volvió, su cara mostraba una expresión de desencanto.

—Quería gritarles a las estrellas —dijo—; pero no han salido esta noche.

—¿Las qué, no han salido? —inquirió Duffy curiosamente.

—Las estrellas. Mira el cielo. Sólo está la Luna.

—Así es como siempre ha estado.

—¡No es posible! ¿Dónde están las estrellas?

—¿Qué estrellas?

—¿Cómo demonios quieres que sepa sus nombres? No soy astrónomo. ¿Qué les pasó a las estrellas?

—¡Soles hirvientes y ardientes! — exclamó Reich—. Miles de ellos brillando en la noche. ¿Qué te pasa? ¿No comprendes?

Duffy movió negativamente la cabeza. Parecía aterrada.

—No sé de qué estás hablando, Ben.

El la apartó bruscamente y se fué al baño. Mientras se duchaba y vestía, la oyó llamar al Hospital de Kingston, con voz velada. Cuando salió, ella lo aguardaba, expectante.

—Espérame aquí —gruñó Reich—. Voy a averiguarlo.

—¿A averiguar qué?

—¡Qué pasó con las estrellas! —gritó él, y se precipitó hacia la calle. En la acera desierta se detuvo y miró nuevamente hacia lo alto. Había un brillante punto rojo de luz: Marte. Otro, más allá: Júpiter. Nada más. Negrura suspendida sobre su cabeza; enigmática, aterradora.

Empezó a correr, mirando aún hacia arriba. Al volver una esquina, chocó con una mujer. La tomó del brazo y señaló.

—¡Mire! ¿Ve lo que yo veo? ¡Las estrellas han desaparecido!

—No sé de qué me está hablando, muchacho. Vamos a tomar una copa.

Reich se desprendió de las garras de la mujer, y siguió corriendo. Cerca de allí había una cabina fonovisora pública. Entró y discó. Información. La pantalla se iluminó y se oyó la voz de un robot:

—¿Su pregunta?

—¿Qué les ocurrió a las estrellas? —

inquirió Reich—. ¿Cuándo fué? Debe haber pasado inadvertido. ¿Cuál es la explicación?

—¿Quiere deletrear la palabra, por favor?

—¡Estrella! —rugió Reich—. Estrella. ¡Estrella!

—¿Verbo o sustantivo?

—¡Maldito sea! ¡Sustantivo!

—No hay información alguna bajo ese título.

Reich lanzó un juramento. Luego procuró dominarse.

—¿Dónde está el observatorio más próximo?

—El observatorio lunar de Croton Park, a cincuenta kilómetros.

Reich cortó la conexión y salió corriendo en busca de un brincador. Al ver un brincotaxi lo llamó.

—Al observatorio lunar de Croton Park —ordenó al conductor.

Se reprimió durante unos minutos, pero luego le preguntó con forzada naturalidad:

—¿Se fijó en el cielo?

—¿Por qué, señor?

—Las estrellas han desaparecido.

El otro lanzó una risita aduladora.

—No creo que sea para bromas —dijo Reich.

—Si no es una broma, necesita explicación —repuso el conductor—. ¿Qué demonios son las estrellas?

Antes de que Reich pudiera estallar, el vehículo descendió en los jardines del observatorio.

—Espérame aquí —gritó, corriendo hacia el edificio.

Cuando entró, sólo se oía el leve chirrido del mecanismo de la cúpula, y el suave tictac del reloj. A excepción de un débil resplandor, la habitación estaba en tinieblas. Reich pudo distinguir al observador, una confusa figura inclinada sobre el ocular del telescopio.

—Escuche —dijo Reich en voz baja—. Disculpe que lo moleste; pero usted debe haberlo notado. ¿Qué pasó? ¿Dónde están las estrellas?

La figura se enderezó lentamente y se volvió hacia Reich.

—No hay estrellas —dijo.

¡El Hombre Sin Rostro!

REICH salió dando traspiés, y atravesó corriendo el jardín, en dirección al brincotaxi, que esperaba. Se precipitó contra la cabina de cristal y cayó redondo al suelo. El conductor lo ayudó a incorporarse.

—¿No se siente usted bien?

—No... No sé —gimió Reich—. No sé qué me pasa.

Tambaleándose, volvió a subir al vehículo y se dejó caer en el asiento. Haciendo un esfuerzo, se recobró.

—¿Quiere quedarse aquí y seguir buscando las estrellas? —le preguntó el conductor.

—¿Las estrellas? ¡Qué me importan a mí las estrellas, si tengo todo el mundo! —exclamó, dueño nuevamente de sí—. ¿Qué me importa si con ellas se han ido unas cuantas ficciones?

—Desde luego. ¿Adónde vamos?

—A la Torre de Sacramento.

EL personal de la noche estaba en las últimas etapas soñolientas del turno de 12 a 8, cuando Reich entró. Al ir a su escritorio, fué seguido por los secretarios que le llevaban los asuntos urgentes del día.

—Que todo eso espere —ordenó—. Llamen a los jefes departamentales y supervisores de organización. Voy a hacer un anuncio.

Esa era la única realidad: los tim-

bres avisadores, las órdenes apagadas, los rostros temerosos que llenaban rápidamente su oficina. Todo esto era una anticipación del futuro, cuando los timbres sonarían en planetas y satélites, y los supervisores mundiales llegarían ante él con el temor en sus facciones.

—Como todos ustedes saben —empezó Reich—, aquí en Sacramento hemos estado luchando con el Sindicato D'Courtney hasta que Craye D'Courtney fué asesinado. El camino está abierto ahora para nosotros. Podemos comenzar con el Plan AA, para hacernos cargo del Sindicato D'Courtney.

Hizo una pausa, aguardando los murmullos excitados que responderían a su anuncio. No hubo reacción alguna.

—Quizá algunos de ustedes no abarquen la magnitud e importancia del trabajo —prosiguió—. Los supervisores metropolitanos se convertirán en continentales. Estos llegarán a ser jefes de satélites, y los actuales jefes se harán cargo de los planetas. En adelante, Sacramento dominará el sistema solar. Todos debemos pensar, pues, en términos del sistema solar.

Reich vaciló, alarmado por las expresiones confusas. Se dirigió al secretario jefe y le preguntó:

—¿Qué demonios pasa? ¿Malas noticias que aún no he sabido?

—No... No, señor Reich.

—Entonces, ¿qué? Esto es algo que todos hemos estado aguardando. ¿Qué hay de raro en ello?

—Jamás oí hablar de esa organización, señor Reich. Yo... Nosotros... —el secretario se volvió hacia los demás, en busca de apoyo. Ante los ojos incrédulos de Reich, todo el personal movió las cabezas con expresión perpleja.

—¡D'Courtney, de Marte! —gritó Reich.

—¿De dónde, señor?

—Uno de los diez planetas. El cuarto

### Estadísticas

SEGÚN las estadísticas de la Organización Mundial de la salud, durante la guerra se practicaron en Estados Unidos 18.000 amputaciones en las fuerzas armadas; durante el mismo lapso los automóviles, los accidentes industriales y las enfermedades obligaron a realizar 120.000 amputaciones. En Inglaterra hay, después de la guerra, 4.000 amputados por año, y en Alemania 8.000. Según esto, el mayor peligro que amenaza al mundo no es la guerra, sino... las estadísticas.

desde el Sol. Mercurio, Venus, Tierra y Marte. ¡Marte!

Todos retrocedieron ligeramente. Reich se lanzó hacia los secretarios y les arrebató los papeles de las manos.

—¡Aquí tienen informes sobre D'Courtney! ¡Por Dios! Hemos estado luchando con ellos durante los últimos diez años.

Revisó afiebradamente los papeles. No había ni una referencia a D'Courtney o Marte, ni tampoco a Venus, Júpiter, la Luna ni los demás satélites...

—¡Tengo cientos de memorándum en mi escritorio! —gritó—. Ustedes están tratando de envolverme en algo...

Abrió bruscamente los cajones de su escritorio. Se produjo una explosión atronadora. Fragmentos de madera volaron por todas partes, y Reich fué arrojado contra la ventana.

—¡El Hombre Sin Rostro! —rugió Reich. Agitó febrilmente la cabeza, y se aferró al primer problema—. ¿Dónde están los archivos? Allí figuran D'Courtney y Marte y todo el resto. Se los mostraré a ustedes... ¡Y también al Hombre Sin Rostro!

Se precipitó en las bóvedas de los archivos, y empezó a sacar papeles, fonocristales, microfilms. No había referencia a D'Courtney ni a Marte ni a Venus, Mercurio, Júpiter, asteroides ni satélites.

Tres corpulentos empleados de Relaciones venían hacia él.

—Calma, señor Reich —dijo uno—. Calma...

—¡Apártense!

—Calma. No ha pasado nada...

Se desplegaron estratégicamente, mientras afuera aumentaba el bullicio, y voces lejanas exclamaban:

—¡Llaman a su médico!

—¿Avisaron a la policía?

—No, nada de escándalos.

—Comuníquense con Legales.

—¿No está abierta aún la enfermería?

Reich volcó cajones en el camino

de los empleados, y atravesó corriendo la oficina para dirigirse al neumático vertical, que lo llevó al piso 57, donde estaba la biblioteca del laboratorio. Jadeando, entró en la salita de consultas. En una plancha de cristal colocada ante una silla, había un complicado tablero de botones de control.

Reich se sentó y oprimió uno de ellos. El cristal se encendió, y una voz metálica inquirió:

—¿Clase?

Reich oprimió CIENCIA.

—¿Sección?

Marcó ASTRONOMÍA.

—¿Su pregunta?

—El Universo.

—El término Universo, en su sentido físico completo, se aplica a toda materia en existencia.

—¿Qué materia hay en existencia?

—La materia está reunida en mezclas que oscilan en tamaño desde el átomo más pequeño al mayor compuesto conocido.

—¿Y cuál es el mayor compuesto conocido?

Reich oprimió DIAGRAMA.

—El Sol.

En el cristal apareció una deslumbrante imagen de éste en acción.

—Pero..., ¿y los demás?... ¿y las estrellas?

—No hay estrellas.

—¿Y los planetas?

—No hay planetas.

—¿Y la Luna?

—No hay Luna.

Reich suspiró profundamente, trémulo y aterrado.

—Haremos otra vez la prueba. Volvamos al Sol.

—El Sol es el mayor compuesto de materia conocido por los astrónomos —dijo la voz; pero súbitamente se interrumpió, y la imagen de la pantalla empezó a desvanecerse lentamente—. No hay Sol —concluyó la voz.

El modelo desapareció, dejando tras sí una figura confusa, que se encará

con Reich...; atisbando, silenciosa, horrible...: El Hombre Sin Rostro.

Reich levantó la silla; la estrelló contra la espantosa imagen; salió tambaleante de la biblioteca, y se metió en el neumático para bajar a la calle. El hall principal de Sacramento estaba lleno de empleados que iban a sus oficinas. Al pasar junto a ellos, advirtió las miradas atónicas que dirigían a su cara malherida y sangrante. Luego vió una docena de guardias uniformados que querían cercarlo. Corrió hacia las puertas giratorias y salió de un salto a la acera, donde al fin se detuvo, jadeante, como si hubiese corrido sobre hierro al rojo vivo.

Las luces de la calle estaban encendidas; en las aerocalzadas centelleaban multitud de focos movedizos; las tiendas brillaban iluminadas... y allá, en lo alto, no había nada más que una profundidad infinita, negra e insondable.

—¿Y el Sol? ¿Dónde está el Sol?

Al ver salir entonces a uno de los guardias, Reich se lanzó hacia una arcada de brillantes negocios, tras la cual se abría la entrada de un neumático vertical que subía hasta la aerocalzada. Saltó adentro y fué elevado setenta pisos. Una vez allí, echó a correr hacia el edificio Chanin, por donde pasaba la aerocalzada, flanqueada de tiendas, restaurantes, un teatro de Pantys... ¡Allí había una oficina de viajes! Podía sacar pasaje, meterse en una cápsula individual y ser despatchado a cualquier lugar del planeta. Tenía una casa en París, y necesitaba algún tiempo para reorganizarse.

Saltó a través del refugio para peatones; eludió algunos vehículos; entró en la oficina; depositó unas monedas de oro sobre el mostrador, y pidió:

—Un pasaje a París. Guárdese el cambio.

—No existe ese lugar —fué la respuesta.

Reich miró fijamente a través del

plástico a prueba de robos, que protegía la ventanilla del cajero. Allí vió... atisbando, silencioso, terrible... al Hombre Sin Rostro.

Con el cráneo estallándole, corrió ciega mente a la aerocalzada, intentó eludir a un aerocoche que se aproximaba, y quedó envuelto en tinieblas.

ABOLIR: Mineralogía, Petrografía y Fisiografía.

CANCELAR: Meteorología, Hidrología y Sismología.

BORRAR: Paleontología, Estratigrafía y Paleografía.

Una mano estaba colocada sobre su boca. Reich abrió los ojos. Estaba en una pequeña habitación de un puesto policial de emergencia, tendido en una camilla. A su alrededor había tres policías uniformados, y un hombre desconocido.

—Todo marcha bien —dijo éste suavemente—. Yo soy médico.

—¿Es usted perexor? Necesito un perexor. Necesito alguien que penetre en mi pensamiento, para que compruebe que digo la verdad.

—¿Qué quiere? —preguntó un policía.

—No sé... El dice un perexor —dijo el médico, volviéndose hacia Reich—. ¿Qué es un perexor?

—Un perceptor extrasensorial: un lector de la mente...

—Demostración de buen humor —dijo sonriendo el médico—. A muchos pacientes les pasa esto después de un accidente.

—Escuchen —insistió Reich desesperado—. Mi nombre es Ben Reich, de Sacramento. Ustedes me conocen. Quiero confesar. Llénvenme ante Preston Pówell.

—¿Quién es Pówell? ¿Qué quiere usted confesar?

—Yo asesiné a Craye D'Courtney, el mes pasado. Quiero decírselo a Pówell.

Los policías se miraron, sorprendidos. Uno de ellos fué a un rincón y levantó

un anticuado teléfono de mano.

—Capitán, tenemos aquí a un individuo que dice llamarse Ben Reich, de Sacramento. Sostiene haber matado a un tal Craye D'Cóurtney, el mes pasado —tras una pausa colgó el tubo—. Un chiflado —dijo.

Al cabo de un rato, el policía preguntó al médico:

—¿Está bien?

—Sólo un poco agitado.

—¡Oigan! —gritó Reich.

El policía lo puso violentamente de pie y lo impulsó hacia la puerta.

—No figura ningún Preston Pówell en el departamento. No hay ningún D'Cóurtney asesinado. Ahora, ¡afuera! —y lo arrojó a la calle.

Reich dió un traspie, luego recobró el equilibrio y se quedó inmóvil, turbado, perdido. Sólo se veían unas pocas luces encendidas. Las aerocalzadas se habían esfumado. Empezó a avanzar tambaleante por las calles quebradas, apretándose la cabeza con las manos.

—¡Oigan! —gritó—. ¡Eh! ¿Dónde están todos?

No había nadie. No había nada.

—¿Es que nadie puede oírme? ¡Estoy enfermo! ¡Necesito ayuda! Tengo que llegar a casa...

No había nada.

Volvió a lanzar un grito prolongado. Luego rió débilmente entre dientes, y se puso a cantar con voz desafiante:

—Ocho, sí; cinco, sí; ¡uno, no! Tensión, dijo el tensor... Tensión y aprens..., la disensión em... em... pezó...

Asió el brazo trémulo de Teight, y obligó a éste a marchar con él, al tiempo que llamaba quejumbrosamente:

—¡Eh!, ¿dónde están todos? ¡María!

Teight lanzó un sollozo histérico. Reich lo sacudió bruscamente.

—Anímese. Estaremos fuera de aquí en cinco minutos. Entonces puede empezar a preocuparse.



—Pero si alguien encuentra el cadáver y quedamos atrapados aquí, no podremos encontrar a la muchacha.

—No seremos atrapados —Reich empujó la puerta de la sala de proyección—. ¡Eh!, ¿dónde están todos?

No hubo respuesta.

No había puerta, ni sala de proyección. Reich estaba mirando hacia la casa de Beaumont, el lugar de la muerte de D'Cóurtney..., y a María Beaumont, chillona, decadente, tranquilizadora.

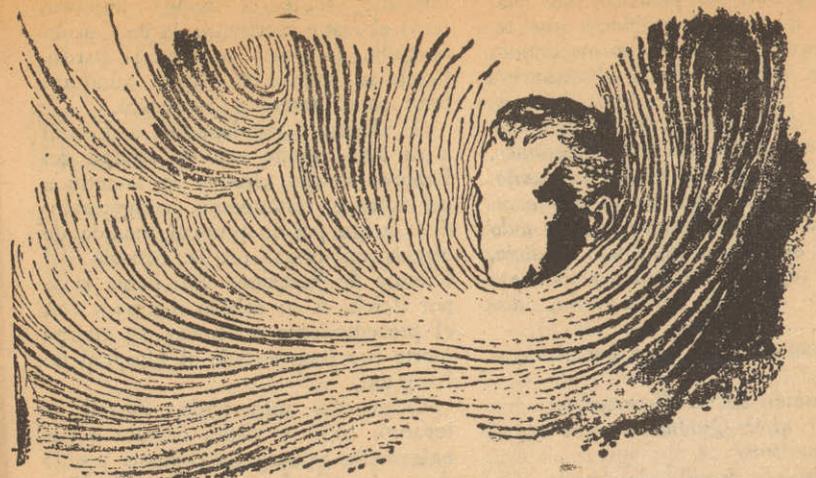
Sólo había una negra tundra; una desolación extraña; ¡nada!

—¡Por amor de Dios! —gritó—. ¿Dónde están todos? ¡Terminen ya con este desatinado juego de la anguila! ¡Traigan todo de vuelta! ¡Llenen el espacio vacío!

Desde muy lejos se aproximaba una figura... mirando, atisbando, silenciosamente...: El Hombre Sin Rostro. Reich lo miró venir, paralizado. Luego la sombría imagen habló:

—No hay espacio. No hay nada.

El alarido en los oídos de Reich era su propia voz; y el martilleo, su corazón. Estaba corriendo, corriendo por una extraña senda oscura, desprovista de vida, desprovista de espacio,



corriendo mientras aún había tiempo, tiempo, tiempo...

Corrió y corrió, lanzándose hacia una figura de negras sombras; una figura sin rostro; una figura que dijo:

—No hay tiempo. No hay nada.

Reich retrocedió, se volvió, cayó, se arrastró débilmente a través del vacío eterno, gritando:

—¡Pówell! ¡Duffy! ¡Hássop! ¡Quiz-zard! ¡Teight! ¡Church! ¿Dónde están todos? ¿Dónde está todo? ¡Por amor de Dios!

Y se encontró frente a frente con el Hombre Sin Rostro, que dijo:

—No hay Dios. No hay nada, excepto tú y yo.

Reich alzó los ojos y miró fijamente el rostro de su mortal enemigo: el hombre de quien no podía escapar, el terror de sus pesadillas, el destructor de su existencia.

Era el propio Reich... Era D'Cóurtney... Eran ambos...

Dos rostros, mezclándose en uno: Ben D'Cóurtney; Craye Reich; D'Cóurtney-Reich.

No pudo emitir sonido alguno. No pudo moverse. No había ni tiempo ni

espacio ni materia. Nada quedaba, más que un pensamiento agonizante.

—Padre.

Hijo.

—¿Tú eres yo?

—Ambos somos nosotros.

—No comprendo. ¿Qué ha pasado?

—Tú perdiste el juego, Ben.

—¿El juego de la anguila?

—El juego cósmico.

—Yo vencí. Fui dueño hasta de la última partícula del mundo.

—Y por lo tanto perdiste. Nosotros perdimos.

—¿Qué perdimos?

—La supervivencia.

—¡No puedo comprender!

—Mi parte de nosotros comprende.

Tú también podrías comprender, Ben, si no me hubieras expulsado de ti.

—¿Cómo pude expulsarte de mí?

—Con toda tu corrupción.

—¿Tú dices eso, traidor?

—Eso fué sin pasión, Ben. Fué para destruirte antes de que pudieras destruirnos, para ayudarte a perder el mundo y ganar el juego.

—¿Qué juego? ¿Qué juego cósmico?

—El laberinto: las galaxias, las es-

trellas, el Sol, los planetas, los satélites... Ese era el problema que teníamos que resolver. Nosotros éramos la única realidad. Todo el resto era fingido: juguetes, muñecos, títeres, pasiones falsas. Era una realidad ficticia para que nosotros la resolviéramos.

—Yo la conquisté. Yo fui su dueño.

—Y no pudiste resolver el problema. No sé cuál es la solución; pero en todo caso no es robo, terror, odio, codicia, crimen, rapiña. Fracasaste, y todo eso ha sido abolido, demolido, dispersado...

—¿Entonces que va a ser de nosotros...?

—También somos dispersados.

—¿Por qué? Quiénes somos? ¿Qué somos nosotros?

—¿Sabía la semilla de nuestro ficticio Universo quién o qué era cuando no encontró suelo fértil, y fracasó a la prueba de supervivencia de la naturaleza? ¿Interesa acaso quiénes o qué somos? Hemos fracasado. Estamos terminando.

—¡Pero hemos existido!

—Quizá si lo hubiésemos resuelto, Ben, podría haber continuado siendo real, y todo lo que conocimos y amamos estaría aún con nosotros. Pero está terminado. La realidad se ha convertido en "podría haber sido", y tú has despertado por fin... a la nada.

—¡Volveremos! ¡Haremos otra vez la prueba!

—No hay regreso. Está terminado.

—¿Es esto la muerte?

—¿Cómo puede ser la muerte cuando jamás fué la vida? Está todo terminado. Nos estamos fundiendo, esfumando, desapareciendo. Está... todo terminado.

## XVII

ENCONTRARON a los dos hombres, a la mañana siguiente, en los jardines que daban al viejo canal de Hárlem. Pówell, sentado de piernas

cruzadas, sobre el césped húmedo, tenía el rostro macilento, la respiración apagada, el pulso semiextinguido. Reich se hallaba enroscado como un feto, completamente catatónico.

Trasladaron rápidamente a Pówell a su casa, donde todo el equipo del Laboratorio del Gremio lo sometió a un intenso tratamiento, congratulándose luego por la primera medida de catexis en masa, en la historia del Gremio de Perexores. No había prisa por Reich. A su debido tiempo y con el procedimiento adecuado, su cuerpo inerte fué transportado al Hospital de Kingston.

Ocho días más tarde, Pówell se levantó, bañó y vistió, derrotó a sus enfermeras en singular combate y salió de su casa. Se detuvo en *Sucre y Cia.*, de donde salió con un paquete, y fué al Departamento a dar su informe personal al comisionado Crabbe. De pasada, se asomó a la oficina de Dónaldson.

—Hola, Chas. ¿Nos respaldó el Defac en lo referente al motivo del asesinato de D'Courtney?

—Por completo. El juicio duró una hora. Reich está pasando ya por la aniquilación.

—Magnífico. Subí a deletreárselo a Crabbe.

Al recibir a Pówell, el comisionado se mostró solícito, pero rígido. El caso D'Courtney no había mejorado sus agrias relaciones con el prefecto.

—Convicto —dijo beligerante—. Pero maldito sea si la evidencia es adecuada.

—Fué un caso extraordinariamente complejo, señor —replicó Pówell, con tacto—. Ninguno de nosotros podía entenderlo. Ni el mismo Reich se daba cuenta de la causa por la que había asesinado a D'Courtney. El único que captó la verdad fué el Defac.

—¿El Defac? ¿Cómo?

—La primera vez, nos contestó que

el "motivo pasional" estaba insuficientemente documentado. Todos suponíamos que el motivo era el lucro. Lo mismo creía Reich. Este era su *camouflage* consciente del real motivo. No podía servir como evidencia, porque él había ofrecido la unión a D'Courtney... y éste aceptó. Reich entendió mal el mensaje. Tenía que hacerlo así. Tenía que seguir creyendo que había asesinado a D'Courtney por dinero, porque no podía enfrentar el verdadero motivo.

—¿Cuál era?

—D'Courtney era su padre.

—¿Qué?... —exclamó Crabbe, asombrado—. ¿Su padre en carne y hueso?

—Sí, señor. Todo estaba allí, ante nosotros. Sólo que no podíamos verlo... porque el mismo Reich no podía. Por ejemplo, esa finca de Callisto, que Reich usó para atraer a Quartermaine fuera del planeta, la heredó de su madre, quien la recibió de D'Courtney. Todos supusimos que el padre de Reich se la había birlado a D'Courtney en alguna transacción, poniéndola a nombre de su esposa. Estábamos errados. D'Courtney se la había dado a la madre de Ben: prueba del amor que profesaba a la madre de su hijo.

Crabbe abrió la boca, y volvió a cerrarla sin hablar.

—Había otras indicaciones. El impulso suicida de D'Courtney, motivado por intensas sensaciones culpables de deserción. Había abandonado a su hijo. Eso la atormentaba. Además, está la imagen que Bárbara D'Courtney tenía de sí misma y de Ben Reich. En cierto modo, ella sentía que eran medio hermanos. La impotencia de Reich para matar a Bárbara indica que él lo sabía también, en lo más hondo de su incosciente. Deseaba destruir al padre que lo repudió, pero no podía decirse a dañar a su hermana.

—¿Cuándo descubrió usted todo eso?

—Cuando Reich me atacó por creerse autor de aquellas trampas...

—¡Caramba, Pówell, alguien tenía que tenderlas! Si no fué usted, ¿quién, entonces?

—El mismo Reich, señor.

—¿Reich?

—Asesinó a su padre, con lo cual descargó su odio; pero su conciencia no podía permitir que él mismo escapara impune a tan horrible crimen. Ese era el significado que su imagen de pesadilla.

—¿El Hombre sin Rostro?

—Sí, el símbolo de la verdadera relación de Reich con D'Courtney. No tenía rostro, porque Reich no podía aceptar la verdad. Primero fué la amenaza de castigo por lo que proyectaba. Luego se convirtió en el castigo mismo por el crimen.

—¿Y las trampas?

—Exactamente, Reich se tendió a sí mismo esas trampas, sin siquiera darse cuenta de ello en breves fugas de la realidad consciente. Los trucos del inconsciente son fantásticos.

—Pero, si ni el mismo Reich lo sabía, ¿cómo pudo llegar usted a determinar todo esto?

—Empleamos la catexis en masa. Trataré de explicarle, señor. Todo ser humano tiene una psiquis compuesta de energía latente y energía capitalizada. La primera es nuestra reserva: los recursos naturales de la mente. La energía capitalizada es la parte de energía latente a la cual recurrimos para su empleo. La mayoría de nosotros sólo usamos una pequeña porción de energía latente.

—Comprendo.

—Cuando el Gremio de Perexores recurre a la catexis en masa, cada perexor abre su psiquis, por así decir, y contribuye con energía latente a un fondo común, que utiliza un solo perexor, convertido así en el canal para esa energía. Este perexor la capitaliza y la pone en funciones, pudiendo efec-

tuar cosas tremendas... si consigue controlarlas. Es una operación muy difícil y peligrosa. Era necesario, pues, llevar a Reich a enfrentarse con el Hombre sin Rostro. Teníamos que hacerle ver la verdad. Empleando esa energía latente, estructuré un concepto neurótico común para Reich: la ilusión de que sólo él en el mundo era real.

—¡Hombre!, a menudo yo... ¿Es común eso?

—Es una de las fugas de la realidad. Cuando la vida se pone muy dura, uno se refugia en la idea de que todo es un gigantesco engaño. Reich ya tenía en sí la semilla. Yo simplemente la hice madurar. Lo demolí todo, y a punto estuve de destrozarme al hacerlo...; pero dejé a Reich solo, en la nada, con el Hombre sin Rostro. Entonces, puesto que no había otra cosa para mirar enfrentó el rostro y se vio a sí mismo y a su padre. Una vez logrado eso, teníamos todo lo necesario.

Cuando Pówell se dispuso a marchar, Crabbe lo acompañó hasta la puerta, con una mano cordial sobre el hombro.

—Ha hecho usted un trabajo magnífico, Pówell; realmente magnífico. Debe ser algo maravilloso ser perexor. Todos ustedes deben sentirse muy felices.

—¿Se sentiría usted feliz de pasar la vida en un hospital?

—¿Un hospital?

—Allí es donde vivimos todos los perexores; en el pabellón de psiquiatría; sin escapatoria, sin refugio. Agradezca que no es usted un perexor, señor. Agradezca que sólo ve el exterior del hombre y que jamás ve las pasiones, los odios, los celos, la malicia, las enfermedades. El mundo será un lugar maravilloso cuando todos sean perexores, y estén apropiadamente adaptados. Pero hasta entonces, agradezca que es usted ciego.

Cuando Pówell llegó al Hospital de Kingston, averiguó dónde se encontraba Bárbara D'Cóurtney y echó a andar por los jardines. Se sentía débil, pero lleno de un impulso maravilloso. Había despertado de su asedio a Reich, con un repentino conocimiento que lo llenaba de júbilo.

SE vieron simultáneamente. Ella echó a correr hacia él, agitando la mano, y él hacia ella. Luego, al aproximarse, ambos fueron dominados por una repentina timidez. Se detuvieron, sin atreverse a mirarse a los ojos.

—Hola...

—Hola, Bárbara.

Se sentaron en un banco de piedra. El la miró por el raballo del ojo. Tenía ella un aspecto inexpresablemente travieso, alegre, fascinante; pero era toda una mujer. Pówell no la reconocía.

—Esta tarde me dan de alta —dijo Bárbara.

—Lo sé.

Ella lo miró con ojos graves.

—Quiero decirle cuán agradecida le estoy.

—Por favor, Bárbara. Haces que me sienta incómodo.

—¿Incómodo por causa mía?

—Te he conocido tan íntimamente como... bueno, como una niña. Y ahora...

—Ahora he vuelto a ser mayor. Debe llegar usted a conocerme mejor. ¿Qué le parece si tomamos juntos el té mañana?

—Escucha —dijo Pówell desesperadamente—. Te ayudé más de una vez a vestirme. Y te peiné. Y te di de comer...

—Eso fué hace siglos, señor Pówell.

—Eso fué hace dos semanas, señorita D'Cóurtney.

Ella se levantó en un gesto magnífico.

—Pues bien, señor Pówell, si se siente usted impulsado a efectuar asperciones cronográficas... —se inte-

rrumpió y lo miró—. ¿Cronográficas he dicho?...

El la tomó en sus brazos.

—Señor Pówell —murmuró Bárbara—. Hola, señor Pówell.

—Por Dios, Bárbara. Por un momento he pensado que hablabas en serio.

—Me estaba vengando de ti porque ahora soy mayor.

—Siempre fuiste una chiquilla vengativa.

—Mary Noyes me lo contó todo. Ya sé que no puedo casarme contigo, porque no soy perexora, pero estoy dispuesta a cualquier cosa.

—De nada tienes que preocuparte. Siéntate. Pero es necesario que volvamos a aquella noche.

—¿En la casa de Beaumont?

El asintió.

—No es fácil hablar de eso —susurró ella amargamente.

—Sólo nos llevará un minuto. Tú estabas dormida en una cama. Súbitamente te despertaste y corriste a la habitación orquídea. El resto lo recuerdas... Una pregunta. ¿Cuál fué el grito que te despertó?

—Ya lo sabes.

—Quiero que tú lo digas. Dilo en voz alta.

—“Ayúdame, Bárbara” —murmuró ella.

—¿Quién gritó eso?

—Mi padre, desde luego.

—No podía gritar, Bárbara. Tenía la garganta destrozada. Cáncer. Apenas si podía susurrar.

—¡Pero yo lo oí!

—Tú captaste su pensamiento.

Ella lo miró fijamente.

—Tú lo sondeaste —insistió Pówell con suavidad—. Tu padre gritó en el plano telepático. Tú lo oíste. No había otro modo de que lo oyeras, excepto telepáticamente.

—Pero eso significaría que yo soy perexora... —objetó ella—. Y no lo soy en absoluto.



## exposición de la prensa especializada

todos los diarios,  
periódicos y revistas  
especializadas,  
como así también  
**guías, anuarios  
y house-organs**

presentes en la:

**2ª EXPOSICION  
DE LA PRENSA  
ESPECIALIZADA**

a realizarse del:  
**9 al 19 de  
Noviembre en  
los salones de**



10. p.  
CANGALLO  
Y  
FLORIDA

exposición auspiciada por la  
**ASOCIACION DE LA  
PRENSA TECNICA ARGENTINA**

—¿A pesar de las pruebas de que lo eres?

—Eso es sólo tu opinión; quizá sólo una esperanza.

—¿Me amas? —le transmitió él.

—Por supuesto que te amo —repuso ella—, pero creo que estás inventando excusas para...

—Pues, tú acabas de...

—Yo no he dicho nada —interrumpió él suavemente—. Yo he pensado mi pregunta; tú me has sondeado. Tú estuviste sondeándonos inconscientemente a Mary y a mí, durante todo el tiempo que estuviste en casa. Sondeaste a Reich cuando fué a tenderme una trampa. ¿Comprendes ahora, Bárbara?

—¡Oh, si fuera cierto!...

—Lo es, querida. Tú eres una perexora latente. Serás adiestrada, desde luego..., como miembro del Gremio y esposa mía. Me has captado, ¿verdad?

—Sí, Preston —susurró ella.

—Una de las primeras cosas que aprenderás es que las palabras no son necesarias. Ahora, por ejemplo.

El beso que se dieron fué largo y profundo, pero no tan urgente ni ansioso como la necesidad que leyeron claramente el uno en el otro. Por eso, pensó él, era por lo que un perexor sólo podía amar a otro perexor..., y por lo que el amor de ellos era al de los sordomudos como el instinto animal al razonamiento humano.

Ella, conmovida, pero en cierto modo más tranquila, apoyó la cabeza en el hombro de Pówell. Luego, al ver un paquete sobre el banco, insinuó una sonrisa picaresca.

—¿Es un regalo para mí? —preguntó.

El se levantó, recordando súbitamente.

—No. Es para alguien que lo necesita mucho más —le alzó la barbilla y se besaron de nuevo—. Vuelve a tu pabellón y espérame. Tengo que ir a ver a alguien. Regresaré en seguida..., para llevarte a casa.

Cuando la vió alejarse, fué hasta el pabellón de aniquilación del Hospital de Kingston.

Al someter a un hombre al proceso de aniquilación, su psiquis entera era destruída. Las series de inyecciones osmóticas empezaban por los estratos superiores de las sinapsis corticales, y descendían lentamente, anulando todos los circuitos, extinguiendo todos los recuerdos, deshaciendo hasta la última partícula del diseño que se había ido formando poco a poco desde el nacimiento.

Pero esto no era el dolor ni el horror de la aniquilación. Lo espantoso residía en el hecho de que la conciencia jamás se perdía; de que a medida que la psiquis era borrada, la mente tenía plena noción del lento retroceso mortal, hasta que por fin ésta también desaparecía y aguardaba el renacimiento. Era una despedida eviterna...: un agonizante funeral de uno mismo. Y junto al lecho de Reich, Pówell advirtió la comprensión, el dolor, la desesperación en aquellos ojos parpadeantes, contraídos.

—Es un hombre vigoroso —dijo el doctor Jeems, poniendo una mano sobre el brazo de Reich—. Tenemos muchas esperanzas para él.

—¿Cómo marcha el tratamiento? —preguntó Pówell con ansiedad.

—Maravillosamente. En un año estará listo para renacer.

—Es un gran tipo. Necesitamos hombres como él. Habría sido una vergüenza que permitiéramos la pérdida de Ben Reich.

—¿Perderlo? —repitió Jeems, atónico—. ¿Cómo?

—Hace tres o cuatro siglos, la policía apresaba a las personas como Reich, para matarlas. Pena capital denominaban a esto.

—No tiene sentido. Un hombre con talento y valor para enfrentar a la sociedad, es, a las claras, potencialmente valioso. Si uno no lo endereza y

lo convierte en un valor positivo..., ¡demonios, sería un criminoso despilfarro humano!

—Eran bastante eficaces para esos despilfarros, en aquellos tiempos —repuso Pówell, y tomó el paquete primorosamente envuelto—. Esto, por ejemplo, habría sido considerado como una exagerada efusión sentimental con un proscrito de la sociedad.

Jeems observó en silencio cómo Pówell ofrecía el paquete a lo que quedaba de Reich.

—Es un regalo para ti, Ben. Acéptalo.

La criatura miró fijamente a Pówell, y luego a la caja. Por último, con sus manos desmañadas tomó el regalo, rasgó la envolutra, cogió un puñado de dulces y los introdujo en su flácida boca.

—Un criminal es un enfermo —dijo Jeems—. Naturalmente, se lo lleva al hospital, y se le envían regalos. ¿De qué otro modo puede ser tratado?

—¿De qué otro modo, por cierto? —

repitió Pówell.

Del caos de la mente destrozada de Reich surgió un destello de pensamiento:

—Pówell, perexor... Pówell, amigo...

Fué tan súbito, tan inesperado, tan apasionadamente agradecido, que Pówell apretó el hombro de Reich y procuró sonreír. Luego tuvo que volverse y salir presurosamente del pabellón.

Una mente dañina acaba de ser rescatada. Había encarnado temor y frustración, peligro para el sistema solar, para Pówell y Bárbara y para el mismo Reich, muerte para un anciano acosado por la culpa y demasiado cansado para vivir..., pero aquella personalidad enferma había sido salvada. Algún día lo sería toda la raza humana. Hasta entonces, los perexores tendrían que atender, cuidar y guiar a un mundo enfermo de ceguera psíquica.

—¿Valía la pena el sacrificio?

—“Sí”, decidió Pówell sin vacilar. “Este mundo es digno de ello”. ✦

## Trajes de la era atómica

EN los laboratorios nucleares, para ciertos experimentos es necesario usar trajes que garanticen completamente la seguridad contra la entrada de partículas de polvo radioactivo en el organismo.

Para resguardar a los investigadores, se han diseñado trajes de material plástico con costuras electrónicas, con casco transparente para la cabeza (como nos imaginamos a los primeros exploradores de la Luna) y absolutamente herméticos. Para experimentos de corta duración, los trajes están inflados con el aire necesario. Si el experimento es prolongado, comunican con el aire libre, por medio de un tubo, también de material plástico.

eres?  
una  
ella-  
excus-  
él su  
preg  
tuvís  
te a  
tiem  
te a  
tram  
rexo  
lueg  
y e  
dad  
apre  
nec  
E  
pro  
sios  
clar  
per  
sólo  
por  
los  
ma  
má  
ho  
pa  
so  
me  
sit  
se  
pa  
ve  
pa  
10

# sin apelación



## EL JUICIO DE LOS LECTORES

De acuerdo con las cartas recibidas, éste es el orden de preferencia de los cuentos publicados en el número de octubre:

1° Mundo de ocasión  
2° Cuco  
3° Dulcie & Decorum

4° Inocente Maquiavelo reforzado  
5° Bienaventurados los asesinos

*Escribanos, indicando su orden de preferencia de los cuentos que aparecen en el presente número. Todos los meses podrá comparar sus gustos con el del promedio de los lectores. Tendremos muy en cuenta su opinión en la selección del material que publicaremos en los próximos números.*

Escriba a: MAS ALLA - Avenida Alem 884 - Buenos Aires.

**más allá.** Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 463110. Distribuidores. Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires.

CORREO  
ARGENTINO  
Central (B)

FRANQUEO A PAGAR  
Cuenta Nº 574

INTERES GENERAL  
Concesión Nº 4923

Imp. en Fabril - Noviembre 1955  
Industria Argentina



# cosas del ayer

A mediados del siglo pasado, nuestros ascendientes poseían ya las herramientas y las máquinas necesarias para construir un vínculo permanente entre las islas Británicas y el Continente. Los ingenieros más imaginativos se descolgaron entonces con proyectos a docenas, para realizar la tan ansiada conexión, quien por túnel, quien por puente, quien por ferrocarril subterráneo. Dos de ellos se ilustran en la presente página. El uno fué comen- zado, el otro no pasó del papel. ¿Es capaz usted de dis- tinguirlos?

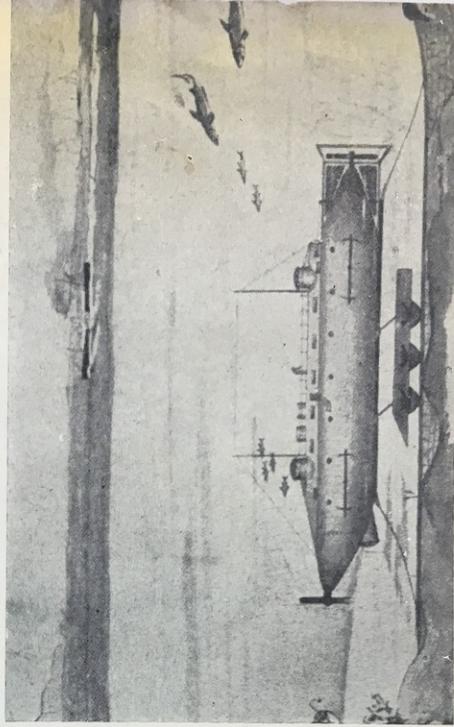
(Respuesta en la página 122)

1882. Se inicia la construcción de un túnel bajo el Canal de la Mancha. ¿Sueño o realidad?

1869. Un ferrocarril submarino destinado a unir Inglaterra con Francia. ¿Se concretó alguna parte de este proyecto?



1882.



1869.

**CHESLEY BONESTELL  
y WERNHER VON BRAUN  
CON EL MODELO  
DE NAVE LUNAR**



en  
este  
número:

# la conquista de la luna